

PSICOLOGÍA DE LAS REVOLUCIONES



Gustave Le Bon

Psicología de las revoluciones

PSICOLOGÍA DE LAS REVOLUCIONES

GUSTAVE LE BON

La Revolución Francesa

Fecha de Edición 1906

INDICE

LA OBRA	6
INTRODUCCIÓN	7
LA REVISIÓN DE LA HISTORIA.....	7
PARTE I LOS ELEMENTOS PSICOLÓGICOS DE LOS MOVIMIENTOS REVOLUCIONARIOS	15
LIBRO I CARACTERÍSTICAS GENERALES DE LAS REVOLUCIONES	15
CAPÍTULO I: REVOLUCIONES CIENTÍFICAS Y POLÍTICAS	15
1)- <i>Clasificación de las revoluciones</i>	15
2)- <i>Revoluciones Científicas</i>	17
3)- <i>Revoluciones Políticas</i>	18
4)- <i>Los resultados de las revoluciones políticas</i>	22
CAPÍTULO II: REVOLUCIONES RELIGIOSAS	24
1)- <i>La importancia del estudio de las revoluciones religiosas para comprender las grandes revoluciones políticas.</i>	24
2)- <i>Los comienzos de la Reforma y sus primeros discípulos</i>	25
3)- <i>Valor racional de las doctrinas de la Reforma</i>	27
4)- <i>Propagación de la Reforma.</i>	29
5)- <i>El conflicto entre distintos credos religiosos. Imposibilidad de tolerancia.</i>	30
6)- <i>Los resultados de las revoluciones religiosas.</i>	34
CAPÍTULO III: LA ACCIÓN DE LOS GOBIERNOS EN LAS REVOLUCIONES	36
1)- <i>La débil resistencia de los gobiernos en épocas revolucionarias.</i>	36
2)- <i>Cómo la resistencia de los gobiernos puede vencer la revolución.</i>	39
3)- <i>Revoluciones hechas por los gobiernos. Ejemplos: China, Turquía, etc.</i>	41
4)- <i>Elementos sociales que sobreviven a los cambios de gobierno después de una revolución.</i>	44
CAPÍTULO IV: EL PAPEL DEL PUEBLO EN LAS REVOLUCIONES	46
1)- <i>La estabilidad y la maleabilidad de la mentalidad nacional.</i>	46
2)- <i>Cómo los pueblos consideran a la revolución.</i>	49
3)- <i>El supuesto papel del pueblo durante la revolución.</i>	51
4)- <i>La entidad popular y sus elementos constituyentes.</i>	54
LIBRO II LAS MENTALIDADES PREDOMINANTES DURANTE LA REVOLUCIÓN	58
CAPÍTULO I: VARIACIONES INDIVIDUALES DE CARÁCTER EN ÉPOCAS REVOLUCIONARIAS.	58
1)- <i>Transformaciones de la personalidad.</i>	58
2)- <i>Elementos caracterológicos, predominantes en épocas de revolución.</i>	60
CAPÍTULO II: LA MENTALIDAD MÍSTICA Y LA MENTALIDAD JACOBINA	67

1)- Clasificación de las mentalidades predominantes durante la época de la Revolución	67
2)- La mentalidad mística.	67
3)- La mentalidad jacobina.....	71
CAPÍTULO III: LA MENTALIDAD REVOLUCIONARIA Y LA MENTALIDAD CRIMINAL	75
1)- La mentalidad revolucionaria.	75
2)- La mentalidad criminal.	77
CAPÍTULO IV: LA PSICOLOGÍA DE LAS MASAS REVOLUCIONARIAS	78
1)- Características generales de la masa.	78
2)- Cómo la estabilidad de la mentalidad racial limita las oscilaciones de la mentalidad de la masa. .	81
3)- El papel del líder en los movimientos revolucionarios.	85
CAPÍTULO V: LA PSICOLOGÍA DE LAS ASAMBLEAS REVOLUCIONARIAS.....	87
1)- Características psicológicas de las grandes Asambleas Revolucionarias	87
2)- La psicología de los Clubes revolucionarios.	90
3)- Propuesta de una explicación para la progresiva exageración de los sentimientos en las asambleas.	92
PARTE II LA REVOLUCIÓN FRANCESA	94
LIBRO I LOS ORÍGENES DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA.....	94
CAPÍTULO I: LAS OPINIONES DE LOS HISTORIADORES SOBRE LA REVOLUCIÓN FRANCESA.....	94
1)- Los Historiadores de la Revolución.	94
2)- La teoría del fatalismo respecto de la Revolución.	97
3)- Las vacilaciones de los historiadores recientes de la Revolución	100
4)- La imparcialidad en la Historia	103
CAPÍTULO II: LOS FUNDAMENTOS PSICOLÓGICOS DEL ANTIGUO RÉGIMEN	105
1)- La monarquía absoluta y las bases del Antiguo Régimen.	105
2)- Los inconvenientes del Antiguo Régimen.	106
3)- La vida bajo el Antiguo Régimen.	109
4)- Evolución del sentimiento monárquico durante la Revolución.	111
CAPÍTULO III: LA ANARQUÍA MENTAL POR LA ÉPOCA DE LA REVOLUCIÓN Y LA INFLUENCIA ATRIBUIDA A LOS FILÓSOFOS.	113
1)- Origen y propagación de las ideas revolucionarias.	113
2)- La supuesta influencia de los filósofos del Siglo XVIII sobre la génesis de la Revolución. Su aversión a la democracia.	118
3)- Las ideas filosóficas de la burguesía por la época de la Revolución	121
CAPÍTULO IV : ILUSIONES PSICOLÓGICAS RESPECTO DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA	123
1)- Ilusiones respecto del hombre primitivo, el regreso a un estado de naturaleza y la psicología del pueblo.	123
2)- Ilusiones respecto de la posibilidad de separar al Hombre de su pasado y el poder transformador atribuido a la ley.	125
3)- Ilusiones respecto del valor teórico de los grandes principios revolucionarios.	126
LIBRO II LAS INFLUENCIAS RACIONALES, AFECTIVAS, MÍSTICAS Y COLECTIVAS, ACTIVAS DURANTE LA REVOLUCIÓN.....	130
CAPÍTULO I: LA PSICOLOGÍA DE LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE	130
1)- Influencias psicológicas activas durante la Revolución Francesa	130
2)- Disolución del Antiguo Régimen. La Asamblea de los Estados Generales.	132
3)- La Asamblea Constituyente.....	134
CAPÍTULO II: LA PSICOLOGÍA DE LA ASAMBLEA LEGISLATIVA	143

1)- Los acontecimientos políticos durante la vida de la Asamblea Legislativa.	143
2)- Las características mentales de la Asamblea Legislativa.	145
CAPÍTULO III: LA PSICOLOGÍA DE LA CONVENCION	149
1)- La leyenda de la Convención.	149
2)- Resultados del triunfo de la religión jacobina.	152
3)- Características mentales de la Convención.	155
CAPÍTULO IV: EL GOBIERNO DE LA CONVENCION	158
1)- La actividad de los Clubes y la Comuna durante la Convención	158
2)- El gobierno de Francia durante la Convención. El Terror	160
3)- El fin de la Convención. Los comienzos del Directorio.	165
CAPÍTULO V: INSTANCIAS DE LA VIOLENCIA REVOLUCIONARIA	166
1)- Causas psicológicas de la violencia revolucionaria.	166
2)- Los Tribunales Revolucionarios	169
3)- El Terror en las provincias.	171
CAPÍTULO VI: LOS EJÉRCITOS DE LA REVOLUCION	174
1)- Las Asambleas revolucionarias y los ejércitos.....	174
2)- La lucha de Europa contra la Revolución.	176
3)- Factores psicológicos y militares que determinaron el éxito de los ejércitos revolucionarios.	178
CAPÍTULO VII: PSICOLOGÍA DE LOS LÍDERES DE LA REVOLUCION	182
1)- La mentalidad de los hombres de la Revolución. La influencia de los caracteres violentos y los débiles.	182
2)- Psicología de los comisarios o representantes "en misión".	183
3)- Danton y Robespierre	187
4)- Fouquier-Tinville, Marat, Billaud-Varenne, etc.	193
5.- El destino de los miembros de la Convención que sobrevivieron a la Revolución.	196
 LIBRO III EL CONFLICTO ENTRE INFLUENCIAS ANCESTRALES Y PRINCIPIOS REVOLUCIONARIOS	198
CAPÍTULO I: LAS ÚLTIMAS CONVULSIONES DE LA ANARQUÍA. EL DIRECTORIO	198
1)- Psicología del Directorio	198
2)- Gobierno despótico del Directorio. Recrudescimiento del Terror.	201
3.- El advenimiento de Bonaparte.	205
4)- Causas de la duración de la Revolución.	206
CAPÍTULO II: LA RESTAURACIÓN DEL ORDEN. LA REPÚBLICA CONSULAR	209
1)- Cómo la obra de la Revolución fue confirmada por el Consulado.	209
2)- La reorganización de Francia por el Consulado.	210
3)- Elementos psicológicos que determinaron el éxito de la obra del Consulado.	213
CAPÍTULO III: CONSECUENCIAS POLÍTICAS DEL CONFLICTO ENTRE TRADICIONES Y PRINCIPIOS REVOLUCIONARIOS DURANTE EL ÚLTIMO SIGLO	216
1)- Causas psicológicas de los continuos movimientos revolucionarios que han afectado a Francia.	216
2)- Resumen de un siglo de movimientos revolucionarios en Francia.	220
 PARTE III LA EVOLUCION RECIENTE DE LOS PRINCIPIOS REVOLUCIONARIOS	226
CAPÍTULO I: EL PROGRESO DE LOS CREDOS DEMOCRÁTICOS DESDE LA REVOLUCION	226
1)- Propagación gradual de las ideas democráticas después de la Revolución	226
2)- La desigual influencia de los tres principios fundamentales de la Revolución	229
3)- La democracia de los "intelectuales" y la democracia popular.	230
4)- Desigualdades naturales e igualitarización democrática	232

CAPÍTULO II: LOS RESULTADOS DE LA EVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA	235
1)- <i>La influencia sobre la evolución social de las teorías sin valor racional.</i>	235
2)- <i>El espíritu jacobino y la mentalidad creada por las convicciones democráticas.</i>	237
3)- <i>El sufragio universal y sus representantes</i>	241
4)- <i>La pasión por las reformas.</i>	244
5)- <i>Diferenciaciones sociales en las democracias e ideas democráticas en varios países.</i>	246
CAPÍTULO III: LAS NUEVAS FORMAS DEL CREDO DEMOCRÁTICO	248
1)- <i>El conflicto entre el capital y el trabajo.</i>	248
2)- <i>La evolución de las clases trabajadoras y el movimiento sindicalista.</i>	251
3)- <i>Por qué ciertos gobiernos democráticos modernos están siendo gradualmente transformados en gobiernos de castas administrativas.</i>	254
CONCLUSIONES	257

La Obra



En esta obra, que es continuación de "La Psicología de las Masas", Gustave le Bon realiza un estudio en profundidad de los móviles, generalmente invisibles, que impulsan a las revoluciones. Se detiene en el detalle de la Revolución Francesa, criterio justificado en parte por la enorme trascendencia que dicha revolución tuvo no sólo para Francia sino para el mundo entero y, en parte también porque, al tratarse de la revolución más importante de su propio país, pudo tener acceso directo a documentos y datos no siempre tenidos en cuenta por otros pensadores e historiadores.

La imagen que a través de esta obra emerge de las revoluciones en general, y de la Revolución Francesa en particular, no es la que estamos acostumbrados a ver. Hoy, sin duda alguna, Gustave Le Bon sería catalogado como "políticamente incorrecto". Sin embargo, aún teniendo en cuenta ciertos prejuicios y nociones — comunes si vamos al caso a todos los intelectuales de fines del Siglo XIX y principios del XX, dado el nivel de la ciencia y del conocimiento disponibles — la visión de este pensador francés sorprende por su - a veces casi increíble - actualidad. De hecho, en varios pasajes cuesta creer que no estamos leyendo algo actual sino una obra que ya tiene un siglo de antigüedad.

Para acceder a una reseña biográfica y a los datos básicos del autor, rogamos ver su ya citado trabajo "La Psicología de las Masas" también disponible en esta Editorial.

Introducción

La revisión de la Historia

La era presente no es tan sólo una época de descubrimientos; también es un período de revisión de los múltiples elementos del saber. Habiendo reconocido que hay fenómenos sobre los cuales la causa primera continúa siendo inaccesible, la ciencia se ha puesto a examinar sus antiguas certezas y ha demostrado su fragilidad. Hoy en día la ciencia ve como sus antiguos principios se desvanecen uno a uno. La mecánica está perdiendo sus axiomas y la materia, otrora el eterno sustrato de los mundos, se convierte en un simple agregado de fuerzas efímeras en condensación transitoria.

A pesar de su aspecto conjetural, en virtud del cual hasta cierto punto escapa a las formas más severas de la crítica, la Historia no se ha librado de esta revisión universal. Ya no hay una sola de sus fases de la cual podamos decir que es conocida con certeza. Lo que parecía haber sido definitivamente adquirido, hoy resulta cuestionado.

Entre los hechos cuyo estudio parecía haber sido completado estaba la Revolución Francesa. Analizada por varias generaciones de escritores uno podría suponerla perfectamente dilucidada. ¿Qué cosas nuevas podrían decirse de ella, exceptuando la modificación de algunos de sus detalles?

Sin embargo, sus defensores más acérrimos están comenzando a vacilar en sus afirmaciones. La antigua evidencia ha demostrado estar lejos de ser impecable. La fe en dogmas que alguna vez fueron considerados sagrados, se ha sacudido. La reciente literatura sobre la Revolución deja entrever estas incertidumbres. Habiendo

establecido interrelaciones, los hombres se muestran cada vez más renuentes a sacar conclusiones.

No sólo los héroes de este gran drama se discuten sin indulgencia sino que hay pensadores que se están preguntando si el nuevo estado de cosas que siguió al antiguo régimen no se hubiera establecido, sin violencias, en el transcurso de una civilización progresiva. Los resultados obtenidos ya no parecen condecirse ni con su costo inmediato, ni con las consecuencias más remotas que la Revolución indujo a partir de las posibilidades de la Historia.

Varias causas condujeron a la revisión de este trágico período. El tiempo ha calmado las pasiones, numerosos documentos han surgido gradualmente de los archivos y el historiador está aprendiendo a interpretarlos en forma independiente.

Pero es quizás la psicología moderna la que más efectivamente ha influenciado nuestras ideas al permitirnos interpretar con más seguridad a los hombres y a los motivos de su conducta.

Entre los descubrimientos que a partir de ella resultan aplicables a la Historia debemos mencionar, por sobre todo, una comprensión más profunda de las influencias ancestrales, de las leyes que gobiernan las acciones de las masas, de los datos relacionados con la disgregación de la personalidad, del contagio mental, de la formación inconsciente de creencias, y de la distinción entre varias formas de lógica.

A decir verdad, estas aplicaciones de la ciencia, utilizadas en este libro, no han sido empleadas así hasta ahora. Por lo general, los historiadores se han limitado al estudio de los documentos, aunque aún este estudio ha sido suficiente para plantear las dudas que he mencionado.

Los grandes eventos que configuran el destino de los pueblos – revoluciones, por ejemplo, y el surgimiento de creencias religiosas – son a veces tan difíciles de explicar que uno debe limitarse a una mera constatación.

Desde los tiempos de mis primeras investigaciones históricas he quedado impresionado por el aspecto impenetrable de ciertos fenómenos esenciales, especialmente aquellos relacionados con la génesis de creencias, y he estado convencido de que estaba faltando algo fundamental; algo que resultaba esencial para su interpretación. Habiendo la razón dicho todo lo que podía decir no había nada más que esperar de ella y debían buscarse otros medios para comprender lo que no había sido dilucidado.

Por un largo tiempo estas importantes cuestiones permanecieron siendo oscuras para mí. Extensos viajes dedicados al estudio de los restos de civilizaciones desaparecidas no hicieron mucho para arrojar luz sobre ellas.

Reflexionando sobre ello continuamente, me vi forzado a reconocer que el problema se componía de una serie de otros problemas que debía estudiar en forma separada. Lo hice durante un período de veinte años, presentado los resultados de mis investigaciones en una sucesión de volúmenes.

Uno de los primeros estuvo dedicado al estudio de las leyes psicológicas de la evolución de los pueblos. Habiendo demostrado que las razas históricas – esto es, las razas formadas por los avatares de la Historia – finalmente adquirían caracteres psicológicos tan estables como sus caracteres anatómicos, intenté explicar cómo un pueblo transforma sus instituciones, su idioma y sus artes. En la misma obra expliqué por qué personalidades individuales, bajo la influencia de súbitos cambios ambientales, pueden llegar a disgregarse por completo.

Pero, aparte de las colectividades fijas formadas por los pueblos, existen colectividades móviles y transitorias conocidas como masas. Ahora bien, estas masas o muchedumbres, con cuya ayuda se producen los grandes movimientos históricos, poseen características absolutamente diferentes a las de los individuos que las componen. ¿Cuáles son esas características y cómo evolucionan? Este nuevo problema fue examinado en La Psicología de las Masas.

Sólo después de estos estudios es que comencé a percibir ciertas influencias que se me habían escapado.

Pero esto no fue todo. Entre los factores más importantes de la Historia había uno preponderante: el factor de los credos. ¿Cómo nacen estos credos? ¿Son realmente racionales y voluntarias como se enseñó durante tanto tiempo? ¿No son más bien inconscientes e independientes de toda razón? Fue una cuestión difícil, a la que me dediqué en mi último libro Opiniones y Credos.

Mientras la psicología considere que los credos son voluntarios y racionales, los mismos seguirán siendo inexplicables. Habiendo demostrado que usualmente son irracionales y siempre involuntarios, pude proponer una solución a este importante problema y explicar cómo era que credos que ninguna razón podía justificar resultaban admitidos sin dificultad por los espíritus más ilustrados de todas las épocas.

A partir de allí, la solución de las dificultades históricas, solución que durante tanto tiempo se había buscado, resultaba obvia. Llegué a la conclusión de que, aparte de la lógica racional que condiciona al pensamiento y que antes se consideraba nuestra única guía, existen formas muy diferentes de lógica: lógica afectiva, lógica colectiva y lógica mística, que suelen superar a la razón y engendrar los impulsos movilizadores de nuestra conducta.

Habiendo establecido sólidamente este hecho, se me hizo evidente que, si hay un gran número de eventos históricos frecuentemente incomprensibles, ello es porque tratamos de interpretarlos a la luz de una lógica que, en realidad, tiene muy escasa influencia sobre su génesis.

Todas estas investigaciones, resumidas aquí en unas pocas líneas, demandaron largos años. Desesperando de completarlas, las abandoné más de una vez para volver a esos trabajos de laboratorio en los cuales uno siempre está seguro de hallarse lejos de la verdad para adquirir al menos algunos fragmentos de certidumbre.

Pero, si bien es muy interesante explorar el mundo de los fenómenos materiales, lo es aún más el descifrarlos; razón por la cual siempre he tenido que volver a la psicología.

Debido a que ciertos principios deducidos de mis investigaciones podían resultar fructíferos, resolví aplicarlos al estudio de eventos concretos y, de este modo, fui llevado a ocuparme de la Psicología de las Revoluciones – y concretamente, de la Revolución Francesa.

Procediendo al análisis de nuestra gran Revolución, la mayor parte de las opiniones recabadas mediante la lectura de libros me decepcionaron, una por una, aún cuando en un principio las hubiera considerado incommovibles.

Para explicar este período debemos considerarlo como un todo, tal como muchos historiadores lo han hecho. Está compuesto por fenómenos simultáneos pero independientes el uno del otro.

Cada una de sus fases revela acontecimientos engendrados por leyes psicológicas que operan con la regularidad de un mecanismo de relojería. Los actores de este gran drama parecen moverse como los caracteres de una tragedia predeterminada. Cada uno dice lo que debe decir; actúa como está destinado a actuar.

Por cierto que los actores en el drama revolucionario diferían de aquellos de un drama teatral en que no habían estudiado sus papeles, pero éstos estaban dictados por fuerzas invisibles.

Precisamente porque estaban sujetos a la progresión inevitable de lógicas que les resultaban incomprensibles, es que vemos a estos actores tan superlativamente sorprendidos como lo estamos nosotros mismos ante los acontecimientos en los que desempeñaron el papel de héroes. Nunca sospecharon siquiera la existencia de los poderes invisibles que los forzaban a actuar. No fueron los dueños, ni de su furia, ni de su debilidad. Hablaron en nombre de la razón, pero de ninguna manera fue la razón la que los impulsó.

“Las decisiones que tanto se nos reprochan” – escribió Billaud-Varenne – “la mayoría de las veces no estuvieron en nuestras

intenciones dos días antes, y aún hasta el día anterior de los hechos: sólo la crisis las indujo.”

No es que debamos considerar a los acontecimientos de la Revolución como determinados por una fatalidad inevitable. Los lectores de nuestras obras sabrán que reconocemos en el ser humano de cualidades superiores la capacidad de prever las fatalidades. Pero este ser humano se puede liberar tan sólo de algunas pocas de ellas y con frecuencia se encuentra inerme frente a una secuencia de hechos que, aún en sus inicios, escasamente hubieran podido ser gobernados. El científico sabe cómo destruir el microbio antes de que éste tenga tiempo de actuar, pero se sabe también impotente para prevenir la evolución de la enfermedad resultante. Cuando cualquier cuestión origina opiniones violentamente contradictorias, podemos estar seguros de que pertenece a la provincia de los credos y no a la del conocimiento.

En un trabajo anterior hemos demostrado que el credo, de origen inconsciente e independiente de toda razón, nunca puede ser influenciado por la razón.

La Revolución – una tarea de creyentes – raramente ha sido juzgada más que por creyentes. Execrada por algunos y alabada por otros, se ha mantenido como uno de esos dogmas que resultan aceptados o rechazados en su totalidad, sin la intervención de la lógica racional.

Si bien en sus comienzos una revolución religiosa o política puede muy bien estar apoyada por elementos racionales, se desarrolla solamente por medio de la ayuda de elementos místicos y afectivos que resultan absolutamente extraños a la razón.

Los historiadores que han juzgado los acontecimientos de la Revolución Francesa en el nombre de la lógica racional no pudieron comprenderlos puesto que no fue esta forma de lógica la que dictó dichos eventos. Puesto que los actores mismos de estos sucesos los comprendieron mal, no estaremos lejos de la verdad al decir que nuestra Revolución fue un fenómeno incomprendido, tanto por quienes la causaron como por quienes la describieron. En ningún período de la historia los hombres comprendieron tan poco el

presente, ignoraron en tan gran medida el pasado y previeron el futuro de una manera tan pobre.

.....

El poder de la Revolución no residió en los principios que se propuso propagar – los cuales, en realidad, eran cualquier cosa menos novedosos – ni en las instituciones que pretendía fundar. El pueblo se interesa muy poco por las instituciones y menos aún por las doctrinas. El hecho que la Revolución haya sido realmente potente; que le hiciera a Francia aceptar la violencia, los asesinatos, la ruina y el horror de una espantosa guerra civil; que, finalmente, se defendiese victoriosa contra una Europa en armas; todo ello se debió a que no fundó un nuevo sistema de gobierno sino una nueva religión.

Ahora bien, la Historia nos muestra cuán irresistible es el poder de un credo fuerte. La misma invencible Roma cristiana tuvo que inclinarse ante los ejércitos de pastores nómadas iluminados por la fe de Mahoma. Por la misma razón, los reyes de Europa no pudieron resistir a los andrajosos soldados de la Convención. Semejantes a apóstoles, estos soldados estuvieron dispuestos a inmolarse con el sólo fin de propagar sus creencias las que, según su sueño, habrían de renovar al mundo.

La religión así fundada tuvo la fuerza de las demás religiones, si bien no su duración. No obstante, no murió sin dejar huellas indelebles, y su influencia aún sigue activa.

No consideraremos a la Revolución como una tabula rasa de la Historia, tal como sus apóstoles creyeron que sería. Sabemos que, a fin de demostrar su intención de crear un mundo diferente del antiguo, iniciaron una nueva era profesando el deseo de romper completamente con todos los vestigios del pasado.

Pero el pasado nunca muere. Está más verdaderamente dentro de nosotros mismos que fuera de nosotros. En contra de su propia voluntad, los reformadores de la Revolución siguieron estando saturados del pasado y sólo pudieron continuar, bajo otras denominaciones, las tradiciones de la monarquía, incluso exagerando la autocracia y la centralización del Antiguo Régimen. Tocqueville no tuvo dificultad en demostrar que la Revolución apenas si derrocó lo que ya estaba por caer.

Si bien en realidad la Revolución destruyó poco, favoreció en cambio la maduración de ciertas ideas que continuaron desarrollándose desde entonces.

La fraternidad y la libertad que proclamó nunca sedujeron mayormente a los pueblos, pero la igualdad se convirtió en su Evangelio: fue el punto de aplicación del socialismo y de toda la evolución de las ideas democráticas modernas. Por lo tanto, podemos decir que la Revolución no terminó con el advenimiento del Imperio, ni con las sucesivas restauraciones que la siguieron. Secretamente, o a la luz del día, se ha desplegado lentamente y aún influye en la mente de las personas.

El estudio de la Revolución Francesa, al cual gran parte de este libro está dedicado, quizás le quitará al lector más de una ilusión al demostrar que los libros que relatan la historia de la Revolución contienen de hecho una masa de leyendas muy distantes de la realidad.

Es indudable que esas leyendas tendrán más vida que la historia misma. No es cuestión de lamentar esto demasiado. Algunos pocos filósofos podrán estar interesados en conocer la verdad, pero los pueblos siempre prefieren los sueños. Sintetizando sus ideales, estos sueños siempre constituirán poderosos motivos para la acción. “Uno perdería el coraje si éste no estuviera sostenido por falsas ideas” – dijo Fontenelle. Juana de Arco, los Gigantes de la Convención, la épica Imperial – todas estas maravillosas imágenes del pasado siempre serán una fuente de esperanza en las lúgubres horas que siguen a la derrota. Forman parte de un patrimonio de ilusiones que

nuestros padres nos han legado; ilusiones cuyo poder con frecuencia es mayor que el de la realidad. El sueño, el ideal, la leyenda – en una palabra: lo irreal – es lo que le da forma a la Historia.

PARTE I LOS ELEMENTOS PSICOLÓGICOS DE LOS MOVIMIENTOS REVOLUCIONARIOS

LIBRO I Características generales de las revoluciones

Capítulo I: Revoluciones científicas y políticas

1)- Clasificación de las revoluciones

En general, aplicamos el término de “revolución” a los cambios políticos súbitos pero el término puede ser aplicado para denotar toda transformación repentina, o transformaciones aparentemente repentinas, tanto sea de creencias, ideas o doctrinas.

En otra obra hemos considerado el papel desempeñado por los factores racionales, afectivos y místicos en la génesis de las opiniones y los credos que determinan la conducta humana. No es preciso, pues, que volvamos sobre el tema aquí.

Una revolución puede, finalmente, hacerse credo, pero es frecuente que comience bajo la acción de motivos perfectamente racionales: la supresión de abusos intolerables, la eliminación de un gobierno despótico detestado o de un soberano impopular, etc.

Si bien el origen de una revolución puede ser perfectamente racional, no debemos olvidar que las razones invocadas para prepararla no ejercen una influencia sobre las masas hasta tanto no se hayan transformado en sentimientos. La lógica racional puede señalar los abusos que han de ser destruidos, pero, para movilizar a la multitud, hay que despertar las esperanzas de la misma. Esto sólo puede ser realizado mediante la acción de esos elementos afectivos y místicos que le otorgan al ser humano el poder de actuar. Por ejemplo, por la época de la Revolución Francesa, la lógica racional, en manos de los filósofos, demostró las inconveniencias del Antiguo Régimen y excitó el deseo de modificarlo. La lógica mística inspiró el credo en las virtudes de todos los miembros de una sociedad creada de acuerdo con ciertos principios. Una lógica afectiva desencadenó las pasiones controladas por los vínculos de eras anteriores y condujo a los peores excesos. La lógica colectiva gobernó a Clubes y Asambleas impulsando a sus miembros a acciones que ninguna lógica, ni racional, ni afectiva, ni mística, podría jamás haberlos llevado a cometer.

Cualquiera que sea su origen, una revolución no produce resultados mientras no haya penetrado en el espíritu de la multitud. Los acontecimientos adquieren formas especiales que resultan de la peculiar psicología de las masas. Por esta razón, los movimientos populares poseen características tan pronunciadas que la descripción de una de ellas nos permitirá comprender a las demás.

La multitud, por ende, es el agente de la revolución; pero no es su punto de partida. La masa constituye un ser amorfo que no puede hacer nada y no hará nada sin una cabeza que la conduzca. Superará rápidamente el impulso una vez que lo haya recibido, pero jamás lo creará.

Las revoluciones políticas que tan fuertemente sorprenden a los historiadores son, con frecuencia, las menos importantes. Las grandes revoluciones son las de las costumbres y las del pensamiento. El cambiar el nombre de un gobierno no transforma la mentalidad de un pueblo. El derrocar las instituciones de un pueblo no reforma el espíritu de ese pueblo.

Las verdaderas revoluciones, aquellas que transforman los destinos de los pueblos, la mayoría de las veces se logran tan lentamente que los historiadores apenas si pueden señalar sus orígenes. El término de “evolución” es, por lo tanto, por lejos más apropiado que el de “revolución”.

Los distintos elementos enumerados para la génesis de la mayoría de las revoluciones no son suficientes para clasificarlas. Considerando tan sólo el objetivo designado, las dividiremos en revoluciones científicas, políticas y religiosas.

2). Revoluciones Científicas

Las revoluciones científicas son, por lejos, las más importantes. A pesar de que concitan sólo escasa atención, con frecuencia llevan en su seno consecuencias remotas que las revoluciones políticas no engendran. Las pondremos, pues, en primer lugar, aunque no podemos estudiarlas aquí.

Por ejemplo, si nuestras concepciones del universo han cambiado profundamente desde la época de la Revolución, es porque los descubrimientos astronómicos y la aplicación de métodos experimentales las han revolucionado al demostrar que los fenómenos, en lugar de estar condicionados por los caprichos de los dioses, se gobiernan por leyes invariables.

Debido a su lentitud, nos referimos a las revoluciones de esta índole llamándolas, con propiedad, “evolución”. Pero hay otras que, si bien son del mismo orden, merecen la denominación de “revolución” debido a su rapidez: podríamos mencionar las teorías de Darwin que derribaron la totalidad de la ciencia biológica en unos pocos años; los

descubrimientos de Pasteur que revolucionaron a la medicina durante la vida de su autor; y la teoría de la disociación de la materia que demostró que el átomo, al que otrora se consideraba eterno, no es inmune a las leyes que condenan a todos los elementos del universo a declinar y perecer.

Estas revoluciones científicas del dominio de las ideas son puramente intelectuales. Nuestros sentimientos y creencias no las afectan. Las personas se someten a ellas sin discutirlos. Siendo sus resultados verificables por la experiencia, escapan a toda crítica.

3). Revoluciones Políticas

Por debajo y muy alejadas de estas revoluciones científicas que generan el progreso de las civilizaciones, se encuentran las revoluciones religiosas y políticas que no tienen ningún parentesco con las primeras. Mientras las revoluciones científicas se derivan exclusivamente de elementos racionales, los credos políticos y religiosos se sostienen casi exclusivamente por factores afectivos y místicos. La razón desempeña un papel tan sólo tenue en su génesis.

En mi libro “Opiniones y Creencias” he insistido con cierto detalle sobre el origen afectivo de los credos, demostrando que un credo político o religioso constituye un acto de fe, elaborado inconscientemente, sobre el cual, a pesar de todas las apariencias, la razón no tiene poder alguno. También demostré que el credo con frecuencia alcanza tal grado de intensidad que nada puede oponérsele. La persona, hipnotizada por su fe, se convierte en un apóstol dispuesto a sacrificar sus intereses, su felicidad y hasta su propia vida por el triunfo de su fe. La incoherencia de su fe importa poco; para él es una ardiente realidad. Las certidumbres de origen místico poseen el maravilloso poder de un dominio completo sobre el pensamiento y sólo pueden verse afectadas por el transcurso del tiempo.

Por el sólo hecho de ser considerado verdad absoluta, un credo necesariamente se vuelve intolerante. Esto explica la violencia, el

odio y la persecución que fueron los escoltas habituales de las grandes revoluciones políticas y religiosas; especialmente las de la Reforma y la Revolución Francesa.

Ciertos períodos de la Historia francesa resultan incomprensibles si olvidamos el origen afectivo y místico de los credos, su necesaria intolerancia, la imposibilidad de reconciliarlos cuando entran en contacto mutuo y, finalmente, el poder conferido por los credos místicos a los sentimientos que se ponen a su servicio.

Los conceptos mencionados son todavía demasiado nuevos como para haber modificado la mentalidad de los historiadores. Éstos continuarán intentando explicar por medio de la lógica racional un cúmulo de fenómenos que son extraños a dicha lógica.

Sucesos, tales como la Reforma, que atormentaron a Francia por un período de cincuenta años, de ningún modo estuvieron determinados por influencias racionales. Aún así, estas influencias racionales resultan constantemente invocadas como explicaciones, incluso en los trabajos más recientes. De esta forma, en la “Historia General” de los señores Lavissee y Rambaud, podemos leer la siguiente explicación de la Reforma:

“Fue un movimiento espontáneo, nacido aquí y allá en medio de las gentes, a partir de la lectura de las Sagradas Escrituras y las libres reflexiones individuales que le fueron sugeridas a personas simples por una conciencia extremadamente piadosa y un poder de razonamiento muy audaz.”

Contrariamente a la afirmación de estos historiadores, podemos decir con certeza, en primer lugar, que esos movimientos jamás son espontáneos y, en segundo término, que la razón no tiene parte alguna en su elaboración.

La fuerza de los credos políticos y religiosos que han sacudido al mundo reside precisamente en el hecho de que, habiendo nacido de elementos afectivos y místicos, no son ni creados ni dirigidos por la razón.

Los credos políticos o religiosos tienen un origen común y obedecen a las mismas leyes. Se constituyen, no con la ayuda de la razón, sino, con mucha mayor frecuencia, contrariando toda razón. El budismo, el Islam, la reforma, el jacobinismo, el socialismo, etc. parecen ser formas de pensamiento muy diferentes. Sin embargo, tienen bases afectivas y místicas idénticas y obedecen a una lógica que no tienen afinidad alguna con la lógica racional.

Las revoluciones políticas pueden resultar de las creencias establecidas en la mente de las personas, pero hay muchas otras causas que las producen. La palabra “descontento” las resume a todas. Ni bien el descontento se generaliza, surge un partido que con frecuencia adquiere la fuerza suficiente como para luchar contra el gobierno.

Por lo general, el descontento tiene que haberse acumulado por un tiempo largo para producir sus efectos. Por esta razón, una revolución no siempre representa un fenómeno en vías de extinción, seguido por otro que comienza, sino más bien un fenómeno continuo que de algún modo ha acelerado su evolución. Todas las revoluciones modernas, sin embargo, han sido movimientos abruptos que implicaron el derrocamiento instantáneo de los gobiernos. Así han sido, por ejemplo, las revoluciones de Brasil, Portugal, Turquía y China.

Contrariamente a lo que podría suponerse, los pueblos muy conservadores son adictos a las revoluciones más violentas. Siendo conservadores, no tienen la capacidad de evolucionar lentamente, o de adaptarse a las variaciones de su entorno, de modo que, cuando la discrepancia se hace demasiado extrema, resultan condenados a adaptarse de un modo súbito. Esta evolución repentina constituye una revolución.

Pueblos capaces de adaptarse progresivamente no siempre escapan a la revolución. Sólo por medio de la revolución fueron los ingleses de 1688 capaces de terminar con el conflicto que los había arrastrado por un siglo; un conflicto que enfrentó a la monarquía – que buscaba

hacerse absoluta – y la nación – que reclamaba el derecho a gobernarse mediante sus representantes.

Las grandes revoluciones usualmente han comenzado por la cúspide, no por la base; pero, una vez que el pueblo se desencadena, es a éste que la revolución le debe su poder.

Es obvio que las revoluciones nunca han tenido lugar, y nunca tendrán lugar, excepto con la ayuda de una importante fracción del ejército. La realeza no desapareció de Francia el día en que Luis XVI fue guillotinado. Desapareció en el preciso instante en que sus tropas amotinadas rehusaron defenderlo.

Los ejércitos se desafectan más particularmente por contagio mental, siendo que en su fuero interno son bastante indiferentes al estado de cosas establecido. Ni bien una coalición de oficiales consiguió derrocar al gobierno turco, los oficiales griegos pensaron en imitarlos y cambiar su propio gobierno aún cuando no existía una analogía entre los dos regímenes.

Un movimiento militar puede derrocar a un gobierno – y en las repúblicas hispanas el gobierno muy rara vez es derrocado por otros medios – pero, si la revolución ha de producir grandes resultados, tendrá que estar siempre basada sobre el descontento general y sobre esperanzas generales.

A menos que sea universal y excesivo, el descontento por sí mismo no es suficiente para producir una revolución. Es fácil conducir a un puñado de personas al saqueo, a la destrucción y a la masacre; pero producir el levantamiento de todo un pueblo – o de una gran proporción de ese pueblo – requiere la continua o repetida acción de dirigentes. Éstos exageran el descontento; persuaden a los disconformes de que el gobierno es la única causa de todos los males – especialmente de las penurias predominantes – y le aseguran a las personas que el nuevo sistema por ellos propuesto engendrará una era de felicidad. Estas ideas germinan propagándose por sugestión y contagio, con lo que finalmente llega el momento en que la revolución está madura.

La Revolución Cristiana y la Revolución Francesa se prepararon de esta forma. Que la segunda se completara en unos pocos años mientras que la primera requirió muchos, se debió al hecho de que la Revolución Francesa pronto tuvo una fuerza armada a su disposición mientras que el cristianismo tardó mucho en adquirir un poder material. Al principio, sus únicos adeptos fueron los marginados, los pobres y los esclavos, poseídos por el entusiasmo de la promesa de ver sus miserables vidas transformadas en una eternidad de dicha. Por un fenómeno de contagio desde la base, del cual la Historia nos suministra más de un ejemplo, la doctrina finalmente invadió los estratos superiores de la nación, pero pasó mucho tiempo hasta que un emperador considerara a la nueva fe lo suficientemente extendida como para convertirla en religión oficial.

4.)- Los resultados de las revoluciones políticas

Cuando triunfa un partido político, de un modo natural busca organizar a la sociedad según sus intereses. La organización será diferente de acuerdo a que la revolución haya sido llevada a cabo por los soldados, los radicalizados, los conservadores, etc.

Las nuevas leyes e instituciones dependerán de los intereses del partido triunfante y de las clases sociales que lo han asistido – el clero, por ejemplo.

Si la revolución ha triunfado sólo después de una violenta lucha – como fue el caso de la Revolución Francesa – los vencedores rechazarán de plano todo el arsenal de la antigua ley. Los partidarios del régimen caído serán perseguidos, exiliados o exterminados.

En estas persecuciones el máximo de violencia se produce cuando el partido triunfante está defendiendo un credo además de sus intereses materiales. En este caso, los conquistados no pueden esperar misericordia alguna. De este modo se explica la expulsión de los moros de España, los Autos de Fe de la Inquisición, las ejecuciones de la Convención, y las recientes leyes contra las congregaciones religiosas en Francia.

El poder absoluto asumido por los vencedores los lleva a veces a medidas extremas; como el decreto de la Convención ordenando el reemplazo del oro por papel, la venta de bienes a precios predeterminados, etc. Muy pronto este poder choca contra una pared de necesidades inevitables que vuelca a la opinión pública en contra de la tiranía para, finalmente, dejarla inerme ante un ataque – como sucedió al final de la Revolución Francesa. Lo mismo le sucedió recientemente a un gobierno ministerial socialista australiano compuesto casi exclusivamente de trabajadores. Promulgó leyes tan absurdas y concedió tantos privilegios a los sindicatos que la opinión pública se rebeló de una manera tan unánime que en tres meses terminó derrocado.

Pero los casos que hemos considerado son excepcionales. La mayoría de las revoluciones ha sido llevada a cabo para colocar en el poder a un nuevo soberano. Ahora bien, este soberano sabe muy bien que la primera condición para mantenerse en el poder reside en no favorecer de un modo demasiado exclusivo a una sola clase sino en tratar de conciliarlas a todas. Para lograrlo, establecerá algún tipo de equilibrio entre ellas de manera tal que él mismo no resulte dominado por ninguna. El permitir que una clase se vuelva predominante equivale a condenarse inmediatamente a aceptar dicha clase como amo. Esta ley es una de las más seguras de la psicología política. Los reyes de Francia la entendieron muy bien cuando lucharon tan enérgicamente contra las intrusiones de la nobleza primero y del clero después. Si no hubiesen procedido de ese modo su destino hubiera sido el mismo que el de los emperadores alemanes de la Edad Media quienes, excomulgados por el Papa, terminaron sojuzgados como Enrique IV en Canossa, siendo obligados a peregrinar y a solicitar humildemente el perdón de la Santa Sede.

Esta misma ley puede constatarse continuamente a lo largo del transcurso de la Historia. Cuando hacia fines del Imperio Romano la casta militar se volvió preponderante, los emperadores dependieron enteramente de sus soldados quienes los nombraban y deponían a voluntad.

Fue, por lo tanto, una gran ventaja para Francia el que haya estado gobernada por un monarca casi absoluto, poseedor de un poder que se suponía otorgado por derecho divino y rodeado, por lo tanto, de un considerable prestigio. Sin una autoridad así el rey no hubiera podido controlar ni a la nobleza feudal, ni al clero, ni a los parlamentos. Si Polonia, hacia finales del Siglo XVI, hubiera tenido también una monarquía absoluta y respetada, no habría descendido por la vía de la decadencia que la llevó a su desaparición del mapa de Europa.

Hemos mostrado en este capítulo cómo las revoluciones políticas pueden estar acompañadas de importantes transformaciones sociales. Pronto veremos cuan tenues son estas transformaciones comparadas con las producidas por las revoluciones religiosas.

Capítulo II: Revoluciones Religiosas

1)- La importancia del estudio de las revoluciones religiosas para comprender las grandes revoluciones políticas.

Una parte de este trabajo estará dedicada a la Revolución Francesa. La misma estuvo repleta de actos de violencia que, naturalmente, tuvieron sus causas psicológicas.

Estos acontecimientos excepcionales siempre nos llenarán de asombro y hasta sentimos que resultan inexplicables. Sin embargo, se vuelven comprensibles si consideramos que la Revolución Francesa, al constituir una nueva religión, se hallaba condenada a obedecer las leyes que condicionan la propagación de todos los credos. Su furia y sus hecatombes se volverán, así, inteligibles.

Al estudiar la historia de una gran revolución religiosa – la de la Reforma – veremos que una cantidad de elementos psicológicos que aparecen en ella estuvieron también activos durante la Revolución Francesa. En ambas descubriremos la influencia insignificante que el valor racional de un credo tiene sobre su propagación, la ineficacia de las persecuciones, la imposibilidad de establecer una tolerancia

entre credos contrapuestos, y la violencia y las desesperadas luchas que resultan del conflicto de credos diferentes. También observaremos la explotación de un credo por parte de intereses bastante independientes de dicho credo. Finalmente, veremos que es imposible modificar las convicciones de las personas sin modificar también su existencia.

Una vez verificados estos fenómenos, veremos claramente por qué el evangelio de la Revolución fue propagado por los mismos métodos que todos los evangelios religiosos, especialmente el de Calvino. No hubiera podido propagarse de otra forma.

Pero, si bien hay estrechas analogías entre la génesis de una revolución religiosa, tal como la Reforma, y la de una gran revolución política como la nuestra, sus consecuencias remotas son muy diferentes, lo cual explica la distinta duración que exhiben. En las revoluciones religiosas no hay una experiencia que le pueda revelar a los fieles que están siendo decepcionados puesto que tendrían que ir al cielo para descubrirlo. En cambio, en las revoluciones políticas la experiencia pronto demuestra el error de una falsa doctrina y obliga a las personas a abandonarla.

Así, hacia el fin del Directorio la aplicación de las creencias jacobinas había conducido a Francia a tal ruina, pobreza y desesperación que hasta los más salvajes jacobinos tuvieron que renunciar a su sistema. Nada sobrevivió de sus teorías excepto algunos pocos principios que no pueden ser verificados por la experiencia tales como la felicidad universal que la igualdad supuestamente le otorgaría a la humanidad.

2). Los comienzos de la Reforma y sus primeros discípulos

La Reforma terminaría ejerciendo una profunda influencia sobre los sentimientos y las ideas morales de una gran proporción de la humanidad. Modesta en sus comienzos, al principio fue una simple contienda contra los abusos del clero y, desde un punto de vista práctico, un regreso a las prescripciones del Evangelio. Nunca

constituyó – como se ha pretendido – una aspiración a la libertad de pensamiento. Calvino fue tan intolerante como Robespierre y todos los teóricos de la época consideraban que la religión de los súbditos tenía que ser la del príncipe que los gobernaba. Más aún: en cada país donde la Reforma se estableció, el soberano reemplazó al Papa de Roma, con los mismos derechos y poderes.

En Francia, debido a la falta de publicidad y de medios de comunicación, la nueva fe se extendió bastante lentamente al principio. Fue hacia 1520 que Lutero reclutó algunos pocos adeptos y recién hacia 1535 el nuevo credo se hallaba lo suficientemente extendido como para que algunas personas considerasen necesario hacer arder en la hoguera a sus discípulos.

Siguiendo una bien conocida ley psicológica, estas ejecuciones meramente favorecieron la propagación de la Reforma. Sus primeros seguidores incluyeron a sacerdotes y magistrados pero la parte principal estaba constituida por oscuros artesanos. Su conversión se produjo casi exclusivamente por contagio mental y por sugestión.

Ni bien una nueva fe se extiende, podemos ver cómo a su alrededor se agrupan personas indiferentes a la fe en si misma pero que encuentran en ella un pretexto, o una oportunidad, para gratificar sus pasiones o su codicia. Este fenómeno se observó por la época de la Reforma en muchos países, especialmente en Alemania y en Inglaterra.

Habiendo Lutero enseñado que el clero no necesita riquezas, los nobles alemanes hallaron muchos méritos en una fe que les permitía apropiarse de los bienes de la Iglesia. Enrique VIII se enriqueció con una operación similar. Soberanos a los que el Papa molestaba con frecuencia, sólo podían simpatizar en términos generales con una doctrina que le agregaba un poder religioso a sus poderes políticos convirtiendo a cada uno de ellos en otro Papa. Lejos de disminuir el absolutismo de los gobernantes, la Reforma sólo lo exageró.

3). Valor racional de las doctrinas de la Reforma

La Reforma subvirtió a toda Europa y estuvo cerca de arruinar a Francia convirtiéndola en un campo de batalla por un período de cincuenta años. Nunca una causa tan insignificante desde un punto de vista racional produjo tan grandes consecuencias.

He aquí una de las innumerables pruebas de que los credos se propagan independientemente de toda razón. Las doctrinas teológicas que despertaron las pasiones humanas tan violentamente, y especialmente las de Calvino, ni siquiera merecen ser examinadas a la luz de una lógica racional.

Enormemente preocupado por su salvación y poseído de un excesivo miedo al demonio – miedo que su confesor no pudo aplacar – Lutero buscó los medios más seguros de agradar a Dios a fin de evitar el infierno.

Habiendo comenzado por negarle al Papa el derecho a vender indulgencias, terminó negando su autoridad y la de la Iglesia por completo, condenando las ceremonias religiosas, la confesión, el culto a los santos, y declaró que los cristianos no deberían tener más reglas de conducta que la Biblia. También consideró que nadie podía salvarse sin la gracia de Dios.

Esta última teoría, conocida como la de la predestinación, fue más bien indefinida en Lutero pero resultó afirmada con precisión por Calvino que la convirtió en el fundamento mismo de su doctrina, a la cual la mayoría de los protestantes todavía adhieren. De acuerdo a él: “Desde toda la eternidad, Dios ha predestinado a ciertos hombres a ser quemados y a otros a ser salvados.” ¿Por qué esta monstruosa iniquidad? Simplemente porque “ésa es la voluntad de Dios”.

Por lo tanto, de acuerdo con Calvino – quien, por lo demás, tan sólo desarrolló ciertas afirmaciones de San Agustín – un Dios todopoderoso se divertiría creando a seres vivientes simplemente para mandarlos a la hoguera por toda la eternidad, sin ninguna consideración por sus actos o sus méritos. Resulta asombroso que

una insania tan repugnante pudiese subyugar a tantas mentes durante tanto tiempo. ¹

La psicología de Calvino no carece de afinidad con la de Robespierre. Al igual que este último, haciéndose dueño de la verdad absoluta, envió a la muerte a quienes no aceptaron sus doctrinas. Dios – afirmaba – desea “que uno ponga a un lado toda compasión cuando se trata de luchar por su gloria”.

El caso de Calvino y sus discípulos demuestra que las cuestiones racionalmente más contradictorias se reconcilian perfectamente en las mentes hipnotizadas por una fe. A los ojos de una lógica racional parecería imposible fundar una moral sobre la teoría de la predestinación puesto que, hagan lo que hagan, las personas, siempre tendrían la certeza de estar salvadas o condenadas de antemano. No obstante, Calvino no halló dificultad alguna en erigir una moral severísima sobre esta base totalmente carente de lógica.

¹ La teoría de la predestinación todavía se enseña en los catecismos protestantes, como lo demuestra el siguiente pasaje extractado de la última edición de un catecismo original que mandé traer de Edimburgo:

“Por el decreto de Dios, para la manifestación de Su gloria, algunos hombres y ángeles están predestinados a la vida eterna y otros escogidos para la muerte eterna.

Estos ángeles y estos hombres, así predestinados y escogidos, están designados de un modo particularmente inmodificable; y su número es tan cierto y definido que no puede ser ni aumentado ni disminuido.

De la humanidad, a aquellos que están predestinados a la vida, Dios, antes de disponer los cimientos del mundo, de acuerdo con Su eterno e inmutable propósito y el consejo secreto y el buen placer de Su voluntad, los eligió en Cristo para la gloria eterna, desde Su mera libre gracia y amor, sin previsión alguna de fe o buenas obras, o perseverancia en cualesquiera de ellas, o cualquier otra cosa en la criatura tal como condiciones, o causas que le moviesen a ellas; y todo para la alabanza de su gloriosa gracia.

Así como Dios ha llamado a los elegidos a la gloria, de la misma manera, por el eterno y libérrimo propósito de Su voluntad, ha destinado todos los medios para ello. Por ello, quienes han sido escogidos caídos en Adán, son redimidos en Cristo; son efectivamente llamados a la fe en Cristo por Su espíritu operando en la época adecuada; son justificados, adoptados, santificados y mantenidos por Su poder a través de la fe hacia la salvación. Ni tampoco algún otro es redimido por Cristo, efectivamente llamado, justificado, adoptado, santificado o salvado excepto y solamente los elegidos”.

Considerándose elegidos por Dios, sus discípulos quedaron tan henchidos de orgullo y de la sensación de su propia dignidad que se sintieron obligados a servir de modelo con sus conductas.

4). Propagación de la Reforma.

La nueva fe se propagó, no mediante discursos, menos aún por un proceso de razonamiento, sino por el mecanismo descrito en una de nuestras obras anteriores: esto es, por la influencia de afirmaciones, repeticiones, contagio mental y prestigio. Mucho más tarde las ideas revolucionarias se extenderían por Francia de la misma manera.

La persecución, como ya lo hemos indicado, tan sólo favoreció esta propagación. Cada ejecución condujo a nuevas conversiones, al igual que en los primeros años de la Iglesia cristiana. Anne Dombourg, concejal parlamentaria, condenada a ser quemada viva, marchó a la pira exhortando a la muchedumbre a convertirse. “Su firmeza” – describe un testigo – “produjo más protestantes entre los hombres jóvenes de los colegios que los libros de Calvino”.

Para impedir que los condenados le hablasen al pueblo se les cortaba la lengua antes de quemarlos. El horror de sus sufrimientos se aumentó atando a las víctimas a una cadena de hierro que le permitía a los verdugos arrastrarlos al fuego y sacarlos del mismo varias veces sucesivamente.

Pero nada indujo a los protestantes a retractarse; ni aún la oferta de una amnistía ofrecida luego de hacerles sentir las llamas.

En 1535, Francisco I, abandonando su previa tolerancia, ordenó que se encendieran en París seis hogueras simultáneas. La Convención, según sabemos, se limitó a una sola guillotina en la misma ciudad. Es probable que los sufrimientos de las víctimas no hayan sido muy intolerables; la insensibilidad física de los mártires cristianos ya ha sido remarcada. Los creyentes están hipnotizados por su fe y sabemos que ciertas formas de hipnosis generan una insensibilidad completa.

La nueva fe progresó rápidamente. En 1560 había dos mil iglesias reformadas en Francia y muchos grandes nobles, al principio bastante indiferentes, adhirieron a la nueva doctrina.

5.)- El conflicto entre distintos credos religiosos. Imposibilidad de tolerancia.

Ya he mencionado que la intolerancia es siempre una compañera de los credos religiosos poderosos. Las revoluciones políticas y religiosas nos ofrecen numerosas pruebas de este hecho, mostrándonos también que la intolerancia mutua de sectarios de la misma religión es siempre mucho más intensa que la de los defensores de credos remotos y extraños tales como el cristianismo y el Islam. De hecho, si consideramos los credos por los cuales Francia se encontró postrada por tanto tiempo, encontraremos que no se diferencian sino en cuestiones accesorias. Católicos y protestantes adoraban exactamente al mismo Dios y sólo se diferenciaban en la manera de venerarlo. Si la razón hubiera desempeñado tan sólo un papel mínimo en la elaboración de su fe, fácilmente les habría podido demostrar que a Dios debe serle bastante indiferente el ver que los hombres lo veneran de un modo o de otro.

Al ser la razón impotente para afectar el cerebro de los convencidos, protestantes y católicos continuaron con sus feroces conflictos. Todos los esfuerzos de sus soberanos para reconciliarlos fueron en vano. Catalina de Medicis, viendo que el partido de la Iglesia Reformada, a pesar de la persecución, crecía día a día y atraía a un considerable número de nobles y magistrados, pensó en desarmarlos en 1561 convocando en Poissy a una asamblea de obispos y de pastores con el objetivo de fusionar a las dos doctrinas. Una empresa semejante indica que la reina, a pesar de sus sutilezas, no sabía nada de las leyes de la lógica mística. En toda la Historia no se puede citar un solo caso de alguna doctrina que haya sido destruida por medio de la refutación. Catalina ni siquiera sabía que la tolerancia – aunque sea posible, con algunas dificultades, entre individuos – resulta imposible entre colectividades. Su intento fracasó por completo. Los teólogos reunidos se lanzaron textos e insultos por la cabeza pero

nadie salió convencido. Catalina creyó poder tener más éxito en 1562 promulgando un edicto que le otorgaba a los protestantes el derecho a reunirse en la celebración pública de su culto.

Esta tolerancia, muy admirable desde un punto de vista filosófico pero para nada sabio desde una óptica política, no tuvo otro resultado que el de exasperar a las facciones. En el Mediodía de Francia, dónde los protestantes se habían hecho más fuertes, persiguieron a los católicos. Trataron de convertirlos por la violencia, les cortaron el cuello cuando no lo consiguieron y saquearon sus catedrales. En las regiones en dónde los católicos eran más numerosos los reformadores sufrieron persecuciones similares.

Hostilidades como éstas inevitablemente engendraron la guerra civil. De esta manera surgieron las llamadas guerras de religión que durante tanto tiempo derramaron la sangre de Francia. Las ciudades se asolaron, los habitantes fueron masacrados y la lucha rápidamente adquirió esa especial ferocidad característica de los conflictos religiosos y políticos, una ferocidad que más tarde reaparecería en las guerras de La Vendée.

Ancianos, mujeres y niños; todos fueron exterminados. Cierta Baron d'Oppede, primer presidente del Parlamento de Aix, ya había dado el ejemplo matando a 3.000 personas en el transcurso de diez días, con crueldades refinadas y destruyendo tres ciudades y veintidós poblados. Montluc, un digno antecesor de Carrier, hizo tirar vivos a los calvinistas a los pozos hasta que los mismos se llenaron. Los protestantes no fueron más humanos. No se detuvieron ni ante las iglesias católicas y le dieron a las tumbas y a las estatuas el mismo tratamiento que los delegados de la Convención le darían a las tumbas reales de Saint Denis.

Bajo la influencia de estos conflictos, Francia se desintegró progresivamente y, hacia el final del reinado de Enrique III, se encontró parcelada en verdaderas y pequeñas repúblicas municipales confederadas formando otros tantos estados soberanos. Los Estados de Blois pretendieron dictar sus deseos a Enrique III quien había huido de su capital. En 1577, Lippomano, un viajero que

recorría Francia, vio a importantes ciudades – Orleans, Tours, Blois, Poitiers – enteramente devastadas, con sus catedrales e iglesias en ruinas y las tumbas profanadas. Casi la misma situación se dio en Francia al final del Directorio.

Entre los sucesos de esta época, el que dejó el más negro recuerdo, aunque quizás no haya sido el más sangriento, fue la masacre de San Bartolomé en 1572, ordenada, de acuerdo con los historiadores, por Catalina de Medicis y Carlos IX.

Uno no necesita profundos conocimientos de psicología para darse cuenta de que ningún soberano podría haber ordenado un hecho semejante. El Día de San Bartolomé no fue un crimen monárquico sino un crimen popular. Catalina de Medicis, creyendo que su existencia y la del rey se hallaban amenazadas por una conspiración dirigida por cuatro o cinco dirigentes protestantes que en ese momento se hallaban en París, envió hombres para matarlos en sus domicilios según el estilo sumario de la época. La masacre que siguió a continuación está muy bien explicada por Battifil en los siguientes términos:

“Ante los informes de lo que estaba sucediendo, inmediatamente corrió el rumor por todo París de que los hugonotes estaban siendo masacrados. Caballeros católicos, soldados de la guardia, arqueros, hombres del pueblo, en suma, todo París corrió a las calles con las armas en la mano a fin de participar de la ejecución y la masacre general comenzó al son de feroces gritos de ‘¡Maten! ¡Maten a los hugonotes!’ Se los abatió, se los ahogó, se los colgó. Todos los que eran conocidos como herejes corrieron la misma suerte. Dos mil personas fueron asesinadas en París.”

Por contagio, las gentes de las provincias imitaron a las de París y entre seis a ocho mil personas fueron inmoladas.

Después de que el tiempo enfriara en algo las pasiones religiosas, todos los historiadores, incluso los católicos, han hablado del Día de San Bartolomé con indignación. Con ello se demuestra cuán difícil es para la mentalidad de una época entender a la de otra época.

En su momento, lejos de ser criticado, el Día de San Bartolomé provocó un entusiasmo indescriptible a través de toda la Europa católica.

Felipe II deliró de alegría cuando escuchó la noticia y el rey de Francia recibió más congratulaciones que las que le hubieran dispensado luego de ganar una gran batalla.

Pero, más que nadie, fue el Papa Gregorio XIII el que manifestó la satisfacción más evidente. Hizo acuñar una medalla para conmemorar el feliz acontecimiento, ² ordenó el encendido de fuegos de artificio y salvas de cañonazos; celebró varias misas e hizo llamar al pintor Vasari para que pintara sobre los muros del Vaticano las principales escenas de la carnicería. Más tarde le envió al rey de Francia un embajador con instrucciones de felicitarlo por su magnífica acción. Son detalles históricos de este tipo los que nos permiten comprender la mentalidad del creyente. Los jacobinos del Terror tenían una mentalidad muy semejante a la de Gregorio XIII.

Naturalmente los protestantes no fueron indiferentes a tamaña hecatombe e hicieron tales progresos que, en 1576, Enrique III se vio obligado a garantizarles por el Edicto de Beaulieu una total libertad de culto, ocho plazas fuertes y, en los parlamentos, cámaras compuestas mitad por católicos y mitad por hugonotes.

Estas concesiones forzosas no condujeron a la paz. Se formó una Liga Católica, con el Duque de Guise a la cabeza, y el conflicto prosiguió. Pero no podía durar por siempre. Sabemos como Enrique IV le puso fin, al menos por un tiempo, por su abjuración de 1593 y por el Edicto de Nantes.

² La medalla debió ser distribuida de un modo bastante amplio porque el gabinete de medallas de la Bibliothèque Nationale contiene tres ejemplares: una de oro, una de plata y una de cobre. Esta medalla, reproducida por Bonnani en su *Numism. Pontific.* (vol. I p. 336) representa, en una de sus caras, a Gregorio XIII y, en el anverso, a un ángel castigando a hugonotes con la espada. La leyenda dice “Ugonotorum strages”, esto es: Masacre de los Hugonotes. (La expresión *strages* puede ser traducida como “carnicería” o “masacre”, un sentido que posee en Cicerón y en Livio; o bien por “desastre” o “ruina”, un sentido que le atribuyen Virgilio y Tácito).

La lucha se aquietó pero no terminó. Bajo Luis XIII los protestantes todavía estaban inquietos y en 1627 Richelieu se vio obligado a poner sitio a La Rochelle dónde perecieron 15.000 protestantes. Después, siendo poseedor de más sentimientos políticos que religiosos, el famoso cardenal demostró ser extremadamente tolerante hacia los reformadores.

Esta tolerancia tampoco podía durar. Credos contrarios no pueden entrar en contacto sin buscar aniquilarse mutuamente ni bien uno de ellos se siente capaz de dominar al otro. Bajo Luis XIV los protestantes se habían vuelto por lejos más débiles que los católicos y se vieron forzados a renunciar a la lucha y a vivir en paz. Por aquél entonces su número se hallaba alrededor de 1.200.000 personas y poseían más de 600 iglesias atendidas por cerca de 700 pastores. La presencia de estos herejes resultaba intolerable al clero católico que se propuso perseguirlos de varias maneras. Como estas persecuciones arrojaron escasos resultados, Luis XIV recurrió a intimidarlos en 1685, año en que muchos individuos perecieron pero sin mayores consecuencia ulteriores. Bajo la presión del clero, especialmente de Bossuet, el Edicto de Nantes fue revocado y los protestantes forzados a aceptar la conversión o abandonar Francia. Esta desastrosa emigración duro largo tiempo y se dice que le costó a Francia 400.000 habitantes; hombres de notable energía, desde el momento en que tuvieron el coraje de proceder de acuerdo con su conciencia antes que de acuerdo a sus intereses.

6. Los resultados de las revoluciones religiosas.

Si juzgásemos a las revoluciones religiosas por la tenebrosa historia de la Reforma, estaríamos forzados a considerarlas como altamente desastrosas. Pero no todas han desempeñado un papel similar siendo considerable la influencia civilizadora de algunas de ellas.

Al darles a los pueblos una unidad moral, aumentan en forma considerable su poder material. Vemos esto especialmente cuando una nueva fe, traída por Mahoma, transforma las pequeñas e impotentes tribus de Arabia en una formidable nación.

Una fe religiosa de esta clase no se limita a hacer más homogéneo a un pueblo. Obtiene un resultado que ninguna filosofía, ningún código ha logrado jamás; transforma sensiblemente algo que es casi inmodificable: la sensibilidad de una raza.

Podemos ver esto en el período en que la revolución religiosa más poderosa registrada por la Historia destronó al paganismo para sustituirlo por un Dios que venía de las planicies de Galilea. El nuevo ideal demandaba renunciar a todas las alegrías de la existencia a fin de adquirir la felicidad eterna del cielo. No hay duda de que un ideal así fue fácilmente aceptado por los pobres, los esclavizados, los desheredados que se encontraban privados de las alegrías de la vida aquí abajo; aquellos a quienes se les ofrecía un futuro encantador a cambio de una vida sin esperanzas. Pero la austera existencia, tan fácilmente abrazada por los pobres, resultó aceptada también por los ricos. Sobre todo en esto último es que se manifestó el poder de la nueva fe.

La revolución cristiana no sólo transformó las costumbres; también ejerció por espacio de dos mil años una influencia preponderante sobre la civilización. Cuando una fe religiosa triunfa, todos los elementos de la civilización se adaptan naturalmente a ella, de modo tal que la civilización misma se transforma en forma acelerada. Escritores, artistas y filósofos meramente simbolizan en sus obras las ideas de la nueva fe.

Cuando una fe religiosa o política cualesquiera ha triunfado, no es sólo que la razón resulta impotente para afectarla sino que ésta aún encuentra motivos que la impelen a interpretar – y así justificar – a la fe en cuestión, para de este modo tender a imponerla sobre los demás. Probablemente existieron al menos tantos teólogos y oradores en los tiempos de Moloch para demostrar la utilidad de los sacrificios humanos, como los que existieron en otros períodos para glorificar a la Inquisición, la masacre de San Bartolomé o las hecatombes del Terror.

No debemos esperar a ver pueblos poseedores de fuertes credos dispuestos a lograr la tolerancia. Los únicos pueblos que

consiguieron establecer la tolerancia en el mundo antiguo fueron politeístas. Las naciones que practican la tolerancia en los tiempos actuales son aquellas que bien podrían ser definidas como politeístas puesto que están, como en Inglaterra y América, divididas en innumerables sectas. Bajo nombres idénticos adoran, en realidad, a deidades muy diferentes.

La multiplicidad de credos que resulta en una tolerancia semejante finalmente también conduce a la debilidad. Arribamos por lo tanto a un problema psicológico que no ha sido resuelto hasta ahora: el de cómo poseer una fe que sea, al mismo tiempo, poderosa y tolerante.

La explicación precedente revela el gran papel desempeñado por las revoluciones religiosas y el poder de los credos. A pesar de su escaso valor racional, éstos le dan forma a la Historia y evitan que los pueblos sean una masa de individuos sin cohesión ni vigor. El ser humano ha necesitado credos en todas las épocas para orientar su pensamiento y guiar su conducta. Hasta ahora, ninguna filosofía ha conseguido suplantarlos.

Capítulo III: La Acción de los Gobiernos en las Revoluciones

1)- La débil resistencia de los gobiernos en épocas revolucionarias.

Muchas naciones modernas – Francia, España, Italia, Austria, Polonia, Japón, Turquía, Portugal, etc. – han conocido revoluciones durante el último siglo. Estas revoluciones se caracterizaron por lo súbito de su aparición y por la facilidad con la que los gobiernos atacados resultaron derrocados.

La naturaleza eruptiva de estas revoluciones se explica por la rapidez del contagio mental que se produce en virtud de los modernos métodos publicitarios. La débil resistencia de los gobiernos atacados es más sorprendente. Implica una ineptitud total para comprender y prever, creada por la ciega confianza en la fuerza propia.

Sin embargo, la facilidad con la que caen los gobiernos no es un fenómeno nuevo. Ha sido constatado más de una vez, no sólo en sistemas aristocráticos que siempre resultan derribados por conspiraciones palaciegas, sino también en gobiernos perfectamente informados de la opinión pública por medio de la prensa y a través de sus propios agentes.

Entre estas caídas súbitas, una de las más notables fue la que siguió a las Ordenanzas de Carlos X. Este monarca, como sabemos, fue derrocado en cuatro días. Su ministro Polignac no había tomado ninguna medida defensiva y el rey estaba tan confiado en la tranquilidad de París que se había ido a cazar. El ejército no le era hostil en lo más mínimo – contrariamente a lo que ocurrió bajo el reinado de Luis XVI – pero las tropas, mal conducidas, se desbandaron ante los ataques de unos pocos insurgentes.

El derrocamiento de Luis-Felipe fue aún más típico puesto que no resultó de un acto arbitrario de parte del soberano. Este monarca no se hallaba rodeado del odio que finalmente rodeó a Carlos X y su caída fue la consecuencia de una insignificante revuelta que podría haber sido reprimida con facilidad.

Los historiadores que no consiguen comprender cómo un gobierno sólidamente constituido, apoyado por un ejército impresionante, puede ser derrocado por unos pocos revoltosos, naturalmente atribuyeron la caída de Luis-Felipe a causas profundamente arraigadas. En realidad, la causa de su caída fue la incapacidad de los generales encargados de su defensa.

Este caso es uno de los más instructivos que puede ser citado y merece un momento de consideración. Ha sido perfectamente investigado por el General Bonnal, a la luz de las notas de un testigo ocular, el General Elchingen. Treinta y seis mil tropas estaban en ese momento en París pero la debilidad y la incapacidad de sus oficiales hizo que fuese imposible utilizarlas. Se dieron órdenes contradictorias y, finalmente, a la tropa se le prohibió disparar contra la muchedumbre a la cual – y nada podía ser más peligroso –

hasta se le permitió mezclarse con los soldados. La revuelta tuvo éxito sin lucha y obligó al rey a abdicar.

Aplicando al caso precedente nuestro conocimiento de la psicología de las masas, el General Bonnal demuestra con qué facilidad se hubiera podido controlar la revuelta que derrocó a Luis-Felipe. Demuestra, especialmente, que, si los oficiales al mando no hubieran perdido por completo la cabeza, hasta un reducido número de soldados hubiera evitado que los insurgentes invadiesen la Cámara de Diputados. Esta última, compuesta por monárquicos, ciertamente hubiera proclamado al Conde de Paris bajo la regencia de su madre.

Fenómenos similares se observaron en las revoluciones de España y Portugal.

Estos hechos revelan el papel de las pequeñas circunstancias accesorias en los grandes acontecimientos y demuestran que no se debe hablar tan ligeramente de las leyes generales de la Historia. Sin la revuelta que derrocó a Luis-Felipe probablemente no hubiéramos visto ni la República de 1848, ni el Segundo Imperio, ni Sedan, ni la invasión, ni la pérdida de Alsacia.

En las revoluciones de las que acabo de hablar el ejército no le sirvió de ayuda al gobierno, pero tampoco se volvió contra el mismo. Es frecuente que suceda de un modo diferente. Muchas veces es el ejército el que hace la revolución, como en Turquía y en Portugal. Las innumerables revoluciones de las repúblicas latinas de América han sido hechas por el ejército.

Cuando la revolución es llevada a cabo por el ejército, los nuevos gobernantes naturalmente caen bajo su dominación. Ya he recordado el hecho de que ésta fue la situación hacia fines del Imperio Romano cuando los emperadores fueron hechos y deshechos por la soldadesca.

Lo mismo ha sido observado a veces en tiempos modernos. El siguiente extracto de un diario, con referencia a la revolución griega, muestra lo que le sucede a un gobierno dominado por su ejército:

“Un día se anunció que ocho oficiales de la armada enviarían sus renuncias si el gobierno no despedía a los dirigentes que ellos objetaban. En otra oportunidad fueron los trabajadores agrícolas de una granja (metairie), perteneciente al Príncipe de la Corona, que demandaban el reparto de las tierras entre ellos. La armada protestó contra la promoción prometida al Coronel Zorbas. El Coronel Zorbas, luego de una semana de discusiones con el Teniente Typaldos, trataba con el Presidente del Consejo como un poder con otro poder. Durante este período, la Federación de las Corporaciones injurió a los oficiales de la armada. Un diputado demandó que estos oficiales y sus familiares fuesen tratados como bandoleros. Cuando el Comandante Miaoulis disparó contra los rebeldes, los marineros, que al principio habían obedecido a Typaldos, regresaron a sus deberes. Ésta ya no es la Grecia armoniosa de Pericles y Temístocles. Es el repugnante campo de Agramante.”

Una revolución no puede ser llevada a cabo sin la asistencia, o por lo menos la neutralidad, del ejército pero es frecuente que el movimiento comience sin él. Éste fue el caso de las revoluciones de 1830 y 1848, y la de 1870 que derribó al Imperio después de la humillación de Francia por la rendición de Sedan.

La mayoría de las revoluciones tiene lugar en las capitales y se propaga por contagio al resto del país; pero ésta no es una regla constante. Sabemos que, durante la Revolución Francesa, La Vendee, Bretaña y el Mediodía se alzaron simultáneamente contra París.

2)- Cómo la resistencia de los gobiernos puede vencer la revolución.

En la gran cantidad de revoluciones antes enumeradas hemos visto a gobiernos perecer debido a su debilidad. Cayeron ni bien fueron tocados.

La Revolución Rusa ³ prueba que un gobierno que se defiende enérgicamente puede llegar a triunfar.

Nunca una revolución amenazó más a un gobierno. Después de los desastres sufridos en Oriente y las severidades de un régimen autocrático demasiado opresor, todas las clases de la sociedad – incluyendo una porción del ejército y de la flota – se habían declarado en rebeldía. Los ferrocarriles, el correo y los servicios telegráficos estaban paralizados de modo tal que las comunicaciones entre las distintas porciones del vasto imperio se hallaban interrumpidas.

La clase rural misma, que constituía la mayoría de la nación, comenzó a sentir la influencia de la propaganda revolucionaria. El sector de los campesinos estaba desesperanzado. Por el sistema del mir, los campesinos se veían obligados a cultivar un suelo que no podían adquirir. El gobierno resolvió inmediatamente aplacar a esta gran clase de campesinos convirtiéndolos en propietarios. Leyes especiales forzaron a los terratenientes a venderles a los campesinos una porción de sus tierras y se crearon bancos destinados a prestarles el necesario dinero a los compradores. Las sumas prestadas debían ser devueltas en pequeñas anualidades deducidas del producto de la venta de las cosechas.

Asegurada la neutralidad de los campesinos, el gobierno pudo enfrentar a los fanáticos que se dedicaban a incendiar pueblos, arrojar bombas entre la muchedumbre y a librar una guerra sin cuartel. Todos los que pudieron ser aprehendidos fueron muertos. Un exterminio de esta clase es el único método descubierto desde el inicio del mundo por medio del cual una sociedad puede ser protegida de aquellos facciosos que desean destruirla.

Más allá de ello, el gobierno victorioso comprendió la necesidad de satisfacer los reclamos legítimos de la porción ilustrada de la nación. Creó un parlamento con instrucciones de preparar leyes y controlar gastos.

³ De 1905 - N. del T.

La historia de la Revolución Rusa nos muestra cómo un gobierno que ha perdido sucesivamente todos sus sostenes naturales puede, con sabiduría y con firmeza, triunfar sobre los más formidables obstáculos. Con mucho acierto se ha dicho que los gobiernos no se derriban sino que cometen suicidio.⁴

3). Revoluciones hechas por los gobiernos. Ejemplos: China, Turquía, etc.

Los gobiernos casi invariablemente luchan contra las revoluciones; casi nunca las crean. Representando las necesidades del momento y a la opinión general, siguen a los reformadores tímidamente; no los preceden. Sin embargo, a veces, algunos gobiernos han intentado concretar esos cambios súbitos que conocemos como revoluciones. La estabilidad o inestabilidad de la mentalidad nacional decreta el éxito o el fracaso de esos intentos.

Tienen éxito cuando el pueblo sobre el cual el gobierno busca imponer nuevas instituciones está compuesto por tribus semi-bárbaras, sin leyes fijas, sin tradiciones sólidas; es decir, sin una mentalidad nacional establecida. Tal fue la condición de Rusia en los días de Pedro el Grande. Conocemos cómo intentó europeizar a las poblaciones semi-asiáticas por la fuerza.

Japón es otro ejemplo de una revolución realizada por el gobierno, pero fue su maquinaria, no su mentalidad, la que resultó reformada.

⁴ Es obvio que hoy conocemos lo efímero que fue este triunfo del zarismo ruso en 1905. Por un lado, las reformas emprendidas no fueron tan efectivas como quizás se desprende del texto. Aunque, también es cierto que, de no haberse embarcado Rusia en la Primera Guerra Mundial, muy posiblemente se hubiera salvado al menos del bolcheviquismo. En todo caso, los datos apuntados por Le Bon confirman que la Revolución Bolchevique se apoyó en un porcentaje realmente ínfimo de la población, siendo que, poco tiempo después, Stalin tendría que masacrar a los "kulaks" aquí mencionados para imponerse.

En términos generales, Rusia estaba madura para una revolución. Quizás más de lo que creyó Le Bon a partir de los datos que tenía a su disposición. Pero el mayor error que cometió el zarismo no fue el de ser demasiado lento en su reformismo político sino el de ser demasiado rápido e irresponsable en su afán por embarcarse en la aventura militar de una Guerra Mundial, tan sólo para perderla de un modo catastrófico. En eso consistió su suicidio. (N. del T.)

Hace falta un autócrata muy poderoso, secundado por un hombre de genio, para tener éxito – aún parcialmente – en una empresa así. La mayoría de las veces el reformador se encuentra con que todo el pueblo se alza en su contra. Así, contrariamente a lo que acontece en una revolución típica, el autócrata es revolucionario y el pueblo es conservador. Sin embargo, un estudio minucioso pronto demostraría que los pueblos siempre son extremadamente conservadores.

El fracaso es la regla en este tipo de intentos. Las revoluciones no cambian el espíritu de los pueblos que llevan largo tiempo de establecidos, tanto si son llevadas a cabo por las clases superiores como por las inferiores. Solamente cambian aquellas cosas que, desgastadas por el tiempo, están listas para caer.

China actualmente está haciendo un experimento muy interesante pero imposible en su búsqueda por renovar súbitamente las instituciones del país por medio del gobierno. La revolución que derrocó a la dinastía de sus antiguos soberanos fue la consecuencia indirecta del descontento provocado por las reformas que el gobierno había tratado de imponer con la intención de mejorar las condiciones de China. La supresión del opio y de los juegos de azar, la reforma del ejército y la creación de escuelas, trajo consigo un aumento de los impuestos que, al igual que las reformas mismas, indispuso en gran medida a la opinión general.

Unos pocos chinos cultos, educados en las escuelas de Europa, aprovecharon este descontento para producir un levantamiento popular y proclamar a la república, una institución acerca de la cual los chinos no podían tener concepto alguno.

Seguramente esto no puede subsistir por mucho tiempo puesto que el impulso que hizo nacer a la república no es un movimiento de progreso sino de reacción. Para el chino intelectualizado por su educación europea, la palabra “república” es simplemente un sinónimo del rechazo del yugo de leyes, reglas y prohibiciones establecidas desde hace mucho tiempo. Cortándose la trenza, cubriendo su cabeza con una gorra y llamándose republicano el joven chino piensa que le ha dado rienda suelta a todos sus instintos. Ésta

es, aproximadamente, la misma idea que una gran parte del pueblo francés sostuvo por la época de la gran Revolución.

China pronto descubrirá el destino que siempre le espera a una sociedad privada de la armadura lentamente construida por el pasado. Después de algunos pocos años de sangrienta anarquía le será necesario establecer un poder cuya tiranía inevitablemente será por lejos más severa que aquella que ha derrocado. La ciencia aún no ha descubierto el anillo mágico capaz de salvar a una sociedad sin disciplina. No hay necesidad de imponer esa disciplina cuando se ha vuelto hereditaria; pero cuando se ha permitido que los instintos primitivos destruyan las barreras penosamente erigidas por lentos esfuerzos ancestrales, las mismas no pueden ser reconstruidas excepto por una enérgica tiranía.⁵

Como prueba de estas afirmaciones podemos traer a colación un experimento análogo al emprendido por China: el recientemente intentado por Turquía. Hace unos pocos años, jóvenes instruidos en escuelas europeas y llenos de buenas intenciones consiguieron – con la ayuda de cierto número de militares – derrocar a un Sultán cuya tiranía parecía insoportable. Habiendo adquirido nuestra robusta fe latina en el poder mágico de las fórmulas, pensaron que podían establecer el sistema representativo en un país semi-civilizado, profundamente dividido por odios religiosos y con pueblos de diversas razas.

El intento no ha prosperado hasta ahora. Los autores de la reforma tuvieron que aprender que, a pesar de su liberalismo, han sido forzados a gobernar por métodos muy similares a los empleados por el gobierno derrocado. No pudieron evitar ni las ejecuciones sumarias ni las masacres a mansalva de cristianos, ni consiguieron tampoco poner remedio a un solo abuso.

⁵ De hecho, China salió de la situación relatada desembocando en la dictadura de Mao Tse Tung, un régimen que, conceptualmente, sólo merece el nombre de “república” si por ese término convenimos en llamar así a cualquier cosa que no sea una monarquía explícita. (N. del T.)

Sería injusto hacerles reproches. En verdad, ¿qué hubieran podido hacer para cambiar a un pueblo cuyas tradiciones han permanecido inmutables por tanto tiempo, cuyas pasiones religiosas son tan intensas y cuyos mahometanos, aún constituyendo una minoría, pretenden gobernar la sagrada ciudad de su fe de acuerdo con su código? ¿Cómo evitar que el Islam siga siendo la religión del Estado en un país cuya ley civil y cuya ley religiosa no están todavía claramente separadas y en dónde la fe en el Corán es el único lazo por medio del cual se puede mantener la idea de una nacionalidad?

Es difícil destruir un estado de cosas semejante. Por ello, lo que veremos en el futuro es el restablecimiento de una organización autocrática bajo la apariencia de constitucionalismo – es decir: prácticamente el antiguo sistema otra vez. Estos intentos ofrecen un buen ejemplo del hecho que un pueblo no puede elegir sus instituciones hasta que no ha transformado su mentalidad.

4). Elementos sociales que sobreviven a los cambios de gobierno después de una revolución.

Lo que diremos más tarde sobre el fundamento estable del ser nacional nos permitirá apreciar el poder de los sistemas de gobierno establecidos desde hace mucho tiempo, tales como las antiguas monarquías. Un monarca puede ser fácilmente derrocado por conspiradores, pero éstos son impotentes frente a los principios que el monarca representa. Napoleón, luego de su caída, no fue reemplazado por su heredero natural sino por un heredero de reyes. Este último encarnó un principio ancestral mientras que el hijo del Emperador personificaba ideas que aún se hallaban imperfectamente establecidas en la mentalidad de las personas.

Por la misma razón un ministro, por más capaz que sea, por más grandes servicios que le haya prestado a su país, muy raramente podrá derrocar a un soberano. Bismarck mismo no hubiera podido hacerlo. Este gran ministro había creado por mano propia la unidad de Alemania. Y aún así, su rey sólo tuvo que tocarlo con el dedo y

desapareció. Un hombre no es nada ante un principio sostenido por la opinión general.

Pero aún cuando, por varias razones, el principio encarnado en el gobierno es aniquilado con ese gobierno, tal como sucedió en tiempos de la Revolución Francesa, aún entonces los elementos de la organización social no perecen todos al mismo tiempo.

Si de Francia no supiésemos nada aparte de los disturbios de los últimos cien años o poco más, podríamos suponer al país viviendo en un estado de profunda anarquía. No obstante su vida económica, industrial y hasta política presenta, por el contrario, una continuidad que parece ser independiente de todas las revoluciones y de todos los gobiernos.

El hecho es que, aparte de los grandes acontecimientos que registran los tratados de Historia, están los pequeños hechos de la vida cotidiana que los libros omiten mencionar. Estos hechos están gobernados por necesidades imperiosas que no se detienen ante ninguna persona. Su masa total forma la estructura real de la vida del pueblo.

Mientras que el estudio de los grandes acontecimientos nos muestra que el gobierno nominal de Francia cambió frecuentemente a lo largo de un siglo, un examen de los pequeños acontecimientos cotidianos nos demostrará que, por el contrario, su gobierno real cambió muy poco.

¿Quiénes son los verdaderos gobernantes de un pueblo? En las grandes crisis de la vida nacional son los reyes y los ministros, sin duda. Pero éstos no desempeñan ningún papel en absoluto en las pequeñas realidades que constituyen la vida de todos los días. Las reales fuerzas directrices de un país son las administraciones, compuestas por elementos impersonales que nunca se ven afectados por los cambios de gobierno. Conservadores de tradiciones, son anónimos y duraderos, constituyendo un poder oculto ante el cual todos los demás tendrán que inclinarse tarde o temprano. Su influencia incluso ha crecido a tal grado que, como demostraremos más adelante, existe el peligro de que puedan formar un Estado

anónimo más poderoso que el Estado oficial. De este modo Francia ha venido a ser gobernada por jefes de departamento y por empleados públicos. Mientras más estudiamos la Historia de las revoluciones, más nos encontramos con que no cambian prácticamente nada fuera del cartel en la puerta. Crear una revolución es fácil; lo realmente difícil es cambiar el alma de un pueblo.

Capítulo IV: El papel del pueblo en las revoluciones

1)- La estabilidad y la maleabilidad de la mentalidad nacional.

El conocimiento acerca de un pueblo en cualquier momento de su Historia implica comprender su entorno y, sobre todo, su pasado. Teóricamente se puede negar ese pasado, como lo hicieron los hombres de la Revolución y como lo hacen muchas personas de la actualidad, pero su influencia sigue siendo indestructible.

En el pasado, construido por la lenta acumulación de los siglos, se formó el conjunto de pensamientos, sentimientos, tradiciones y prejuicios que constituyen la mentalidad nacional que hace al vigor de una raza. Sin este conjunto no hay progreso posible. Cada generación necesitaría un nuevo inicio.

El conjunto que hace al espíritu de un pueblo sólo está firmemente establecido si posee cierta rigidez; si bien esta rigidez no debe sobrepasar un determinado límite ya que, en caso contrario, la maleabilidad no existiría.

Sin rigidez el espíritu ancestral no tendría fijación y sin maleabilidad no podría adaptarse a los cambios del entorno que resultan del progreso de la civilización.

Una excesiva maleabilidad de la mentalidad nacional impulsa a los pueblos a revoluciones incesantes. Un exceso de rigidez conduce a la decadencia. Las especies vivientes, como las razas humanas,

desaparecen cuando, demasiado rígidamente establecidas por un largo pasado, se vuelven incapaces de adaptarse a las nuevas condiciones de existencia.

Pocos pueblos han conseguido establecer un justo equilibrio entre estas dos cualidades contrapuestas de estabilidad y maleabilidad. Los romanos de la antigüedad y los ingleses de los tiempos modernos pueden ser citados entre los que mejor lo han logrado.

Los pueblos cuya mentalidad se halla más fija y establecida con frecuencia producen las revoluciones más violentas. No habiendo tenido éxito en evolucionar progresivamente y en adaptarse a los cambios del entorno, se ven forzados a adaptarse violentamente cuando dicha adaptación se torna indispensable.

La estabilidad se adquiere sólo lentamente. La Historia de una raza es, por sobre todo, la Historia de sus largos esfuerzos por establecer su mentalidad. Mientras no lo haya conseguido, constituye una horda de bárbaros sin cohesión ni poder. Después de las invasiones ocurridas hacia fines del Imperio Romano, a Francia le llevó varios siglos formarse una mentalidad nacional.

Finalmente la adquirió; pero en el transcurso de los siglos esta mentalidad terminó volviéndose demasiado rígida. Con un poco más de maleabilidad, la antigua monarquía hubiera sido lentamente transformada – como lo fue en otras partes – y podríamos haber evitado, junto con la Revolución y sus consecuencias, la dura tarea de reconstruir un espíritu nacional.

Las consideraciones que anteceden nos muestran el papel que la raza desempeña en la génesis de las revoluciones y explican por qué las mismas revoluciones producirán consecuencias tan diversas en diferentes países; por qué, por ejemplo, las ideas de la Revolución Francesa, recibidas con entusiasmo por algunos pueblos, fueron rechazadas por otros.

Ciertamente Inglaterra, un país muy estable, sufrió dos revoluciones y mató a un rey; pero el molde de su armadura mental permaneció lo suficientemente estable como para retener las adquisiciones del

pasado y lo suficientemente maleable como para modificarlas dentro de los límites necesarios. Nunca Inglaterra soñó, como lo hicieron los hombres de la Revolución Francesa, con destruir su herencia ancestral a fin de erigir una nueva sociedad en nombre de la razón.

“Mientras el francés” – escribe Sorel – “despreció a su gobierno, detestó a su clero, odió a la nobleza y se rebeló contra las leyes, el inglés estuvo orgulloso de su religión, su constitución, su aristocracia, su Cámara de Lores. Estos elementos actuaron como otras tantas torres de la formidable Bastilla en la que el inglés se atrincheró, bajo el estandarte británico, para juzgar a Europa y cubrirla de desprecio. Admitió que el mando estaba siendo disputado dentro del fuerte; pero ningún extranjero habría de inmiscuirse.”

La influencia de la raza en el destino de los pueblos aparece claramente en la Historia de las perpetuas revoluciones de las repúblicas españolas en América del Sur. Compuestas por semi-castas, es decir: por individuos cuyas herencias dispares han disociado sus características ancestrales, estas poblaciones no poseen un espíritu nacional y, por lo tanto, tampoco estabilidad. Un pueblo constituido por semi-castas siempre es ingobernable.

Si quisiéramos aprender más acerca de las diferencias en capacidad política que crea el factor racial deberíamos examinar a una misma nación gobernada sucesivamente por dos razas.

El acontecimiento no es raro en la Historia. Se ha manifestado de una forma conspicua últimamente en Cuba y en las Filipinas, que pasaron repentinamente del gobierno de España al de los Estados Unidos.

Sabemos de la anarquía y pobreza en la que Cuba vivía bajo dominación española; sabemos, también, del grado de prosperidad alcanzado por la isla en unos pocos años después de caer en manos de los Estados Unidos.

La misma experiencia se repitió en las Filipinas que, por siglos, habían sido gobernadas por España. Al final, el país no fue más que

una gran selva, hogar de epidemias de todo tipo, dónde una población miserable vegetaba sin comercio ni industria. Después de unos pocos años de gobierno norteamericano el país quedó totalmente transformado: la malaria, la fiebre amarilla, las epidemias y el cólera habían desaparecido por completo. Se desagotaron los pantanos, el país se cubrió de ferrocarriles, fábricas y escuelas. En trece años la tasa de mortalidad se redujo en dos tercios.

Es a estos ejemplos que debemos referir al teórico que aún no ha comprendido el profundo significado de la palabra “raza”, ni tampoco la medida en que el espíritu ancestral de un pueblo gobierna su destino.

2). Cómo los pueblos consideran a la revolución.

El papel de los pueblos ha sido el mismo en todas las revoluciones. Nunca es el pueblo el que las concibe ni el que las dirige. La actividad revolucionaria es desatada por medio de dirigentes.

Sólo cuando están involucrados los intereses directos del pueblo es que vemos, como recientemente en Champagne, a una fracción del pueblo levantarse espontáneamente. Un movimiento localizado de esta manera constituye una simple revuelta.

La revolución es fácil cuando sus dirigentes son muy influyentes. De esto Portugal y Brasil han suministrado pruebas hace poco. Pero las nuevas ideas penetran en el pueblo muy lentamente por cierto. Por lo general, el pueblo acepta una revolución sin saber por qué y cuando, por casualidad, consigue entender por qué, la revolución ya ha terminado hace rato.

El pueblo creará una revolución porque será persuadido de hacerla, pero no comprende gran cosa de las ideas de sus líderes; las interpretará a su manera y esta manera de ningún modo es la de los verdaderos autores de la revolución. La Revolución Francesa ofreció un claro ejemplo de este hecho.

La Revolución de 1789 tuvo por real objetivo la sustitución del poder de la nobleza por el de la burguesía; esto es: una vieja élite que se había vuelto incapaz habría de ser reemplazada por una nueva élite más capaz.

Nadie se hizo una gran cuestión del pueblo en esta primera fase de la Revolución. Se proclamó la soberanía del pueblo, pero limitada al derecho de elegir a sus representantes.

Extremadamente ignorante, sin esperar – como las clases medias – a ascender en la escala social, no sintiéndose de ningún modo igual a los nobles ni aspirando jamás a convertirse en su igual, el pueblo tenía una visión y unos intereses muy diferentes de los de las clases altas de la sociedad.

Las disputas de la asamblea con el poder monárquico indujeron a ésta a hacer intervenir al pueblo en las controversias. Así pues, intervino cada vez más y la revolución burguesa se convirtió rápidamente en una revolución popular.

Siendo que una idea no posee poder por sí misma y actúa solamente en virtud de poseer un sustrato afectivo y místico que la sostiene, las ideas teóricas de la burguesía, antes de que pudieran actuar sobre el pueblo, tuvieron que ser transformadas en una nueva y muy definida fe, emergente de intereses prácticos obvios.

La transformación se produjo rápidamente cuando el pueblo escuchó que, aquellos hombres a quienes veía como gobernantes, proclamaban la igualdad del pueblo con las anteriores autoridades. A partir de ello, el pueblo comenzó a considerarse una víctima y procedió a saquear, incendiar y masacrar, imaginándose que haciéndolo estaba ejerciendo un derecho.

La gran fuerza de los principios revolucionarios consistió en darle libre curso a los instintos de barbarie primitiva que habían sido contenidos por la secular acción inhibitoria del entorno, la tradición y la ley.

Todos los lazos sociales que antes habían contenido a la multitud se disolvieron de un día para el otro. De este modo, la masa concibió la

noción de un poder ilimitado y el placer de ver a sus antiguos amos expulsados y despojados. Habiéndose convertido en pueblo soberano ¿acaso no le estaba todo permitido?

El lema de “Libertad, Igualdad, Fraternidad” – una verdadera manifestación de esperanza y fe al comienzo de la Revolución – pronto sirvió tan sólo para cubrir la justificación legal de los sentimientos de envidia, codicia y odio al superior, que son los verdaderos motivos de las masas no contenidas por la disciplina. Es por esto que la Revolución pronto desembocó en desórdenes, violencia y anarquía.

Desde el momento en que la Revolución descendió de las clases medias hasta las clases bajas de la sociedad, lo racional dejó de dominar por sobre lo instintivo y, al contrario, se convirtió en un esfuerzo de lo instintivo por imponerse a lo racional.

El triunfo legal de los instintos atávicos fue terrible. Todo el esfuerzo de las sociedades – un esfuerzo indispensable para la continuidad de su existencia – siempre ha sido el de restringir – gracias al poder de la tradición, las costumbres, y los códigos – ciertos instintos naturales que el ser humano ha heredado de su animalidad primitiva. Es posible dominar estos instintos – y mientras más los supere un pueblo, más civilizado será – pero no es posible eliminarlos. La influencia de varias causas estimulantes rápidamente ocasionará su reaparición.

Es por esto que la liberación de las pasiones populares resulta tan peligrosa. El torrente, una vez salido de cauce, no regresa al mismo hasta que no ha extendido la devastación a todo su alrededor. “¡Ay de aquél que revuelva la basura de una nación!” – dijo Rivarol al principio de la Revolución – “No existe la era de la ilustración para la plebe”.

3). El supuesto papel del pueblo durante la revolución.

Las leyes de la psicología de las masas nos demuestran que el pueblo nunca actúa sin dirigentes y que, si bien desempeña un papel

considerable en las revoluciones siguiendo y exagerando los impulsos que recibe, nunca dirige sus propios movimientos.

En todas las revoluciones políticas descubrimos la acción de líderes. No son los que crean las ideas que sirven de base a las revoluciones, pero las utilizan como medios para la acción. Ideas, líderes, ejércitos y masas constituyen cuatro elementos y todos ellos tienen un papel a desempeñar en las revoluciones.

La multitud, excitada por los líderes, actúa especialmente por medio de su masa. Su acción es comparable a la del proyectil que perfora un blindaje gracias a la potencia de una fuerza que no ha creado. Es raro que una multitud comprenda algo de las revoluciones logradas con su asistencia. Sigue obedientemente a sus líderes sin siquiera tratar de averiguar qué es lo que quieren. Derrocó a Carlos X por sus Ordenanzas sin tener idea alguna del contenido de las mismas y hubiera quedado muy perpleja si, con posterioridad a los hechos, se le hubiera preguntado por qué derrocó a Luis-Felipe.

Engañados por apariencias, muchos autores, desde Michelet a Aulard, han supuesto que el pueblo hizo nuestra gran Revolución.

“El actor principal” – dijo Michelet – “es el pueblo.”

“Es un error decir” – escribe Aulard – “que la Revolución Francesa fue hecha por algunas pocas personas distinguidas o por unos pocos héroes... Yo creo que en toda la Historia incluida entre 1789 y 1799 no se destaca una sola persona que haya guiado o dado forma a los acontecimientos: ni Luis XVI, ni Mirabeau, ni Danton, ni Robespierre. ¿Debemos decir que fue el pueblo francés el verdadero héroe de la Revolución Francesa? Sí – a condición de ver al pueblo francés no como una masa sino como una cantidad de grupos organizados.”

Y, en un trabajo reciente, Cochin insiste en su concepción de la acción popular:

“Y aquí está el milagro: Michelet tiene razón. A medida en que los conocemos mejor, los hechos parecen consagrar a la ficción: esta muchedumbre, sin jefes y sin leyes, la propia imagen del caos,

durante cinco años gobernó, mandó, habló y actuó, con una precisión, una consistencia y una entereza que fueron maravillosas. La anarquía dio clases de orden y disciplina al derrotado partido del orden ... veinticinco millones de personas, distribuidas por un área de 30.000 leguas cuadradas, actuaron como un solo hombre.”

Ciertamente, si esta conducta simultánea del pueblo hubiese sido tan espontánea como lo supone el autor citado, el hecho habría sido maravilloso. Aullard mismo comprende muy bien las imposibilidades de un fenómeno así puesto que, hablando del pueblo, se toma el buen recaudo de decir que se está refiriendo a grupos y que esos grupos podrían haber estado guiados por líderes:

“¿Y qué fue, entonces, lo que cimentó la unidad nacional? ¿Quién salvó a esta nación atacada por el rey y desgarrada por la guerra civil? ¿Fue Danton? ¿Fue Robespierre? ¿Fue Carnot? Ciertamente, estos hombres individuales fueron útiles; pero de hecho la unidad se mantuvo y la independencia se aseguró agrupando a los franceses en comunas y sociedades populares – clubes del pueblo. Fue la organización municipal y jacobina de Francia la que obligó a la coalición europea a retroceder. Pero en cada grupo, si miramos más de cerca, había dos o tres individuos más capaces que el resto quienes, ya fuesen dirigentes o dirigidos, ejecutaron decisiones y tenían el aspecto de líderes pero quienes (si leemos, por ejemplo, los procedimientos de los clubes populares) parecen haber tomado su fuerza mucho más de su grupo de que ellos mismos.”

El Error de Aullard consiste en suponer que todos estos grupos surgieron “de un movimiento espontáneo de fraternidad y razón”. Por aquella época Francia estaba cubierta por miles de pequeños clubes que recibían su impulso del gran Club Jacobino de París al cual obedecían con perfecta docilidad. Esto es lo que la realidad nos enseña, aún cuando las ilusiones de los jacobinos no les permitan aceptar el hecho. ⁶

⁶ En los manuales de Historia destinados a la enseñanza escolar que Aullard preparó en colaboración con Debidour el papel atribuido al pueblo como entidad es aún más marcado. En ellos vemos al pueblo interviniendo en forma continua y espontánea. He aquí algunos ejemplos:

4). La entidad popular y sus elementos constituyentes.

A fin de hacer concordar ciertas concepciones teóricas, el pueblo ha sido convertido en una entidad mística dotada de todos los poderes y de todas las virtudes. Los políticos lo alaban incesantemente y lo cubren de lisonjas. Veamos qué podemos hacer con esta concepción del papel desempeñado por el pueblo en la Revolución Francesa.

Para los jacobinos de aquella época, al igual que para los de nuestros días, este ente popular constituye una personalidad superior que posee el atributo, propio de las divinidades, de no tener que responder nunca por sus acciones y de no equivocarse jamás. Sus deseos deben ser humildemente aceptados. El pueblo podrá matar, incendiar, saquear, cometer las crueldades más espantosas, glorificar a su héroe hoy para arrojarlo a la cloaca mañana; es igual: los políticos no cesarán de alabar sus virtudes, su superior sabiduría, y de inclinarse ante cada una de sus decisiones.⁷

“El conflicto con los socialistas” – escribe Clemenceau – “consiste en otorgarle toda virtud, a modo de razón sobrehumana, a una masa de cuya racionalidad no puede haber mucho para enorgullecerse”. El famoso estadista podría haber dicho más correctamente que la razón no sólo no puede descollar en la multitud sino que resulta prácticamente inexistente.

La “Jornada” del 20 de Junio: “El rey despidió a los miembros girondinos. El pueblo de París, indignado, se alzó espontáneamente e invadió las Tullerías”.

La “Jornada” del 10 de Agosto: “La Asamblea Legislativa no se atrevió a derrocarlo; fue el pueblo de París, con la ayuda de los Federales de los Departamentos, el que hizo esta revolución al precio de su propia sangre.”

El conflicto de los girondinos y la Montaña: “Esta discordia en presencia del enemigo era peligrosa. El pueblo le puso fin en los días del 31 de Mayo y el 2 de Junio de 1793 cuando obligó a la Convención a expulsar de su seno a los líderes de la Gironda y a decretar su arresto.”

⁷ Estas pretensiones al menos parecen ser cada vez menos sustentables por los republicanos más avanzados.

Ahora bien, ¿en qué consiste realmente esta entidad, este misterioso fetiche al cual los revolucionarios han reverenciado por más de un siglo?

Puede dividirse en dos categorías distintas. La primera incluye a los campesinos, comerciantes y trabajadores de todo tipo que necesitan paz y orden para ejercer su vocación. Estas personas constituyen la mayoría, pero una mayoría que nunca provocó una revolución. Al vivir en un silencio laborioso, es ignorada por los historiadores.

La segunda categoría, que desempeña un papel capital en todos los disturbios nacionales, se compone de un residuo subversivo social dominado por una mentalidad criminal. Degenerados por el alcoholismo y la pobreza, ladrones, pordioseros, “casuales” destituidos, trabajadores indiferentes sin empleo – éstos son los que constituyen el peligroso grueso de los ejércitos de la insurrección.

En tiempos normales, el miedo al castigo impide que muchos de ellos se conviertan en criminales; pero se vuelven criminales ni bien pueden seguir sus bajos instintos sin riesgo.

A este siniestro sustrato se deben las masacres que ensangrientan todas las revoluciones.

Fue esta clase la que, guiada por sus líderes, continuamente invadió las grandes Asambleas revolucionarias. Estos regimientos del desorden no tenían otro ideal que el de la masacre, el saqueo y el incendio. Su indiferencia a las teorías y a los principios fue total.

A los elementos reclutados de los sedimentos más bajos del populacho se le suma, por la vía del contagio, una hueste de personas indiferentes que simplemente resultan arrastradas por el movimiento. Gritan porque hay personas gritando, se rebelan porque hay una revuelta, y todo sin tener la más vaga idea de la causa de los gritos o de la revolución. El poder sugestivo de su entorno los hipnotiza absolutamente y los impulsa a la acción.

Las multitudes ruidosas y malévolas, el núcleo de todas las insurrecciones desde la antigüedad hasta nuestros días, son las únicas multitudes que conoce el orador. Para este orador, dichas

multitudes constituyen el pueblo. En realidad, este pueblo soberano está compuesto principalmente del bajo populacho del cual Thiers dijo:

“Desde la época en que Tácito lo vio aplaudir los crímenes de los emperadores, el vil populacho no ha cambiado. Estos bárbaros que pululan en el fondo de las sociedades están siempre listos para atacar a las gentes con cualquier crimen, se encuentran ante el comedero de cualquier poder y deshonran cualquier causa.”

En ningún período de la Historia los elementos más bajos de la población desempeñaron un papel tan duradero como durante la Revolución Francesa.

Las masacres comenzaron ni bien le fueron quitadas las cadenas a la bestia – esto es: a partir de 1789, mucho antes de la Convención. Se llevaron a cabo con todos los posibles refinamientos de la crueldad. Durante las matanzas de Septiembre los prisioneros fueron lentamente cortados en pedazos a golpes de espada a fin de prolongar sus agonías y divertir a los espectadores que sintieron el mayor de los placeres ante el espectáculo de las convulsiones de las víctimas y sus gritos de agonía.

Escenas similares se observaron por toda Francia, incluso durante los primeros días de la Revolución, cuando todavía ni una guerra con el extranjero ni ningún otro pretexto les podía servir de excusa.

De Marzo a Septiembre toda una serie de incendios, matanzas y saqueos llenaron a Francia de sangre. Taine cita ciento veinte de estos casos. Rouen, Lyons, Strasbourg, etc. cayeron en poder del bajo populacho.

El alcalde de Troyes, con sus ojos destrozados a golpes de tijera, fue asesinado después de horas de sufrimiento. El coronel de dragones Belsuce fue cortado en pedazos en vida. En muchos lugares el corazón de las víctimas fue arrancado y paseado por la ciudad en la punta de una pica.

Ése es el comportamiento del bajo populacho ni bien manos imprudentes rompen la red de contención que frena su salvajismo

ancestral. Encuentra total indulgencia porque los políticos tienen interés en halagarlo. Pero supongamos por un momento que los miles de seres que lo constituyen se condensan en un único ser. La personalidad así formada aparecería como un monstruo abominable, cruel y obtuso, más horrible que el más sangriento de los tiranos de la Historia.

Este pueblo, impulsivo y feroz, siempre ha sido fácilmente dominado en el instante mismo de tener que enfrentar a un poder fuerte. Si su violencia es ilimitada, lo es también su servilismo. Todos los despotismos lo han tenido de sirviente. Todos los Césares estuvieron seguros de ser aclamado por él, háyanse llamado Calígula, Nerón, Marat, Robespierre o Boulanger.

Aparte de las hordas destructoras cuya acción durante una revolución es primordial, existe – como ya lo hemos mencionado – la masa de auténtico pueblo que sólo exige el derecho a trabajar. A veces se beneficia de las revoluciones, pero nunca las ocasiona. Los teóricos revolucionarios saben poco de ella y le desconfían, conscientes de su base tradicional y conservadora. Siendo el núcleo resistente de un país, este pueblo hace a su fuerza y continuidad.

Extremadamente dócil por miedo, fácilmente influenciable por sus dirigentes, momentáneamente cometerá cualquier exceso mientras se halle bajo la influencia de éstos. Pero la inercia ancestral de la raza pronto se hará cargo de nuevo, siendo ésta la razón por la que tan rápidamente se cansa de una revolución. En ese momento, lo que hace es buscar a un líder que restaure el orden.

Este pueblo, resignado y pacífico, evidentemente no posee concepciones políticas muy elevadas ni complicadas. Su idea del Estado es siempre muy simple y algo muy parecido a una dictadura. Por eso es que, desde los griegos hasta nuestros días, la dictadura siempre ha seguido a la anarquía. La siguió después de la primer Revolución cuando Napoleón fue aclamado y nuevamente cuando, a pesar de la oposición, cuatro plebiscitos sucesivos elevaron a Luis Napoleón a la cabeza de la república, ratificaron su golpe de Estado,

restablecieron el Imperio y, en 1870, antes de la guerra, aprobaron su gobierno.

Sin duda, en estos últimos casos, el pueblo fue engañado. Pero sin las conspiraciones revolucionarias que condujeron al desorden no hubiera sido impulsado a buscar los medios de escapar del mismo.

Los hechos señalados en este capítulo no deben ser olvidados si deseamos comprender en un todo los diferentes papeles del pueblo durante una revolución. La acción del pueblo es considerable, pero muy distinta de la imaginada por las leyendas cuya vigencia se debe únicamente a su repetición.

LIBRO II

Las mentalidades predominantes durante la revolución

Capítulo I: Variaciones individuales de carácter en épocas revolucionarias.

1)- Transformaciones de la personalidad.

En otra parte me he ocupado extensamente de una teoría del carácter sin la cual es absolutamente imposible entender distintas transformaciones o inconsistencias de conducta que ocurren en determinados momentos, especialmente en tiempos revolucionarios. He aquí los puntos principales de esta teoría:

Aparte de su mentalidad habitual, que es casi constante mientras no varíe el entorno, cada individuo posee varias posibilidades de personalidad que pueden ser evocadas por los acontecimientos.

Las personas que nos rodean son criaturas de ciertas circunstancias, pero no de todas las circunstancias. Nuestro ego se compone de la asociación de innumerables egos celulares que son el residuo de nuestras personalidades ancestrales. Por su combinación, forman un equilibrio que es bastante permanente cuando el entorno social no varía. Ni bien este entorno se modifica de modo considerable, como en épocas de insurrección, el equilibrio se rompe y los elementos disociados constituyen – mediante una nueva asociación – una personalidad también nueva que se manifiesta por medio de ideas, sentimientos y acciones muy diferentes de las que antes se observaban en el mismo individuo. Así es como durante el Terror pudimos ver a honestos burgueses y a pacíficos magistrados, conocidos por su amabilidad, volverse fanáticos sedientos de sangre.

Bajo la influencia del entorno, la vieja personalidad puede, por lo tanto, dar lugar a otra completamente nueva. Por esta razón los protagonistas de las grandes crisis religiosas y políticas con frecuencia parecen esencialmente diferentes de nosotros. Sin embargo no son tan excepcionales. La reiteración de los mismos acontecimientos volvería a traer consigo a los mismos hombres.

Napoleón entendió perfectamente estas posibilidades del carácter cuando dijo en Santa Elena:

“Justamente porque conozco la gran parte que el azar juega en nuestras decisiones políticas es que siempre he carecido de prejuicios y he sido muy indulgente en cuanto al papel que los hombres han desempeñado durante nuestros disturbios ... En épocas de revolución uno sólo puede decir lo que ha hecho; no sería prudente decir que no podría haber actuado de otra forma... Las personas son difíciles de entender si uno quiere ser justo... ¿Se conocen a sí mismos? ¿Responden por sí mismos bien claramente? Son virtudes y vicios de las circunstancias.”

Cuando la personalidad normal se ha desagregado bajo la influencia de ciertos acontecimientos ¿cómo se forma la nueva personalidad? De varias maneras, la más activa de las cuales es la adquisición de una poderosa fe. Esto orienta a todos los elementos del entendimiento, de la misma forma en que un imán orienta en curvas regulares las virutas de un metal magnético.

Así se formaron las personalidades observadas en tiempos de grandes crisis: las Cruzadas, la Reforma, la Revolución especialmente.

En tiempos normales el entorno varía poco de modo que, por regla general, observamos una sola personalidad en la gente que nos rodea. Algunas veces, sin embargo, sucede que observamos varias que, bajo ciertas circunstancias, pueden reemplazarse entre si.

Estas personalidades pueden ser contradictorias y hasta enemigas. Este fenómeno, excepcional bajo condiciones normales, se acentúa considerablemente bajo ciertas condiciones patológicas. La psicopatología ha registrado varios casos de múltiple personalidad en un mismo sujeto, tal como los casos citados por Morton Prince y Pierre Janet.

En todas estas variaciones de la personalidad no es la inteligencia la que resulta modificada sino los sentimientos cuya asociación forma el carácter.

2). Elementos caracterológicos, predominantes en épocas de revolución.

Durante una revolución observamos el desarrollo de varios sentimientos que por lo común resultan reprimidos pero que encuentran una vía libre cuando se destruyen las restricciones sociales.

Estas restricciones, consistentes en la ley, la moralidad y la tradición, no siempre se rompen por completo. Algunas sobreviven a la

revuelta y sirven hasta cierto punto para amortiguar la explosión de sentimientos peligrosos.

La más poderosa de estas restricciones es el espíritu de la raza. Este espíritu determina una forma de ver, de sentir y de querer, comunes a la mayoría de los individuos del mismo pueblo; constituye una costumbre hereditaria y nada es más poderoso que los lazos de la costumbre.

Esta influencia racial limita las variaciones de un pueblo y determina su destino dentro de ciertos límites, a pesar de todos los cambios superficiales.

Por ejemplo, tomado solamente las instancias de la Historia, parecería ser que la mentalidad de Francia tuvo que haber variado enormemente durante un solo siglo. En unos pocos años pasó de la Revolución al cesarismo, retornó a la monarquía, llevó a cabo otra Revolución, y después encumbró a un nuevo César. En realidad, sólo cambió el exterior de las cosas.

El odio – El odio a personas, instituciones y cosas que animó a los hombres de la Revolución es uno de esos fenómenos afectivos que resultan tanto más impactantes mientras más uno estudia su psicología. Detestaron no sólo a sus enemigos sino hasta a los miembros de su propio partido. “Si uno ha de aceptar sin reservas” – dijo recientemente un escritor – “los juicios que emitieron los unos sobre los otros, tendríamos que concluir en que todos fueron traidores y mentirosos, todos incapaces y corruptos, todos asesinos o tiranos.” Sabemos con cuanto odio, apenas aplacado por la muerte de sus enemigos, las personas persiguieron a girondinos, dantonianos, herbertistas, robespierrianos, etc.

Una de las causas principales de este sentimiento residió en el hecho de que estos furiosos sectarios, siendo apóstoles poseedores de una verdad absoluta, fueron incapaces, como todos los creyentes, de tolerar la presencia de infieles. Una certidumbre mística o sentimental siempre va acompañada de la necesidad de imponerse sobre los demás; nunca se deja convencer de lo contrario y no se

detiene ni ante una carnicería mayúscula cuando tiene el poder de cometerla.

Si los odios que dividieron a los hombres de la Revolución hubiesen tenido un origen racional no hubieran podido durar mucho tiempo pero, surgiendo a partir de factores afectivos y místicos, las personas no podían ni olvidar ni perdonar. Siendo los orígenes los mismos en los distintos partidos, se manifestaron en todas partes con idéntica violencia.

Se ha demostrado por medio de documentos que los girondinos no fueron menos sanguinarios que los montañeses. Fueron los primeros en declarar, con Petion, que los partidos derrotados debían perecer. También, de acuerdo a Aulard, intentaron justificar las masacres de Septiembre. El Terror no debe ser considerado simplemente como un medio de defensa sino como un proceso general de destrucción al cual los creyentes triunfantes siempre han sometido a sus detestados enemigos. Hombres que pueden admitir la mayor divergencia de ideas no pueden tolerar diferencias de fe.

En las guerras religiosas o políticas los derrotados no pueden esperar cuartel. Desde Sulla, quien le cortó el cuello a doscientos senadores y a cinco o seis mil romanos, hasta los hombres que suprimieron a la Comuna y mataron a balazos a más de veinte mil después de su victoria, esta sangrienta ley nunca ha fallado. Siendo comprobada una y otra vez en el pasado, indudablemente seguirá siendo válida en el futuro.

Los odios de la Revolución no surgieron enteramente de las divergencias de fe. También fueron engendrados por otros sentimientos: envidia, ambición y egolatría. La rivalidad de individuos que aspiraban al poder condujo sucesivamente al patíbulo a los jefes de varios grupos.

Debemos recordar, además, que la necesidad de dividir y el odio resultante de ello parecen ser elementos constituyentes de la mentalidad latina. Les costó a nuestros antepasados su independencia y ya había sorprendido a César.

“No había ciudad” – dijo éste – “que no estuviese dividida en dos facciones; no había cantón, poblado o casa en que no se respirase el espíritu del partidismo. Era muy raro que pasara un año sin que una ciudad tomase las armas para atacar o repeler a sus vecinos.”

Desde el momento en que el ser humano sólo recientemente ha entrado en la era del conocimiento y siempre, hasta ahora, se ha guiado por sentimientos y creencias, podemos concebir la enorme importancia del odio como factor de la Historia.

El comandante Collin, profesor en la Escuela de Guerra, remarca en los siguientes términos la importancia de este sentimiento durante ciertas guerras:

“En la guerra, más que en cualquier otro tiempo, no hay mejor fuerza inspiradora que el odio; fue el odio el que hizo a Blucher triunfar sobre Napoleón. Analicen las maniobras más estupendas, las operaciones más decisivas, y, si no son la obra de un hombre excepcional, un Federico o un Napoleón, encontrarán que están inspiradas más por la pasión que por el cálculo, ¿Qué hubiera sido la guerra de 1870 sin el odio que manifestamos contra los alemanes?”

El escritor podría haber agregado que el intenso odio de los japoneses contra los rusos que los habían humillado puede ser catalogado entre las causas de su victoria. Los soldados rusos, ignorantes hasta de la existencia misma de los japoneses, no sentían ninguna animosidad contra ellos, lo cual fue una de las razones de su fracaso.

Por cierto que se habló mucho de fraternidad por la época de la Revolución, y se habla más aún hoy en día. Pacifismo, humanitarismo y solidaridad se han vuelto lugares comunes en todos los partidos avanzados, pero sabemos cuán profundos son los odios que se esconden detrás de estos términos y los peligros que se ciernen sobre nuestra sociedad moderna.

El miedo. – En las revoluciones el miedo desempeña un papel casi tan importante como el odio. Durante la Revolución Francesa se

vieron varios casos de gran coraje individual y muchas exhibiciones de cobardía colectiva.

Ante el patíbulo, los hombres de la Convención fueron siempre extremadamente valientes; pero ante las amenazas de los revoltosos que invadían la Asamblea constantemente exhibieron una excesiva pusilanimidad y obedecieron a las demandas más absurdas, como podemos ver si releemos la historia de las Asambleas revolucionarias.

En este período se observaron todas las formas del miedo. Una de las más extendidas fue el miedo a parecer moderado. Miembros de las Asambleas, fiscales públicos, representantes “en misión”, jueces de tribunales revolucionarios, etc. Todos querían ser más progresistas que sus rivales. El miedo fue uno de los principales elementos de los crímenes cometidos durante este período. Si por algún milagro hubiera sido posible eliminar el miedo de las Asambleas revolucionarias, su conducta hubiera sido muy diferente y la Revolución hubiera tomado una dirección muy distinta.

Ambición, Envidia, Vanidad etc.: - En tiempos normales la influencia de estos diversos elementos afectivos se halla forzosamente restringida por necesidades sociales. La ambición, por ejemplo, está necesariamente limitada por una estructura jerárquica de la sociedad. Si bien a veces el soldado se convierte en general, ello sólo ocurre después de un largo período de servicio. En épocas de revolución, por el otro lado, no hay que esperar. Cada uno puede acceder a las jerarquías superiores casi inmediatamente por lo que todas las ambiciones resultan violentamente excitadas. La persona más humilde se cree capacitada para los puestos más altos y por este sólo hecho su vanidad crece más allá de todo límite.

Siendo que todas las pasiones se exacerban en algún grado, incluyendo la ambición y la vanidad, quienes han tenido éxito más rápidamente que los demás serán objeto de los celos y la envidia.

El efecto de la envidia, siempre importante en tiempos revolucionarios, lo fue más aún durante la gran Revolución Francesa. Uno de sus más importantes factores fue la envidia que despertaba la

nobleza. Las clases medias habían aumentado en capacidad y en riqueza hasta el punto de sobrepasar a la nobleza. A pesar de que se entremezclaban más y más con los nobles, sintieron que se las mantenía a distancia y esto obviamente las resintió. Esta postura mental hizo de la burguesía un ardiente partidario de la doctrina filosófica igualitarista.

Orgullo herido y envidia fueron así la causa de odios que hoy apenas si podemos concebir siendo que la influencia social de la nobleza ya es tan pequeña. Muchos miembros de la Convención – Carrier, Marat y otros – recordaban con furia que alguna vez habían ocupado puestos subordinados en los establecimientos de grandes nobles. Madame Roland nunca fue capaz de olvidar que, bajo el Antiguo Régimen, cuando ella y su madre fueron una vez admitidas en la casa de una gran dama, se las envió a cenar al comedor de los sirvientes.

El filósofo Rivarol ha descrito muy bien en el siguiente pasaje, también citado por Taine, la influencia que sobre los odios revolucionarios ejercieron el orgullo herido y la envidia:

“Lo que más ha exasperado a la nación” – escribe – “no son los impuestos, ni las órdenes de allanamiento, ni cualquier otro abuso de autoridad; no son los pecados de los intendentes, ni las largas y ruinosas demoras de la justicia; son los prejuicios de la nobleza los que han despertado el mayor odio. Lo que demuestra esto claramente es el hecho que son los burgueses, los hombres de letras, los hombres de dinero, en realidad todos los que envidian a la nobleza; son ellos los que han alzado a los habitantes más pobres de las ciudades y a los campesinos de los distritos rurales en contra de los nobles.”

Esta gran verdad parcialmente justifica el dicho de Napoleón:

“La vanidad hizo la Revolución; la libertad fue sólo el pretexto”.

Entusiasmo:- El entusiasmo de los fundadores de la Revolución igualó a la de los apóstoles de la fe de Mahoma. Y fue realmente una religión lo que trataron de fundar los burgueses de la primera Asamblea. Creyeron que habían destruido un mundo viejo y

construido uno nuevo sobre sus ruinas. Nunca una ilusión más seductora ardió en el corazón de los hombres. La igualdad y la fraternidad proclamadas por los nuevos dogmas, habrían de traer consigo el reino de la eterna felicidad para todos los pueblos. El ser humano había roto para siempre con un pasado de barbarie y oscurantismo. El mundo regenerado estaría, de allí en adelante, iluminado por el lúcido fulgor de la razón pura. En todas partes las fórmulas oratorias más brillantes saludaban al esperado amanecer.

Que este entusiasmo fuese rápidamente reemplazado por la violencia se debió al hecho de que el despertar del sueño fue rápido y terrible. Se puede concebir fácilmente la furia indignada con la cual los apóstoles de la Revolución atacaron los obstáculos que se opusieron a la realización de sus sueños. Habían tratado de rechazar el pasado, de olvidar la tradición, de reinventar al ser humano. Pero el pasado reaparecía sin cesar y las personas se negaban a cambiar. Los reformadores, trabados en su marcha hacia delante, decidieron no abandonar sus empeños. Intentaron imponer por la fuerza una dictadura que muy pronto hizo que las personas añoraran al sistema abolido y que, finalmente, condujo a su restauración.

Es de destacar que, si bien el entusiasmo de los primeros días no perduró en las Asambleas revolucionarias, sobrevivió por mucho más tiempo en los ejércitos constituyendo su fuerza principal. A decir verdad, los ejércitos de la Revolución fueron republicanos mucho antes de que lo fuera Francia y permanecieron republicanos mucho después de que Francia había dejado de serlo.

Las variaciones de carácter consideradas en este capítulo, estando condicionadas por ciertas aspiraciones comunes y por idénticos cambios en el entorno, finalmente se concretaron en un pequeño número de mentalidades bastante homogéneas. Hablando tan sólo de las más características podemos mencionar cuatro tipos de mentalidad: la jacobina, la mística, la revolucionaria y la criminal.

Capítulo II: La mentalidad mística y la mentalidad jacobina

1)- Clasificación de las mentalidades predominantes durante la época de la Revolución

Las clasificaciones, sin las cuales el estudio científico es imposible, forzosamente tienen que establecer una discontinuidad en lo continuo y, por ello, son hasta cierto punto artificiales. Pero son necesarias porque lo continuo sólo resulta accesible bajo una forma discontinua.

El crear amplias distinciones entre las distintas mentalidades observables en tiempos revolucionarios, como estamos por hacer, consiste obviamente en separar elementos que se interrelacionan, fusionan y superponen. Tenemos, pues, que resignarnos a perder un poco de exactitud a fin de ganar en lucidez. Los tipos fundamentales enumerados al final del capítulo anterior y que estamos por describir, sintetizan a grupos que escaparían al análisis si intentásemos estudiarlos en toda su complejidad.

Hemos señalado que el ser humano está influenciado por diferentes lógicas que, bajo condiciones normales, existen yuxtapuestas sin influenciarse mutuamente. Bajo la acción de diversos acontecimientos pueden, no obstante, entrar en mutuo conflicto y las diferencias irreductibles que las dividen se manifiestan en forma visible involucrando considerables conflictos individuales y sociales.

La lógica mística, que consideraremos aquí bajo la forma en que aparece en la mente jacobina, desempeña un papel muy importante. Pero no está sola en su acción. Las otras formas de lógica – la afectiva, la colectiva y la racional – pueden llegar a predominar dependiendo de las circunstancias.

2)- La mentalidad mística.

Dejando por el momento de lado la influencia de las lógicas afectiva, racional y colectiva, nos ocuparemos solamente del considerable

papel desempeñado por los elementos místicos que han sobresalido en tantas revoluciones y especialmente en la Revolución Francesa.

La principal característica del temperamento místico consiste en atribuirle un misterioso poder a fuerzas o seres superiores que se encarnan en la forma de ídolos, fetiches, palabras o fórmulas.

El espíritu místico se encuentra en la base de toda fe religiosa y en la mayoría de las políticas. Estas últimas con frecuencia desaparecerían pronto si pudiésemos privarlas de los elementos místicos que son su soporte principal.

Adosada a los sentimientos y a los apasionados impulsos que dirige, la lógica mística constituye la energía de los grandes movimientos populares. Personas que de ninguna manera permitirían que alguien las mate ni aún por la mejor de las razones, de pronto están dispuestas a sacrificar sus vidas en aras de un ideal místico convertido en objeto de adoración.

Los principios de la Revolución rápidamente inspiraron una ola de entusiasmo místico análoga a las provocadas por los diferentes credos religiosos que la precedieron. Todo lo que hicieron fue cambiar la orientación de una mentalidad ancestral que los siglos habían solidificado.

Por lo tanto, no hay nada sorprendente en el celo salvaje de los hombres de la Convención. Su mística mentalidad fue la misma que la de los protestantes por la época de la Reforma. Los principales héroes del Terror – Couthon, Saint-Just, Robespierre, etc. – fueron apóstoles. Como Polieuctes, soñaron con convertir al planeta entero destruyendo los altares de los falsos dioses. Su entusiasmo se derramó sobre la tierra. Persuadidos de que sus magníficas fórmulas bastaban para derribar tronos, no vacilaron en declararles la guerra a los reyes. Desde el momento en que una fe firme es siempre superior a una fe vacilante, pudieron enfrentar victoriosamente a toda Europa.

El espíritu místico de la Revolución se reveló hasta en los menores detalles de su vida pública. Robespierre, convencido de que se

hallaba apoyado por el Todopoderoso, le aseguró a sus oyentes en un discurso que el Ser Supremo había “decretado la república desde el inicio de los tiempos”. En su calidad de Sumo Pontífice de una religión de Estado, hizo que la Convención votara un decreto declarando que “el pueblo francés reconoce la existencia del Ser Supremo y la inmortalidad del alma”. Durante el festival de este Ser Supremo y sentado sobre una especie de trono, Robespierre sermoneó a los asistentes con un extenso discurso.

El Club Jacobino, dirigido por Robespierre, al final asumió las funciones de un Consejo. En él, Maximilien proclamó “la idea del Gran Ser que vigila la inocencia oprimida y castiga al crimen triunfante”.

Todos los herejes que criticaron la ortodoxia jacobina fueron excomulgados – esto es: enviados al Tribunal Revolucionario del cual salieron sólo para ir al patíbulo.

La mentalidad mística, de la que Robespierre fue el representante más conspicuo, no murió con él. Se pueden hallar hombres de idéntica mentalidad entre los políticos de hoy día. Las antiguas creencias religiosas ya no dominan sus mentes, pero son criaturas con credos políticos y, si tuviesen la oportunidad de hacerlo, muy prontamente los impondrían a los demás del mismo modo en que lo hizo Robespierre. Siempre dispuestos a matar si la matanza ayuda a difundir su fe, los místicos de todas las épocas han utilizado los mismos medios ni bien consiguieron acceder al poder.

Es, por lo tanto, bastante natural que Robespierre siga teniendo muchos admiradores. Mentes modeladas a su semejanza las hay por miles. Sus concepciones no fueron guillotinas con él. Tan viejas como la humanidad, desaparecerán recién con el último creyente.

El aspecto místico de todas las revoluciones se le ha escapado a la mayoría de los historiadores. Persistirán por largo tiempo en tratar de explicar por medio de la lógica racional un cúmulo de fenómenos que no tienen nada que ver con la razón. Ya he citado un pasaje de Lavissee y Rambaud en el cual la Revolución se explica como el resultado de “las libres reflexiones individuales que le fueron

sugeridas a personas simples por una conciencia extremadamente piadosa y un poder de razonamiento muy audaz.”

Estos movimientos nunca son comprendidos por quienes se imaginan que su origen es racional. Sean políticos o religiosos, los credos que han impulsado al mundo poseen un origen común y responden a las mismas leyes. Se forman, no por la razón, sino, con mucha mayor frecuencia, contrariando la razón. Budismo, cristianismo, islamismo, la Reforma, la magia, jacobinismo, socialismo, espiritualismo, etc. son credos aparentemente muy diferentes pero tienen, repito, idénticas bases místicas y afectivas, y obedecen a formas de lógica que no tienen afinidad alguna con la lógica racional. Su poder reside precisamente en el hecho que la razón tiene tan poco poder para crearlas como para transformarlas.

La mentalidad mística de nuestros apóstoles políticos modernos se destaca fuertemente en un artículo que trata sobre uno de nuestros recientes ministros y al cual cito a partir de un conocido diario:

“Uno podría preguntarse: ¿en qué categoría cae M.A----? ¿Podríamos decir, por ejemplo, que pertenece al grupo de los descreídos? ¡Lejos de ello! M.A---- no ha adoptado ninguna fe positiva; ciertamente maldice a Roma y a Ginebra, rechazando todos los dogmas tradicionales y todas las Iglesias conocidas. Pero si hace ‘tabula rasa’ es para fundar su propia Iglesia sobre el terreno así despejado; una Iglesia más dogmática que las demás; y su propia inquisición cuya brutal intolerancia no tendría nada que envidiarle a la del más notorio de los Torquemadas.

‘No podemos’ – nos dice – ‘permitir algo semejante a neutralidad escolástica. Demandamos educación laica en toda su plenitud y, en consecuencia, somos enemigos de la libertad de educación’. Si no llega a sugerir la pira y la hoguera ello es tan sólo por la evolución de las costumbres que debe tener en cuenta hasta cierto punto, tanto si le gusta como si no. Pero, no siendo capaz de mandar a las personas a la tortura, invoca al brazo secular a condenar a muerte sus ideas. Éste es exactamente el punto de vista de los grandes inquisidores. Es el mismo ataque al pensamiento. Este

librepensador posee un espíritu tan libre que toda filosofía que no le resulta aceptable le parece, no sólo ridícula y grotesca, sino criminal. Se adula a si mismo creyendo que sólo él está en posesión de la verdad absoluta. De esto está tan seguro que todo aquél que lo contradiga le parecerá un monstruo execrable y un enemigo público. No sospecha ni por un instante que todas sus opiniones personales son sólo hipótesis y que lo más ridículo en ellas es que se arrogan un derecho divino precisamente porque niegan la divinidad. O al menos, pretenden hacerlo pero la reestablecen bajo una forma diferente que, inmediatamente, le hace a uno añorar la forma antigua. M. A---- es un sectario de la diosa Razón, de la que ha hecho un Moloch; una deidad opresora sedienta de sacrificios. Que no haya más libertad de pensamiento, excepto para él mismo y para sus amigos; ése es el libre pensamiento de M. A----. La perspectiva es verdaderamente atractiva. Pero desde hace algunos siglos quizás se han derribado demasiados ídolos como para que las personas se inclinen ante éste.”

Por el bien de la libertad, deberíamos esperar que estos deprimentes fanáticos jamás terminen por convertirse en nuestros gobernantes.

Dado el escaso poder de la razón sobre los credos místicos, es bastante inútil tratar de discutir – como con frecuencia se hace – el valor racional de las ideas revolucionarias o políticas. Solamente su influencia puede interesarnos. Importa poco que las teorías acerca de la supuesta igualdad de los hombres, la originaria bondad de la humanidad, la posibilidad de rehacer la sociedad por medio de leyes, han sido todas desmentidas por la observación y la experiencia. Estas ilusiones vacías deben ser consideradas como los motivos de acción más poderosos que la humanidad ha conocido.

3)- La mentalidad jacobina.

Si bien el término “mentalidad jacobina” no pertenece, en realidad, a ninguna clasificación auténtica, lo empleo aquí porque resume una combinación claramente definida que constituye una verdadera especie psicológica.

Esta mentalidad es la que predominó entre los hombres de la Revolución Francesa pero no les es exclusiva ya que todavía representa uno de los elementos más activos en nuestra política.

La mentalidad mística que acabamos de considerar es un factor esencial de la mente jacobina pero en sí misma no es suficiente para constituir la. Hay que agregar otros elementos que examinaremos a continuación.

Los jacobinos no sospechan su misticismo en lo más mínimo. Por el contrario, proclaman estar guiados exclusivamente por la razón pura. Durante la Revolución, incesantemente invocaron a la razón y la consideraron como su única guía de conducta.

La mayoría de los historiadores ha adoptado esta concepción racionalista de la mente jacobina y Taine cayó en el mismo error. A una gran parte de los actos de los jacobinos los adscribe a un abuso de racionalismo. Sin embargo, las páginas en las que trata el asunto contienen muchas verdades y reproduzco los pasajes más importantes a continuación:

“En la especie humana, ni la egolatría exagerada ni el razonamiento dogmático constituyen algo raro. En todos los países, estas dos raíces del espíritu jacobino subsisten en forma secreta e indestructible ... A los veinte años de edad, cuando un hombre joven está ingresando al mundo, su razón y su orgullo resultan estimulados en forma simultánea. En primer lugar despreciará a la razón pura, porque, sea cual fuere la sociedad en la que se mueva, no habrá sido construida por un legislador filosófico de acuerdo a un principio sino que generaciones sucesivas la habrán establecido de acuerdo a sus múltiples y eternamente cambiantes necesidades. Una sociedad no es obra de la lógica, sino de la historia, y el joven razonador se encogerá de hombros ante ese vetusto edificio, cuyo sitio es arbitrario, cuya arquitectura es incoherente y cuyos inconvenientes resultan obvios... La mayoría de los jóvenes, sobre todo los que todavía deben abrirse camino, son más o menos jacobinos a la salida del colegio... El jacobinismo surge de la descomposición social de la misma forma en que los hongos de la

fermentación del suelo. Consideren ustedes a los auténticos monumentos de este pensamiento – los discursos de Robespierre y Saint-Just, los debates de la Asamblea Legislativa y la Convención, las arengas, las peroratas y las declaraciones de girondinos y montagnards. Nunca los hombres hablaron tanto para decir tan poco; la verbosidad vacía y el énfasis henchido empantanó cualquier verdad que pudo existir debajo de su pomposa monotonía. El jacobino está lleno de respeto por los fantasmas de su mente racional. A sus ojos, éstos son más reales que los seres humanos vivos y el sufragio de estos fantasmas es el único sufragio que reconoce. Marchará hacia delante con toda sinceridad a la cabeza de sus seguidores imaginarios. Millones de voluntades imaginarias, que él mismo ha creado según la imagen de su propia voluntad, lo sostendrán en virtud de su consenso unánime y proyectará hacia el exterior, como si fuese un coro de triunfo y aclamación, el eco interior de su propia voz.”

Si bien admiro la descripción de Taine, creo que no ha percibido exactamente la psicología del jacobino.

Este análisis demostrará, en primer lugar, que el jacobino no es racional sino creyente. Lejos de construir su credo sobre la razón, modela la razón según su credo y, a pesar de que sus discursos están empapados de racionalismo, lo emplea muy poco en sus pensamientos y en su conducta.

Un jacobino que razonara tanto como se lo acusa de razonar sería a veces accesible a la voz de la razón. Ahora bien, la observación demuestra, desde la época de la Revolución hasta nuestros días, que el jacobino nunca se deja influenciar por el razonamiento por más justo que éste sea, y su fuerza reside precisamente en esto.

¿Y por qué no es accesible por la razón? Simplemente porque su visión de las cosas, siempre limitada en extremo, no le permite resistir los poderosos y vehementes impulsos que lo guían.

No obstante, estos dos elementos – razón débil y fuertes pasiones – no constituirían por sí mismos la mente jacobina. Hay otro elemento más.

La pasión admite convicciones pero casi nunca las crea. Ahora bien, el auténtico jacobino tiene convicciones compulsivas. ¿Qué las sostiene? Aquí es donde entran en juego los elementos místicos que ya hemos estudiado. El jacobino es un místico que ha reemplazado las antiguas divinidades por nuevos dioses. Imbuido del poder de palabras y fórmulas, les atribuye un misterioso poderío. A fin de servir a estas exigentes divinidades no se detiene ni ante las más violentas medidas. Las leyes votadas por nuestros modernos jacobinos constituyen una prueba de ello.

Hallamos a la mentalidad jacobina especialmente en individuos de carácter estrecho y pasional. Implica, de hecho, una mente estrecha y rígida, inaccesible a toda crítica y a cualquier consideración, excepto la fe.

Los elementos místicos y afectivos que dominan la mente del jacobino lo condenan a una simplicidad extrema. Al comprender solamente las relaciones superficiales de las cosas, nada le impide tomar por realidades las imágenes quiméricas que nacen de su imaginación. La secuencia de los fenómenos y sus resultados se le escapan. Nunca levanta la vista de su sueño.

Como podemos ver, el jacobino no se destaca es por el desarrollo de su razón lógica. Posee muy poca lógica de esta clase y, en consecuencia, con mucha frecuencia se vuelve peligroso. Allí en dónde un hombre superior vacilaría o se detendría, el jacobino – que ha puesto su débil razón al servicio de sus impulsos – marcha hacia adelante sin vacilar.

Así, a pesar de que el jacobino es un gran dialéctico, esto no significa que se encuentra guiado en lo más mínimo por la razón. Cuando se imagina que se orienta por la razón, en realidad son sus pasiones y su misticismo los que lo guían. Como todos los que están convencidos y enclaustrados por los muros de la fe, jamás puede escapar de ellos.

Siendo en verdad un teólogo agresivo, es sorprendentemente similar a los discípulos de Calvino descritos en el capítulo anterior. Hipnotizados por su fe, nada pudo desviarlos de su objetivo. Todos

los que contradijeron sus artículos de fe fueron considerados dignos de morir. Ellos también parecieron ser poderosos dialécticos. Ignorantes, como los jacobinos, de las fuerzas secretas que los guiaban, creyeron que la razón era su única guía mientras, en realidad, resultaban ser esclavos del misticismo y la pasión.

Un jacobino auténticamente racional sería incomprensible y tan sólo haría desesperar a la razón. Por el contrario, el jacobino pasional y místico es fácilmente inteligible.

Con estos tres elementos – un muy débil poder de raciocinio, pasiones muy fuertes e intenso misticismo – tenemos las auténticas componentes psicológicas de la mente del jacobino.

Capítulo III: La mentalidad revolucionaria y la mentalidad criminal

1)- La mentalidad revolucionaria.

Acabamos de ver que los elementos místicos constituyen uno de los componentes de la mentalidad jacobina. Veremos ahora que forman parte de otra forma de mentalidad que también se encuentra claramente definida: la mentalidad revolucionaria.

En todas las eras, las sociedades han albergado a espíritus soliviantados, inestables y descontentos, prontos a rebelarse contra cualquier orden de cosas establecido. Están impulsados por el puro placer de sublevarse y, si algún mágico poder realizase todos sus deseos, simplemente volverían a sublevarse de nuevo.

Esta mentalidad en especial, proviene con frecuencia de una deficiente adaptación del individuo a su entorno, o bien se debe a un exceso de misticismo; pero también puede ser meramente una cuestión de temperamento, o surgir por desórdenes patológicos.

El impulso a la rebelión presenta grados muy diferentes de intensidad, desde el simple descontento expresado en palabras contra personas y cosas, hasta la necesidad de destruirlas. A veces el

individuo vuelve contra sí mismo el frenesí revolucionario que no puede ejercer de otro modo. Rusia está llena de estos dementes quienes, no conformes con provocar incendios y arrojar bombas al azar en medio de la muchedumbre, finalmente terminan mutilándose como los Skopzis y otras sectas análogas.

Estos rebeldes perpetuos son, por lo general, individuos altamente sugestionables cuya mentalidad mística está obsesionada con ideas fijas. A pesar de la aparente energía que sugieren sus actos son, en realidad, de carácter débil, incapaces de dominarse lo suficiente como para resistir los impulsos que los dominan. El espíritu místico que los anima brinda pretextos para su violencia y les permite considerarse como grandes reformadores.

En tiempos normales, los rebeldes que toda sociedad alberga resultan contenidos por las leyes, por su entorno – en suma, por todas las barreras sociales usuales – y permanecen, por lo tanto, indetectados. Pero, ni bien comienza un tiempo de desórdenes, estas barreras se vuelven más débiles y el rebelde puede dar rienda suelta a sus instintos. Con ello se convierte en el líder acreditado de un movimiento. El motivo de la revolución le importa poco; dará su vida indistintamente por la bandera roja, o por la blanca, o por la liberación de un país que vagamente oyó mencionar.

El espíritu revolucionario no siempre es empujado a los extremos que lo convierten en peligroso. Cuando tiene un origen intelectual y no proviene de impulsos afectivos o místicos, puede convertirse en una fuente de progreso. Gracias a esos espíritus que son lo suficientemente independientes como para ser revolucionarios intelectuales, una civilización puede escapar del yugo de la tradición cuando éste se vuelve demasiado pesado. Especialmente las ciencias, las artes y las industrias han progresado gracias al aporte de esta clase de hombres. Galileo, Lavoisier, Darwin y Pasteur fueron revolucionarios de este tipo.

Si bien no es necesario que una nación posea un gran número de estos espíritus, es muy necesario que al menos posea algunos. Sin ellos, los seres humanos todavía vivirían en cavernas.

La audacia revolucionaria que termina en descubrimientos implica facultades muy raras. Necesita, por sobre todo, una independencia mental suficiente como para escapar de la influencia de las opiniones habituales, y una capacidad de juicio que pueda aprehender las realidades que se ocultan bajo las analogías superficiales. Esta forma de espíritu revolucionario es creativa mientras que la anteriormente examinada resulta destructiva.

La mentalidad revolucionaria, por lo tanto, puede ser comparada con ciertos estados psicológicos existentes en la vida del individuo que normalmente resultan útiles pero que, una vez exagerados, adoptan una forma patológica que siempre es nociva.

2)- La mentalidad criminal.

Todas las sociedades civilizadas arrastran detrás de sí una cantidad residual de degenerados, de inadaptados, de personas afectadas por varios males. Vagabundos, pordioseros, fugitivos de la justicia, ladrones, asesinos y criaturas pauperizadas que viven al día, pueden llegar a constituir la población criminal de las grandes ciudades. En tiempos normales esta basura de la civilización se encuentra más o menos controlada por la policía. Durante una revolución no hay nada que los contenga y pueden gratificar sus instintos de saqueo y homicidio con facilidad. Los revolucionarios de todos los tiempos han podido estar seguros de encontrar reclutas entre los residuos de la sociedad. Ansiosos de saquear y de matar, les importa muy poco la causa que han jurado defender. Si las chances de asesinar y desvalijar son mejores en el partido atacado, rápidamente cambiarán de bando.

A estos criminales, muy apropiadamente llamados así y que constituyen la plaga de todas las sociedades, tenemos que agregar la clase de los semi-criminales. Malhechores ocasionales, nunca se rebelan mientras los detenga el miedo al orden establecido; pero ni bien éste se debilita, se alistan en el ejército de la revolución.

Estas dos categorías – criminales habituales y ocasionales – forman un ejército del desorden que no sirve para nada excepto para la creación del desorden. Todos los revolucionarios, todos los fundadores de contubernios religiosos o políticos, constantemente contaron con su apoyo.

Ya hemos afirmado que esta población, con su mentalidad criminal, ejerció una influencia considerable durante la Revolución Francesa. Siempre figuró en primera fila en los tumultos que ocurrieron en forma casi cotidiana. Algunos historiadores han hablado con respeto y emoción del modo en que el pueblo soberano impuso su voluntad sobre la Convención, invadiendo la sala con sus picas cuyas puntas con frecuencia se encontraron decoradas con la cabeza de los recientemente decapitados. Si analizamos los elementos que componían las pretendidas delegaciones del pueblo soberano encontraremos que, aparte de un pequeño número de simplotes sometidos al impulso de los líderes, la masa estaba casi por completo compuesta por los delincuentes de los que he estado hablando. A ellos se debieron las innumerables muertes de las cuales las masacres de Septiembre y el asesinato de la princesa de Lamballe fueron tan sólo típicas.

Aterrorizaron a todas las grandes Asambleas, desde la Asamblea Constituyente hasta la Convención, y durante diez años ayudaron a saquear a Francia. Si por medio de algún milagro este ejército de criminales hubiera podido ser eliminado, el progreso de la Revolución hubiera sido muy diferente. La mancharon de sangre desde su aurora hasta su ocaso. La razón no pudo hacer nada con ellos, pero ellos pudieron hacer mucho contra la razón.

Capítulo IV: La psicología de las masas revolucionarias

1)- Características generales de la masa.

Cualquiera que sea su origen, las revoluciones no producen plenamente sus efectos sino hasta que han penetrado en el espíritu

de la multitud. Por lo tanto, representan una consecuencia de la psicología de las masas.

Si bien he expuesto la psicología colectiva en otro volumen, ⁸ debo recordar aquí sus leyes principales.

El ser humano, en tanto parte de una multitud, es un ser muy diferente de la misma persona en tanto individuo. Su individualidad consciente se diluye en la personalidad inconsciente de la masa.

No es indispensable un contacto material para producir en un individuo la mentalidad de la masa. Pasiones y sentimientos comunes, provocados por determinados acontecimientos, muchas veces alcanzan para crearla.

La mente colectiva, formada momentáneamente, representa un conjunto de una clase muy especial. Su principal particularidad es que está enteramente dominada por elementos inconscientes y se halla sujeta a una lógica colectiva peculiar.

Entre otras características de las masas, tenemos que destacar su infinita credulidad y exagerada sensibilidad, su miopía y su incapacidad para responder a las influencias de la razón. Afirmación, contagio, repetición y prestigio constituyen casi los únicos medios para persuadirlas. La realidad y la experiencia no tienen ningún efecto sobre ellas. La multitud admitirá cualquier cosa; nada es imposible a los ojos de la masa.

Debido a la extrema sensibilidad de las masas, sus sentimientos – buenos o malos – siempre son exagerados. Esta exageración aumenta aún más en épocas revolucionarias. En estos casos, la menor excitación impulsará a la multitud a actuar con la mayor de las furias. Su credulidad, tan grande aún en un estado normal, también aumenta y las afirmaciones más inverosímiles terminan siendo aceptadas. Arthur Young relata que, cuando visitó los manantiales de Colorado por la época de la Revolución Francesa, su guía fue detenido por gente convencida de que había venido por

⁸ Cf. Gustave Le Bon, *Psicología de las Masas*, en esta Editorial

orden de la Reina para minar y hacer explotar el pueblo. Circulaban por allí las fábulas más horribles sobre la familia real describiéndola como un nido de fantasmas y vampiros.

Todas estas características demuestran que el hombre en la masa descende a un grado muy bajo en la escala de la civilización. Se convierte en un salvaje, con todas las fallas y todas las virtudes del salvaje; con toda su violencia, entusiasmo y heroísmo efímeros. En el dominio de lo intelectual una masa es siempre inferior a la unidad aislada. En el dominio moral y sentimental puede llegar a ser superior. Una masa cometerá un crimen con la misma facilidad que un acto de abnegación.

Las características personales desaparecen en la masa la que ejerce una influencia extraordinaria sobre las personas que la constituyen. El miserable se vuelve generoso; el escéptico, creyente; el hombre honesto, un criminal; el cobarde deviene en héroe. Ejemplos de estas transformaciones abundaron durante la gran Revolución.

Como parte de un jurado o de un parlamento, la persona colectiva emite veredictos o aprueba leyes con las que no hubiera siquiera soñado en una condición de individuo aislado.

Una de las consecuencias más notables de la influencia de una colectividad sobre los individuos que la componen es la unificación de sus sentimientos y voluntades. Esta unidad psicológica confiere una notoria fuerza a las masas.

La formación de una unidad mental como la mencionada obedece principalmente al hecho de que, en una muchedumbre, los gestos y las acciones resultan extremadamente contagiosos. Las aclamaciones de odio, furia o amor, resultan inmediatamente aprobadas y repetidas.

¿Cuál es el origen de estos sentimientos comunes, de esta voluntad común? Se propagan por contagio, pero es necesario un punto de partida antes de que este contagio pueda tener lugar. Sin un líder, la masa es una entidad amorfa, incapaz de acción alguna.

Resulta indispensable un conocimiento relativo a la psicología de las masas para interpretar los elementos de nuestra Revolución y para comprender la conducta de las asambleas revolucionarias así como las transformaciones de los individuos que las componen. Empujados por las fuerzas inconscientes del espíritu colectivo, estas personas, en la mayoría de los casos, dicen lo que no tenían en mente decir y votan lo que no hubieran deseado votar.

Si bien las leyes de la psicología colectiva a veces fueron intuitivamente captadas por estadistas superiores, la mayoría de los gobiernos no las han entendido y siguen sin entenderlas. Es por esta incompreensión que tantos gobiernos han caído con tanta facilidad. Cuando vemos la facilidad con la que algunos gobiernos fueron derrocados por una revuelta insignificante – como sucedió en el caso de la monarquía de Luis-Felipe – los peligros de ignorar la psicología colectiva se vuelven evidentes. El mariscal al comando de las tropas en 1848 – que eran más que suficientes para defender al rey – ciertamente no entendió que, en el instante en que le permitía a la multitud entremezclarse con las tropas, éstas, paralizadas por sugestión y contagio, cesarían de cumplir con su deber. Tampoco sabía que la multitud, puesto que es extremadamente sensible al prestigio, necesita un gran despliegue de poder para impresionarse siendo que dicho despliegue es capaz de suprimir instantáneamente las demostraciones hostiles. Ignoró igualmente el hecho de que todas las concentraciones deben ser dispersadas inmediatamente. Todas estas cosas son fruto de la experiencia, pero en 1848 estas lecciones todavía no se habían aprendido. Por la época de la gran Revolución, la psicología de las masas resultaba menos entendida aún.

2)- Cómo la estabilidad de la mentalidad racial limita las oscilaciones de la mentalidad de la masa.

En cierto sentido, un pueblo puede parecerse a una masa. Posee ciertas características similares, pero las oscilaciones de estas características se encuentran limitadas por el espíritu o la

mentalidad de la raza. La mentalidad racial posee una estabilidad que la mentalidad transitoria de la masa desconoce.

Cuando un pueblo posee un espíritu ancestral, establecido por un largo pasado, el espíritu de la masa siempre está dominado por lo ancestral.

Un pueblo difiere de una masa también en que esta compuesto por una colección de grupos, cada uno de ellos con intereses y pasiones diferentes. En una masa propiamente dicha – como, por ejemplo, una asamblea popular – se forman unidades que pueden pertenecer a categorías sociales muy diferentes.

Un pueblo a veces parece tan tornadizo como una masa, pero no debemos olvidar que, debajo del dinamismo de la masa, con sus entusiasmos, su violencia y su destructividad, persisten los extremadamente tenaces y conservadores instintos del espíritu racial. La historia de la Revolución y la del siglo que la siguió demuestran que el espíritu conservador a la larga triunfa por sobre el espíritu de destrucción. Más de un sistema que el pueblo ha derribado terminó siendo restaurado por el mismo pueblo.

Operar sobre la mentalidad del pueblo – es decir: sobre la mentalidad de la raza – no es tan fácil como operar sobre la mentalidad de la masa. Los medios de acción son indirectos y más lentos (periódicos, conferencias, discursos, libros, etc.). Los elementos de persuasión siempre pertenecen a las categorías ya indicadas: afirmación, repetición, prestigio y contagio.

El contagio mental puede afectar a un pueblo en forma instantánea pero la mayoría de las veces opera lentamente, reptando de grupo en grupo. Así se propagó la Revolución en Francia.

Un pueblo es por lejos menos excitable que una masa pero ciertos acontecimientos – insultos a la nacionalidad, la amenaza de una invasión, etc. – pueden impulsarla instantáneamente. Este fenómeno se observó en varias ocasiones durante la Revolución, especialmente por la época del insolente manifiesto del Duque de Brunswick. El duque realmente sabía muy poco de la psicología de

los franceses cuando profirió sus amenazas. No sólo perjudicó la causa de Luis XVI sino que también dañó a la suya propia puesto que su intervención hizo surgir de la nada a todo un ejército dispuesto a combatirlo.

Esta súbita explosión de sentimientos abarcando a toda una raza ha sido observada en todas las naciones. Napoleón no entendió el poder de estas explosiones cuando invadió España y Rusia. Se podrá desintegrar fácilmente la mentalidad superficial de una masa, pero no se puede hacer nada ante el espíritu permanente de una raza. Ciertamente, el campesino ruso es un ser muy diferente, burdo y estrecho por naturaleza, y sin embargo, se transformó con las primeras noticias de la invasión. Se puede apreciar este hecho leyendo una carta escrita por Elisabeth, la esposa del Emperador Alejandro I:

“Desde el momento en que Napoleón cruzó nuestras fronteras fue como si una chispa eléctrica hubiera atravesado a toda Rusia y, si la inmensidad de su superficie hubiera hecho posible que las noticias penetrasen simultáneamente en cada rincón del Imperio, hubiera surgido un grito de indignación tan terrible que creo que hubiera resonado hasta los confines de la tierra. A medida en que Napoleón avanza este sentimiento se está volviendo aún más fuerte. Ancianos que lo han perdido todo, o casi todo, están diciendo: ‘Encontraremos un medio de vida. Cualquier cosa es preferible a una paz vergonzosa.’ Las mujeres cuyos familiares están en el ejército consideran a los peligros que éstos corren como algo secundario y no le temen más que a la paz. Por fortuna, esta paz que sería la muerte garantizada para Rusia, no será negociada. El Emperador no concibe una idea semejante y aún si lo haría no podría llevarla a cabo. Éste es el aspecto heroico de nuestra posición.”

La Emperatriz le describe a su madre los siguientes dos rasgos que dan alguna idea del grado de resistencia del cual es capaz el espíritu de los rusos:

“Los franceses habían aprehendido algunos infelices campesinos en Moscú a quienes creyeron que podían obligar a servir en sus filas. A fin de que no pudiesen huir les marcaron las manos con hierros incandescentes, de la misma manera que se marcan los caballos en el establo. Uno de ellos preguntó qué significaba dicha marca y le dijeron que significaba que era un soldado francés. ‘¡Qué! ¿Yo soy un soldado del Emperador Francés?’ – exclamó el campesino. Inmediatamente sacó su hacha, se cortó la mano y la arrojó a los pies de los presentes diciendo: ‘¡Tómenla: aquí está vuestra marca!’.

“También en Moscú, los franceses habían tomado prisioneros a una cantidad de campesinos con quienes quisieron establecer un ejemplo a fin de amedrentar a los habitantes de los villorrios que estaban diezmando a las patrullas de reconocimiento francesas y hacían la guerra tan bien como los destacamentos de las tropas regulares. Los alinearon contra un muro y les leyeron la condena en ruso. Esperaron creyendo que pedirían clemencia pero, en lugar de ello, los condenados comenzaron a despedirse los unos de los otros y a hacerse la señal de la cruz. Los franceses dispararon sobre el primer grupo y esperaron a que el resto, aterrorizado, implorase piedad y prometiese cambiar de conducta. Dispararon contra el segundo grupo, contra el tercero, y así contra los veinte que había sin que uno sólo de ellos implorase clemencia. Napoleón no tuvo ni una sola vez el placer de profanar esta palabra en Rusia.”

Entre las características de la mentalidad popular debemos mencionar que la misma, en todos los pueblos de todas las épocas, ha estado saturada de misticismo. Los pueblos siempre estarán convencidos de que los seres superiores – divinidades, gobiernos, grandes hombres – tienen el poder de cambiar las cosas a voluntad. Este aspecto místico produce una intensa necesidad de adoración. El pueblo debe tener un fetiche, sea éste una persona o una doctrina. Por eso es que, cuando se halla amenazado por la anarquía, llama a un Mesías para que lo salve.

Al igual que la masa, pero más lentamente, el pueblo pasa de la adoración al odio con facilidad. Un hombre puede ser el héroe del

pueblo en un período y terminar ganándose sus maldiciones. Estas variaciones de la opinión pública en lo concerniente a las personalidades políticas pueden ser observadas en todas las épocas. La historia de Cromwell nos ofrece un ejemplo muy curioso. ⁹

3)- El papel del líder en los movimientos revolucionarios.

Todas las variedades de muchedumbre – homogéneas y heterogéneas, asambleas populares, clubes, etc. – son, como con frecuencia hemos repetido, conglomerados incapaces de unidad y de acción mientras no encuentren un amo que las guíe.

Mediante ciertos experimentos psicológicos he demostrado en otro trabajo que la mente inconsciente colectiva de la masa parece estar ligada a la mente del líder. Este último le imprime una única voluntad y le impone absoluta obediencia.

El líder actúa especialmente por sugestión. Su éxito depende de su forma de provocar esta sugestión. Muchos experimentos han demostrado hasta qué punto una colectividad puede quedar sujeta a la sugestión. ¹⁰

⁹ Después de haber derrocado a una dinastía y rechazado una corona, fue sepultado como un rey entre reyes. Dos años más tarde, su cuerpo fue arrancado de la tumba y su cabeza, cortada por un verdugo, fue expuesta sobre el portal del Parlamento. Hace poco tiempo atrás se le erigió una estatua. El viejo anarquista devenido en autócrata ahora figura en la galería de los semidioses.

¹⁰ Entre los numerosos experimentos realizados para demostrar este hecho, uno de los más notables fue realizado por el Profesor Glosson con los alumnos de su clase y publicado en la Revue Scientifique del 28 de Octubre de 1899. "Preparé una botella llena de agua destilada cuidadosamente envuelta en algodones y la empaqueté en una caja. Después de varios otros experimentos, afirmé que quería medir la velocidad con la que un olor se difundiría por el aire y le pedí a los presentes que levantasen la mano en el momento en que comenzasen a sentir el olor... Tomé la botella y derramé un poco del agua sobre el algodón girando la cabeza hacia un lado mientras lo hacía. Luego saqué un cronómetro y esperé el resultado... Expliqué que estaba absolutamente seguro de que ninguno de los presentes había jamás sentido el olor del producto químico que acababa de derramar... Al cabo de quince segundos la mayoría de los sentados en la primera fila habían levantado la mano y en cuarenta segundos el olor había llegado al fondo de la sala en oleadas bastante regulares. Cerca de la tres cuarta parte de los presentes declaró que percibía el olor. Indudablemente un número mayor hubiera sucumbido a la sugestión si después de un minuto no me hubiera visto forzado a detener el experimento con

Según lo que los líderes sugieran, la multitud estará calmada o furiosa, será criminal o heroica. A veces puede parecer que estas diferentes sugerencias presentan un aspecto racional, pero serán racionales sólo en apariencia. En realidad, una masa es inaccesible por medio de la razón. Las únicas ideas capaces de influenciarla serán siempre sentimientos evocados bajo la forma de imágenes.

La Historia de la Revolución muestra en cada una de sus páginas la facilidad con que la multitud sigue los impulsos más contradictorios de sus diferentes líderes. La vemos aplaudir con el mismo vigor el triunfo de los girondinos, los herbertistas, los dantonianos y los terroristas ante la sucesiva derrota de sus antecesores. Se puede estar bastante seguro, también, de que la masa no entendió nada de estos acontecimientos.

A la distancia, se percibe sólo de un modo confuso el papel desempeñado por los líderes ya que éstos, por lo común, trabajan en la sombra. Para entender esto en forma clara debemos estudiarlos en los hechos contemporáneos. Allí podremos ver cómo el líder puede provocar los movimientos populares más violentos. Y no estamos pensando aquí en las huelgas de los hombres del correo o de los ferroviarios, en las cuales puede intervenir el descontento de los empleados, sino en acontecimientos en los cuales la masa no tenía el más mínimo interés. Tal fue, por ejemplo, el levantamiento popular provocado por unos pocos socialistas entre el populacho parisino a la víspera de la ejecución de Ferrer, en España. La masa francesa nunca había oído hablar de Ferrer. En España su ejecución pasó casi desapercibida. En París las instigaciones de unos pocos líderes fueron suficientes para convocar a todo un ejército en contra de la embajada de España con la intención de incendiarla. Parte de la guardia tuvo que ser utilizada para protegerla. Enérgicamente rechazados, los asaltantes se contentaron con saquear algunos pocos negocios y construir algunas barricadas.

algunos de las primeras filas incómodamente afectados por el olor y deseando abandonar la sala."

En forma simultánea, los líderes ofrecieron otra prueba de su influencia. Entendiendo por fin que el incendiar una embajada extranjera podía ser extremadamente peligroso, ordenaron una demostración pacífica para el día siguiente y fueron tan fielmente obedecidos como si hubieran ordenado el más violento de los disturbios. No hay ejemplo que pueda ilustrar mejor la importancia de los líderes y la sumisión de la masa.

Si hay historiadores, de Michelet a Aulard, que presentan a la masa revolucionaria como actuando por iniciativa propia, sin líderes, es porque no han comprendido su psicología.

Capítulo V: La psicología de las Asambleas Revolucionarias

1)- Características psicológicas de las grandes Asambleas Revolucionarias

Una gran asamblea política – por ejemplo, un parlamento – es una muchedumbre, pero es tal que a veces no consigue actuar efectivamente debido a los sentimientos contrarios de los grupos hostiles que la componen.

La presencia de estos grupos, que actúan por intereses divergentes, nos obliga a considerar a una asamblea como formada por masas superpuestas y heterogéneas, cada una de ellas obedeciendo a sus líderes particulares. La ley de la unidad mental de las masas se manifiesta solamente dentro de cada grupo y sólo en el caso de darse circunstancias excepcionales los diferentes grupos actúan con una única intención.

En una asamblea, cada grupo hace las veces de un ser individual. Los individuos que contribuyen a formar este ser ya no son ellos mismos y votarán, sin vacilar, en contra de sus propias convicciones y deseos. La noche anterior al día en que Luis XVI había de ser condenado Vergniaud protestó con indignación contra la sugerencia de que debía votar su muerte; pero la votó al día siguiente.

La acción del grupo consiste principalmente en fortificar las opiniones indecisas. Todas las convicciones individuales débiles se confirman al volverse colectivas.

A veces, líderes de gran reputación o inusual violencia, actuando sobre todos los grupos de una asamblea, pueden convertirla en una única masa. La mayoría de los miembros de la Convención sancionaron medidas completamente contrarias a sus opiniones bajo la influencia de un muy reducido número de líderes de esta clase.

Las colectividades siempre han cedido el paso a los sectarios activos. La Historia de las Asambleas revolucionarias muestra qué tan pusilánimes fueron ante los líderes de las revueltas populares, a pesar de la audacia de su lenguaje ante los reyes. La invasión de una banda de energúmenos comandados por un líder arrogante fue suficiente para hacerlos votar, allí mismo y al instante, las medidas más absurdas y contradictorias.

Una asamblea, al tener las características de una muchedumbre, será extrema en sus sentimientos, al igual que una multitud. Excesiva en su violencia, será excesiva en su cobardía. En general, será insolente ante los débiles y servil ante los fuertes.

Recordemos la temerosa humildad del Parlamento cuando el joven Luis XIV ingresó, látigo en mano, a pronunciar su corto discurso. Sabemos también con qué creciente impertinencia la Asamblea Constituyente trató a Luis XVI a medida en que sintió que el rey se estaba volviendo indefenso. Finalmente, acordémonos del terror de la Convención bajo el reinado de Robespierre.

Siendo esta característica de las asambleas una ley general, el que un soberano las convoque cuando su poder está declinando debe ser considerado como un grueso error psicológico. El llamamiento a los Estados Generales le costó la vida a Luis XVI. Algo muy similar le pasó a Enrique III cuando, después de haber sido obligado a abandonar París, tuvo la infeliz idea de convocar a los Estados en Blois. Conscientes de la debilidad del rey, los Estados inmediatamente se manifestaron como dueños de la situación

modificando impuestos, despidiendo a oficiales y pretendiendo que sus decisiones tuviesen fuerza de ley.

Esta progresiva exageración de los sentimientos fue palmariamente demostrada en todas las asambleas de la Revolución. La Asamblea Constituyente, al principio respetuosa en extremo hacia la autoridad real y sus prerrogativas, al final se proclamó Asamblea soberana y trató a Luis XVI como un simple empleado. La Convención, después de un comienzo relativamente moderado, terminó con una forma preliminar del Terror. Al principio los juicios todavía se hallaban rodeados de ciertas garantías legales pero después, rápidamente y aumentando sus poderes, la Convención decretó leyes que privaban a todas las personas acusadas del derecho de defensa permitiendo su condena por la mera sospecha de ser sospechosos. Cediendo cada vez más a su sanguinario frenesí, finalmente terminó despedazándose a sí misma. Girondinos, herbertistas, dantonianos y robespierrianos sucesivamente terminaron sus carreras a manos del verdugo.

Esta exageración de los sentimientos por parte de las asambleas explica por qué fueron tan poco capaces de controlar sus propios destinos y por qué con tanta frecuencia terminaron arribando a conclusiones exactamente opuestas a los fines que se habían propuesto. Católica y monárquica, la Asamblea Constituyente, en lugar de conducir a Francia hacia la monarquía constitucional que deseaba establecer y hacia la religión que deseaba defender, la condujo rápidamente a la república violenta y a la persecución del clero.

Como hemos visto, las asambleas políticas se componen de grupos heterogéneos pero a veces han sido formadas por grupos homogéneos como, por ejemplo, algunos de los clubes que desempeñaron un papel tan enorme durante la Revolución y cuya psicología merece un examen especial.

2)- La psicología de los Clubes revolucionarios.

Las pequeñas asambleas de personas que poseen las mismas opiniones, los mismos credos y los mismos intereses que eliminan todas las voces disidentes, se diferencian de las asambleas grandes por la unidad de sus sentimientos y, por lo tanto, de sus voluntades. Tales fueron las comunas, las congregaciones religiosas, las corporaciones y los clubes durante la Revolución, las sociedades secretas durante la primera mitad del Siglo XIX y los francmasones y los sindicalistas de hoy día.

Los puntos que diferencian una asamblea heterogénea de un club homogéneo deben ser bien comprendidos si hemos de entender el devenir de la Revolución Francesa. Hasta el Directorio, y especialmente durante la Convención, la Revolución estuvo dirigida por los clubes.

A pesar de su unidad de voluntad, producto de la ausencia de partidos disidentes, los clubes responden a las leyes de la psicología de las masas. Por consiguiente, están subyugadas por líderes. Podemos ver esto especialmente en el Club Jacobino que fue dominado por Robespierre.

La función del líder de un club, una masa homogénea, es por lejos más difícil que la del líder de una masa heterogénea. Esta última puede ser fácilmente conducida pulsando una pequeña cantidad de cuerdas; pero en un grupo homogéneo como un club cuyos sentimientos e intereses son idénticos, el líder debe saber cómo satisfacerlos y con frecuencia no los conduce sino que es conducido.

Una parte del poder de las aglomeraciones homogéneas reside en su anonimato. Sabemos que durante la Comuna de 1871 unas pocas órdenes anónimas fueron suficientes para lograr el incendio de los más valiosos edificios de París: el Hotel de Ville, las Tullerías, la Cour des Comptes, los edificios de la Legión de Honor, etc. Una breve orden de los comités anónimos, “Quemen Finances, quemen las Tullerías, etc.”, fue inmediatamente ejecutada. Sólo una imprevista casualidad salvó al Louvre y a sus colecciones. También conocemos

la clase de obediencia religiosa que se le concede hoy en día a las más absurdas pretensiones de los anónimos líderes sindicales.

Los clubes de París y la Comuna insurrecta no fueron menos escrupulosamente obedecidos por la época de la Revolución. Una orden emanada de ellos fue suficiente para lanzar sobre la Asamblea a un ejército popular que dictó sus pretensiones.

Cuando resumamos la Historia de la Convención en otro capítulo veremos cuan frecuentes fueron estas irrupciones y con qué servilismo la Asamblea – tan poderosa según las leyendas – se inclinó ante las exigencias más imperativas de un puñado de revoltosos. Instruida por la experiencia, el directorio clausuró los clubes y puso expeditivamente fin a la invasión del populacho disparando contra el mismo.

La Convención muy pronto entendió la superioridad de los grupos homogéneos por sobre las asambleas heterogéneas en materia de gobierno. Por eso es que se subdividió en comités compuestos por un número limitado de individuos. Estos comités – Seguridad Pública, Finanzas, etc. – se constituyeron en pequeñas asambleas dentro de la Asamblea más amplia. Su poder sólo estuvo limitado por el de los clubes.

Las consideraciones que preceden muestran el poder de los grupos sobre la voluntad de los miembros que los componen. Si el grupo es homogéneo, esta acción es considerable; si es heterogéneo resulta menos considerable pero aún así puede volverse importante, ya sea porque los grupos más poderosos de una asamblea dominarán a aquellos cuya cohesión es más débil, ya sea porque ciertos sentimientos contagiosos con frecuencia se extenderán a todos los miembros de una asamblea.

Un ejemplo memorable de esta influencia de los grupos ocurrió por la época de la Revolución cuando, a la noche del 4 de Agosto, los nobles, a propuesta de uno de sus miembros, votaron por renunciar a sus privilegios feudales. Sin embargo, sabemos que la Revolución se desató en parte porque el clero y la nobleza se negaron a renunciar a sus privilegios. ¿Por qué finalmente renunciaron a ellos?

Simplemente porque las personas en una muchedumbre no actúan como lo hacen las personas en forma aislada. Individualmente ningún miembro de la nobleza hubiera abandonado sus derechos.

Napoleón en Santa Elena citó algunos ejemplos curiosos de esta influencia que las asambleas tienen sobre sus miembros: “Nada fue más común durante este período que encontrarse con hombres bastante diferentes de la reputación que sus actos y sus dichos hubieran parecido justificar. Por ejemplo, uno hubiera imaginado a Monge como un sujeto terrible. Cuando se decidió la guerra, se subió a la tribuna de los jacobinos para declarar que le daría sus dos hijas a los primeros dos soldados heridos por el enemigo. Quería ver a todos los nobles muertos, etc. Ahora bien, en realidad Monge era el más amable y débil de los hombres. No hubiera matado ni a una gallina de haber tenido que hacerlo con sus propias manos; ni siquiera hubiera soportado ver como otro la mataba estando él presente.”

3)- Propuesta de una explicación para la progresiva exageración de los sentimientos en las asambleas.

Si los sentimientos colectivos fuesen susceptibles de una medición cuantitativa exacta podríamos trasladarlos a una curva que, después de un primer ascenso gradual, se desliza con extrema rapidez hacia arriba y luego cae en forma casi vertical. La ecuación de esta curva podría ser llamada la ecuación de las variaciones de los sentimientos colectivos sometidos a una excitación constante.

No es siempre fácil explicar la aceleración de ciertos sentimientos bajo la influencia de una causa excitadora constante. Quizás, sin embargo, se podría decir que, si las leyes de la psicología son comparables a las de la mecánica, una causa de magnitud invariable actuando de forma constante rápidamente incrementará la intensidad de un sentimiento. Sabemos, por ejemplo, que una fuerza cuya magnitud y dirección permanecen constantes – tal como la gravedad actuando sobre una masa – causará un movimiento acelerado. La velocidad de un objeto libre cayendo en el espacio bajo

la influencia de la gravedad será de alrededor de 32 pies durante el primer segundo, 64 durante el siguiente, 96 durante el próximo, etc. Si pudiésemos hacer caer al cuerpo desde una altura adecuada, sería fácil darle la velocidad suficiente como para perforar una placa de acero.

Pero, si bien esta explicación es aplicable a la aceleración de un sentimiento sometido a la excitación constante de una causa, no nos dice por qué los efectos de la aceleración al final decaen en forma súbita. Esta caída sólo es comprensible si incluimos factores fisiológicos – esto es: si recordamos que el placer, al igual que el dolor, no pueden exceder ciertos límites y que todas las sensaciones, cuando son demasiado violentas, resultan en la parálisis de la sensación. Nuestro organismo sólo soporta un determinado máximo de gozo, dolor, o esfuerzo y tampoco puede soportar este máximo por mucho tiempo. La mano que aprieta un dinamómetro pronto agota su fuerza y se ve obligada a soltarlo.

El estudio de las causas de la desaparición de ciertos grupos de sentimientos en las asambleas nos recordará el hecho que, aparte del partido que predomina por su fuerza o su prestigio, hay otros partidos que – restringidos por esta fuerza o prestigio – aún no han llegado a desarrollarse plenamente. Alguna circunstancia casual puede debilitar en algún grado al partido predominante y en ese momento, inmediatamente, los sentimientos suprimidos de los partidos adversarios pueden volverse preponderantes. La Montaña aprendió esta lección después del Termidor.

Todas las analogías que podamos tratar de establecer entre las leyes de los fenómenos materiales y aquellos que condicionan la evolución de factores afectivos y místicos serán, evidentemente, burdas en extremo. Tendrá que ser así hasta que los mecanismos de las funciones cerebrales sean mejor comprendidas que en la actualidad.

PARTE II LA REVOLUCIÓN FRANCESA

LIBRO I Los Orígenes de la Revolución Francesa

Capítulo I: Las opiniones de los Historiadores sobre la Revolución Francesa

1)- Los Historiadores de la Revolución.

Respecto de la Revolución Francesa se han expresado las opiniones más contradictorias y, si bien del período en cuestión nos separa apenas un siglo, parecería ser imposible por el momento juzgarla con calma. Para de Maistre fue “una obra satánica”, y “nunca la acción del espíritu de la oscuridad se manifestó en forma tan evidente.” Para los jacobinos modernos, la Revolución regeneró a la raza humana.

Extranjeros que viven en Francia aún la consideran como un tema que debe ser evitado en las conversaciones.

“Por todas partes” – escribe Barrett Wendell – “esta memoria y estas tradiciones poseen todavía tanta vitalidad que pocas personas son capaces de considerarlas de modo desapasionado. Todavía excitan tanto entusiasmo como resentimiento; todavía se las considera con un leal y ardiente espíritu de partidismo. Mientras mejor comprendes a Francia más claramente podrás ver que aún hoy no hay estudio sobre la Revolución Francesa que le haya parecido imparcial al francés.”

Esta observación es absolutamente correcta. Para ser interpretados con equidad, los acontecimientos del pasado ya no deben producir

resultados en el presente y no deben tocar los credos políticos o religiosos de aquellos cuya intolerancia inevitable he señalado.

Por lo tanto, no debe sorprendernos que los historiadores expresen ideas muy dispares respecto de la Revolución. Por un largo tiempo más algunos la verán como uno de los acontecimientos más siniestros de la Historia mientras que para otros continuará siendo uno de los más gloriosos.

Todos los que escribieron sobre los hechos creyeron haber relatado su curso con imparcialidad pero, en general, sólo sostuvieron teorías contradictorias de peculiar simpleza. Los documentos, al ser innumerables y contradictorios, permitieron que su selección – consciente o inconsciente – justificase las respectivas teorías.

Los más antiguos historiadores de la Revolución – Thiers, Quinet y, a pesar de su talento, Michelet mismo – se encuentran algo eclipsados en la actualidad. Sus interpretaciones de ningún modo son complicadas. Por lo general, predomina en sus trabajos un fatalismo histórico. Thiers consideró a la Revolución como el resultado de varios siglos de monarquía absoluta y al Terror como la consecuencia necesaria de una invasión extranjera. Quinet describió los excesos de 1793 como el resultado de un largo y continuo despotismo, pero declaró que la tiranía de la Convención fue innecesaria y dañó la obra de la Revolución. Michelet vio en ella meramente la obra del pueblo, al cual admiraba ciegamente, e inauguró su glorificación, continuada luego por otros historiadores.

La anterior reputación de todos estos historiadores ha sido, en gran medida, destruida por la de Taine. Si bien igualmente apasionado, Taine arrojó una brillante luz sobre el período revolucionario y sin duda pasará mucho tiempo antes que su obra sea superada.

Un trabajo tan importante está condenado a tener fallas. Taine es admirable en la representación de hechos y de personas, pero trata de juzgar, según las normas de la lógica racional, acontecimientos que no fueron dictados por la razón y a los cuales, por lo tanto, no puede interpretar. Su psicología, excelente cuando es tan sólo descriptiva, se vuelve muy débil ni bien se vuelve explicativa. Afirmar

que Robespierre fue un pedante no revela las causas de su poder absoluto sobre la Convención por la época en que se pasó varios meses despedazándola con perfecta impunidad. Se ha dicho con justicia de Taine que vio bien y comprendió poco.

A pesar de estas restricciones su trabajo es altamente destacable y no ha sido igualado. Podemos juzgar su inmensa influencia por la exasperación que despierta entre los fieles defensores de la ortodoxia jacobina de la cual Aulard, profesor en la Sorbona, es el sumo sacerdote actual. Este último ha dedicado dos años a escribir un panfleto contra Taine en el cual cada línea está cargada de pasión. Todo este tiempo, gastado en la rectificación de algunos pocos errores materiales que ni siquiera son relevantes, sólo ha resultado en la perpetración de los mismos errores.

Revisando su trabajo, A. Cochin demuestra que Aulard se equivoca en al menos la mitad de sus citas mientras que Taine se equivoca con mucha menor frecuencia. El mismo historiador muestra también como no debemos confiar en las fuentes de Aulard.

“Estas fuentes – procesos, panfletos, diarios y los discursos y los escritos de patriotas – son precisamente las publicaciones auténticas del patriotismo, editadas por patriotas y editadas, por regla general, para el beneficio del público. Debería haber visto en todo esto simplemente el alegato especial del acusado: tenía ante los ojos una historia prefabricada de la Revolución que representa, al lado de cada uno de los actos del ‘pueblo’ – desde las masacres de Septiembre hasta la ley de Prairial – una explicación prefabricada concordante con el sistema de defensa republicano.”

Quizás la crítica más justa que se puede hacer de la obra de Taine es que quedó incompleta. Estudió especialmente el papel del populacho y sus líderes durante el período revolucionario. Esto le inspiró páginas que vibran de indignación y que todavía podemos admirar, pero muchos importantes aspectos de la Revolución se le escaparon.

Sea lo que fuere que uno piense de la Revolución, existirá siempre una diferencia irreducible entre los historiadores de la escuela de Taine y los de la escuela de Aulard. Este último considera al pueblo

soberano como admirable mientras que el otro nos muestra que, abandonado a sus instintos y liberado de toda restricción social, recae en un salvajismo primitivo. La concepción de Aulard, enteramente contraria a las lecciones de la psicología de masas, es, a pesar de todo, un dogma religioso a los ojos de los jacobinos modernos. Escriben sobre la Revolución de acuerdo al método de los creyentes y toman por trabajos eruditos los argumentos de teólogos virtuales.

2)- La teoría del fatalismo respecto de la Revolución.

Partidarios y detractores de la Revolución con frecuencia admiten la fatalidad de los acontecimientos revolucionarios. Esta teoría está bien sintetizada en el siguiente pasaje de la Historia de la Revolución de Emile Olivier:

“Ninguna persona podía oponérsele. El reproche no se aplica ni a aquellos que perecieron ni a los que sobrevivieron. No había fuerza individual capaz de cambiar los elementos y de prever los acontecimientos que nacieron de la naturaleza de las cosas y de las circunstancias.”

Taine mismo se inclina por esta idea:

“En el momento en que se produjo la apertura de los Estados Generales, el curso de las ideas y de los acontecimientos fue no sólo determinado sino hasta visible. Cada generación, sin saberlo, lleva en su seno su futuro y su pasado; de este último sus designios pudieron haber sido previstos mucho antes de los hechos.”

Otros autores modernos que no profesan más indulgencia frente a la violencia que Taine, están igualmente convencidos de esta fatalidad. Sorel, después de recordar el dicho de Bossuet sobre las revoluciones de la antigüedad – “Todo es sorprendente si consideramos sólo causas particulares y, aún así, todo avanza en una secuencia regular” – expresa una intención que cumple de modo muy imperfecto: “mostrar en la Revolución, la cual a unos les parece una subversión y a otros la regeneración del viejo mundo europeo, el

natural y necesario resultado de la Historia de Europa y mostrar, más allá, que esta revolución no tuvo resultados – ni siquiera los más inesperados – que no provengan de esta Historia y que no ha sido explicada por los antecedentes del antiguo régimen.”

Antes de él también Guizot intentó demostrar que nuestra Revolución – a la cual bastante incorrectamente comparó con la de Inglaterra – fue perfectamente natural y no produjo innovaciones:

“Lejos de romper el curso natural de los acontecimientos en Europa, ni la revolución inglesa ni la nuestra hicieron, intentaron o dijeron nada que no hubiese sido dicho, intentado o hecho cien años antes de su estallido.

... Tanto si consideramos las doctrinas generales de las dos revoluciones como las aplicaciones que se hicieron de ellas – ya sea que miremos el gobierno del Estado o la legislación civil, la propiedad o las personas, la libertad o el poder – no encontraremos nada cuyo invento pueda serles atribuido, nada que no se encuentre en otras partes o que al menos no se haya originado en tiempos que calificamos como normales.”

Todas estas afirmaciones tan sólo recuerdan la banal ley que un acontecimiento es simplemente la consecuencia de acontecimientos previos. Propositiones genéricas de esta clase no nos enseñan mucho.

No debemos tratar de explicar demasiados acontecimientos por el principio de fatalidad adoptado por tantos historiadores. En otra parte he discutido el significado de tales fatalidades y he demostrado que todo el esfuerzo de las civilizaciones consiste en tratar de escapar de ellas. Por cierto que la Historia está llena de necesidades; pero también está repleta de hechos contingentes que sucedieron y que pudieron no haber sucedido. El mismo Napoleón en Santa Elena enumeró seis circunstancias que hubieran podido frenar su prodigiosa carrera. Relató, notablemente, que mientras se estaba bañando en Auxonne, en 1786, sólo escapó de la muerte por la presencia fortuita de un banco de arena. Si Bonaparte hubiese muerto allí podemos admitir que habría surgido otro general para

convertirse en dictador. Pero ¿qué hubiera pasado con la épica imperial y sus consecuencias sin el hombre de genio que condujo nuestros ejércitos victoriosos a todas las capitales de Europa?

Es admisible considerar a nuestra Revolución parcialmente como una necesidad, pero por sobre todo fue – y esto es lo que los escritores fatalistas arriba citados no nos dicen – una lucha permanente entre teóricos imbuidos de un nuevo ideal y las leyes económicas, sociales y políticas que gobiernan a la humanidad, a las que no entendían. Al no comprenderlas, intentaron en vano dirigir el curso de los acontecimientos, se exasperaron ante su fracaso y terminaron cometiendo toda clase de violencia. Decretaron que el papel moneda conocido como assignats debía ser aceptado como equivalente a oro y todas sus amenazas no pudieron evitar que el valor de esa moneda cayera hasta casi la nada. Decretaron la ley de precios máximos y ésta meramente aumentó los males que intentaba remediar. Robespierre declaró ante la Convención que “los sans-culottes serán pagados por el tesoro público que será provisto por los ricos” y a pesar de las requisas y la guillotina el tesoro permaneció vacío.

Habiendo roto todas las restricciones humanas, los hombres de la Revolución finalmente descubrieron que una sociedad no puede vivir sin ellas. Pero cuando intentaron crearlas de nuevo se dieron cuenta de que aún la más fuerte de las sociedades, a pesar de estar apoyada por el miedo a la guillotina, no podía reemplazar la disciplina que el pasado había construido lentamente en la mente de las personas. En cuanto a entender la evolución de la sociedad, o analizar el corazón y la mente de las personas, o prever las consecuencias de las leyes que dictaban; rara vez lo intentaron siquiera.

Los acontecimientos de la Revolución no surgieron de necesidades irreductibles. Fueron mucho más consecuencia de los principios jacobinos que de las circunstancias y pudieron haber sido muy diferentes a lo que fueron. ¿Hubiera seguido la Revolución el mismo camino si Luis XVI hubiera estado mejor asesorado, o la Asamblea Constituyente hubiese sido menos cobarde en tiempos de

insurrección popular? La teoría de la fatalidad revolucionaria es útil tan sólo para justificar la violencia presentándola como inevitable.

Tanto si estamos tratando de ciencia como de Historia debemos precavernos de la ignorancia que se escuda bajo la capa del fatalismo. La naturaleza ha estado desde siempre llena de fatalidades que la ciencia está lentamente ayudando a evitar. Tal como lo he demostrado en otra parte, la función del hombre superior es la de eludir tales fatalidades.

3)- Las vacilaciones de los historiadores recientes de la Revolución

Los historiadores cuyas ideas examinamos en el capítulo precedente fueron extremadamente positivos en sus respectivos alegatos. Confinados dentro de los límites de la fe, no intentaron penetrar en el dominio del conocimiento. El escritor monárquico fue violentamente hostil a la Revolución; el liberal fue su violento panegirista.

En la actualidad asistimos al comienzo de un movimiento que, de seguro, conducirá a estudiar la Revolución como uno de esos fenómenos científicos frente a los cuales las opiniones y creencias del escritor importan tan poco que el lector ni siquiera las sospecha.

Este período aún no se ha inaugurado; todavía estamos en el período de la duda. Los escritores liberales que solían ser tan positivos ya no lo son. Se puede juzgar esta nueva concepción mental siguiendo los extractos de autores recientes que se mencionan a continuación.

Hanotaux, habiendo sopesado la utilidad de la Revolución, se pregunta si sus resultados no fueron adquiridos a un precio demasiado alto y agrega: “La Historia está indecisa y por un largo tiempo más dudará en contestar.”

Madelin se muestra igualmente dubitativo en el libro publicado recientemente. “Nunca sentí suficiente autoridad para formarme, incluso en mi más íntima conciencia, un juicio categórico sobre un fenómeno tan complejo como la Revolución Francesa. Hoy

encuentro más difícil aún emitir un juicio breve. Causas, hechos y consecuencias me parecen constituir todavía cuestiones extremadamente debatibles.”

Se puede obtener una idea aún mejor de la transformación de las viejas ideas acerca de la Revolución examinando los escritos más recientes de sus defensores oficiales. Mientras antaño justificaban todo acto de violencia presentándolo como un simple acto de defensa propia, ahora están confinados a invocar circunstancias atenuantes. He encontrado una prueba sorprendente de esta nueva actitud mental en la Historia de Francia destinada a las escuelas publicada por Aulard y Debidour. Con referencia al Terror podemos leer las siguientes líneas:

“La sangre corrió en oleadas; se cometieron actos de injusticia y crímenes que fueron odiosos e inútiles desde el punto de vista de la defensa nacional. Pero los hombres habían perdido la cabeza en la tempestad y, amenazados de mil peligros, los patriotas se lanzaron al ataque en su furia.”

Veremos en otra parte de este trabajo que el primero de los dos autores citados, a pesar de su jacobinismo declarado, no es en forma alguna indulgente para con los hombres antaño calificados como los “Gigantes de la Convención”.

El juicio que los extranjeros emiten sobre nuestra Revolución es, por lo general, claramente severo y no podemos sorprendernos de ello si recordamos lo que Europa sufrió durante los veinte años de insurrección en Francia.

En particular, los más severos han sido los alemanes. Su opinión está resumida en las siguientes líneas de Faguet:

“Digámoslo con coraje y patriotismo, puesto que patriotismo significa por sobre todo decirle la verdad a nuestro propio país: respecto del pasado, Alemania ve en Francia a un pueblo que, con las grandes palabras ‘libertad’ y ‘fraternidad’ en la boca, la oprimió, la devastó, la asesinó, la saqueó y la despedazó durante quince años; y respecto del presente, a un pueblo que, con las

mismas palabras sobre sus banderas, está organizando una democracia despótica, opresiva, malévola y ruinosa que nadie quisiera imitar. Esto es lo que Alemania puede llegar a ver en Francia y, a juzgar por sus libros y periódicos, podemos estar seguros de que esto es lo que efectivamente ve.”

En cuanto al resto, cualquiera que sea el valor de los veredictos pronunciados sobre la Revolución Francesa, podemos estar seguros de que los escritores del futuro la considerarán como un acontecimiento tan apasionante e interesante como instructivo.

Un gobierno lo suficientemente sediento de sangre como para guillotinar a ancianos de ochenta años, muchachas jóvenes y niños pequeños; que cubrió a Francia de ruinas y a pesar de ello consiguió repeler a una Europa en armas; una archiduquesa de Austria, reina de Francia, muriendo sobre el patíbulo y, pocos años más tarde, otra archiduquesa, parienta suya, reemplazándola en el mismo trono y casándose con un subteniente convertido en Emperador – he aquí tragedias únicas en la Historia de la humanidad. Sobre todo, los psicólogos extraerán lecciones de una Historia tan poco estudiada por ellos. No hay duda de que finalmente descubrirán que la psicología no puede hacer ningún progreso si no renuncia a las teorías quiméricas y a experimentos de laboratorio para pasar a estudiar los acontecimientos y las personas que nos rodean. ¹¹

¹¹ Este consejo está lejos de ser banal. Los psicólogos actuales prestan muy poca atención al mundo que los rodea y hasta se sorprenden de que alguien proponga estudiarlo. Me he topado con una prueba interesante de esta estructura mental de la indiferencia en la reseña a uno de mis libros que apareció en la *Revue Philosophique* y que fue inspirada por el editor de la reseña. El autor me reprocha el “explorar el mundo y los periódicos más que a los libros.”

Acepto muy gustoso este reproche. La variedad de hechos reflejados en los periódicos y las realidades del mundo son por lejos más instructivas que las elucubraciones filosóficas de las que está repleta la *Revue*.

Los filósofos están comenzando a ver la puerilidad de tales reproches. Fue ciertamente en los cuarenta volúmenes de esta fastidiosa publicación que William James estaba pensando cuando escribió que todas estas disertaciones simplemente representaban “una ristra de hechos burdamente observados y algunas escasas y belicosas discusiones”. Si bien es autor del mejor tratado de psicología actualmente disponible, el eminente pensador se da cuenta de “la fragilidad de una ciencia que destila criticismo metafísico por cada uno de sus poros”. Por más de veinte años he tratado de interesar a los psicólogos en el estudio de la realidad pero la

4)- La imparcialidad en la Historia

La imparcialidad siempre ha sido considerada como la cualidad más esencial del historiador. Desde Tácito, todos los historiadores nos han asegurado su imparcialidad.

En realidad, el escritor ve los acontecimientos de la misma manera en que el pintor ve un paisaje – esto es: a través de su propio temperamento; a través de su carácter y la mentalidad de su raza.

Un número de artistas colocados ante el mismo paisaje necesariamente lo interpretarán en un número igual de maneras diferentes. Algunos subrayarían detalles dejados de lado por los otros. Cada reproducción sería así una obra personal – es decir: sería la interpretación de cierta forma de sensibilidad.

Sucede lo mismo con el escritor. Podemos hablar tan poco de la imparcialidad del escritor como de la imparcialidad del pintor.

Por cierto que el historiador puede limitarse a la reproducción de documentos y esto constituye la tendencia actual. Pero estos documentos, para períodos que están tan cerca de nosotros como la Revolución, son tan numerosos que la vida entera de una persona no alcanzaría para revisarlos a todos. En consecuencia, el historiador debe hacer una selección.

A veces de manera deliberada pero con mayor frecuencia inconscientemente, el autor seleccionará el material que mejor se corresponde con sus opiniones políticas, morales y sociales.

Por lo tanto, a menos que nos conformemos con simples cronologías que resuman cada evento en unas pocas palabras y una fecha, resulta imposible producir un volumen de Historia verdaderamente imparcial. Ningún autor podría ser imparcial y esto no es de lamentar. La pretensión de imparcialidad, tan común en nuestros

corriente de la metafísica universitaria difícilmente haya sido desviada aún, si bien ha perdido la fuerza que solía tener.

días, resulta en esas obras chatas, ominosas y prodigiosamente tediosas que vuelven completamente incomprensible cualquier período histórico.

Bajo el pretexto de la imparcialidad ¿debería el historiador abstenerse de juzgar a los hombres – esto es: de hablar en todo de admiración o censura?

Esta cuestión, lo admito, tiene dos soluciones muy diferentes, cada una de las cuales es perfectamente correcta dependiendo de si el punto de vista asumido es el del moralista o el del psicólogo.

El moralista debe pensar exclusivamente en el interés de la sociedad y debe juzgar a los hombres tan sólo de acuerdo a ese interés. Por el sólo hecho de existir y de querer continuar existiendo, una sociedad está obligada a admitir cierto número de reglas, a tener una norma indestructible en cuanto al bien y al mal, y en consecuencia a crear distinciones muy definidas entre el vicio y la virtud. De este modo, finalmente crea tipos-promedio a los cuales la persona de una época se ajusta de un modo más o menos estricto y de los cuales no puede apartarse con demasiada amplitud sin hacer peligrar a la sociedad.

Es a través de estas similitudes tipológicas y las reglas derivadas de las necesidades sociales que el moralista debe juzgar a los hombres del pasado. Alabando a aquellos que fueron útiles y denostando al resto, ayuda a formar los paradigmas morales que resultan indispensables al progreso de la civilización y que pueden servir de modelo a los demás. Poetas tales como Corneille, por ejemplo, crean héroes superiores a la mayoría de los hombres y posiblemente inimitables; pero nos ayudan mucho a estimular nuestros esfuerzos. El ejemplo de los héroes siempre tiene que ponerse ante un pueblo a fin de ennoblecer su mentalidad.

Ése es el punto de vista del moralista. El del psicólogo sería bastante diferente. Mientras una sociedad no tiene derecho a ser tolerante porque su primer deber es el de vivir, el psicólogo puede ser indiferente. Considerando las cosas como un científico, no preguntará por su valor utilitario sino meramente tratará de explicarlas.

Su situación es la de un observador ante un fenómeno. Es obviamente difícil leer con sangre fría que Carrier ordenó que sus víctimas fuesen enterradas hasta el cuello para luego destruirles los ojos y someterlos a horribles tormentos. Sin embargo, si deseamos comprender tales acciones no debemos indignarnos más que el naturalista ante la araña que lentamente devora a una mosca. En el instante en que la razón se emociona ya no es razón y no puede explicar nada.

Como vemos, las funciones del historiador y del psicólogo no son idénticas. Pero de ambos podemos exigir que intenten, mediante una sabia interpretación de los hechos, descubrir, bajo la evidencia visible, las fuerzas invisibles que los determinan.

Capítulo II: Los fundamentos psicológicos del Antiguo Régimen

1)- La monarquía absoluta y las bases del Antiguo Régimen.

Muchos historiadores nos aseguran que la Revolución se dirigió contra la autocracia de la monarquía. En realidad, los reyes de Francia habían cesado de ser monarcas absolutos mucho antes del estallido revolucionario.

No fue sino hasta muy tarde en la Historia – y no antes del reinado de Luis XIV – que finalmente obtuvieron un poder incontestable. Todos los soberanos anteriores, incluso los más poderosos como por ejemplo Francisco I, tuvieron que librar constantes luchas ya sea contra los seigneurs, ya sea contra el clero o bien contra los parlamentos; y no siempre triunfaron. Francisco mismo no tuvo poder suficiente como para defender a sus amigos más íntimos contra la Sorbona y el Parlamento. Su amigo y consejero Berquin, habiendo ofendido a la Sorbona, fue arrestado por orden de ésta. El rey ordenó su liberación pero la misma fue denegada. No tuvo más remedio que enviar arqueros para sacarlo de la Conciergerie y no

pudo hallar otro medio de protegerlo que manteniéndolo a su lado en el Louvre. La Sorbona no se consideró vencida en modo alguno. Aprovechándose de una ausencia del rey, volvió a arrestar a Berquin y lo hizo juzgar por el Parlamento. Condenado a las diez de la mañana, fue enterrado vivo al atardecer.

El poder de los reyes se construyó de un modo muy gradual y no fue absoluto sino hasta los tiempos de Luis XIV. Después, decayó en forma rápida y sería realmente difícil hablar del absolutismo de Luis XVI.

Este supuesto soberano fue esclavo de su corte, de sus ministros, del clero y de los nobles. Hizo lo que le obligaron hacer y rara vez lo que quiso. Quizás ningún francés fue menos libre que el rey.

El gran poder de la monarquía residió originalmente en el origen divino que se le atribuyó y en las tradiciones que se acumularon a través de los siglos. Estas tradiciones formaban la real estructura social del país.

La verdadera causa de la desaparición del antiguo régimen fue simplemente el debilitamiento de las tradiciones que le servían de fundamento. Cuando, luego de reiteradas críticas, ya no pudo hallar defensores, el antiguo régimen se derrumbó como un edificio al cual le han destruido los cimientos.

2)- Los inconvenientes del Antiguo Régimen.

Un sistema de gobierno largamente establecido siempre terminará pareciendo aceptable al pueblo que gobierna. El hábito enmascara sus inconvenientes, los que sólo aparecen cuando las personas empiezan a reflexionar. Es entonces cuando se empiezan a preguntar cómo es que siempre los han soportado. El hombre verdaderamente infeliz es aquél que se cree miserable.

Fue precisamente esta creencia la que estaba ganando terreno por la época de la Revolución bajo la influencia de escritores cuya obra pasaremos a estudiar. De pronto las imperfecciones del antiguo

régimen saltaron a la vista. Fueron numerosas; bástenos con citar unas pocas.

A pesar de la aparente autoridad del poder central, el reino formado por la conquista sucesiva de provincias independientes estaba dividido en territorios. Cada uno de ellos tenía sus propias leyes y costumbres, pagaba diferentes impuestos y estaba separado de los demás por aduanas internas. De esta forma, la unidad de Francia era, en cierta forma, artificial. Representaba un agregado de varios países al que el repetido esfuerzo de los reyes, Luis XIV inclusive, no habían conseguido unificar por completo. El efecto más útil de la Revolución fue precisamente esta unificación.

A las divisiones materiales mencionadas se les agregaban las divisiones sociales constituidas por las diferentes clases – nobleza, clero y el Tercer Estado – cuyas rígidas barreras podían ser cruzadas sólo con la mayor de las dificultades.

Considerando la división de las clases como una de sus fuentes de poder, el antiguo régimen había mantenido rigurosamente esa división. La misma se convirtió en la principal causa del odio que inspiraba el sistema. Gran parte de la violencia de la burguesía triunfante representó una venganza por un largo pasado de desprecio y opresión. Las heridas del orgullo son las más difíciles de olvidar. El Tercer Estado había sufrido muchas de esas heridas. En el encuentro de los Estados Generales de 1614, en el cual los asistentes fueron obligados a permanecer con la cabeza descubierta y de rodillas, uno de los miembros del Tercer Estado se atrevió a decir que las tres clases eran como tres hermanos. El portavoz de los nobles respondió que “no hay fraternidad entre la nobleza y el Tercer Estado; los nobles no desean que los hijos de zapateros remendones y teñidores los llamen hermanos.”

A pesar de los avances de la ilustración, los nobles y el clero obstinadamente preservaron sus privilegios y sus demandas; injustificables ya, puesto que las clases habían cesado de brindar servicios.

Alejados del ejercicio de las funciones públicas por el poder real que distribuía dichas funciones y que desconfiaba de ellos, reemplazados además por una burguesía que era cada vez más capaz e ilustrada, el papel social de los nobles y el clero devino en un espectáculo vacío. Este punto ha sido brillantemente ilustrado por Taine:

“Puesto que la nobleza, habiendo perdido su capacidad específica, y el Tercer Estado, habiendo adquirido una capacidad general, estaban ahora al mismo nivel en cuanto a educación y aptitudes, la desigualdad que los dividía se había vuelto hiriente e inútil. Instituida por costumbre, ya no estaba ratificada por la conciencia y el Tercer Estado estaba con razón indignado por privilegios que no se justificaban ni por la capacidad de los nobles ni por la incapacidad de la burguesía.”

Debido a la rigidez de las castas establecidas por un largo pasado no vemos qué podría haber persuadido a los nobles y al clero a renunciar a sus privilegios. Por cierto que finalmente los abandonaron una tarde memorable, cuando los acontecimientos los forzaron a hacerlo; pero en ese momento ya era tarde y la Revolución desencadenada ya estaba siguiendo su curso.

El progreso moderno seguramente habría establecido gradualmente todo lo que hizo la Revolución: la igualdad de los ciudadanos ante la ley, la supresión de los privilegios de nacimiento, etc. A pesar del espíritu conservador de los latinos, estas cosas hubieran sido conquistadas, tal como lo fueron por la mayoría de los pueblos. De esta forma nos hubiésemos podido ahorrar veinte años de guerras y devastaciones; pero hubiéramos tenido que tener otra constitución mental y, por sobre todo, otros estadistas.

La profunda hostilidad de la burguesía contra las clases, a las cuales, por tradición, tenía que mantener sobre sí misma, fue uno de los grandes factores de la Revolución y explica perfectamente por qué, luego de su triunfo, la clase triunfante despojó a la vencida de sus riquezas. Se comportaron como conquistadores – como Guillermo el Conquistador quien, luego de la conquista de Inglaterra, distribuyó la tierra entre sus soldados.

Pero, si bien la burguesía detestaba a la nobleza, no sentía odio hacia la realeza y no la consideraba revocable. La torpeza del rey y su apelación a poderes extranjeros sólo muy gradualmente lo hicieron impopular.

La primera Asamblea nunca soñó con fundar una república. Extremadamente monárquica, de hecho simplemente pensó en sustituir una monarquía absoluta por una monarquía parlamentaria. La conciencia de su creciente poder la exasperó contra la resistencia del rey, pero no se atrevió a derrocarlo.

3)- La vida bajo el Antiguo Régimen.

Es difícil formarse una idea bien clara de la vida bajo el Antiguo Régimen y, sobre todo, acerca de la real situación de los campesinos.

Los escritores que defienden a la Revolución como los teólogos defienden a los dogmas religiosos nos pintan unos cuadros tan funestos de la existencia de los campesinos del Antiguo Régimen que uno se pregunta cómo es que todas esas desdichadas criaturas no murieron de hambre mucho antes. Un buen ejemplo de este estilo de redacción puede encontrarse en un libro de A. Rambaud, ex-profesor en la Sorbona, publicado bajo el título de Historia de la Revolución Francesa. Llama la atención especialmente un grabado con la leyenda “Pobreza de los campesinos bajo Luis XIV”. En el primer plano un hombre está luchando contra unos perros por un par de huesos que, por otra parte, ya están bastante pelados. A su lado, un sujeto desolado se está retorciendo apretándose el estómago. Algo más atrás, una mujer yace en el suelo comiendo pasto. Al fondo del paisaje figuras, de las cuales uno no sabe si son esqueletos o personas que se están muriendo, yacen también por el suelo. Como ejemplo de la administración del Antiguo Régimen el mismo autor nos asegura que “un puesto en la policía costaba 300 libras y producía 400.000”. ¡Cifras como éstas seguramente indican un gran altruismo por parte de quienes vendían empleos tan productivos a tan bajo precio! También se nos informa que “costaba tan sólo 120

libras hacer que alguien fuese arrestado” y que “bajo Luis XV se distribuyeron más de 150.000 órdenes de allanamiento”.

La mayoría de los libros que tratan sobre la Revolución están concebidos con la misma escasa imparcialidad y espíritu crítico, lo cual es una de las razones por la que este período es tan poco conocido por nosotros en realidad.

Por cierto que no faltan documentos, pero son absolutamente contradictorios. A la célebre descripción de La Bruyere le podemos oponer el cuadro entusiasta pintado por el viajero inglés Young sobre la próspera condición del campesinado en algunas provincias francesas.

¿Se hallaban realmente aplastados por los impuestos y pagaban, como se ha dicho, cuatro quintos de sus ingresos en lugar del quinto que se paga en la actualidad? Es imposible decirlo con certeza. Un hecho muy importante, sin embargo, parece probar que bajo el Antiguo Régimen la situación de los habitantes de los distritos rurales no pudo haber sido tan desastrosa puesto que parece estar establecido que más de una tercera parte de la tierra había sido comprada por campesinos.

Del sistema financiero tenemos mejor información. Fue muy opresivo y extremadamente complicado. Los presupuestos, que usualmente presentaban déficits e impuestos de todo tipo, fueron instituidos por administradores generales. Al propio momento de la Revolución esta condición de las finanzas se volvió causa de un descontento universal que está expresado en los documentos de los Estados Generales. Subrayemos que estos documentos no representan un estado de cosas previo sino condiciones presentes debidas a la crisis de pobreza producida por la mala cosecha de 1788 y el duro invierno de 1789. ¿Pero qué nos hubiesen dicho esos documentos de haber sido escritos diez años antes?

A pesar de las circunstancias desfavorables, los documentos no contienen ideas revolucionarias. Los más audaces meramente solicitan que los impuestos sean fijados sólo con el consentimiento de los Estados Generales y pagados por todos por igual. Los mismos

documentos a veces expresan el deseo de que el poder del rey sea limitado por una Constitución que defina sus derechos así como los de la nación. Si estas peticiones hubieran sido concedidas, una monarquía constitucional muy fácilmente hubiera reemplazado a la monarquía absoluta y probablemente se hubiera evitado la Revolución.

Por desgracia, la nobleza y el clero eran demasiado fuertes y Luis XVI demasiado débil como para que una solución como ésta fuese posible.

Más allá de eso, hubiese sido extremadamente dificultada por las demandas de la burguesía que pretendía sustituir a la nobleza y que fue la real autora de la Revolución. El movimiento, iniciado por las clases medias, rápidamente excedió sus esperanzas, necesidades y aspiraciones. Habían exigido igualdad en provecho propio pero el pueblo también demandó esa igualdad. De este modo, la Revolución finalmente se convirtió en un movimiento popular; algo que en un principio no fue, ni tuvo intención de ser.

4)- Evolución del sentimiento monárquico durante la Revolución.

A pesar de la evolución lenta de los elementos afectivos, está comprobado que durante la Revolución los sentimientos, no ya del pueblo tan sólo sino también los de las Asambleas revolucionarias respecto de la monarquía, sufrieron un cambio muy rápido. Entre el momento en que los legisladores de la primer Asamblea rodearon a Luis XVI con respeto y el momento en que su cabeza fue cortada, sólo transcurrieron unos pocos años.

Estos sentimientos, más superficiales que profundos, en realidad fueron meramente transposiciones de sentimientos del mismo orden. El amor que las personas de este período sentían por el rey fue transferido al nuevo gobierno que había heredado su poder. El mecanismo de esa transferencia puede ser demostrado con facilidad.

Bajo el Antiguo Régimen, el soberano, detentando el poder por derecho divino, estaba investido de una especie de poder

sobrenatural. Las personas lo admiraban desde todos los rincones del país.

Esta fe mística en el poder absoluto de la realeza se resquebrajó solamente cuando la experiencia reiterada demostró que el poder atribuido al rey adorado era ficticio. Fue allí que perdió su prestigio. Ahora bien, cuando el prestigio se pierde, la masa no le perdonará al ídolo caído el haberla defraudado y buscará un nuevo ídolo sin el cual no puede existir.

Desde el principio de la Revolución, numerosos hechos, cotidianamente reiterados, revelaron hasta al más ferviente de los creyentes que la realeza ya no poseía poder alguno y que había otros poderes capaces, no tan sólo de enfrentar a la realeza, sino de poseer una fuerza superior.

¿Qué, por ejemplo, podían pensar del poder monárquico las multitudes que veían al rey dominado por la Asamblea e incapaz, en el corazón mismo de París, de defender su fortaleza más sólida contra los ataques de las bandas armadas?

Al ser, de esta manera, obvia la debilidad de la realeza, el poder de la Asamblea se incrementó. Ahora bien, a los ojos de la masa la debilidad no tiene prestigio; la masa siempre se vuelca hacia el lado de la fuerza.

En las Asambleas el sentimiento fue muy fluido pero no evolucionó de manera rápida. Por esta razón la fe monárquica sobrevivió a la toma de la Bastilla, la huida del rey y su trato con soberanos extranjeros.

La fe realista siguió siendo tan poderosa que las sublevaciones de París y los acontecimientos que condujeron a la ejecución de Luis XVI no fueron suficientes para destruir en las provincias esa especie de piedad secular que envolvía a la antigua monarquía.¹²

¹² Como un ejemplo de la profundidad del amor del pueblo por sus reyes, Michelet relata el siguiente hecho ocurrido durante el reinado de Luis XV: "Cuando se conoció en París que Luis XV, quien había ido a buscar al ejército, yacía enfermo en Metz, ya era de noche. El pueblo se alzó y comenzó a correr tumultuosamente de un lado para el otro sin saber qué hacer; las

Persistió en una gran parte de Francia durante toda la Revolución y fue el origen de conspiraciones monárquicas e insurrecciones en varios departamentos que la Convención tuvo tanto trabajo en suprimir. La fe monárquica había desaparecido de París dónde la debilidad del rey resultaba demasiado plenamente visible; pero en las provincias el poder del rey, representando a Dios sobre la tierra, todavía mantenía su prestigio.

Los sentimientos monárquicos del pueblo tienen que haber tenido raíces muy profundas para sobrevivir a la guillotina. Los movimientos monárquicos persistieron, de hecho, durante toda la Revolución y se acentuaron bajo el directorio cuando cuarenta y nueve departamentos enviaron diputados realistas a París provocando con ello el golpe de Estado del Fructidor.

Este sentimiento monárquico, reprimido con dificultad por la Revolución, contribuyó al éxito de Bonaparte cuando vino a ocupar el trono del antiguo rey y, en gran medida, a restablecer el Antiguo Régimen.

Capítulo III: La anarquía mental por la época de la Revolución y la influencia atribuida a los filósofos.

1)- Origen y propagación de las ideas revolucionarias.

La vida exterior de las personas en todas las épocas está moldeada sobre una vida interior formada por una estructura de tradiciones, sentimientos e influencias morales que dirigen la conducta y mantienen ciertas nociones fundamentales que se aceptan sin discusión.

iglesias se abrieron en medio de la noche... las gentes se reunían en todos los cruces de caminos, apretujándose y preguntándose sin saber qué perseguían. En varias iglesias el sacerdote que se hallaba recitando la oración por la salud del rey tuvo que detenerse envuelto en lágrimas y el pueblo le respondió con sollozos y lamentos ... El mensajero que trajo la noticia de su convalecencia fue abrazado y casi sofocado; lo llevaron en andas y las personas besaron su caballo ... Cada calle resonó con un grito de alegría: '¡El rey se ha curado!'".

Permítase el debilitamiento de esta estructura social y pronto germinarán y se desarrollarán ideas que antes no hubieran tenido fuerza alguna. Ciertas teorías cuyo éxito fue enorme por la época de la Revolución hubieran chocado contra un muro impenetrable apenas dos siglos antes.

El objeto de estas consideraciones es recordarle al lector el hecho que los acontecimientos externos de las revoluciones son siempre consecuencia de transformaciones invisibles que han avanzado lentamente en la mente de las personas. Cualquier estudio profundo de una revolución requiere el estudio del terreno mental sobre el cual tienen que germinar las ideas que dirigen su curso.

Por lo general extremadamente lenta, la evolución de las ideas es con frecuencia invisible para toda una generación. Su extensión sólo puede ser comprendida comparando la condición mental de las mismas clases sociales a ambos extremos de la curva que la mentalidad ha seguido. Para entender las diferentes concepciones sobre la monarquía, sostenidas por personas educadas tanto bajo Luis XIV como bajo Luis XVI, tenemos que comparar las teorías políticas de Bossuet y las de Turgot.

Bossuet expresó las concepciones generales de su tiempo en lo concerniente a la monarquía absoluta cuando basó la autoridad de un gobierno sobre la voluntad de Dios “único juez de los actos de los reyes, siempre sin responsabilidad ante los hombres.” En aquellos tiempos la fe religiosa era tan fuerte como la fe monárquica de la cual parecía inseparable y ningún filósofo hubiera podido sacudirla.

Los escritos de los ministros reformadores de Luis XVI, los de Turgot por ejemplo, están animados de un espíritu bastante diferente. Del derecho divino de los reyes apenas si hay mención y los derechos de los pueblos comienzan a ser claramente definidos.

Muchos acontecimientos contribuyeron a preparar una evolución como ésa – guerras desafortunadas, hambrunas, impuestos, pobreza general hacia el fin del reinado de Luis XV, etc. El respeto por la autoridad del rey, lentamente destruido, fue reemplazado por una insurrección mental que se manifestaría ni bien surgiese la ocasión.

Una vez que la estructura mental comienza a derrumbarse, el fin sobreviene con rapidez. Debido a eso es que, por la época de la Revolución, se propagaron tan rápidamente ideas que de ningún modo eran nuevas pero que, hasta ese momento, no habían ejercido su influencia puesto que no habían caído sobre terreno fértil.

Con todo, las ideas que resultaron tan atractivas y efectivas habían sido expresadas con frecuencia. Durante mucho tiempo habían inspirado la política de Inglaterra. Dos mil años antes, los primeros autores griegos y latinos habían escrito en defensa de la libertad, habían maldecido a los tiranos y proclamado los derechos de la soberanía popular.

Las clases medias que hicieron la Revolución – si bien, al igual que sus padres, habían aprendido todas estas cosas de los libros de texto – no estaban en ningún grado emocionadas por ellas porque no había llegado todavía el momento en que esas ideas podían llegar a entusiasmarlas. ¿Cómo podía el pueblo haberse impresionado por ellas en una época en que todas las personas estaban acostumbradas a considerar todas las jerarquías como necesidades naturales?

La influencia real de los filósofos en la génesis de la Revolución no fue la que se les atribuye. No revelaron nada nuevo pero desarrollaron el espíritu crítico que ningún dogma puede resistir una vez que el camino está preparado para su caída.

Bajo la influencia de este espíritu crítico en desarrollo, cosas que ya no estaban siendo muy respetadas empezaron a respetarse cada vez menos. Cuando la tradición y el prestigio desaparecieron, el edificio social se desmoronó de modo súbito.

Esta disgregación progresiva finalmente descendió hasta el pueblo pero no fue iniciada por el pueblo. El pueblo sigue ejemplos, nunca los instituye.

Los filósofos, que no pudieron ejercer influencia alguna sobre el pueblo, ejercieron sí una gran influencia sobre la porción ilustrada de la nación. La nobleza desocupada, que hacía tiempo ya había sido expulsada de sus antiguas funciones y cuyos miembros estaban por

consiguiente inclinados a ser críticos, siguió su liderazgo. Incapaces de prever, los nobles fueron los primeros en romper con las tradiciones que constituían su única razón de ser.

Tan empapados de humanitarismo y de racionalismo como la burguesía actual, la nobleza debilitó sus propios privilegios mediante su crítica. Al igual que hoy, los reformadores más ardientes se encontraron entre los más favorecidos por la fortuna. La aristocracia promovió disertaciones sobre el contrato social, los derechos humanos y la igualdad de los ciudadanos. En el teatro aplaudió obras que criticaban privilegios, la arbitrariedad y la incapacidad de hombres en altos puestos y abusos de todo tipo.

Ni bien las personas pierden confianza en los fundamentos de la estructura mental que guía sus conductas, primero se sienten inseguras y luego descontentas. Todas las clases sintieron que sus antiguos motivos para actuar estaban desapareciendo gradualmente. Cosas que habían parecido sagradas por siglos ya no lo eran.

El espíritu censurador de la nobleza y de los escritores de la época no hubiera sido suficiente para desplazar la pesada carga de la tradición, pero su acción se sumó a la de otras poderosas influencias. Ya hemos señalado, citando a Bossuet, que bajo el Antiguo Régimen el gobierno religioso y el civil, ampliamente separados en la actualidad, se hallaban íntimamente interconectados. Herir a uno significaba, inevitablemente, herir al otro. Ahora bien, incluso antes del resquebrajamiento de la idea monárquica, la fuerza de la tradición religiosa había disminuido mucho entre las personas cultivadas. El constante progreso del conocimiento había desplazado a un número cada vez mayor de cerebros de la teología a la ciencia al oponer la verdad observada contra la verdad revelada.

Esta evolución mental, si bien muy vaga aún, fue suficiente para mostrar que las tradiciones, que durante tantos siglos habían orientado a las personas, no poseían el valor que se les atribuía y que pronto sería necesario reemplazarlas.

Pero ¿dónde descubrir los nuevos elementos que puedan tomar el lugar de la tradición? ¿Dónde buscar el anillo mágico que levantaría

un nuevo edificio social sobre los restos de otro que ya no satisfacía a los hombres?

Las personas acordaron en atribuirle a la razón el poder que la tradición y los dioses parecían haber perdido. ¿Cómo dudar de su poder? Al ser innumerables sus descubrimientos ¿acaso no era legítimo suponer que aplicándola a la construcción de sociedades las transformaría por completo? La posibilidad de esa función creció muy rápidamente en el pensamiento de los más ilustrados, y esto en la misma proporción en que la tradición parecía ser cada vez menos confiable.

El poder soberano atribuido a la razón debe ser considerado como la idea culminante que no sólo engendró la Revolución sino que la gobernó por completo. Durante toda la Revolución las personas se abandonaron a los esfuerzos más perseverantes para romper con el pasado y construir una sociedad sobre la base de un plan dictado por la lógica.

Las teorías racionalistas de los filósofos, filtrándose lentamente hacia abajo, al pueblo simplemente le significaron que todas las cosas antes consideradas valiosas y respetables ya no eran ni dignas de respeto ni valiosas.

Habiendo sido los hombres declarados iguales, las antiguas autoridades ya no tenían por qué ser obedecidas.

La multitud fácilmente consiguió dejar de respetar lo que las clases superiores mismas ya no respetaban. Cuando se bajó la barrera del respeto, la Revolución quedó consumada.

El primer resultado de esta nueva mentalidad fue la insubordinación general. Madame Vigée Lebrun relata que, sobre la promenade de Longchamps, personas del pueblo saltaban sobre los estribos de los carruajes para gritar: “El año que viene usted estará detrás y nosotros estaremos dentro”.

El populacho no estuvo solo en su manifestación de insubordinación y descontento. Estos sentimientos estaban generalizados a la víspera de la Revolución. “El bajo clero” – dice Taine – “es hostil a los

prelados; la nobleza provinciana a la nobleza cortesana; los vasallos a los señores; los campesinos a los ciudadanos,” etc.

Este estado mental, que había sido comunicado de los nobles al clero y al pueblo, también invadió al ejército. En el momento en que se inauguraron los Estados Generales, Necker dijo: “No estamos seguros de las tropas”. Los oficiales se estaban volviendo humanitarios y filosóficos. Los soldados, reclutados de entre la clase más baja de la población, no filosofaban pero tampoco obedecían ya.

En sus débiles mentes las ideas de igualdad simplemente significaban la supresión de todos los líderes y autoridades y, por lo tanto, de toda obediencia. En 1790 más de veinte regimientos amenazaron a sus oficiales y algunas veces, como en Nancy, los arrojaron a la prisión.

La anarquía mental que, después de extenderse a través de todas las clases de la sociedad, finalmente invadió el ejército fue la principal causa de la desaparición del Antiguo Régimen. “Fue la desertión del ejército afectado por las ideas del Tercer Estado” – escribió Rivarol – “lo que destruyó a la monarquía”.

2)- La supuesta influencia de los filósofos del Siglo XVIII sobre la génesis de la Revolución. Su aversión a la democracia.

Si bien los filósofos que supuestamente fueron los inspiradores de la Revolución Francesa atacaron ciertos privilegios y abusos, no por ello no debemos considerarlos como partidarios de un gobierno popular. La democracia, cuyo papel les era familiar por la Historia de Grecia, les resultaba, por lo general, altamente antipática. No ignoraban la destrucción y la violencia que invariablemente la acompañan y sabían que, ya en los tiempos de Aristóteles, se la definía como “un Estado en el cual todo, incluso la ley, depende de la multitud convertida en tirana y gobernada por unos pocos oradores ampulosos”.

Pierre Bayle, el auténtico antecesor de Voltaire, recordaba en los siguientes términos las consecuencias del gobierno popular en Atenas:

“Si uno considera esta historia que exhibe con gran extensión el tumulto de las asambleas, las facciones dividiendo a la ciudad, los sediciosos provocando disturbios, los personajes más ilustres perseguidos, exiliados y condenados a muerte por la voluntad de un violento inútil, uno podría concluir que este pueblo tan orgulloso de su libertad fue en realidad esclavo de un pequeño número de facciosos a los que llamaba demagogos y que lo hacían volverse ora en una dirección, ora en otra, a medida en que cambiaban sus pasiones, casi igual al mar que carga con sus olas una vez hacia un lado y otra vez hacia el otro de acuerdo a los vientos que lo azotan. Buscaréis en vano en Macedonia, que era una monarquía, tantos ejemplos de tiranía como la historia ateniense puede suministrar.”

Montesquieu tampoco tenía una admiración mayor por la democracia. Habiendo descrito tres formas de gobierno – república, monarquía y despotismo – muestra muy claramente hacia dónde puede llegar a conducir un gobierno popular:

“Los hombres fueron libres con leyes; serían ilusoriamente libres sin ellas. Lo que era una máxima se llamó severidad; lo que fue el orden se llamó impedimento. Antes, el bienestar de los individuos constituyó la riqueza pública; ahora la riqueza pública se convierte en el patrimonio de individuos. La república es un embrollo y su fuerza es meramente el poder de algunos ciudadanos y el libertinaje de todos.”

... Aparecen de pronto pequeños tiranos exigüos que tienen, entre todos, los vicios de un solo tirano. Muy pronto lo que queda de la libertad se vuelve insostenible; surge un único tirano y el pueblo lo pierde todo, incluso las ventajas de la corrupción.

La democracia tiene, pues, dos extremos a evitar. El extremo del espíritu de igualdad conduce al despotismo de una sola persona y el despotismo de una sola persona conduce a ser conquistado.”

El ideal de Montesquieu fue el gobierno constitucional inglés que le impedía al monarca degenerar en déspota. Por otro lado, la influencia de este filósofo al momento de la Revolución fue muy escasa.

En cuanto a los Enciclopedistas a quienes se les atribuye un papel tan considerable, apenas si se dedicaron a la política – excepto d'Holbach, un liberal monárquico como Voltaire y Diderot. Escribieron principalmente sobre la libertad individual, oponiéndose a las intrusiones de la Iglesia, extremadamente intolerante y enemiga de los filósofos por aquella época. Al no ser ni socialistas ni demócratas, la Revolución no podía utilizar ninguno de sus principios.

Voltaire mismo, de ningún modo fue un ciego partidario de la democracia.

“La democracia” – dijo – “parece convenirle solamente a un país muy pequeño y, aún en ese caso, el mismo debe estar muy afortunadamente ubicado. Por más pequeño que sea, cometerá muchos errores porque está compuesto por seres humanos. La discordia prevalecerá allí como en un convento lleno de monjes; pero al menos no habrá ningún día de San Bartolomé, ninguna masacre irlandesa, nada de Vísperas Sicilianas, nada de Inquisición ni condena a la horca por haber sacado agua del mar sin pagar por ella; a menos que supongamos a esta república compuesta por demonios y ubicada en un rincón del infierno.”

Todos estos hombres que supuestamente inspiraron a la Revolución tuvieron opiniones que estaban lejos de ser subversivas y es realmente difícil de ver que hayan tenido influencia real alguna en el desarrollo del movimiento revolucionario. Rousseau fue uno de los muy pocos filósofos revolucionarios de su época y es por esto que su Contrato Social se convirtió en la Biblia de los hombres del Terror. Parecía suministrar la justificación racional necesaria para disculpar los actos derivados de impulsos inconscientes, místicos y afectivos, que ninguna filosofía había inspirado.

Para ser completamente veraces, los instintos democráticos de Rousseau de ningún modo se hallaban más allá de toda sospecha. Él mismo consideraba que sus proyectos de reorganización social, basados sobre la soberanía popular, podrían ser aplicados solamente a un Estado muy pequeño y, cuando los polacos le pidieron que les diseñara una Constitución, les aconsejó optar por un monarca hereditario.

Entre todas las teorías de Rousseau, la relativa a la perfección del estado social primitivo tuvo un gran éxito. Afirmó, junto a varios escritores de su tiempo, que la humanidad primitiva era perfecta y que fue corrompida sólo por la sociedad. Modificando a la sociedad por medio de buenas leyes uno podría regresar a la felicidad del mundo primigenio. Ignorando toda psicología, creyó que los seres humanos habían permanecido siendo iguales a lo largo del tiempo y del espacio y que todos podían ser gobernados por las mismas leyes y las mismas instituciones. Ésta fue entonces la creencia general. “Los vicios y las virtudes del pueblo” – escribió Helvetius – “son siempre un efecto necesario de su legislación ... ¿Cómo dudar que la virtud es, en todos los pueblos, el resultado de la sabiduría, más o menos perfecta, de la administración?”

No podría haber error más colosal.

3)- Las ideas filosóficas de la burguesía por la época de la Revolución

No es, de ninguna manera, fácil determinar exactamente cuáles eran las concepciones sociales y políticas de un francés de clase media al momento de la Revolución. Quizás puedan ser reducidas a unas pocas fórmulas relativas a fraternidad, igualdad y gobierno popular, resumidas en la célebre Declaración de los Derechos del Hombre de la cual tendremos oportunidad de citar algunos pasajes.

Los filósofos del Siglo XVIII no parecen haber gozado de una estima demasiado alta entre los hombres de la Revolución. Es raro que sean citados en los discursos de esa época. Hipnotizados por sus recuerdos clásicos de Grecia y Roma, los nuevos legisladores

releyeron a su Platón y a su Plutarco. Desearon revivir la Constitución de Esparta con sus costumbres, sus hábitos frugales y sus leyes.

Licurgo, Solón, Miltiades, Manlio Torcuato, Bruto, Mucio Scaevola, hasta el fabuloso Minos mismo se volvieron tan familiares en la tribuna como en el teatro y el público enloquecía por ellos. Sobre las asambleas revolucionarias se proyectaron las sombras de los héroes de la antigüedad. Sólo la posteridad las reemplazó por las sombras de los filósofos del Siglo XVIII.

Veremos que, en realidad, los hombres de este período, generalmente retratados como audaces innovadores guiados por sutiles filósofos, no buscaban realizar ninguna innovación en absoluto sino que intentaban regresar a un pasado hacía tiempo enterrado en la bruma de la Historia y al cual, para colmo, apenas si llegaron a entender en lo más mínimo.

Los más razonables, que no iban tan hacia atrás en sus modelos, apuntaron meramente a adoptar el sistema constitucional inglés, del cual habían cantado los Montesquieu y Voltaire, y el cual finalmente todas las naciones habrían de imitar sin crisis violentas.

Sus ambiciones estaban limitadas al deseo de perfeccionar la monarquía existente, no a derrocarla. Pero en épocas revolucionarias las personas terminan siguiendo un camino muy diferente al que se propusieron tomar. Por la época en que fueron convocados los Estados Generales nadie hubiera podido suponer jamás que una revolución de pacíficos burgueses y hombres de letras se transformaría rápidamente en una de las más sangrientas dictaduras de la Historia.

Capítulo IV : Ilusiones psicológicas respecto de la Revolución Francesa

1)- Ilusiones respecto del hombre primitivo, el regreso a un estado de naturaleza y la psicología del pueblo.

Ya hemos repetido, y volveremos a repetir, que los errores de una doctrina no impiden su propagación y por ello todo lo que tenemos que considerar aquí es su influencia sobre la mente de las personas.

Pero, si bien la crítica a las doctrinas erradas rara vez es de utilidad práctica, resulta sumamente interesante desde un punto de vista psicológico. El filósofo que desea comprender el funcionamiento de la mente humana debe siempre considerar cuidadosamente las ilusiones con las que viven las personas. Quizás nunca en el transcurso de la Historia estas ilusiones parecieron ser tan profundas y tan numerosas como durante la Revolución.

Una de las más prominentes fue la singular concepción acerca de la naturaleza de nuestros primeros antepasados y las sociedades primitivas. Al no haber todavía la antropología revelado las condiciones de nuestros remotos ancestros, las personas, influenciadas por las leyendas de la Biblia, suponían que el ser humano había salido perfecto de las manos de su Creador. Las primeras sociedades habrían sido así modelos, arruinados posteriormente por la civilización, pero a los cuales la humanidad tenía que regresar. El retorno a un estado de naturaleza fue muy pronto el grito general. “El principio fundamental de toda moral de la que he tratado en mis escritos” – dijo Rousseau – “es que el Hombre es un ser por naturaleza bueno, amante de la justicia y del orden”.

La ciencia moderna, al determinar las condiciones de vida de nuestros primeros antepasados a partir de los restos que nos han quedado, hace ya rato que ha demostrado el error de esta doctrina. El hombre primitivo se presenta como un bruto feroz e ignorante, tan ignorante como el salvaje moderno que pretende ser adorador de la bondad, la moralidad y la compasión. Gobernado por sus impulsos

instintivos, se arroja sobre su presa cuando el hambre lo saca de su caverna y cae sobre sus enemigos en el momento en que lo domina el odio. La razón, al no haber surgido aún, no pudo gobernar sus instintos.

El objeto de la civilización, al contrario de todas las creencias revolucionarias, ha sido, no el regresar al estado de naturaleza sino el escapar del mismo. Los jacobinos transformaron una sociedad política en una horda de bárbaros precisamente porque condujeron a la humanidad a su condición primitiva, destruyendo todas las restricciones sociales sin las cuales ninguna civilización puede existir.

En lo concerniente a la naturaleza del hombre, las ideas de estos teóricos fueron aproximadamente tan valiosas como las de un general romano en lo concerniente al valor de los augurios. Sin embargo, aún así su influencia en cuanto a brindar motivaciones para la acción fue considerable. La Convención estuvo siempre inspirada por esas ideas.

Los errores relacionados con nuestros primitivos antepasados fueron bastante perdonables dado que las reales condiciones existenciales de éstos eran absolutamente desconocidas antes de que nos las revelaran los descubrimientos modernos. Pero la absoluta ignorancia de la psicología humana que demostraron tener los hombres de la Revolución es por lejos menos fácil de comprender.

Realmente es como si los filósofos y escritores del Siglo XVIII hubiesen estado privados por completo de la más mínima capacidad de observación. Vivieron entre sus contemporáneos sin verlos y sin entenderlos. Por sobre todo, no tuvieron la menor sospecha acerca de la verdadera naturaleza de la mentalidad popular. El hombre del pueblo siempre se les apareció bajo la figura del modelo quimérico creado por sus sueños. Tan ignorantes de psicología como de las enseñanzas de la Historia, consideraron al plebeyo como una persona naturalmente buena, afectuosa, agradecida y siempre dispuesta a escuchar a la razón.

Los discursos pronunciados por los miembros de la Asamblea muestran cuan profundas eran estas ilusiones. Cuando los campesinos comenzaron a incendiar el chateaux se sorprendieron muchísimo y se dirigieron a ellos con arengas sentimentales, rogándoles que cesaran en su actitud para no “apenar a vuestro buen rey” e instándolos “a sorprenderlo con vuestras virtudes”.

2)- Ilusiones respecto de la posibilidad de separar al Hombre de su pasado y el poder transformador atribuido a la ley.

Uno de los principios que sirvió de fundamento a las instituciones revolucionarias fue que el ser humano puede ser rápidamente aislado de su pasado y que una sociedad puede ser reedificada en todos sus aspectos por medio de instituciones. Los legisladores del momento resolvieron romper por completo con el pasado, persuadidos a la luz de la razón de que, excepto por las eras primitivas que habrían de servir de modelo, el pasado representaba una herencia de errores y supersticiones.

Para enfatizar mejor sus intenciones, fundaron toda una nueva era, modificaron el calendario y cambiaron el nombre de los meses y las estaciones del año.

Suponiendo semejantes a todos los seres humanos, creyeron que podrían legislar para toda la raza humana. Condorcet imaginó que estaba expresando una verdad evidente cuando dijo: “Una buena ley tiene que ser buena para todos los hombres, del mismo modo en que un postulado geométrico es verdadero para todos.”

Los teóricos de la Revolución nunca percibieron, detrás del mundo de las cosas visibles, los resortes secretos que las ponían en movimiento. Se necesitó un siglo de progreso biológico para mostrar cuan funestos habían sido sus errores y cuan completamente un ser de cualquier especie depende de su pasado.

Los reformadores de la Revolución se hallaron constantemente chocando contra el pasado sin siquiera entenderlo. Quisieron aniquilarlo pero, en lugar de ello, terminaron aniquilados por él.

La fe de los legisladores en el poder absoluto de leyes e instituciones – violentamente sacudida al final de la Revolución – fue absoluta al principio. Gregoire dijo desde la tribuna de la Asamblea Constituyente sin provocar el más mínimo asombro: “Si quisiéramos, podríamos cambiar la religión; pero no queremos hacerlo.” Sabemos que quisieron hacerlo más tarde, y también sabemos qué tan miserablemente fracasaron en su intento.

Aún así, los jacobinos tuvieron en sus manos todos los elementos para el éxito. Gracias a la más completa de las tiranías, se eliminaron todos los obstáculos y las leyes que se les ocurrió imponer fueron siempre aceptadas. Después de diez años de violencia, de destrucción, de incendios y saqueos, masacres y sublevaciones generales, su impotencia quedó revelada tan palmariamente que cosecharon la reprobación general. Después, el dictador invocado por la totalidad de Francia se vio obligado a reestablecer la mayor parte de lo que había sido destruido.

El intento de los jacobinos de reformular la sociedad en nombre de la razón constituye un experimento altamente interesante. Es probable que la humanidad nunca vuelva a tener la oportunidad de repetirlo a una escala tan extensa.

Si bien la lección fue terrible, parece no haber sido suficiente para una considerable clase de mentes ya que, aún en la actualidad, podemos oír a socialistas con planes quiméricos proponiendo reconstruir a la sociedad de arriba hacia abajo.

3)- Ilusiones respecto del valor teórico de los grandes principios revolucionarios.

Los principios fundamentales sobre los que se basó la Revolución a fin de crear un nuevo orden están contenidos en Declaraciones de Derechos, formuladas sucesivamente en 1789, 1793 y 1795. Las tres Declaraciones coinciden en proclamar que “el principio de la soberanía reside en la nación”.

En cuanto al resto, las tres Declaraciones difieren en varios puntos; notoriamente, en materia de igualdad. La de 1789 simplemente establece (Artículo 1º): “Los hombres nacen y permanecen libres y poseen los mismos derechos.” La de 1793 va más lejos y nos asegura que (Artículo 3º): “Todos los hombres son iguales por naturaleza.” La de 1795 es más modesta y dice (Artículo 3º): “La igualdad consiste en que la ley es la misma para todos.” Aparte de esto, habiendo mencionado derechos, la tercera Declaración considera útil hablar de deberes. Su moralidad es simplemente la del Evangelio. El Artículo 2º dice: “Todos los deberes del hombre y del ciudadano se derivan de estos dos principios grabados por la naturaleza en todos los corazones: no hagas a los demás lo que no quieres que te hagan a ti; haz constantemente a los demás lo que deseas recibir de ellos.”

Las partes esenciales de estas proclamas, las únicas que realmente han sobrevivido, son las relativas a la igualdad y a la soberanía popular.

A pesar de la debilidad de su significado racional, la parte desempeñada por la consigna republicana de Libertad, Igualdad, Fraternidad, fue considerable.

Esta fórmula mágica, que se mantiene grabada en muchas de nuestras paredes hasta que se grave en nuestros corazones, realmente tuvo ese poder sobrenatural que los hechiceros atribuyen a determinadas palabras.

Gracias a las nuevas esperanzas despertadas por sus promesas, su poder de expansión fue considerable. Miles de hombres dieron sus vidas por ellas. Incluso en nuestros días, cuando estalla una revolución en cualquier parte del mundo, se invoca siempre la misma fórmula.

Su elección fue extremadamente feliz. Pertenece a esa categoría de frases indefinidas, evocadoras de sueños, que cada uno es libre de interpretar de acuerdo con sus propios deseos, odios y anhelos. En cuestiones de fe el real sentido de las palabras importa muy poco; su importancia está determinada por el significado que se les adosa.

De los tres principios de la consigna revolucionaria, el de la igualdad es el que fue más pródigo en consecuencias. Veremos en otra parte de este libro que es casi el único que sobrevive produciendo todavía sus efectos.

Por cierto que no fue la Revolución la que introdujo la idea de la igualdad en el mundo. Sin siquiera retroceder hasta las repúblicas griegas, podemos remarcar que la teoría de la igualdad fue predicada de la forma más clara por el cristianismo y por el Islam. Todos los hombres, hijos del mismo Dios, son iguales ante Él y serán juzgados de acuerdo con sus méritos. El dogma de la igualdad de las almas fue un dogma esencial tanto para los mahometanos como para los cristianos.

Pero el proclamar el principio no basta para asegurar su cumplimiento. La Iglesia cristiana pronto renunció a su igualdad teórica y los hombres de la Revolución sólo la recordaron en sus discursos.

El sentido del término “igualdad” varía de acuerdo con la persona que lo emplea. Con frecuencia esconde sentimientos muy contrarios a su sentido original y representa la imperiosa necesidad de no tener a nadie por encima de uno mismo, unida al no menos intenso deseo de sentirse por encima de los demás. Entre los jacobinos de la Revolución, como entre los de nuestros días, la palabra “igualdad” simplemente implica un odio envidioso a toda superioridad. A fin de eliminar la superioridad, estas personas pretenden unificar comportamientos, costumbres y situaciones. Todos los despotismos, excepto el ejercido por ellos mismos, les parecen odiosos.

Al no ser capaces de eliminar las desigualdades naturales, las niegan.

La segunda Declaración de Derechos, la de 1793, afirma contrariando toda evidencia que: “todos los hombres son iguales por naturaleza”.

Parecería ser que en muchos de los hombres de la Revolución el ardiente deseo de igualdad meramente ocultaba una intensa necesidad de desigualdades. En su beneficio, Napoleón se vio obligado a restablecer títulos de nobleza y condecoraciones.

Habiendo demostrado que fue entre los revolucionarios más furibundos que encontró los instrumentos más dóciles de dominación, Taine continúa:

“De repente, a través de toda su prédica de libertad e igualdad, aparecieron sus instintos autoritarios, su necesidad de mandar aún como subordinados, y también, en la mayoría de los casos, un apetito por el dinero y el placer. Entre el delegado del Comité de Seguridad Pública y el ministro, el prefecto o subprefecto del Imperio, la diferencia es pequeña: es la misma persona con dos trajes diferentes...”

El dogma de la igualdad tuvo por primera consecuencia la proclama de la soberanía popular por parte de la burguesía. Por otra parte, esta soberanía permaneció siendo altamente teórica durante toda la revolución.

El principio de igualdad fue el legado perdurable de la Revolución. Los otros dos términos de “libertad” y “fraternidad” que lo acompañan en la consigna republicana nunca tuvieron mucha influencia. Hasta podríamos decir que no tuvieron ninguna durante la Revolución y el Imperio y sirvieron meramente para decorar los discursos de algunas personas.

Más tarde, su influencia difícilmente aumentó mucho. La fraternidad no se practicó nunca y los pueblos nunca se preocuparon demasiado por la libertad. Hoy en día los trabajadores han abdicado totalmente de ella en favor de sus sindicatos.

Resumiendo: si bien el lema republicano ha sido escasamente aplicado, ejerció no obstante una influencia muy grande. De la Revolución Francesa no ha quedado nada en la mente popular excepto las tres célebres palabras que resumen su evangelio y que sus ejércitos diseminaron por toda Europa.

LIBRO II

Las influencias racionales, afectivas, místicas y colectivas, activas durante la Revolución

Capítulo I: La psicología de la Asamblea Constituyente

1)- Influencias psicológicas activas durante la Revolución Francesa

Tanto la génesis de la Revolución Francesa como su duración estuvieron condicionadas por elementos de naturaleza racional, afectiva, mística y colectiva, con cada una de estas categorías gobernada por una lógica diferente. Como ya he señalado, tantos historiadores interpretaron este período en forma tan dispar porque no fueron capaces de disociar las influencias respectivas de estos factores.

El elemento racional, usualmente invocado como explicación, ejerció en realidad una influencia muy débil. Preparó el camino para la Revolución, pero la sostuvo tan sólo al principio mientras todavía era exclusiva de la clase media. Su acción se manifestó a través de varias medidas de la época tales como la reforma tributaria, la supresión de los privilegios de una nobleza inútil, etc.

Ni bien la Revolución llegó al pueblo, la influencia de los elementos racionales se desvaneció aceleradamente ante los elementos afectivos y colectivos. En cuanto a los elementos místicos – cimiento de la fe revolucionaria – fueron éstos los que fanatizaron al ejército y propagaron el nuevo credo a través del mundo.

Veremos a estos distintos elementos aparecer en los hechos y en la psicología de los individuos. Quizás el más importante de todos fue

el elemento místico. La Revolución no puede ser claramente comprendida – no nos cansaremos de reiterarlo – a menos que sea considerada como la formación de una nueva fe. Lo que he dicho en otra parte de todos los credos se aplica igualmente a la Revolución. Haciendo referencia, por ejemplo, al capítulo de la Reforma, el lector verá que presenta más de una analogía con la Revolución.

Habiendo perdido tanto tiempo en demostrar el escaso valor racional de los credos, los filósofos actuales están empezando a comprender mejor la función de los mismos. Han sido forzados a admitir que los credos son los únicos factores que poseen suficiente influencia para transformar todos los elementos de una civilización.

Se imponen a las personas más allá de la razón y tienen el poder de polarizar en un solo sentido los pensamientos y los sentimientos del hombre. La razón pura jamás ha tenido ese poder desde el momento en que los seres humanos jamás se han apasionado por la razón.

La forma religiosa rápidamente adoptada por la Revolución explica su poder de expansión y el prestigio que tuvo y ha retenido.

Pocos historiadores comprendieron que este gran monumento ha de ser considerado como el fundamento de una nueva religión. La penetrante mente de Tocqueville creo que fue la primera en percibirlo:

“La Revolución Francesa” – escribió – “fue una revolución política que operó a la manera de, y asumió algo del aspecto de, una revolución religiosa. Véanse por cuales caracteres regulares y característicos finalmente se pareció a la última: no sólo se expandió a lo largo y a lo ancho como una revolución religiosa sino, como ésta, se expandió por medio de la prédica y de la propaganda. Una revolución política que inspira a prosélitos, que es predicada apasionadamente a extranjeros del mismo modo en que es llevada a cabo internamente: considérese cuan nuevo fue este espectáculo.”

Aceptando el aspecto religioso de la Revolución se explican con facilidad la furia y las devastaciones que la acompañaron. La Historia nos muestra que éstas siempre acompañan el nacimiento de las

religiones. La Revolución, por lo tanto, tuvo que provocar la violencia y la intolerancia que las deidades triunfantes demandan de sus adeptos. Agitó a toda Europa durante veinte años, arruinó a Francia, causó la muerte de millones de personas y le costó al país varias invasiones. Pero, por regla general, es sólo a costa de tales catástrofes que los pueblos pueden cambiar de fe.

Si bien el elemento místico constituye siempre la base de los credos, ciertos elementos afectivos y racionales se le agregan rápidamente. Una fe, por lo tanto, sirve para agrupar sentimientos, pasiones e intereses que pertenecen a un dominio afectivo. La razón, después, envuelve esa totalidad buscando justificar acontecimientos en los que, sin embargo, no desempeñó papel alguno.

Al momento de la Revolución, cada cual, de acuerdo con sus aspiraciones, vistió a la nueva fe con una diferente vestimenta racional. Los pueblos sólo vieron en ella la supresión de los despotismos y las jerarquías religiosas y políticas bajo las cuales con tanta frecuencia habían sufrido. Escritores como Goethe y pensadores como Kant imaginaron ver en ella el triunfo de la razón. Extranjeros como Humboldt fueron a Francia a “respirar el aire de libertad y a asistir a las exequias del despotismo”.

Estas ilusiones intelectuales no duraron mucho. La evolución del drama pronto reveló la verdadera base del sueño.

2)- Disolución del Antiguo Régimen. La Asamblea de los Estados Generales.

Antes de ser realizadas en acciones, las revoluciones se diseñan en los pensamientos de las personas. Preparada por las causas ya estudiadas, la Revolución Francesa comenzó, en realidad, con el reinado de Luis XVI. Día a día cada vez más descontentas y censuradoras, las clases medias sumaron reclamo sobre reclamo. Todo el mundo clamaba por una reforma.

Luis XVI entendió perfectamente la utilidad de una reforma, pero era demasiado débil para imponerla al clero y a la nobleza. Ni

siquiera pudo retener a sus ministros reformadores, Malesherbes y Turgot. Con la pobreza de todas las clases aumentando con las hambrunas y una mayor presión tributaria; las generosas pensiones cobradas por la Corte formaron un contraste escandaloso frente a la miseria general.

Los notables convocados para intentar remediar la situación financiera rechazaron un sistema tributario equitativo y concedieron reformas tan sólo insignificantes que el Parlamento ni siquiera consintió en registrar. Tuvo que ser disuelto. Los parlamentos provinciales hicieron causa común con el de París y fueron disueltos también. Pero dirigían a la opinión pública y todas las partes de Francia demandaron que se reunieran los Estados Generales que no habían sido convocados por casi doscientos años.

Se tomó la decisión: 5.000.000 de franceses, de los cuales 100.000 eran eclesiásticos y 150.000 nobles, enviaron a sus representantes. Fueron 1.200 diputados en general, de los cuales 578 pertenecían al Tercer Estado siendo principalmente magistrados, abogados y médicos. De los 300 diputados del clero, 200 de origen plebeyo se plegaron al Tercer Estado en contra de la nobleza y el alto clero.

Desde las primeras sesiones se desató un conflicto psicológico entre los diputados de las diferentes condiciones sociales y (por lo tanto) de diferentes mentalidades. Las fastuosas vestimentas de los diputados privilegiados contrastó de una manera humillante con el aspecto sombrío de los del Tercer Estado.

En la primera sesión, de acuerdo a las prerrogativas de su clase, los miembros de la nobleza mantuvieron sus cabezas cubiertas ante el rey. Los del Tercer Estado quisieron imitarlos pero los miembros privilegiados protestaron. Al siguiente día se escucharon más protestas de vanidad herida. Los diputados del Tercer Estado invitaron a los de la nobleza y el clero, que sesionaban en salas separadas, a unirse a ellos para la verificación de sus mandatos. Los nobles se rehusaron. Las negociaciones duraron más de un mes. Finalmente, los diputados del Tercer Estado, a una proposición del abate Sieyes y considerando que representaban el 95 por ciento de la

nación, se declararon constituidos en Asamblea Nacional. Desde ese momento en adelante, la Revolución siguió su curso.

3)- La Asamblea Constituyente.

El poder de una asamblea política reside, por sobre todo, en la debilidad de sus adversarios. Asombrada por la escasa resistencia que encontró y entusiasmada por la influencia de un puñado de oradores, la Asamblea Constituyente, desde sus primeras sesiones, habló y actuó como un cuerpo soberano. En especial, se arrogó el derecho de decretar impuestos lo que implicó una seria violación de las prerrogativas del poder monárquico.

La resistencia de Luis XVI fue bastante débil. Simplemente se limitó a clausurar la sala dispuesta para la reunión de los Estados. Frente a ello, los diputados se reunieron en una sala disponible cerca de unas canchas de juego de pelota y juraron no disolverse hasta que la Constitución del reino no fuese un hecho establecido.

La mayoría de los diputados del clero fueron con ellos. El rey revocó la decisión de la Asamblea y le ordenó a los diputados que se retiraran. Después que el Marqués de Dreux-Breze en su calidad de Gran Maestro de Ceremonias los invitara a obedecer la orden del soberano, el Presidente de la Asamblea declaró: “que la nación reunida en asamblea no puede recibir órdenes” y Mirabeau le contestó al enviado del soberano diciendo que, estando la Asamblea reunida por la voluntad del pueblo, sólo se retiraría a punta de bayoneta. De nuevo el rey cedió.

El 9 de Junio la asamblea de diputados se puso el título de Asamblea Constituyente. Por primera vez en siglos, el rey se vio forzado a reconocer la existencia de un nuevo poder anteriormente ignorado: el del pueblo representado por sus diputados electos. La monarquía absoluta había dejado de existir.

Sintiéndose cada vez más seriamente amenazado, Luis XVI convocó a Versailles una cantidad de regimientos compuestos por

mercenarios extranjeros. La Asamblea demandó el retiro de las tropas.

El rey se negó y despidió a Necker reemplazándolo por el Mariscal de Broglie que tenía la reputación de ser una persona extremadamente autoritaria.

Pero la Asamblea tenía partidarios hábiles. Camille Desmoulins y otros arengaron a la muchedumbre en todas partes convocándola a la defensa de su libertad. Hicieron sonar las campanas de alarma, organizaron una milicia de 12.000 hombres, tomaron mosquetes y cañones de los Invalides y el 14 de Julio las bandas armadas marcharon hacia la Bastilla. La fortaleza, apenas defendida, capituló en pocas horas. Se encontraron en su interior siete prisioneros, uno de los cuales era un idiota y cuatro se hallaban acusados de estafa.

La Bastilla, la prisión de muchas víctimas del poder arbitrario, simbolizaba el poder monárquico para muchas mentes; pero el pueblo que la demolió no había sufrido en ella. Sus prisioneros habían sido casi exclusivamente nobles.

La influencia ejercida por la toma de este fuerte ha continuado hasta nuestros días. Historiadores serios como Rambaud nos aseguran que “la toma de la Bastilla es un hecho culminante de la Historia, no sólo de Francia sino de toda Europa, e inaugura una nueva época en la Historia del mundo.”

Esta credulidad es algo excesiva. La importancia del acontecimiento residió simplemente en el hecho psicológico de que, por primera vez, el pueblo percibió una prueba obvia de la debilidad de una autoridad que hasta ese momento había parecido formidable.

El principio de autoridad se disuelve muy rápidamente cuando queda herido en la mente pública. ¿Qué no puede uno demandar de un rey que no ha podido defender su fuerte principal contra los ataques populares? La autoridad, considerada todopoderosa, había cesado de serlo.

La toma de la Bastilla fue el comienzo de uno de esos fenómenos de contagio mental que abundan en la Historia de la Revolución. Las

tropas mercenarias extranjeras, si bien no podían tener más que un escaso interés en el movimiento, empezaron a dar muestras de amotinamiento. Luis XVI quedó reducido a aceptar su disolución. Volvió a llamar a Necker, fue al Hotel de Ville, sancionó con su presencia los hechos consumados y aceptó de La Fayette, el comandante de la Guardia Nacional, la nueva escarapela roja, blanca y azul que establecía la alianza de los colores de París con los del rey.

Si bien la revuelta que terminó en la toma de la Bastilla de ningún modo puede ser considerada “un hecho culminante de la Historia”, aún así marca el momento preciso del comienzo del gobierno popular. A partir de allí, el pueblo armado intervino diariamente en las deliberaciones de las asambleas revolucionarias e influyó seriamente su conducta.

Esta intervención del pueblo en conformidad con el dogma de su soberanía ha provocado la respetuosa admiración de muchos historiadores de la Revolución. Hasta un estudio superficial de la psicología de las masas les habría revelado rápidamente que esa entidad mística a la que llaman “el pueblo” estaba meramente traduciendo la voluntad de sus líderes. No es correcto decir que el pueblo tomó la Bastilla, atacó las Tullerías, invadió la Convención, etc. Ciertos líderes – generalmente por medio de los clubes – formaron bandas armadas entre el populacho y las dirigieron contra la Bastilla, las Tullerías, etc. Durante la Revolución, las mismas muchedumbres atacaron o defendieron a los partidos más contrarios, de acuerdo a los líderes que casualmente las encabezaron. Una masa nunca tiene más opinión que la de sus líderes.

Como ejemplo de lo que constituye una de las más potentes formas de sugestión, la toma de la Bastilla fue inevitablemente seguida por la destrucción de otros fuertes. Muchos chateaux fueron considerados como otras tantas Bastillas y, a fin de imitar a los parisinos que habían destruido la suya, los campesinos comenzaron a incendiarlas. Lo hicieron con una furia aún mayor porque las

residencias señoriales contenían los títulos de sus impuestos feudales. Fue una especie de jacquerie.¹³

La Asamblea Constituyente, tan orgullosa y altanera frente al rey, fue – como todas las Asambleas que la siguieron – extremadamente pusilánime ante el pueblo.

Esperando poner fin a los desórdenes de la noche del 4 de Agosto, a propuesta de un miembro de la nobleza – el Conde de Noailles – votó la abolición de los derechos señoriales. Si bien esta medida suprimía de un plumazo los privilegios de los nobles, fue votada en medio de lágrimas y de abrazos. Estas erupciones de entusiasmo sentimental se explican con facilidad si recordamos lo contagiosas que son las emociones en una muchedumbre; sobre todo en una asamblea apremiada por el miedo.

Si los nobles hubieran renunciado a sus derechos tan sólo algunos años antes la Revolución podría haberse evitado; pero ahora ya era demasiado tarde. El ceder cuando uno está obligado a hacerlo, meramente aumenta las demandas de aquellos ante quienes uno cede. En política siempre hay que mirar hacia delante y ceder el paso mucho antes de que uno se vea obligado a hacerlo.

Luis XVI titubeó durante dos meses si debía, o no, ratificar las decisiones votadas por la Asamblea en la noche del 4 de Agosto. Se había retirado a Versailles. Los dirigentes enviaron hacia allí una banda de 7.000 a 8.000 hombres y mujeres, asegurándoles que la residencia real contenía grandes cantidades de pan. Se forzaron las rejas del palacio, algunos guardias fueron muertos y el rey y su familia fueron conducidos de regreso a París en medio de una muchedumbre vociferante, en la que muchos de sus miembros

¹³ Se llamó jacquerie a una revuelta campesina que estalló en Francia en 1358. Su nombre lo toma de "Jacques Bonhomme" (Jaime Buenhombre), apelativo genérico con el que se designaba por aquella época a los rústicos en Francia. El motivo esgrimido por la revuelta fue la estructura social del mundo feudal, con su conocida dicotomía de señores y campesinos. Pero los azotes que habían padecido los franceses en los años anteriores, desde la peste negra y las malas cosechas, hasta la negativa evolución de la situación militar en la confrontación con los ingleses, contribuyeron sin duda a agravar el panorama. (N. del T.)

llevaban en la punta de sus picas la cabeza de los soldados que habían masacrado. La tenebrosa marcha duró seis horas. Estos acontecimientos constituyen lo que se conoce como “los días” de Octubre.

El poder popular aumentó y en realidad el rey, así como toda la Asamblea, quedó a partir de allí en manos del pueblo – esto es: a merced de los clubes y sus líderes. Este poder popular habría de prevalecer por cerca de diez años y la Revolución habría de ser casi completamente su obra.

Habiendo proclamado que el pueblo constituía el único soberano, la Asamblea se sintió tremendamente embarazada por las revueltas que iban mucho más allá de las expectativas teóricas. La Asamblea había supuesto que se restauraría el orden mientras ella fabricaba una Constitución destinada a garantizarle a la humanidad una felicidad eterna.

Sabemos que durante todo en transcurso de la Revolución una de las principales tareas de las asambleas fue la de hacer, deshacer y rehacer Constituciones. Los teóricos les atribuían – de la misma manera en que siguen atribuyéndoles en la actualidad – el poder de transformar a la sociedad. Por lo tanto, la Asamblea no podía descuidar su trabajo. En el ínterin, publicó una solemne Declaración de los Derechos del Hombre que resume sus principios.

La Constitución, las proclamas, las declaraciones y los discursos no tuvieron el menor efecto sobre los movimientos populares, ni tampoco sobre los disidentes cuyo número aumentaba día a día en el seno de la Asamblea. Estos últimos quedaron más y más bajo el ascendiente del partido progresista que se encontraba apoyado por los clubes. Danton, Camille Desmoulins y más tarde Marat y Herbert excitaron violentamente al populacho mediante sus arengas y sus periódicos. La Asamblea se deslizaba rápidamente por el tobogán que conduce a los extremismos.

Durante todos estos desórdenes, las finanzas del país no mejoraron. Convencida finalmente de que los discursos filantrópicos no alterarían su lamentable condición y viendo que la bancarrota ya la

amenazaba, la Asamblea decretó el 2 de Noviembre de 1789 la confiscación de los bienes de la Iglesia. Los ingresos percibidos de los creyentes ascendían a unos 8.000.000 de libras y el valor de los bienes fue estimado en cerca de 120.000.000 de libras. Estaban distribuidos entre algunos cientos de prelados, abates de la corte, etc. que poseían en propiedad un cuarto de toda Francia. Estos bienes, llamados de allí en más “dominios nacionales” constituyeron la garantía de los assignats, cuya primera emisión fue por 400.000.000 francos (16.000.000 de libras esterlinas). El público los aceptó al principio, pero se multiplicaron tanto bajo el Directorio y la Convención – la cual de esta forma emitió 45.000.000.000 de francos (800.000.000 libras esterlinas) – que finalmente un assignat de 100 libras sólo terminó valiendo unos pocos centavos.

Estimulado por sus consejeros, el débil Luis intentó en vano luchar contra los decretos de la Asamblea negándose a sancionarlos.

Bajo la sugestión cotidiana de los líderes y el poder del contagio mental, el movimiento revolucionario se estaba extendiendo por todas partes, independientemente de la Asamblea y con frecuencia incluso contra ella.

En los pueblos y villorrios se instituyeron municipalidades revolucionarias, protegidas por Guardias Nacionales locales. Los de pueblos vecinos comenzaron a hacer arreglos mutuos para defenderse si se daba la ocasión. De esta forma se formaron federaciones que pronto fueron agrupadas en una sola. La misma envió 14.000 Guardias Nacionales a París que se reunieron en el Champ-de-Mars el 14 de Julio de 1790. Allí, el rey juró mantener la Constitución decretada por la Asamblea Nacional.

A pesar de este juramento vano se hizo cada día más evidente que no resultaba posible establecer ningún acuerdo entre los principios hereditarios de la monarquía y los proclamados por la Asamblea.

Sintiéndose completamente impotente, el rey sólo pensó en la fuga. Arrestado en Varennes y traído de regreso a París, fue encerrado de las Tullerías. La Asamblea, a pesar de ser marcadamente

monárquica, le suspendió los poderes y decidió hacerse cargo exclusivamente del gobierno.

Nunca un soberano se encontró en una situación tan difícil como Luis en el momento de su huida. Quizás ni siquiera el genio de un Richelieu hubiera conseguido liberarlo de ella. El único elemento de defensa en el que se hubiera podido apoyar le había fallado desde el principio.

Durante toda la duración de la Asamblea Constituyente, la inmensa mayoría de los franceses, y de la Asamblea misma, siguió siendo monárquica. Si el soberano hubiese aceptado una monarquía liberal, quizás hubiera podido permanecer en el poder. Parecería ser que Luis tenía que prometer poco para llegar a un acuerdo con la Asamblea.

Poco, quizás, pero con su estructura mental ese poco resultaba estrictamente imposible. Todas las sombras de sus antepasados se hubieran levantado ante él si hubiera consentido en modificar el mecanismo de una monarquía heredada de tantos antecesores. Además, incluso si lo hubiera intentado, la oposición de su familia, el clero, los nobles y la corte, no hubiera podido ser vencida jamás. Las antiguas castas sobre las que descansaba la monarquía – la nobleza y el clero – eran por aquél entonces casi tan poderosas como el rey mismo. Cada vez que parecía inclinado a aceptar las demandas de la Asamblea ello era porque se veía forzado a hacerlo en un intento de ganar tiempo. Su apelación a poderes extranjeros representa la resolución de un hombre desesperado que ha visto como le fallan sus defensas naturales.

Tanto él como en especial la reina, cultivaban las más extrañas ilusiones en relación con una posible asistencia de Austria que había sido, por siglos, la rival de Francia. Si Austria indolentemente consintió en algo de esta ayuda fue sólo por la esperanza de recibir una gran recompensa. Mercy le dio a entender que el pago esperado consistía en Alsacia, los Alpes y Navarra.

Los líderes de los clubes, encontrando a la Asamblea demasiado monárquica, enviaron al pueblo en contra de ella. Se firmó una

petición invitando a la Asamblea a convocar un nuevo poder constituyente para proceder al juicio de Luis XVI.

Monárquica después de todo, y hallando que la Revolución estaba tomando un carácter demasiado demagógico, la Asamblea resolvió defenderse contra las acciones del pueblo. Un batallón de la Guardia Nacional, comandado por La Fayette, fue enviado a dispersar la multitud reunida en el Champ-de-Mars. Cincuenta de los presentes fueron muertos.

La Asamblea no persistió por mucho tiempo en su débil resistencia. Temerosa en extremo del pueblo, incrementó su arrogancia para con el rey quitándole cada día una parte más de sus prerrogativas y autoridad. Terminó siendo apenas más que un empleado público obligado a ejecutar los deseos de los demás.

La Asamblea había imaginado que sería capaz de ejercer la autoridad que le había quitado al rey, pero tamaña tarea se hallaba infinitamente más allá de sus recursos. Un poder tan dividido siempre es débil. “No conozco nada más terrible” – dijo Mirabeau – “que la autoridad soberana de seiscientas personas.”

Habiéndose vanagloriado de poder combinar en su seno todos los poderes del Estado y ejercerlos como Luis XVI lo había hecho, la Asamblea muy pronto no ejerció ninguno en absoluto.

A medida en que falló su autoridad, creció la anarquía. Los líderes populares continuamente agitaban al pueblo. La revuelta y la insurrección se convirtieron en los únicos poderes. Todos los días la Asamblea resultó invadida por delegaciones agresivas e imperiosas que operaron por medio de amenazas y demandas.

Todos estos movimientos populares, que la Asamblea invariablemente obedeció bajo la presión del miedo, no tuvieron nada de espontáneas. Simplemente representaron la manifestación de nuevos poderes – los clubes y la Comuna – que habían sido erigidos al lado de la Asamblea.

El más poderosos de estos clubes fue el jacobino que rápidamente había creado más de quinientas filiales por todo el país, todas ellas

bajo las órdenes de un cuerpo central. Su influencia se mantuvo preponderante a lo largo de toda la Revolución. Fue el amo de la Asamblea y luego de Francia, siendo su único rival la insurreccional Comuna cuyo poder se ejercía solamente en París.

La debilidad y los fracasos de la Asamblea nacional la hicieron extremadamente impopular. Tomó conciencia de ello y, sintiéndose cada día más impotente, decidió acelerar la creación de una nueva Constitución que le permitiese disolverse. Su última acción, bastante torpe por cierto, fue la de decretar que ningún miembro de la Asamblea Constituyente podría ser elegido a la Asamblea Legislativa. Los miembros de esta última fueron privados así de la experiencia adquirida por sus antecesores.

La Constitución se terminó el 3 de Septiembre de 1791 y fue aceptada el día 13 por el rey al cual la Asamblea le había restituido sus poderes.

Esta Constitución instituía un gobierno representativo, delegando el poder legislativo en diputados elegidos por el pueblo y el poder ejecutivo en el rey cuyo derecho de veto sobre los decretos de la Asamblea fue reconocido. Las antiguas provincias fueron sustituidas por nuevas divisiones departamentales. Los antiguos impuestos fueron abolidos y reemplazados por los impuestos directos e indirectos que aún hoy están en vigor.

La Asamblea, que acababa de alterar las subdivisiones territoriales y de derribar toda la antigua organización social, se creyó con poder suficiente como para transformar incluso la organización religiosa del país. En especial, pretendió que los miembros del clero fuesen elegidos por el pueblo y de esta forma se los sustrajera a la influencia de su suprema autoridad, el Papa.

Esta constitución civil del clero fue el origen de luchas religiosas y persecuciones que duraron hasta los últimos días del Consulado. Dos tercios de los sacerdotes se negaron a prestar el juramento que se les exigía.

Durante los tres años que representan la vida de la Asamblea Constituyente, la Revolución había producido resultados considerables. Quizás el resultado principal fue el comienzo de la transferencia al Tercer Estado de la riqueza de las clases privilegiadas. De este modo, mientras se creaban intereses a defender, también se creaban fervientes adherentes al nuevo régimen. Una Revolución apoyada por la gratificación de apetitos adquiridos está llamada a ser poderosa. El tercer Estado, que había suplantado a los nobles y los campesinos que habían comprado los dominios nacionales, rápidamente entenderían que la restauración del Antiguo Régimen los privaría de sus ventajas, por lo que la enérgica defensa de la Revolución representó meramente la defensa de sus propias fortunas.

Es por esto que, durante parte de la Revolución, vemos a casi la mitad de los departamentos alzarse en vano contra el despotismo que los oprimía. Los republicanos triunfaron por sobre toda oposición. Fueron poderosos en extremo ya que tenían para defender, no sólo un nuevo ideal, sino nuevos intereses materiales. Veremos que la influencia de estos dos factores perduró a lo largo de toda la Revolución y contribuyó poderosamente al establecimiento del Imperio.

Capítulo II: La psicología de la Asamblea Legislativa

1)- Los acontecimientos políticos durante la vida de la Asamblea Legislativa.

Antes de examinar las características mentales de la Asamblea Legislativa resumamos brevemente los importantes acontecimientos políticos que marcaron su corto año de vida. Naturalmente, estos acontecimientos influyeron de manera importante sobre sus manifestaciones psicológicas.

En extremo monárquica, la Asamblea Legislativa no tenía más intenciones que su antecesora de destruir a la monarquía. El rey le parecía un tanto sospechoso pero aún así esperaba ser capaz de mantenerlo sobre el trono.

Por desgracia para él, Luis constantemente estaba solicitando una intervención extranjera. Encerrado en las Tullerías, defendido solamente por sus Guardias Suizas, el tímido soberano oscilaba entre influencias contrarias. Subsidió periódicos destinados a modificar a la opinión pública, pero los oscuros “un-centavo-por-línea” que los editaban no sabían nada de actuar sobre la mente de la masa. Sus únicos medios de persuasión consistían en amenazar con la horca a todos los partisanos de la Revolución y en predecir la invasión de Francia por un ejército que rescataría al rey.

La realeza ya no contaba con nada excepto con las cortes extranjeras. Los nobles estaban emigrando. Prusia, Austria y Rusia amenazaban a Francia con una guerra de invasión. La corte favorecía su liderazgo. A la coalición de los tres reyes contra Francia, el Club Jacobino propuso oponer la liga de los pueblos. Los girondinos estaban entonces, junto a los jacobinos, a la cabeza del movimiento revolucionario. Incitaron las masas a armarse y 600.000 voluntarios fueron equipados. La corte aceptó a un ministro girondino. Dominado por él, Luis XVI fue obligado a proponerle a la Asamblea la guerra contra Austria. Fue acordada inmediatamente.

El rey no era sincero al declarar la guerra. La reina reveló a los austríacos los planes franceses de campaña y las deliberaciones secretas del Consejo.

Los comienzos de la lucha fueron desastrosos. Varias columnas de tropas, presas de pánico, se desbandaron. Estimulada por los clubes y persuadida – con justa razón en este caso – de que el rey se hallaba conspirando con los enemigos de Francia, la población de los arrabales se sublevó. Sus líderes, los jacobinos y sobre todo Danton, enviaron una petición a las Tullerías amenazando al rey con la revocación. Luego de ello, invadieron las Tullerías lanzando invectivas contra el soberano.

La fatalidad impulsó a Luis hacia su trágico destino, Mientras las amenazas de los jacobinos contra la realeza habían despertado la indignación de muchos de los departamentos, se supo que un ejército prusiano había llegado a las fronteras de Lorraine.

La esperanza del rey y la reina respecto de la ayuda que podía ser obtenida en el extranjero era altamente quimérica. María Antonieta padecía de una ilusión absoluta en cuanto a la psicología del pueblo austríaco y del francés. Viendo a Francia aterrorizada por unos pocos energúmenos, suponía que sería igualmente fácil aterrorizar a los parisinos y volverlos a poner bajo la autoridad del rey mediante amenazas. Inspirado por ella, Fersen se encargó de publicar el manifiesto del duque de Brunswick que amenazaba a París con “una destrucción total si la familia real fuese molestada”.

El efecto producido fue diametralmente opuesto al pretendido. El manifiesto generó la indignación contra el monarca, que era visto como un cómplice, y aumentó su impopularidad. Desde ese día quedó marcado para el patíbulo.

Impulsados por Danton, los delegados de las secciones se instalaron en el Hotel de Ville formando una Comuna insurrecta que arrestó al comandante de la Guardia Nacional leal al rey, hizo sonar las campanas de alarma, equipó a la Guardia Nacional y, el 10 de Agosto, la lanzó conjuntamente con el populacho, contra las Tullerías. Los regimientos convocados por Luis se desbandaron. Pronto no quedó nadie para defenderlo excepto sus suizos y unos pocos caballeros. Las masas demandaron su abdicación. La Asamblea Legislativa decretó su suspensión y dejó para una asamblea futura, la Convención, la tarea de decidir el destino del rey.

2)- Las características mentales de la Asamblea Legislativa.

La Asamblea Legislativa, formada por hombres nuevos, presenta un interés bastante especial desde el punto de vista psicológico. Pocas asambleas han mostrado hasta tal grado las características de una colectividad política.

Comprendía a setecientos cincuenta diputados, divididos entre monárquicos puros, monárquicos constitucionales, republicanos, girondinos y montagnards. Abogados y hombres de letras constituían la mayoría. También tuvo, pero en cantidades menores, oficiales superiores, sacerdotes y algunos pocos científicos.

Las concepciones filosóficas de los miembros de esta Asamblea parecen bastante rudimentarias. Muchos se hallaban imbuidos de la idea de Rousseau en cuanto a un retorno a un estado de naturaleza. Pero todos, al igual que sus antecesores, se hallaban dominados más especialmente por recopilaciones de la antigüedad griega y latina. Catón, Bruto, Graco, Plutarco, Marco Aurelio y Platón, continuamente evocados, brindaban las imágenes a sus discursos. Cuando un orador deseaba insultar a Luis XVI lo llamaba Calígula.

En su deseo de destruir la tradición fueron revolucionarios; pero al pretender regresar a un remoto pasado demostraron ser extremadamente reaccionarios.

En cuanto al resto, todas estas teorías tuvieron muy poca influencia sobre su conducta. La razón figuraba constantemente en sus discursos pero nunca en sus acciones. Éstas se hallaban dominadas por aquellos elementos afectivos y místicos que tantas veces hemos mencionado ya.

Las características psicológicas de la Asamblea Legislativa fueron las mismas de la Asamblea Constituyente pero mucho más acentuadas. Pueden ser resumidas en cuatro palabras: impresionabilidad, inestabilidad, timidez y debilidad.

La inestabilidad y la impresionabilidad se revelan en las constantes oscilaciones de su conducta. Un día intercambian ruidosas invectivas y golpes. Al día siguiente los vemos “arrojándose los unos en los brazos de los otros entre torrentes de lágrimas”. Aplauden estruendosamente una alocución demandando el castigo de quienes han petitionado el destronamiento del rey y el mismo día le conceden los honores de la sesión a la delegación que ha venido a demandar su caída.

La pusilanimidad y debilidad de la Asamblea frente a las amenazas fue extrema. Aunque monárquica, votó la suspensión del rey y, ante la demanda de la Comuna, lo entregó junto a su familia para que fuese enviado a prisión.

En virtud de su debilidad, fue tan incapaz como la Asamblea Constituyente de ejercer poder alguno y permitió ser dominada por la Comuna y por los clubes dirigidos por líderes tan influyentes como Herbert, Tallien, Rossignol, Marat, Robespierre, etc.

Hasta el Termidor de 1794 la comuna insurgente constituyó el principal poder dentro del Estado y se comportó precisamente como si hubiera estado a cargo del gobierno de París.

Fue la Comuna la que exigió la prisión para Luis XVI en la torre del Temple cuando la Asamblea deseaba mantenerlo prisionero en el palacio de Luxembourg. Fue otra vez la Comuna la que llenó las prisiones de sospechosos y después ordenó matarlos.

Sabemos con qué refinada crueldad un puñado de 150 facinerosos, pagados a razón de 24 libras por día y dirigidos por unos pocos miembros de la Comuna, exterminaron a unas 1.200 personas en cuatro días. Este crimen fue conocido como la masacre de Septiembre. El alcalde de París, Petion, recibió a la banda de asesinos con respeto y les dio de beber. Unos pocos girondinos protestaron un poco, pero los jacobinos guardaron silencio.

La aterrorizada Asamblea al principio pretendió ignorar las masacres – las que eran alentadas por varios de sus diputados más influyentes, principalmente Couthon y Billaud-Varenne. Cuando por fin se decidió a condenarlas fue sin hacer nada para evitar que continuaran.

Consciente de su impotencia, la Asamblea Legislativa se disolvió catorce días más tarde a fin de cederle el paso a la Convención.

Su obra fue obviamente desastrosa, no en intenciones pero sí de hecho. Siendo monárquica, abandonó a la monarquía; siendo humanitaria, permitió las masacres de Septiembre; siendo pacífica,

empujó a Francia a una guerra formidable, mostrándonos así que un gobierno débil siempre termina por llevar su país a la ruina.

La historia de las dos Asambleas revolucionarias prueba una vez más hasta qué punto los acontecimientos llevan en su seno consecuencias inevitables. Constituyen una cadena de necesidades de la cual a veces podemos elegir el primer eslabón pero que luego evolucionan sin consultarnos. Somos libres de tomar una decisión, pero impotentes de evitar sus consecuencias.

Las primeras medidas de la Asamblea Constituyente fueron racionales y voluntarias, pero los resultados que siguieron estuvieron más allá de toda voluntad, razón o previsión.

¿Cuál de los hombres de 1789 se hubiera aventurado a desear o predecir la muerte de Luis XVI, las guerras de La Vendee, el Terror, la guillotina permanente y la anarquía final, o el siguiente regreso a la tradición y al orden bajo la guía con mano férrea de un soldado?

En el desarrollo de los acontecimientos que tuvieron lugar a partir de las primeras acciones de las Asambleas revolucionarias, quizás la más notoria fue la aparición y desarrollo del gobierno de la masa – la ley de la plebe.

Detrás de los hechos que hemos venido considerando – la toma de la Bastilla, la invasión de Versailles, las masacres de Septiembre, el ataque a las Tullerías, el asesinato de los Guardias Suizos y la caída y prisión del rey – podemos percibir claramente las leyes que afectan a la psicología de las masas y sus líderes.

Veremos ahora que el poder de la multitud se incrementará progresivamente hasta superar a todos los demás poderes para, finalmente, reemplazarlos.

Capítulo III: La psicología de la Convención

1)- La leyenda de la Convención.

La Historia de la Convención no sólo es fértil en documentos psicológicos. Muestra también cuán impotentes son los testigos de cualquier período – incluso sus sucesores inmediatos – para formarse una idea exacta de los acontecimientos que han presenciado y de las personas que los han rodeado.

Más de un siglo ha pasado desde la Revolución y las personas están apenas comenzando a formular juicios en relación con este período que – con frecuencia bastante vacilantes todavía – resultan levemente más precisos que los antiguos.

Esto sucede no sólo porque se están extrayendo nuevos documentos de los archivos sino porque, con el paso del tiempo, se están desvaneciendo las leyendas que envolvieron a aquél sanguinario período en una nube mágica.

Quizás la leyenda más persistente de todas fue la que hasta hace poco solía rodear a los personajes a quienes nuestros padres aplicaban el glorioso epíteto de “los Gigantes de la Convención”.

Las luchas de la convención contra una Francia en insurrección y una Europa en armas produjeron tal impresión que los héroes de esta lucha formidable parecieron pertenecer a una raza de superhombres o de titanes.

El epíteto de “gigante” pareció justificado mientras los acontecimientos del período se mantuvieron confusos y amontonados. El desempeño de los ejércitos se confundió con el de la Convención; ambas acciones se consideraron interrelacionadas cuando de hecho no fueron más que simultáneas. La gloria de los ejércitos retroalimentó a la gloria de la Convención y sirvió de exclusiva para las hecatombes del Terror, la ferocidad de la guerra civil y la devastación de Francia.

Bajo el escrutinio penetrante de la crítica moderna, la masa heterogénea de acontecimientos ha sido lentamente desentrañada.

Los ejércitos de la República han retenido su antiguo prestigio, pero nos hemos visto forzados a reconocer que los hombres de la Convención, absorbidos enteramente por conflictos internos, tuvieron muy poco que ver con sus victorias. A lo sumo, dos o tres miembros de los comités de la Asamblea se ocuparon de los ejércitos y el hecho de que éstos fuesen victoriosos se debió, aparte de su número y del talento de sus jóvenes generales, al entusiasmo que la nueva fe les había inspirado.

En un futuro capítulo dedicado a los ejércitos revolucionarios veremos cómo conquistaron a la Europa en armas. Partieron inspirados por las ideas de libertad e igualdad que constituían el nuevo evangelio y, una vez en la frontera que los retendría por tanto tiempo, mantuvieron una mentalidad especial, muy diferente de la del gobierno, del cual al principio no supieron nada y al cual al final despreciaron.

No habiendo tenido parte alguna en sus victorias, los hombres de la Convención se contentaron con legislar al azar de acuerdo con las instrucciones de los líderes que los dirigían y que alegaban estar regenerando a Francia por medio de la guillotina.

Pero fue gracias a estos valientes ejércitos que la Historia de la Convención se transformó para convertirse en una apoteosis que impregnó a varias generaciones de un respeto religioso que hasta el día de hoy difícilmente esté extinguido.

Estudiando en detalle la psicología de los “Gigantes” de la Convención, hallamos que su estatura se reduce con gran rapidez. En general, son extremadamente mediocres. Sus más fervientes defensores, como Aulard, están obligados a admitirlo.

Así es como lo expresa Aulard en su Historia de la Revolución Francesa:

“Se ha dicho que la generación que, entre 1789 y 1799 hizo cosas tan grandes y terribles, fue una generación de gigantes, o bien, para ponerlo más directamente, que fue una generación más distinguida que la precedente o la que vino después.

Ésta es una ilusión retrospectiva. Los ciudadanos que formaron los grupos municipales y jacobinos, o nacionalistas, por medio de los cuales se hizo la Revolución no parecen haber sido superiores, ni en ilustración ni en talento, al francés de los tiempos de Luis XV o a los de Luis Felipe. ¿Estaba excepcionalmente dotados aquellos cuyos nombres la Historia ha retenido porque aparecieron sobre el escenario de París, o porque fueron los oradores más brillantes de las distintas Asambleas revolucionarias? Mirabeau, hasta cierto punto, mereció el título de genio; pero en cuanto al resto – Robespierre, Danton, Vergniaud - ¿tuvieron realmente más talento que, por ejemplo, nuestros oradores modernos? En 1793, por el tiempo de los supuestos ‘gigantes’ Madame Roland escribió en sus memorias: ‘Francia se halla como desprovista de hombres; su escasez durante esta revolución es realmente sorprendente; apenas si ha habido más que pigmeos’ “.

Si después de haber considerado a los hombres de la Convención en forma individual los consideramos como un cuerpo, podemos decir que no brillaron ni por su inteligencia, ni por su virtud, ni por su coraje. Nunca un cuerpo de hombres manifestó tal pusilanimidad. No tuvieron coraje fuera de sus discursos o respecto de peligros muy lejanos. Esta Asamblea, tan orgullosa y amenazadora cuando se dirigía a la realeza, fue quizás la más tímida y dócil colectividad política que el mundo jamás haya visto. La vemos obedeciendo servilmente las órdenes de la Comuna y los clubes; temblando ante las delegaciones populares que la invadían a diario y cediendo a las demandas de los revoltosos hasta el punto de entregarles a sus miembros más brillantes. La Convención le brindó al mundo un espectáculo deplorable al votar, bajo presión popular, leyes tan absurdas que se vio obligada a anularlas ni bien los alborotadores abandonaron la sala.

Pocas Asambleas han dado muestra de tal debilidad. Si queremos mostrar qué tan bajo puede caer un gobierno popular sólo tenemos que señalar a la Convención.

2)- Resultados del triunfo de la religión jacobina.

Entre las causas que le dieron a la Convención su fisonomía especial, una de las más importantes fue el establecimiento definitivo de una religión revolucionaria. El dogma que había estado en proceso fue, por fin, erigido.

Este dogma se componía de un conjunto de elementos algo inconsistentes. La naturaleza, los derechos del Hombre, libertad, igualdad, el contrato social, odio a los tiranos y la soberanía popular constituyeron los artículos de un evangelio que, para sus acólitos, se encontraba más allá de toda discusión. Las nuevas verdades habían encontrado apóstoles que estaban seguros de su poder y quienes finalmente, al igual que los creyentes de todo el mundo, intentaron imponerlos por la fuerza. No se debía prestar atención alguna a la opinión de los incrédulos; todos ellos merecían ser exterminados.

Siendo que, tal como lo hemos visto al tratar la Reforma, el odio a los herejes siempre ha sido una característica irreducible de los grandes credos, podemos comprender fácilmente la intolerancia de la religión jacobina.

La Historia de la Reforma demuestra también que el conflicto entre dos credos aliados es muy amargo. Por lo tanto, no debe sorprendernos que en la Convención los jacobinos pelearan furiosamente contra los otros republicanos cuya fe apenas si difería de la suya propia.

La propaganda de los nuevos apóstoles fue muy enérgica. Para convertir a las provincias enviaron a sus celosos discípulos escoltados por guillotinas. Los inquisidores de la nueva fe no prestarían demasiada atención a posibles errores. Como Robespierre dijo: “La república es la destrucción de todo lo que se le opone.” ¿Qué importaba que el país se rehusara a regenerarse? Debía ser regenerado a pesar de sí mismo. “Convertiremos a Francia en un cementerio” – dijo Carrier – “antes que fracasar en regenerarla a nuestro modo.”

La política jacobina derivada de la nueva fe fue muy simple. Consistió en una suerte de socialismo igualitario, dirigido por una dictadura que no toleraría ninguna oposición.

Los teóricos que gobernaron a Francia no tenían nada para decir en materia de ideas prácticas consistentes con las necesidades económicas y la verdadera naturaleza del ser humano. Los discursos y la guillotina les bastaron. Sus discursos fueron infantiles: “Nunca un hecho” – dice Taine – “nada sino abstracciones, ristas de oraciones acerca de la naturaleza, la razón, el pueblo, tiranos, libertad: como otros tantos globos inflados balanceándose inútilmente en el espacio. Si no supiésemos que todo terminó en resultados prácticos y terribles, pensaríamos que eran juegos de lógica, ejercicios escolares, demostraciones académicas, combinaciones ideológicas.”

Las teorías de los jacobinos significaron prácticamente una tiranía absoluta. Les pareció evidente que un Estado soberano debe ser obedecido sin discusión por ciudadanos declarados iguales en cuanto a condiciones y fortunas.

El poder con el que se invistieron fue por lejos mucho más grande que el de los monarcas que los habían precedido. Fijaron el precio de las mercaderías y se arrogaron el derecho de disponer de la vida y la propiedad de los ciudadanos.

Su confianza en las virtudes regeneradoras de la fe revolucionaria fue tal que, después de haberle declarado la guerra a los reyes, le declararon la guerra a los dioses. Se estableció un calendario del cual los santos fueron desterrados. Crearon una nueva divinidad, Razón, cuyo culto se celebró en Notre-Dame sobre el altar de la “difunta Santa Virgen”, con ceremonias que en muchos aspectos eran idénticas a las de la fe católica. Este culto duró hasta que Robespierre lo sustituyó con una religión personal de la cual se constituyó en sumo sacerdote.

Amos exclusivos de Francia, los jacobinos y sus discípulos pudieron saquear el país impunemente a pesar de que nunca estuvieron en mayoría en parte alguna.

Su número no es fácil de determinar con exactitud. Sabemos tan sólo que eran muy pocos. Taine los estimó en 5.000 en un París de 700.000 habitantes; en Besancon fueron unos 300 entre 300.000 y algo así como 300.000 en toda Francia.

“Un pequeño feudo de facinerosos se instaló en una Francia conquistada”, de acuerdo con el mencionado autor. Fueron, a pesar de su pequeño número, capaces de dominar el país y esto por varias razones. En primer lugar, su fe les otorgó una fuerza considerable. Luego, porque representaron al gobierno y por siglos los franceses siempre han obedecido a quienes estuvieron al mando. Finalmente, porque se creía que el derrocarlos significaría traer de regreso al Antiguo Régimen, algo que aterrorizaba a los numerosos compradores de los dominios nacionales. Su tiranía debe haberse vuelto espantosa a juzgar por la cantidad de departamentos que forzaron a alzarse en su contra.

El primer factor, su poder, fue muy importante. En el conflicto entre un credo poderoso y un credo débil la victoria nunca recae sobre este último. Una fe poderosa crea una voluntad fuerte que siempre se impondrá a una voluntad débil. El que los jacobinos mismos finalmente perecieran se debió a que su violencia acumulada terminó aunando miles de voluntades débiles cuyo peso unificado sobrepasó a sus propias voluntades fuertes.

Es cierto que los girondinos – a quienes los jacobinos persiguieron con tanto odio – también tuvieron credos bien establecidos, pero en la lucha que se desató actuaron en su contra su educación junto con su respeto por ciertas tradiciones y el derecho de los demás, escrúpulos que no molestaron en lo más mínimo a sus adversarios.

“Los sentimientos de los girondinos” – escribe Emile Ollivier – “eran delicados y generosos en su mayoría; los de la muchedumbre jacobina fueron bajos, burdos y brutales. El nombre de Vergniaud, comparado con el del ‘divino’ Marat, mide un abismo que nada podría cubrir.”

Habiendo al principio dominado a la Convención por la superioridad de su talento y elocuencia, los girondinos pronto cayeron bajo la

dominación de los “Montagnards” – energúmenos inútiles que tenían poco peso pero que siempre estaban activos y que sabían cómo excitar las pasiones del populacho. Fue la violencia y no el talento lo que impresionó a las asambleas.

3)- Características mentales de la Convención.

Aparte de las características comunes a todas las asambleas existen otras, creadas por las influencias del entorno y las circunstancias, que le confieren una fisonomía especial a una asamblea particular de seres humanos. La mayoría de las características observables en la Asamblea Constituyente y en la Legislativa reaparecieron, de modo exagerado, en la Convención.

Esta Asamblea estaba integrada por unos setecientos cincuenta diputados de los cuales un poco más de un tercio ya habían estado, ya sea en la Asamblea Constituyente o bien en la Legislativa. Aterrorizando a la población, los jacobinos consiguieron un aparente triunfo en las elecciones: la mayoría de los electores – seis millones del total de siete millones – prefirieron abstenerse de votar.

En cuanto a las profesiones, la Asamblea tuvo un gran número de juristas, abogados, notarios, alguaciles, ex-magistrados y unos pocos hombres de letras.

La mentalidad de la Convención no fue homogénea. Ahora bien, una asamblea compuesta de individuos con caracteres ampliamente diferentes muy pronto se parte en una cantidad de grupos. La Convención muy pronto tuvo tres: la Gironde, la Montaña y el Llano. Los monárquicos constitucionalistas casi habían desaparecido.

La Gironde y la Montaña, partidos extremistas que obtuvieron el liderazgo en forma sucesiva, estuvieron formados por cerca de cien miembros cada uno. En la Montaña se encontraron los miembros más exaltados: Couthon, Herault de Sechelles, Danton, Camille Desmoulins, Marat, Collot d’Herbois, Billaud-Varennes, Barras, Saint-Just, Fouche, Tallien, Carrier, Robespierre, etc. En la Gironde estaban Brissot, Petion, Condorcet, Vergniaud, etc.

Los demás quinientos miembros de la Asamblea – esto es: la gran mayoría – constituyó lo que se conoció como el Llano.

Este último se hallaba formado por una masa flotante, silenciosa, indecisa y tímida, dispuesta seguir cualquier impulso y a dejarse llevar por la excitación del momento. Le prestó oído indistintamente al más fuerte de los otros dos grupos. Después de obedecer a la Gironda por un tiempo, terminó siendo dominada por la Montaña cuando ésta triunfó sobre su enemigo. Lo cual no fue sino una consecuencia natural de la ley ya mencionada en cuanto a que la voluntad más débil invariablemente cae bajo el dominio de la más fuerte.

Durante la Convención se desplegó en alto grado la influencia de grandes manipuladores de personas. Constantemente fue liderada por una minoría violenta de mente estrecha cuyas intensas convicciones le otorgaron una gran fuerza.

Una minoría audaz y brutal siempre conducirá a una mayoría temerosa e irresoluta. Esto explica la constante tendencia hacia los extremos que se observa en todas las asambleas revolucionarias. La Historia de la Convención comprueba una vez más la ley de la aceleración estudiada en otro capítulo.

Los hombres de la Convención estuvieron, pues, condenados a pasar de la moderación a una violencia cada vez mayor. Terminaron diezmándose a sí mismos. De los 180 girondinos que al principio lideraron a la Convención, 140 fueron muertos o huyeron y finalmente el más fanático de los terroristas, Robespierre, reinó solo sobre una muchedumbre de serviles representantes aterrorizados.

No obstante, a pesar de su incertidumbre e inestabilidad, la inteligencia y la experiencia residía entre los quinientos miembros de la mayoría. Los comités técnicos, a los que se debe el trabajo útil realizado por la Convención, se reclutaron de entre el Llano.

Más o menos indiferentes a la política, la principal ansiedad de los miembros del Llano era la de pasar desapercibidos. Encerrados en sus comités, aparecieron lo menos posible en la Asamblea, algo que

explica por qué las sesiones de la Convención apenas si convocaban a un tercio de los diputados.

Desafortunadamente, como con frecuencia sucede, estas personas inteligentes y honestas carecieron por completo de carácter y el miedo que siempre los dominó hizo que votaran las peores medidas impuestas por sus temidos amos.

Los hombres del Llano votaron cualquier cosa que se les ordenó votar – la creación del Tribunal Revolucionario, entre muchas otras. Fue con su asistencia que la Montaña aplastó a la Gironde y Robespierre destruyó a los herbertistas y dantonianos. Como todos los débiles, siguieron al más fuerte. Los amables filántropos que componían el Llano y constituían la mayoría de la Asamblea contribuyeron con su pusilanimidad a provocar los terribles excesos de la Convención.

La nota psicológica eternamente prevaleciente en la Convención fue el miedo. Fue especialmente por miedo que las personas le cortaron la cabeza a las demás, en la dudosa esperanza de mantener la propia sobre los hombros.

Ese miedo, por supuesto, era muy comprensible. Los infelices diputados deliberaban entre los rugidos y las vociferaciones de las tribunas. En cualquier momento, verdaderos salvajes armados de picas podían invadir la Asamblea y la mayoría de los miembros ya no se atrevió a asistir a las sesiones. Cuando por casualidad lo hicieron, fue tan sólo para votar en silencio de acuerdo con las órdenes de la Montaña que sólo contaba con un tercio del número total.

El miedo que dominaba a esta última, si bien menos visible, fue por lo menos tan intenso. Los hombres destruían a sus enemigos no solamente porque eran torpes fanáticos sino porque estaban convencidos de que sus propias existencias se hallaban amenazadas. Los jueces de los tribunales revolucionarios no temblaban menos. Gustosamente hubieran absuelto a Danton, a la viuda de Camille Desmoulins y a muchos otros. No se atrevieron.

Pero el fantasma del miedo dominó a la Asamblea sobre todo después de que Robespierre se convirtió en su amo absoluto. Con razón se ha dicho que tan sólo una mirada de este amo hacía que sus colegas se encogiesen de miedo. Sobre sus rostros se podía leer “la palidez del miedo y la entrega a la desesperación”.

Todos temían a Robespierre y Robespierre temía a todos. Fue por miedo a las conspiraciones en su contra que cortó cabezas humanas y fue también por miedo que los demás permitieron que lo hiciera.

Las memorias de los miembros de la Convención demuestran palmariamente la horrible memoria que guardaron de ese tenebroso período. Taine dice que, veinte años después, cuando le preguntaron a Barrere sobre los verdaderos objetivos y el pensamiento íntimo del Comité de Seguridad Pública, éste respondió:

“Teníamos solamente un sentimiento, el de la autoconservación; un solo deseo, el de preservar nuestras vidas que cada uno de nosotros creía amenazada. Se le cortaba la cabeza al vecino para que el vecino no guillotinase la de uno.”

La Historia de la Convención constituye uno de los ejemplos más patentes que pueden darse en cuanto a la influencia de los líderes y el miedo sobre una asamblea.

Capítulo IV: El gobierno de la Convención

1)- La actividad de los Clubes y la Comuna durante la Convención

Durante la totalidad de su existencia, la Convención estuvo gobernada por los líderes de los clubes y por la Comuna.

Ya hemos visto la influencia de los mismos sobre las asambleas anteriores. La Historia de esta última es, en realidad, la Historia de los clubes y la Comuna que la dominaron. Esclavizaron no sólo a la Convención sino también a toda Francia. Numerosos pequeños clubes provinciales, dirigidos por el de la capital, supervisaron a

magistrados, denunciaron sospechosos y ejecutaron todas las órdenes revolucionarias.

Cuando los clubes o la Comuna decidían ciertas medidas, inmediatamente las hacían votar por la Asamblea. Si ésta se resistía, le enviaban delegaciones armadas; esto es: bandas armadas reclutadas de entre la hez del populacho. Profirieron órdenes que siempre fueron servilmente cumplidas. La Comuna estuvo tan segura de su poder que hasta demandó de la Convención la inmediata expulsión de los diputados que le desagradaban.

Si bien la Convención estuvo mayormente compuesta por personas educadas, la Comuna y los clubes se componían de una mayoría de pequeños comerciantes, empleados y artesanos, incapaces de una opinión personal y siempre guiados por sus líderes – Danton, Camille Desmoulins, Robespierre, etc.

De los dos poderes – los clubes y la Comuna insurreccional – esta última ejercía mayor influencia en París porque se había conseguido un ejército revolucionario. Mantenía bajo sus órdenes a cuarenta y ocho comités de Guardias Nacionales que no deseaban más que matar, destruir y, sobre todo, saquear.

La tiranía con la cual la Comuna aplastó a París fue espantosa. Por ejemplo, delegó en un zapatero remendón, de nombre Chalandon, el derecho a vigilar una parte de la capital – un derecho que implicaba el poder de enviar ante el Tribunal Revolucionario, y por lo tanto a la guillotina, a todos los que le parecían sospechosos. El resultado fue que consiguió casi despoblar algunas calles de París.

Al principio, la Convención luchó débilmente contra la Comuna pero su resistencia no se prolongó mucho. El punto culminante del conflicto ocurrió cuando la Convención quiso arrestar a Herbert, el amigo de la Comuna, y éste envió bandas armadas que amenazaron a la Asamblea demandando la expulsión de los girondinos que habían promovido la medida. Al rehusarse la Convención a acceder a la demanda, la Comuna le puso sitio el 2 de Junio de 1798 utilizando para ello a su ejército revolucionario que se hallaba bajo las órdenes de Henriot. Aterrorizada, la Asamblea entregó a veintisiete de sus

miembros. En un gesto de ironía, la Comuna inmediatamente envió a una delegación para felicitar a la Asamblea por su obediencia.

Después de la caída de los girondinos la Convención se sometió por completo a las demandas de la omnipotente Comuna. Esta última decretó la leva de un ejército revolucionario, a ser acompañado por un tribunal y una guillotina, que habría de atravesar toda Francia a fin de ejecutar a los sospechosos.

Sólo hacia el fin de su existencia, después de la caída de Robespierre, consiguió la Convención escapar del yugo de los jacobinos y la Comuna. Clausuró el club jacobino y guillotino a sus dirigentes.

Pero, a pesar de estas sanciones, los líderes sobrevivientes continuaron excitando al populacho y lanzándolo contra la Convención. Durante el Germinal y el Prairial la Asamblea fue sitiada en forma regular. Las delegaciones armadas hasta tuvieron éxito en forzar a la Convención a restablecer la Comuna y a convocar a una nueva Asamblea; una medida que la Convención se apuró en anular ni bien los insurgentes se retiraron. Avergonzada de su miedo, hizo traer regimientos que desarmaron a los faubourgs e hicieron cerca de diez mil arrestos. Veintiséis líderes del movimiento fueron ejecutados y seis diputados envueltos en la revuelta fueron guillotinado.

Pero la Convención no se resistió a ningún poder. Cuando ya no estuvo dirigida por los clubes y la Comuna, obedeció al Comité de Seguridad Pública y votó sus decretos sin discusión.

“La Convención” – escribe H. Williams – “que hablaba de nada menos que de tener a todos los príncipes y reyes de Europa cargados de cadenas a sus pies, fue hecha prisionera en su propio santuario por un puñado de mercenarios.”

2)- El gobierno de Francia durante la Convención. El Terror

La Convención, ni bien se constituyó en 1792, comenzó decretando la abolición de la monarquía y proclamó la república, a pesar de la indecisión de un gran número de sus miembros que sabían que las provincias eran monárquicas.

Íntimamente persuadida de que una proclama de ese tipo transformaría al mundo civilizado, instituyó una nueva era y un nuevo calendario. El Año I de esa era marcaría la alborada de un mundo en que sólo gobernaría la razón. Fue inaugurado con el juicio a Luis XVI, una medida ordenada por la Comuna pero no deseada por la mayoría de la Convención.

De hecho, al principio la Convención estuvo gobernada por sus elementos relativamente moderados, los girondinos. El presidente y los secretarios se eligieron de entre las personas más conocidas de este partido. Robespierre, quien más tarde se convertiría en el amo absoluto de la Convención, tenía tan poca influencia por esta época que obtuvo solamente seis votos para la presidencia mientras que Petion recibió doscientos treinta y cinco.

Al principio, los montagnards ejercieron sólo una influencia muy reducida. Su poder habría de crecer más tarde y, cuando lo consiguieron, ya no habría espacio en la Convención para miembros moderados.

A pesar de su minoría, los montagnards encontraron el modo de forzar la Asamblea a llevar a Luis XVI ante un tribunal. Esto representó simultáneamente una victoria sobre los girondinos, una condena a todos los reyes y un divorcio final entre el antiguo orden y el nuevo.

A fin de lograr el juicio, maniobraron muy hábilmente bombardeando a la Convención con peticiones de las provincias y enviando a una delegación de la Comuna insurreccional de París que demandó la celebración del juicio.

Conforme a la característica común a todas las Asambleas de la Revolución en cuanto a ceder ante las amenazas y a hacer lo contrario de lo que deseaban, los hombres de la Convención no se atrevieron a resistir. El juicio quedó decidido.

Los girondinos, que individualmente no habrían deseado la muerte del rey, la votaron por miedo una vez que estuvieron reunidos. Esperando salvar la cabeza, el Duque de Orleans, primo de Luis, votó

con ellos. Si al subir al patíbulo el 21 de Enero de 1793 Luis hubiera tenido la visión de futuro que atribuimos a los dioses, hubiera visto que le seguirían, uno por uno, casi todos aquellos girondinos cuya debilidad les impidió defenderlo.

Vista tan sólo desde un punto de vista puramente utilitario, la ejecución del rey fue uno de los errores de la Revolución. Engendró la guerra civil y la guerra de la Europa en armas contra Francia. En la misma Convención, la muerte del rey produjo luchas internas que finalmente condujeron al triunfo de la Montaña y la expulsión de los girondinos.

Las medidas decretadas bajo la influencia de los montagnards finalmente se volvieron tan despóticas que se rebelaron sesenta departamentos del Oeste y del Sur del país. La insurrección, liderada por muchos de los diputados expulsados, probablemente hubiera triunfado si la ayuda comprometedora de los monárquicos no hubiera hecho surgir el miedo a un retorno al Antiguo Régimen. En Toulon, de hecho, los insurgentes aclamaron a Luis XVII.

La guerra civil que comenzó así, se prolongó durante la mayor parte de la vida de la Revolución. Fue librada con el mayor de los salvajismos. Ancianos, mujeres y niños; todos fueron masacrados. Se incendiaron pueblos y cosechas. Tan sólo en la Vendee las muertes se estiman entre medio millón y un millón de personas.

A la guerra civil pronto siguió la guerra extranjera. Los jacobinos pensaron remediar todos estos males creando una nueva Constitución. En todas las asambleas revolucionarias siempre fue una tradición creer en las virtudes mágicas de las fórmulas. En Francia, esta convicción nunca se vio afectada por el fracaso de los experimentos.

“Una fe robusta” – escribe Rambaud, uno de los grandes admiradores de la Revolución – “sostuvo a la Convención en su labor; creyó firmemente en que luego de formular en una ley los principios de la Revolución, sus enemigos se confundirían o, aún mejor, se convertirían, y que el advenimiento de la justicia desarmaría a los insurgentes.”

Durante su existencia, la Convención diseñó dos Constituciones – la de 1793, o sea la del Año I, y la de 1795, o del Año III. La primera nunca se aplicó ya que muy pronto fue reemplazada por una dictadura. La segunda creó al Directorio.

La Convención contenía un gran número de jurisconsultos y hombres de negocios que pronto comprendieron la imposibilidad de gobernar por medio de una gran asamblea. Muy pronto dividieron a la Convención en pequeños comités, cada uno de los cuales tuvo una existencia independiente – comités de negocios, comités de legislación, finanzas, agricultura, artes, etc. Estos comités prepararon las leyes que la Asamblea por lo común votaba a ojos cerrados.

Gracias a ellos, el trabajo de la Convención no fue puramente destructivo. Diseñaron muchas medidas muy útiles, crearon importantes colegios, establecieron el sistema métrico, etc. La mayoría de los miembros de la Asamblea, como hemos visto, se refugió en estos comités para evadir el conflicto político que hubiera puesto en peligro sus cabezas.

Por encima de los comités específicos, que no tenían nada que ver con la política, estaba el Comité de Seguridad Pública instituido en Abril de 1793 y compuesto por nueve miembros. Dirigido al principio por Danton y en Julio del mismo año por Robespierre, este comité gradualmente absorbió todos los poderes de gobierno, incluyendo el de darle órdenes a los ministros y generales. Carnot dirigió las operaciones bélicas, Cambon las finanzas y Saint Just con Collot-d'Herbois la política general.

Si bien las leyes votadas por los comités técnicos fueron con frecuencia muy sabias y constituyeron el trabajo perdurable de la Convención, aquellas votadas por la Asamblea – como cuerpo y bajo la amenaza de las delegaciones que la invadieron – resultan manifiestamente ridículas.

Entre estas leyes, que no respetaban demasiado el interés del público ni de la Convención misma, estuvo la ley de precios máximos votada en Septiembre de 1793 que pretendió fijar el precio de los

abastecimientos y que meramente estableció una continua escasez. También se cuentan entre estas medidas la destrucción de las tumbas reales de Saint-Denis, el juicio a la reina, la sistemática devastación de la Vendée por medio de incendios, el establecimiento del Tribunal Revolucionario, etc.

El principal medio de gobierno durante la Convención fue el Terror. Comenzando en Septiembre de 1793, reinó por seis meses – esto es, hasta la muerte de Robespierre. En vano algunos jacobinos – Danton, Camille Desmoulins, Herault de Sechelles etc. – propusieron que se le diese una oportunidad a la clemencia. El único resultado de esta proposición fue el envío de sus autores al patíbulo. Fue tan sólo el hartazgo del público lo que finalmente puso un fin a este vergonzoso período.

Las sucesivas contiendas de los distintos partidos de la Convención y su tendencia al extremismo eliminaron, uno a uno, los hombres importantes que alguna vez jugaron un papel en ella. Al final, cayó bajo la dominación exclusiva de Robespierre. Mientras la Convención desorganizaba y desvalijaba a Francia, los ejércitos obtenían brillantes victorias. Habían logrado capturar Bélgica, Holanda y la orilla izquierda del Rin. El tratado de Basilea ratificó estas conquistas.

Ya hemos mencionado, y volveremos sobre el tema, que la obra de los ejércitos debe ser considerada absolutamente aparte de la Convención. Los contemporáneos de los hechos entendieron esto a la perfección, pero hoy se lo olvida.

Cuando la Convención se disolvió en 1795, después de durar tres años, gozaba de una desconfianza generalizada. El constante aplacamiento del capricho popular no sólo no había tenido éxito en pacificar a Francia sino que la había sumergido en la anarquía. La opinión general respecto de la Convención está bien resumida en una carta escrita en Julio de 1799 por el encargado de negocios sueco, el Barón Drinkmann: “Me aventuro a desear que ningún pueblo sea jamás gobernado por la voluntad de unos delincuentes más crueles

e imbéciles que los que han gobernado a Francia desde el inicio de su nueva libertad.”

3)- El fin de la Convención. Los comienzos del Directorio.

Al final de su existencia, la Convención – siempre confiando en el poder de las fórmulas – diseñó una nueva Constitución, la del Año III, intentando reemplazar a la del Año I que nunca fue puesta en vigor. El poder legislativo habría de quedar compartido por un llamado Consejo de Ancianos compuesto por 150 miembros y un consejo de diputados de 500. El poder ejecutivo le fue conferido a un Directorio de cinco miembros, designados por los Ancianos sobre la base de una nominación por parte de los Quinientos y renovados anualmente por la elección de uno de los cinco. Quedó especificado que dos tercios de la nueva Asamblea se elegirían de entre los diputados de la Convención. Esta prudente medida no fue muy eficaz ya que tan sólo diez departamentos se mantuvieron leales a los jacobinos.

Para evitar la elección de monárquicos, la Convención decidió exilar a perpetuidad a todos los emigrados.

El anuncio de esta Constitución no produjo el impacto esperado en el público. No tuvo efecto alguno sobre las revueltas populares, que continuaron. Una de las más importantes fue la que amenazó a la Convención el 5 de Octubre de 1795.

Los líderes lanzaron a un verdadero ejército sobre la Asamblea. Ante tal provocación, la Convención finalmente decidió defenderse y convocó tropas colocándolas al mando de Barras.

Bonaparte, que por aquél entonces comenzaba a emerger de la oscuridad, fue el encargado de la represión. Bajo un jefe así, la acción fue rápida y enérgica. Bajo una lluvia de balas cerca de la iglesia de St. Roch, los insurgentes huyeron dejando a algunos centenares de muertos en el lugar.

Esta acción, que exhibió una firmeza a la que la Convención estaba poco habituada, se debió solamente a la celeridad de las operaciones militares puesto que, mientras éstas se estaban ejecutando, los insurgentes habían enviado delegados a la Asamblea la cual, como de costumbre, se mostró bastante dispuesta a ceder.

La represión de la revuelta constituyó el último acto importante de la Convención. El 26 de Octubre de 1795 declaró terminada su misión y le cedió el lugar al Directorio.

Ya hemos destacado algunas de las lecciones psicológicas brindadas por el gobierno de la Convención. Una de las más importantes es la incapacidad de la violencia para dominar la mente de las personas en forma permanente.

Nunca un gobierno tuvo a su disposición medios de acción tan formidables. Sin embargo, aún a pesar de la guillotina permanente, a pesar de los delegados enviados con la guillotina a las provincias, a pesar de leyes draconianas, la Convención tuvo que lidiar permanentemente con revueltas, insurrecciones y conspiraciones. Las ciudades, los departamentos y los barrios de París estuvieron de revuelta continua a pesar de que las cabezas caían de a miles.

La Asamblea que se creyó soberana luchó contra las fuerzas invisibles fijadas en la mente de las personas. Ante estas fuerzas, la presión material resultó impotente y no pudo superarlas. Nunca entendió a estas ocultas fuerzas motivadoras y luchó contra ellas en vano. Al final, las fuerzas invisibles triunfaron.

Capítulo V: Instancias de la violencia revolucionaria

1)- Causas psicológicas de la violencia revolucionaria.

En los capítulos precedentes hemos expuesto que las teorías revolucionarias constituyeron una nueva fe.

Humanitarias y sentimentales, exaltaron la libertad y la fraternidad. Pero, al igual que en muchas religiones, podemos observar una

contradicción completa entre la doctrina y la acción. En la práctica, no se toleró ninguna libertad y la fraternidad pronto fue reemplazada por masacres históricas.

Esta oposición entre principios y conductas resulta de la intolerancia que acompaña a todos los credos. Una religión puede estar empapada de humanitarismo y tolerancia, pero sus sectarios siempre tratarán de imponerla sobre los demás a la fuerza de modo que la violencia será el resultado inevitable.

Las crueldades de la Revolución fueron así los resultados inherentes a la propagación de los nuevos dogmas. La Inquisición, las guerras religiosas en Francia, la Noche de San Bartolomé, la revocación del Edicto de Nantes, las “dragonnades”, la persecución de los jansenitas, etc. pertenecen a la misma familia que el Terror y se derivan de las mismas fuentes psicológicas.

Luis XIV no fue un rey cruel. Sin embargo bajo el impulso de su fe expulsó a cientos de miles de protestantes de Francia, después de matar a tiros y de enviar a la horca a otros en cantidades considerables.

Los métodos de persuasión adoptados por todos los creyentes de ningún modo son una consecuencia de su miedo a una oposición disidente. Los protestantes y los jansenitas fueron cualquier cosa menos peligrosos bajo Luis XIV. La intolerancia surge por sobre todo de la indignación que experimenta una mente convencida de poseer las verdades más impresionantes frente a personas que niegan dichas verdades y que, por lo tanto, seguramente no estarán actuando de buena fe. ¿Cómo puede uno apoyar el error cuando se tiene el poder necesario para erradicarlo?

Así es como han razonado los creyentes de todas las épocas. Así razonaron Luis XIV y los hombres del Terror. Estos últimos también estaban convencidos de hallarse en posesión de verdades absolutas, a las que consideraron obvias y cuyo triunfo, de seguro, regeneraría a la humanidad. ¿Podían ellos ser más tolerantes con sus adversarios de lo que la Iglesia y los reyes habían sido para con los herejes?

Estamos forzados a creer que el terror es un método que todos los creyentes han considerado como una necesidad, ya que, desde el inicio de los tiempos, los códigos religiosos siempre se han basado en el terror. Para obligar a los hombres a seguir sus prescripciones, los creyentes han tratado de aterrorizarlos con la amenaza de infiernos y eternos tormentos.

Los apóstoles de la fe jacobina se comportaron del mismo modo en que lo habían hecho sus padres y emplearon los mismos métodos. Si hechos similares ocurriesen de nuevo veríamos repetirse idénticas acciones. Si una nueva fe – el socialismo, por ejemplo – triunfara mañana, sería inducido a emplear los mismos métodos de propaganda que los de la Inquisición y el Terror.

Pero si considerásemos al Terror jacobino tan sólo como el resultado de un movimiento religioso, no lo entenderíamos por completo. Como hemos visto en el caso de la Reforma, alrededor de una fe religiosa se agrupan intereses individuales que dependen de dicha fe. El Terror fue dirigido por unos pocos apóstoles fanáticos, pero, aparte de este pequeño número de ardientes prosélitos cuyas estrechas mentes soñaban con regenerar el mundo, hubo una gran cantidad de personas que vivieron tan sólo para enriquecerse. Se agruparon de muy buena gana alrededor del primer líder victorioso que les prometió la posibilidad de gozar de los resultados de su saqueo.

“Los terroristas de la Revolución” – escribe Albert Sorel –
“recurrieron al Terror porque querían mantenerse en el poder y eran incapaces de hacerlo por otros medios. La emplearon en aras de su propia salvación y, después de los hechos, afirmaron que su motivo había sido la salvación del Estado. Antes de convertirse en sistema fue un medio de gobierno, y el sistema sólo se inventó para justificar los medios.”

Por ello, podemos estar en un todo de acuerdo con el siguiente veredicto sobre el Terror, escrito por Emile Ollivier en su obra sobre la Revolución: “El Terror fue por sobre todo una ‘jacquerie’, un

pillaje regularizado, la empresa de latrocinio más extensa que cualquier asociación de criminales haya organizado jamás.”

2)- Los Tribunales Revolucionarios

Los Tribunales Revolucionarios constituyeron el principal medio de acción del Terror. Aparte del de París – creado por instigación de Danton y que un año después enviaría a su fundador a la guillotina – Francia estuvo cubierta de esos tribunales.

“Ciento setenta y ocho tribunales” – dice Taine – “de los cuales 40 eran ambulantes, dictaban en todo el país sentencias de muerte que eran ejecutadas en el acto. Entre el 16 de Abril de 1793 y el 9 de Termidor del Año II, el de París guillotiné a 2.625 personas y los jueces provinciales trabajaron por lo menos tan duro como los de París. Tan sólo en el pequeño pueblo de Orange se guillotiné a 331 personas. En la ciudad de Arras, 229 hombres y 93 mujeres resultaron guillotinas... En la ciudad de Lyon tan sólo el comisionado revolucionario admitió 1.684 ejecuciones... El número total de estos homicidios ha sido estimado en 17.000 entre los que hubo 1.200 mujeres y de ellas una cantidad ya era octogenaria.”

Si bien al Tribunal Revolucionario de París se le adscriben solamente 2.625 víctimas, no hay que olvidar que todos los sospechosos ya habían sido sumariamente masacrados durante los “días” de Septiembre.

El Tribunal Revolucionario de París, mero instrumento del Comité de Seguridad Pública, tal como Fouquier-Tinville destacó con razón durante su juicio, se limitó a ejecutar las órdenes del Comité. Al principio se rodeó de algunas pocas apariencias legales que no sobrevivieron por mucho tiempo. Interrogatorio, defensa, testigos – todo eso fue finalmente eliminado. La prueba moral – es decir: la mera sospecha – bastó para procurar una condena. El presidente, por lo común, se contentó con formularle una vaga pregunta al acusado. Para operar con mayor rapidez todavía, Fouquier-Tinville

propuso que la guillotina se instalase en el mismo predio del Tribunal.

Este tribunal envió indiscriminadamente al patíbulo a todas las personas acusadas por razones de odios partidarios y muy pronto, en las manos de Robespierre, se constituyó en el instrumento de la más sangrienta de las tiranías. Cuando Danton – uno de sus fundadores – se convirtió en su víctima, antes de subir al patíbulo con justa razón pidió perdón ante Dios y los Hombres por haber ayudado a crear semejante Tribunal.

Nada halló clemencia ante él. Ni el genio de Lavoisier, ni la delicadeza de Lucile Desmoulins, ni el mérito de Malesherbes. “¡Tanto talento,” – dijo Benjamin Constant – “masacrado por los más cobardes y brutales de los hombres!”

A fin de encontrar una explicación al Tribunal Revolucionario tenemos que volver a nuestra concepción de la mentalidad religiosa de los jacobinos quienes lo fundaron y dirigieron. Fue una obra comparable en espíritu y en objetivos a la Inquisición. Los hombres que proveían las víctimas – Robespierre, Saint-Just y Couthon – se creían benefactores de la humanidad al suprimir a todos los infieles, esos enemigos de una fe que habría de regenerar al mundo.

Durante el Terror, las ejecuciones no afectaron tan sólo a la aristocracia ya que se guillotina a 4.000 campesinos y a 3.000 obreros.

Dada la emoción que produce una ejecución en el París actual, se podría suponer que la de tantas personas al mismo tiempo tiene que haber producido una gran conmoción emotiva. Pero el hábito anestesió tanto la sensibilidad general que el pueblo terminó prestando muy poca atención al asunto. Las madres terminaron llevando a sus hijos a ver cómo se guillotina a alguien del mismo modo en que hoy los llevan a ver las marionetas en un teatro.

El espectáculo de ejecuciones cotidianas convirtió a los hombres de la época en indiferentes ante la muerte. Todos subieron al patíbulo

con perfecta tranquilidad, los girondinos cantando la marsellesa mientras ascendían por los peldaños.

Esta resignación es la resultante de las leyes del hábito, y lo habitual rápidamente anestesia a la emoción. A juzgar por el hecho de que los alzamientos monárquicos tuvieron lugar todos los días, la amenaza de la guillotina ya no parece haber asustado a las personas. Las cosas terminaron sucediendo como si el Terror ya no aterrorizara a nadie. El terror es un proceso psicológico eficaz a condición de que no dure. El verdadero terror reside más en las amenazas que en su cumplimiento.

3)- El Terror en las provincias.

En las provincias, las ejecuciones de los Tribunales Revolucionarios representan sólo una porción de las masacres perpetradas en los departamentos durante el Terror. El ejército revolucionario, compuesto por vagabundos y bandidos, marchó a través de Francia matando y saqueando. Su método de procedimiento está bien indicado en el siguiente pasaje de Taine:

“En Bedouin, un pueblo de 2.000 habitantes en dónde manos desconocidas habían cortado el árbol de la libertad, se demolieron o incendiaron 433 casas, se guillotiné a 16 personas y se fusiló a 47; todos los demás habitantes fueron expulsados y reducidos a vivir como vagabundos en las montañas y a encontrar refugio en cavernas que cavaron en la tierra.”

El destino de los desgraciados enviados ante los Tribunales Revolucionarios no fue mejor. La inicial parodia de juicio pronto fue suprimida. En Nantes, Carrier ahogó o fusiló, de acuerdo a su parecer, a cerca de 5.000 personas entre hombres, mujeres y niños.

Los detalles de estas masacres se publicaron en el Moniteur después de la reacción de Thermidor. Cito algunas pocas líneas:

“Después de la toma de Noirmoutier” – dice Thomas – “vi a hombres y mujeres quemados en vida ... mujeres, muchachas de

catorce y quince años, violadas y masacradas después; a tiernas criaturas arrojadas de bayoneta en bayoneta; niños arrancados de sus madres esparcidos por el suelo.”

En el mismo ejemplar podemos leer el testimonio de un tal Julien que relata cómo Carrier obligó a sus víctimas a cavar sus tumbas para ser enterrados vivos en ellas. El ejemplar del 15 de Octubre de 1794 contiene un informe de Merlin de Thionville en el cual se demuestra que el capitán de la embarcación Le Destin había recibido órdenes de embarcar a 41 víctimas para que fuesen ahogadas – “entre ellas, un hombre ciego de 78 años, doce mujeres, doce muchachas y catorce niños de los cuales diez tenían entre diez o seis años y cinco eran lactantes.”

En el transcurso del juicio a Carrier (Moniteur del 30 de Diciembre de 1794) se demostró que “había dado orden de ahogar y fusilar a mujeres y niños, y que le había ordenado al General Haxo exterminar a todos los habitantes de La Verdeé e incendiar sus viviendas.”

Carrier, como todos los asesinos masivos, sentía un gozo intenso al ver sufrir a sus víctimas. “En el departamento en el que cazaba a los curas” – dijo – “nunca me reí tanto ni sentí tanto placer como al verlos morir haciendo morisquetas.” (Moniteur, 22 de Diciembre de 1794).

Carrier fue juzgado para satisfacer la reacción del Thermidor. Pero las masacres de Nantes se repitieron en muchos otros pueblos. Fouche exterminó a más de 2.000 personas en Lyons y se mataron a tantos en Toulon que la población disminuyó de 29.000 a 7.000 en unos pocos meses.

En descargo de Carrier, Freron, Fouche y todas estas siniestras personas debemos decir que fueron incesantemente alentadas por el Comité de Seguridad Pública. Carrier ofreció pruebas de esto durante su juicio.

“Admito que 150 o 200 prisioneros fueron fusilados todos los días” – declaró – “pero eso fue por orden de la comisión. Informé a la

Convención que los bandidos estaban siendo fusilados de a centenares. La Convención aplaudió esa carta y ordenó que fuese insertada en el Boletín. ¿Qué estaban haciendo entonces esos diputados que ahora están tan furiosos conmigo? Estaban aplaudiendo. ¿Por qué me siguieron manteniendo ‘en misión’? Porque en ése entonces yo era el salvador del país y ahora soy un hombre sediento de sangre.” (Moniteur, 24 de Diciembre de 1974).

Desgraciadamente para él, Carrier no sabía, como destacó en el mismo alegato, que solamente siete u ocho personas mandaban en la Convención.

Pero la aterrorizada Asamblea aprobaba todo lo que estos siete u ocho ordenaban, de modo que no pudieron decir nada ante el argumento de Carrier. Éste por cierto que mereció la guillotina, pero toda la Convención mereció haber sido guillotinaada con él puesto que había aprobado las masacres.

La defensa de Carrier, justificada por las cartas del Comité por las cuales los representantes “en misión” eran incesantemente alentados, demuestra que la violencia del Terror fue la resultante de un sistema y no – como alguna vez se ha alegado – de la iniciativa de unos pocos individuos.

Durante el Terror, la sed de destrucción de ningún modo resultó aplacada por tan sólo la destrucción de seres humanos; se produjo una destrucción aún mayor de cosas inanimadas. El verdadero creyente es siempre un iconoclasta. Una vez en el poder, destruye con igual celo a los enemigos de su fe y a las imágenes, templos y símbolos que recuerdan a la fe atacada.

Sabemos que, luego de convertirse al cristianismo, la primer acción del emperador Teodosio consistió en demoler la mayoría de los templos que durante seis mil años habían sido construidos a lo largo del Nilo. No debemos, por lo tanto, sorprendernos de ver a los líderes de la Revolución atacando los monumentos y las obras de arte que, para ellos, eran vestigios de un pasado aborrecido.

Se rompieron frenéticamente estatuas, manuscritos, plata, vidrios. Cuando Fouche, el futuro Duque de Otranto bajo Napoleón y ministro bajo Luis XVIII, fue enviado a Nievre como comisario de la Convención, ordenó la demolición de todas las torres del chateaux y los campanarios de las iglesias “porque ofendían a la igualdad”.

El vandalismo revolucionario se expresó incluso en las tumbas. De acuerdo a un informe leído por Barre a la Convención, las magníficas tumbas reales de Saint-Denis, entre las que se encontraba el admirable mausoleo de Enrique II, obra de Germain Pilon, se hicieron pedazos. Los ataúdes fueron vaciados y se envió el cuerpo de Turenne al museo como curiosidad después de que uno de los guardias le extrajera los dientes para venderlos como rarezas. Los bigotes y la barba de Enrique IV también fueron arrancados del cadáver.

Es imposible ver, sin sentir tristeza, cómo hombres comparativamente tan ilustrados consintieron la destrucción del patrimonio artístico de Francia. Para disculparlos tenemos que recordar que los credos intensos producen los peores excesos y también que la Convención, casi diariamente invadida por perturbadores, siempre cedió ante la voluntad popular.

Esta brillante muestra de devastación demuestra no sólo el poder del fanatismo; nos muestra también en qué se convierten personas liberadas de toda restricción social y qué pasa con el país que cae en sus manos.

Capítulo VI: Los ejércitos de la Revolución.

1)- Las Asambleas revolucionarias y los ejércitos.

Si no se supiera nada de las Asambleas revolucionarias, y en especial de la Convención, aparte de sus disputas internas, su debilidad y sus actos de violencia, su memoria sería realmente deprimente.

Pero hasta para sus enemigos, esta sangrienta época siempre ha de retener una gloria innegable gracias al éxito de sus ejércitos. Cuando

la Convención se disolvió, Francia ya se había extendido a Bélgica y a la margen izquierda del Rin.

Si consideramos al período de la Convención como un todo, parecería ser equitativo concederle el crédito por las victorias de los ejércitos de Francia. Pero si analizamos este todo a fin de estudiar cada uno de sus elementos por separado, su independencia muy pronto se hará obvia. Es inmediatamente evidente que la Asamblea tuvo una participación muy pequeña en los acontecimientos militares de la época. Los ejércitos en la frontera y las Asambleas revolucionarias en París formaron dos mundos separados que ejercieron una influencia muy escasa el uno sobre el otro y que consideraron los hechos bajo una luz muy diferente.

Hemos visto que la Convención fue un gobierno débil que cambiaba sus ideas todos los días de acuerdo con el capricho popular; fue realmente un ejemplo de la más profunda anarquía. No dirigió nada sino que estuvo constantemente dirigida; ¿cómo hubiera podido, entonces, comandar ejércitos?

Completamente absorta en sus luchas intestinas, la Asamblea abandonó todas las cuestiones militares a un comité especial, dirigido casi exclusivamente por Carnot, cuya función concreta fue la de proveer a las tropas de provisiones y munición. El mérito de Carnot está en que, aparte de dirigir a los 752.000 hombres a disposición de Francia hacia los puntos estratégicos esenciales, también apoyó a los generales en cuanto a tomar la ofensiva y mantener una estricta disciplina.

La única participación de la Asamblea en la defensa del país fue el decreto del reclutamiento general. A la vista de los numerosos enemigos que estaban amenazando a Francia, ningún gobierno haría podido evitar esa medida. También, por un corto período, la Asamblea envió representantes a los ejércitos con la instrucción de decapitar a ciertos generales, pero esta política pronto fue abandonada.

De hecho, las actividades militares de la Asamblea siempre fueron extremadamente superficiales. Los ejércitos gracias a su número, su

entusiasmo y las tácticas diseñadas por sus jóvenes generales, conquistaron sus victorias sin ayuda. Combatieron y conquistaron en forma independiente de la Convención.

2)- La lucha de Europa contra la Revolución.

Antes de enumerar los diferentes factores psicológicos que contribuyeron al éxito de los ejércitos revolucionarios será útil recordar brevemente el origen y el desarrollo de la guerra contra Europa.

Al principio de la Revolución, los soberanos extranjeros vieron con satisfacción las dificultades de la monarquía francesa a la cual, desde largo tiempo atrás, consideraban como una potencia rival. El rey de Prusia, creyendo que Francia se hallaba muy debilitada, pensó en enriquecerse a costa de ella y, por consiguiente, le propuso al emperador de Austria el socorrer a Luis, a condición de recibir Flandes y Alsacia en concepto de contraprestación. Los dos soberanos firmaron una alianza contra Francia en Febrero de 1792. Los franceses, bajo la influencia de los girondinos, anticiparon el ataque declarándole la guerra a Austria. Desde el principio, el ejército francés encontró varios impedimentos. Los aliados penetraron en la Champagne y llegaron a 130 millas de París. La victoria de Dumouriez en Valmy los obligó a retirarse.

Si bien sólo 300 franceses y 200 prusianos murieron en esta batalla, la misma tuvo resultados muy significativos. El hecho de que un ejército con la reputación de invencible había sido forzado a retirarse le otorgó audacia a las jóvenes tropas revolucionarias y, con ello, tomaron la iniciativa en todas partes. En unas pocas semanas, los soldados de Valmy habían echado a los austríacos de Bélgica siendo recibidos allí como libertadores.

Pero fue bajo la Convención que la guerra adquirió su importancia. A comienzos de 1793 la Asamblea declaró que Bélgica estaba unida a Francia. De esto surgió un conflicto con Inglaterra que duró 22 años.

Reunidos en Antwerpen en Abril de 1793, los representantes de Inglaterra, Prusia y Austria resolvieron desmembrar a Francia. Los prusianos tomarían Alsacia y Lorena; los austríacos, Flandes y Artois; los ingleses Dunquerque. El embajador austríaco propuso aplastar a la Revolución por medio del terror “exterminando prácticamente la totalidad del partido que dirigía a la nación”. En vista de estas declaraciones, Francia por fuerza tenía que conquistar o perecer.

Durante esta primera coalición, entre 1793 y 1797, Francia tuvo que combatir en todas sus fronteras, desde los Pirineos hasta el Norte.

Inicialmente perdió todas sus conquistas anteriores y sufrió varios reveses. Los españoles tomaron Perpignan y Bayonne; los ingleses Toulon y los austríacos Valenciennes. Fue entonces, hacia fines de 1793, que la Convención ordenó el reclutamiento general de todos los franceses entre los dieciocho y cuarenta años, con lo que consiguió enviar a las fronteras un total de cerca de 750.000 hombres. Los viejos regimientos del ejército monárquico se combinaron con batallones de voluntarios y conscriptos.

Los aliados fueron rechazados y Maubeuge quedó más aliviada luego de la victoria de Wattigny obtenida por Jourdan. Hoche rescató Lorraine. Francia tomó la ofensiva, reconquistó Bélgica y el margen izquierdo del Rin. Jourdan derrotó a los austríacos en Fleurus, los rechazó por sobre el Rin y ocupó Colonia y Coblenza. Se invadió a Holanda. Los soberanos aliados se resignaron a negociar la paz y a reconocer las conquistas francesas.

Los éxitos de los franceses se vieron favorecidos por el hecho de que el enemigo nunca puso todo su corazón en el asunto, desde el momento en que estaba preocupado por la partición de Polonia, lo cual sucedió en 1793/95. Cada uno de los poderes quería estar en ese sitio a fin de obtener más territorio. Este motivo ya había causado que el rey de Prusia se retirara después de la batalla de Valmy en 1792.

Las vacilaciones de los aliados y la desconfianza mutua imperante entre ellos fueron extremadamente favorables para los franceses. Si

los austríacos hubieran marchado sobre París en el verano de 1793 “habríamos perdido” – dijo el General Thiebault – “por cien a uno. Ellos mismos nos salvaron al darnos tiempo para hacer soldados, oficiales y generales.”

Después del tratado de Basilea, Francia ya no tenía adversarios importantes en el continente, excepto los austríacos. Fue entonces que el Directorio atacó a Austria e Italia. Bonaparte fue puesto a cargo de esta campaña. Después de un año de combates – de Abril de 1796 a Abril de 1797 – obligó a los enemigos de Francia a pedir la paz.

3)- Factores psicológicos y militares que determinaron el éxito de los ejércitos revolucionarios.

Para entender las causas del éxito de los ejércitos revolucionarios debemos recordar el prodigioso entusiasmo, la resistencia y la abnegación de estas harapientas y con frecuencia descalzas tropas. Completamente imbuidas de los principios revolucionarios, se sintieron apóstoles de una nueva religión destinada a regenerar el mundo.

La historia de los ejércitos de la revolución recuerda a la de los nómades de Arabia que, excitados hasta el fanatismo por los ideales de Mahoma, se transformaron en tropas formidables que rápidamente conquistaron una parte del antiguo mundo romano. Una fe análoga le otorgó a los soldados republicanos un heroísmo y una intrepidez que nunca les fallaron y que ningún revés consiguió sacudir. Cuando la Convención le cedió el lugar al Directorio, habían liberado al país y habían llevado la guerra de invasión al territorio del enemigo. En ese momento, los soldados fueron los únicos auténticos republicanos que quedaban en Francia.

La fe es contagiosa y la Revolución fue considerada como una nueva era, por lo cual varias naciones invadidas, oprimidas por el absolutismo de sus monarcas, recibieron a los invasores como

libertadores. Los habitantes de Saboya corrieron a recibir a las tropas.

En Mayence la muchedumbre les dio la bienvenida con entusiasmo, plantó árboles de la libertad y formó una Convención imitando a la de París.

Mientras los ejércitos de la Revolución tuvieron que vérselas con pueblos doblegados bajo el yugo de la monarquía absoluta y sin ningún ideal personal que defender, su éxito fue relativamente fácil. Pero cuando entraron en conflicto con pueblos que tenían un ideal tan fuerte como el de ellos, la victoria se hizo por lejos más difícil.

El nuevo ideal de libertad e igualdad fue capaz de seducir a pueblos que no tenían convicciones precisas y se hallaban sufriendo por el despotismo de sus amos, pero, naturalmente, resultó impotente frente a aquellos que poseían un ideal propio, poderoso, establecido en sus mentes desde hacía largo tiempo. Por esta razón los bretones y los vendeanos, cuyos sentimientos religiosos y monárquicos eran extremadamente poderosos, lucharon con éxito durante años contra los ejércitos de la república.

En Marzo de 1793 las insurrecciones de la Vendée y de la Bretaña se habían extendido a diez departamentos. Los vendeanos en Poitou y los chouans en Bretaña pusieron a 80.000 hombres sobre el campo de batalla.

Los conflictos entre ideales opuestos – esto es: entre credos en los que la razón no puede desempeñar papel alguno – son siempre implacables y la lucha contra la Vendée inmediatamente tomó la ferocidad salvaje que siempre se observa en las guerras de religión. Duró hasta finales de 1795 cuando Hoche consiguió “pacificar” a la región. Prácticamente, esta pacificación fue el simple resultado del exterminio de sus defensores.

“Después de dos años de guerra civil” – escribe Molinari – “la Vendée no era más que un horrible montón de ruinas. Cerca de 900.000 individuos – entre hombres, mujeres, niños y ancianos – habían perecido y el pequeño número de aquellos que habían

escapado de la masacre apenas si podía hallar alimento y albergue. Los campos se hallaban devastados; los cercos y los muros, destruidos; las casas, incendiadas.”

Aparte de su fe, que con tanta frecuencia los hacía invencibles, los soldados de la Revolución por lo general tuvieron la ventaja de estar conducidos por generales notables, llenos de pasión y formados en el campo de batalla.

La mayoría de los anteriores jefes del ejército, al ser nobles, habían emigrado, de modo que hubo que organizar un nuevo cuerpo de oficiales. El resultado fue que los dotados de aptitudes militares innatas tuvieron una oportunidad para exhibirlas y pasaron por todos los grados del rango en pocos meses. Hoche, por ejemplo, un cabo en 1789, llegó a general de división y a comandante del ejército a la edad de veinticinco años. La extrema juventud de estos líderes resultó en un espíritu agresivo al cual no estaban acostumbrados los ejércitos enemigos. Seleccionados sólo por mérito y no limitados ni por tradiciones, ni por la rutina, muy pronto consiguieron elaborar tácticas que se adaptaban a las nuevas necesidades.

No se podían esperar maniobras complicadas de soldados sin experiencia que debían enfrentar a tropas profesionales experimentadas, adiestradas y entrenadas de acuerdo a los métodos usuales en todas partes desde la Guerra de los Siete Años.

Los ataques se realizaban simplemente por grandes masas de soldados. Gracias a la cantidad de hombres a disposición de los generales, se pudieron llenar rápidamente los considerables huecos producidos por este eficaz pero bárbaro procedimiento.

Masas de hombres desplegadas en profundidad atacaban al enemigo a bayoneta y en poco tiempo dispersaban a hombres acostumbrados a métodos que cuidaban más la vida de los soldados. La baja cadencia de fuego de aquellos días hizo que las tácticas francesas fuesen relativamente fáciles de emplear. Triunfaron, pero a costa de enormes pérdidas. Se ha calculado que entre 1792 y 1800 el ejército francés dejó a más de un tercio de sus fuerzas efectivas sobre el campo de batalla (700.000 hombres de entre 2.000.000).

Examinando los acontecimientos desde un punto de vista psicológico, veremos las consecuencias de los hechos indicados.

El estudio de las masas revolucionarias en París y el de los ejércitos presenta cuadros muy distintos pero sencillos de interpretar.

Ya hemos demostrado que las masas, incapaces de razonar, simplemente obedecen a sus siempre variables impulsos; pero también hemos visto que resultan fácilmente capaces de heroísmo, que su altruismo se halla con frecuencia altamente desarrollado, y que es fácil encontrar a miles de personas dispuestas a dar la vida por una fe.

Naturalmente, características psicológicas tan diversas tienen que llevar, de acuerdo a las circunstancias, a acciones disímiles y hasta absolutamente contradictorias. La Historia de la Convención y sus ejércitos lo demuestra. Nos ofrece muchedumbres compuestas de elementos similares que actúan de un modo tan diferente en París y en las fronteras que cuesta creer que se trate del mismo pueblo.

En París las masas fueron desordenadas, violentas, asesinas y tan variables en sus demandas que tornaron imposible todo gobierno.

En los ejércitos el cuadro fue completamente diferente. Las mismas multitudes de hombres sin experiencia, contenidos por los elementos ordenados de una población campesina laboriosa, nivelados por la disciplina militar e inspirados por un entusiasmo contagioso, soportaron privaciones heroicamente, desdeñaron peligros y contribuyeron a formar ese fabuloso impulso que triunfó sobre las más prestigiosas tropas de Europa.

Estos hechos están entre los que siempre deberían ser citados para demostrar la fuerza de la disciplina. La disciplina transforma a los hombres. Liberados de su influencia, los pueblos y los ejércitos se convierten en hordas de bárbaros.

Esta verdad se olvida cada vez más y en forma constante. Al ignorar las leyes fundamentales de la lógica colectiva, cedemos cada vez más ante los inestables impulsos populares en lugar de aprender a dirigirlos.

Capítulo VII: Psicología de los líderes de la Revolución

1)- La mentalidad de los hombres de la Revolución. La influencia de los caracteres violentos y los débiles.

Las personas juzgan con su inteligencia y son guiadas por su carácter. Para entender a una persona completamente hay que separar estos dos elementos.

Durante los grandes períodos de actividad – y los movimientos revolucionarios naturalmente pertenecen a estos períodos – el carácter siempre ocupa el primer plano.

Habiendo descrito en varios capítulos las distintas mentalidades que predominan en tiempos de disturbios, no es necesario que retornemos al asunto aquí. Estas mentalidades constituyen tipos genéricos que, naturalmente, resultan modificados por la personalidad hereditaria y adquirida de cada persona.

Hemos visto qué importante papel desempeñó el elemento místico en la mentalidad jacobina y el fanatismo feroz que guió a los sectarios de la nueva fe.

También hemos visto que no todos los miembros de las Asambleas fueron fanáticos. Estos últimos hasta fueron minoría ya que, aún en las más sanguinarias de las asambleas revolucionarias, la gran mayoría se compuso de personas tímidas y moderadas que tenían un carácter neutral. Antes del Thermidor, los miembros de este grupo votaron apoyando a los violentos por miedo; después del Thermidor votaron apoyando a los diputados moderados.

En épocas de revolución, al igual que en otros tiempos, estos caracteres neutrales que obedecen a los impulsos más contrapuestos, son siempre los más numerosos. En realidad, son igual de peligrosos que los caracteres violentos. La fuerza de estos últimos se apoya en la debilidad de los primeros.

En todas las revoluciones, y en la Revolución Francesa en particular, observamos como una pequeña minoría de mentes estrechas pero decididas domina a una inmensa mayoría de personas que con frecuencia son inteligentes pero carecen de carácter.

Aparte de los apóstoles fanáticos y de los caracteres débiles, una revolución siempre produce individuos que simplemente piensan en beneficiarse con ella. Fueron numerosos durante la Revolución Francesa. Su objetivo se limitó a aprovechar las circunstancias para enriquecerse. A esta clase pertenecieron Barras, Tallien, Fouche, Barrera y muchos otros. Su política consistió sencillamente en servir al más fuerte en contra del más débil.

Desde el inicio de la Revolución estos “arribistas” – como se los llamaría en la actualidad – fueron numerosos. Camille Desmoulins escribió en 1792: “Nuestra revolución tiene sus raíces sólo en el egoísmo y en la egolatría de cada individuo de cuya combinación se compone el interés general.”

Si a estas indicaciones les sumamos las observaciones contenidas en otro capítulo en cuanto a las distintas formas de mentalidad que se observan en tiempos de insurrección política, obtendremos una idea del carácter de los hombres de la Revolución. Aplicaremos ahora los principios expuestos a los personajes más destacados del período revolucionario.

2)- Psicología de los comisarios o representantes “en misión”.

En París, la conducta de los miembros de la Convención estuvo siempre dirigida, ya sea restringida o exaltada, por la acción de sus colegas y la del su entorno.

Para juzgarlos adecuadamente deberíamos observarlos en posesión plena de su libertad, librados a sí mismos y sin controles. Tal fue el caso de los representantes enviados por la Convención “en misión” a los departamentos.

El poder de estos delegados fue absoluto. No hubo censura que los molestara. Los funcionarios y los magistrados estuvieron forzados a obedecerles.

Un representante “en misión” podía requisar, secuestrar o confiscar a placer; podía imponer impuestos, poner en prisión, deportar o decapitar como le pareciera mejor; en su propio distrito era un “pashá”.

Considerándose “pashás” se pavonearon “transportados en carruajes tirados por seis caballos, rodeados de guardias; sentados a mesas suntuosas con treinta platos, comiendo al son de la música con una corte de jugadores, cortesanas y mercenarios...” En Lyon “la solemne apariencia de Collot d’Herbois es como la del Gran Turco. Nadie puede aparecer en su presencia sin tres solicitudes reiteradas; una cadena de habitaciones precede a su sala de recepción y nadie se le acerca a menos que quince pasos.”

Uno se puede imaginar la inmensa vanidad de estos dictadores ingresando a los pueblos, rodeados de guardias; hombres a los que les bastaba un gesto para hacer rodar cabezas.

Abogadillos sin clientes, médicos sin pacientes, curas sin sotana, oscuros jurisconsultos que antes habían conocido la más pálida de las vidas; todos ellos súbitamente se habían hecho iguales a los más poderosos tiranos de la Historia. Guillotinando, ahogando, fusilando sin piedad, al azar de su capricho, fueron elevados de su humilde condición anterior al nivel de los más célebres potentados.

Ni Nerón ni Heliogábalo hubieran superado jamás la tiranía de los representantes de la Convención. Leyes y costumbres siempre restringieron a los dos primeros al menos hasta cierto punto. No había nada que restringiera a los comisarios.

“Fouche, con los anteojos a mano” – escribe Taine – “observó la carnicería de 210 habitantes de Lyon desde su ventada. Collot, Laporte y Fouche hicieron fiestas durante los días de ejecución (‘fusillades’) y al sonido de cada descarga se levantaban de un salto con exclamaciones de alegría y agitando sus sombreros.”

Entre los representantes “en misión” que exhiben esta mentalidad asesina podemos citar como típico al ex-sacerdote Lebon quien, tras hacerse del poder supremo, devastó a Arrais y a Cambrai. Su ejemplo, junto con el de Carrier, contribuye a mostrar en lo que el ser humano puede convertirse cuando escapa del yugo de la ley y la tradición. La crueldad del feroz comisario se complicó por su sadismo. El patíbulo se levanto bajo su ventana de modo que él, su mujer y sus ayudantes, pudiesen gozar de la carnicería. Al pié de la guillotina se estableció una cantina adónde los sans-culottes podían ir a beber. Para entretenerlos, los verdugos agruparon sobre el pavimento y en actitudes ridículas a los cadáveres desnudos de los decapitados.

“La lectura de los dos volúmenes de su juicio, impresos en Amiens en 1795, puede calificarse de pesadilla. Durante veinte sesiones, los sobrevivientes a la hecatombe de Arras y Cambrai pasaron por la antigua sala del alguacilazgo de Amiens dónde se juzgaba al ex-miembro de la Convención. Lo que estas almas en pena relataron fue inaudito. Calles enteras despobladas; nonagenarios y muchachas de dieciséis años decapitadas después de la parodia de un juicio; la muerte servida como en un buffet, muertes insultadas, adornadas, gozadas; ejecuciones al son de la música; batallones de niños reclutados para cuidar el patíbulo; la depravación, el cinismo, los refinamientos de un sátrapa demente; un romance de Sade hecho épica. A medida en que vemos desenvolverse estos horrores parecería que todo un país largamente aterrorizado está por fin vomitando su terror y vengándose por su cobardía, destruyendo a ese desgraciado, al chivo expiatorio de un sistema aborrecido y desaparecido.”

La única defensa del ex-cura fue que había obedecido órdenes. Los hechos que se le reprochaban habían sido conocidos por largo tiempo y la Convención de ninguna manera lo había inculcado por ellos.

Ya he hablado de la vanidad de los diputados “en misión” quienes súbitamente fueron depositarios de un poder mayor al de los más

poderosos déspotas; pero esta vanidad no alcanza a explicar su ferocidad.

La misma surgió de otras fuentes. Apóstoles de una severa fe, los delegados de la Convención, al igual que los inquisidores del Santo Oficio, no podían sentir, no hubieran podido sentir, piedad alguna frente a sus víctimas. Aparte de ello, liberados de las ligaduras de la tradición y la ley, podían dar rienda suelta a los instintos más salvajes que la animalidad primitiva ha dejado en nosotros.

La civilización restringe estos instintos, pero nunca mueren. La necesidad de matar que hace al cazador es una prueba permanente de esto.

Cunisset-Carnot ha expresado en las siguientes líneas el poder de esta tendencia hereditaria que, en medio del más inocente de los juegos, vuelve a despertar al bárbaro en cada cazador:

“El placer de matar por matar es, se podría decir, universal; es la base del instinto de caza puesto que debe admitirse que en la actualidad, en países civilizados, la necesidad de vivir ya no cuenta para nada en su propagación. En realidad, estamos perpetuando una acción que le fue impuesta imperiosamente a nuestros salvajes antepasados por las duras necesidades de la existencia – bajo las cuales o mataban, o morían de hambre – mientras que hoy ya no hay una excusa legítima para ello. Pero así es y nada podemos hacer; probablemente nunca romperemos las cadenas de una esclavitud que nos han atado durante tanto tiempo. No podemos evitar sentir un intenso, con frecuencia apasionado, placer al derramar la sangre de animales hacia los cuales – cuando el amor por la persecución nos posee – perdemos todo sentido de compasión. Las criaturas más amables y hermosas, los pájaros canoros, el encanto de nuestras primaveras, cae ante nuestros rifles o se asfixia en nuestras trampas y ni un estremecimiento de compasión menoscaba nuestro placer al verlos aterrorizados, sangrando, retorciéndose por el horrible sufrimiento que les infligimos, tratando de huir sobre sus pobres miembros fracturados o agitando con desesperación unas alas que ya no pueden

sostenerlos... La excusa es el impulso de ese imperioso atavismo que aún los mejores entre nosotros no tenemos la fuerza de resistir.”

En tiempos normales este singular atavismo, restringido por miedo a las leyes, sólo puede ser ejercido sobre los animales. Cuando los códigos ya no operan, inmediatamente se aplica al Hombre, que es la razón por la cual tantos terroristas tuvieron tanto placer en matar. El comentario de Carrier, en cuanto al placer que sentía contemplando los rostros de sus víctimas durante el tormento, es muy típico. En muchas personas civilizadas la ferocidad es un instinto reprimido pero de ningún modo eliminado.

3)- Danton y Robespierre

Danton y Robespierre fueron los dos personajes principales de la Revolución. Diré poco del primero: su psicología, aparte de ser simple, es familiar. Un orador de club al principio, impulsivo y violento, estuvo siempre listo para excitar al pueblo. Cruel solamente en sus discursos, con frecuencia lamentó sus resultados. Desde el principio brilló en primera fila mientras que su futuro rival, Robespierre, vegetaba casi en la última.

En un momento dado, Danton se convirtió en el alma de la Revolución pero le faltó tenacidad y estabilidad de conducta. Más aún, era pobre mientras que Robespierre no lo era. El permanente fanatismo de este último derrotó los intermitentes esfuerzos del primero. Sin embargo, habrá sido un espectáculo asombroso ver a un tribuno tan poderoso enviado al patíbulo por su pálido, venenoso enemigo y mediocre rival.

Robespierre, el hombre más influyente de la Revolución y el más frecuentemente estudiado, es, con todo, el menos explicable. Resulta difícil entender la prodigiosa influencia que le otorgó poder sobre la vida y la muerte, no sólo sobre los enemigos de la Revolución sino también sobre colegas que no hubieran sido considerados enemigos por el gobierno imperante.

Por cierto que no podemos explicar la cuestión diciendo con Taine que Robespierre fue un pedante perdido en abstracciones, ni asegurando con Michelet que tuvo éxito en virtud de sus principios, ni repitiendo con su contemporáneo Williams que “uno de los secretos de su gobierno fue convertir en peldaños de su ambición a hombres marcados por el oprobio o ensuciados por el crimen.”

Tampoco es posible considerar su elocuencia como la causa de su éxito. Con los ojos protegidos por gruesos anteojos, leía penosamente sus discursos compuestos por abstracciones frías e indefinidas. La Asamblea tenía oradores que poseían un talento inmensamente superior, tales como Danton y los girondinos; y aún así fue Robespierre el que los destruyó.

No tenemos realmente ninguna explicación aceptable para la ascendencia que el dictador finalmente obtuvo. Sin influencia en la Asamblea Nacional, gradualmente se convirtió en el amo de la Convención y de los jacobinos. “Cuando llegó al Comité de Seguridad Pública” – dijo Billaud-Varennes – “ya era la persona más importante de Francia.”

“Su historia” – escribe Michelet – “es prodigiosa, mucho más maravillosa que la de Bonaparte. Las pistas, las vueltas, la preparación de las fuerzas, son todas menos visibles. Se trata de un hombre honesto, una figura austera y piadosa, de medianos talentos, que una mañana se dispara hacia arriba, nacido de no sé qué cataclismo. No hay nada parecido en la Mil y Una Noches. Y en un instante se va más alto que el trono. Lo ponen sobre un altar. ¡Asombrosa historia!”

Por cierto que las circunstancias ayudaron en forma considerable. Las personas se volvieron hacia él como el amo que todos sentían necesitar. Pero él ya estaba allí y lo que deseamos descubrir es la causa de su rápido ascenso. Estoy gustosamente dispuesto a suponer en él la existencia de una especie de fascinación personal que hoy en día se nos escapa. Sus éxitos con las mujeres podrían ser citados para apoyar esta teoría. En los días en que hablaba “los pasillos estaban repletos de mujeres ... hay setecientas u ochocientas en las tribunas

¡y con qué éxtasis lo aplauden! Entre los jacobinos, cuando habla, hay sollozos y gritos de emoción y los hombres patalean como si quisieran derrumbar la sala.” Una joven viuda, Mme. De Chalabre, poseedora de 16.000 libras al año, le envía ardientes cartas de amor y está ansiosa de casarse con él.

No podemos buscar en su carácter las causas de su popularidad. Un hipocondríaco por temperamento, de mediocre inteligencia, incapaz de aprehender realidades, confinado en abstracciones, taimado y disimulado, su nota distintiva fue un excesivo orgullo que fue creciendo hasta su último día. Sumo sacerdote de una nueva fe, se creyó enviado a la tierra por Dios para establecer el reino de la virtud. Recibía cartas que decían “que era el Mesías que el Eterno Ser había prometido para reformar al mundo.”

Lleno de pretensiones literarias, pulía laboriosamente sus discursos. Estaba profundamente celoso de otros oradores u hombres de letras como Camile Desmoulins y ese celo los llevó a la muerte.

“Los que fueron particularmente objeto de la ira del tirano” – escribe el autor ya citado – “fueron los hombres de letras. Respecto de ellos, el celo del colega se entremezcló con la furia del opresor; el odio con el que los persiguió se alimentó menos con la resistencia de ellos ante su despotismo que con los talentos que eclipsaban al suyo.”

El desprecio del dictador por sus colegas fue inmenso y casi manifiesto. Después de darle audiencia a Barras a la hora de sus abluciones matinales, se terminó de afeitar escupiendo en dirección de su colega como si éste no existiera y ni siquiera se dignó de contestar sus preguntas.

Consideró a la burguesía y a los diputados con el mismo odioso desdén. Sólo la multitud encontró gracia ante sus ojos. “Cuando el pueblo soberano ejerce su poder” – dijo – “sólo podemos inclinarnos ante él. En todo lo que hace, todo es virtud y verdad, y no es posible ningún exceso, ni error, ni crimen.”

Robespierre sufrió de manía persecutoria. Hizo cortar la cabeza a los demás no sólo porque tenía una misión como apóstol sino porque se creía rodeado de enemigos y conspiradores. “Por grande que fuera la cobardía de sus colegas cuando de él se trataba” – escribe Sorel – “el miedo que les tenía fue aún mayor.”

Su dictadura, absoluta durante cinco meses, es un claro ejemplo del poder de ciertos líderes. Podemos entender cómo un tirano apoyado por un ejército puede fácilmente destruir a quien le place; pero que un solo hombre pueda tener éxito en mandar a matar un gran número de sus iguales es algo que no se explica con facilidad.

El poder de Robespierre fue tan absoluto que pudo enviar al Tribunal, y por lo tanto al patíbulo, a los diputados más eminentes: Desmoulins, Hebert, Danton, y muchos otros. Los brillantes girondinos se derretían ante él. Atacó incluso a la terrible Comuna, guillotiné a sus líderes y la reemplazó por una nueva Comuna obediente a sus órdenes.

A fin de deshacerse más rápidamente de los hombres que le desagradaban, indujo a la Convención a decretar la ley de Prairial que permitía la ejecución de simples sospechosos. Por medio de ella hizo cortar 1.373 cabezas en París en 49 días. Sus colegas, víctimas de un terror demencial, ya no dormían en sus casas; apenas un centenar de diputados se hacía presente en las sesiones. David dijo: “No creo que queden veinte de nosotros en la Montaña”.

Fue este mismo exceso de confianza en sus propios poderes y la cobardía de la Convención lo que le costó a Robespierre la vida. Habiendo intentado hacerles votar una medida que permitiría enviar a diputados ante el Tribunal Revolucionario, sin la autorización de la Asamblea y bastando apenas una orden del Comité gobernante – lo cual significaba el patíbulo – varios montagnards conspiraron con algunos miembros del Llano para derrocarlo. Tallien, sabiéndose marcado a muerte para una pronta ejecución y no teniendo por lo tanto nada que perder, lo acusó ruidosamente de tiranía. Robespierre quiso defenderse leyendo un discurso que hacía largo tiempo ya tenía a mano, pero tuvo que aprender a sus propias

expensas que no es posible conducir una asamblea por medio de la lógica. Los gritos de los conspiradores ahogaron su voz; el grito de ¡abajo con el tirano! – rápidamente repetido por muchos de los miembros presentes gracias al contagio mental – fue suficiente para completar su caída. Sin perder un instante, la Asamblea decretó su acusación.

Habiendo la Comuna deseado salvarlo, la Asamblea lo puso fuera de la ley. Golpeado por esta fórmula mágica, quedó definitivamente perdido.

“Sobre el francés de este período” – escribe Williams – “el repudio de una proscripción producía el mismo efecto que el repudio por contraer la peste. El proscrito quedaba bajo excomunión laica y era como si las personas creyesen que quedarían contaminadas con sólo pasar por el aire que el expulsado había respirado. Ése fue el efecto que produjo sobre los artilleros que habían ensayado sus cañones contra la Convención. Sin recibir órdenes adicionales, tan sólo al oír que la Comuna estaba ‘fuera de la ley’, inmediatamente hicieron girar sus baterías en sentido contrario.”

Robespierre y toda su banda – Saint-Just, el presidente del Tribunal Revolucionario, el alcalde de la Comuna, etc., con un total de 21 personas – fueron guillotinado el 10 de Termidor.

Su ejecución continuó a la mañana siguiente con una nueva remesa de setenta jacobinos y al día subsiguiente por otros trece. El Terror, que había durado diez meses, había terminado.

El derrumbe del edificio jacobino durante el Termidor es uno de los acontecimientos psicológicos más curiosos del período revolucionario. Ninguno de los montagnards que trabajó para conseguir la caída de Robespierre soñó, siquiera por un instante, que marcaría el fin del Terror.

Talieu, Barras, Fouché, etc. derrocaron a Robespierre del mismo modo en que éste había derrocado a Hebert, Danton, los girondinos y a muchos otros. Pero cuando las aclamaciones de la masa les hicieron saber que la muerte de Robespierre era considerada como el

fin del Terror, estas personas actuaron como si precisamente ésa hubiera sido su intención. Se vieron tanto más obligadas a hacerlo por cuanto el Llano – esto es: la gran mayoría de la Asamblea – que había consentido en ser diezmada por Robespierre, ahora se rebelaba furiosamente contra el sistema que por tanto tiempo había aclamado aún aborreciéndolo. No hay nada más terrible que un cuerpo de personas que han tenido miedo y que ya no lo tienen. El Llano se vengó de haberse dejado aterrorizar por la Montaña aterrorizando a ese sector a su vez.

El servilismo de los colegas de Robespierre en la Convención de ningún modo se basó sobre un sentimiento de simpatía hacia él. El dictador los llenaba de una alarma indecible pero, detrás de las expresiones de admiración y entusiasmo que derramaban sobre él por miedo, latía escondido un intenso odio. Podemos verlo leyendo los informes de varios diputados que se encuentran en el *Moniteur* de los días 11, 15 y 29 de Agosto de 1794; en especial el dedicado a “la conspiración de los triunviros Robespierre, Couthon y Saint-Just.” Nunca un esclavo lanzó tantas invectivas contra su amo caído.

Nos enteramos de que “estos monstruos por algún tiempo estuvieron renovando las recetas más terribles de Mario y Sulla.” Robespierre es presentado como el bellaco más espantoso. Se nos asegura que “al igual que Calígula, pronto le pediría al pueblo francés que adorara a su caballo... Buscó la seguridad en la ejecución de todos los que despertaban su más ligera sospecha.”

Estos informes olvidan mencionar que el poder de Robespierre – a diferencia del de los aludidos Mario y Sulla – no tuvo el apoyo de un poderoso ejército sino meramente de la reiterada adhesión de los miembros de la Convención. Sin la extrema cobardía de éstos, el poder del dictador no hubiera durado ni un solo día.

Robespierre fue uno de los tiranos más odiosos de la Historia, pero se distingue de todos los demás por haberse convertido en tirano sin soldados.

Podemos resumir su doctrina diciendo que fue la encarnación más perfecta – excepción hecha, quizás de Saint-Just – de la fe jacobina,

en toda su lógica estrecha, su intenso misticismo y su inflexible rigidez. Encuentra admiradores hasta el día de hoy. Hamel lo describe como “el mártir de Thermidor”. Se ha hablado de erigirle un monumento. Yo suscribiría con gusto tal propósito. Siento que sería útil preservar pruebas de la ceguera de la masa y de la extraordinaria docilidad de la que es capaz una asamblea cuando el líder sabe cómo manejarla. Su estatua recordaría las apasionadas exclamaciones de entusiasmo con las que la Convención aclamó las más siniestras medidas del dictador, la noche anterior al mismo día en que habría de derribarlo.

4)- **Fouquier-Tinville, Marat, Billaud-Varenne, etc.**

Dedicaré un párrafo a ciertos revolucionarios que fueron famosos por el desarrollo de sus más sanguinarios instintos. La ferocidad de estas personas se complicó con otros sentimientos, por miedos y odios, que no pudieron sino fortalecerla.

Fouquier-Tinville, el fiscal público del Tribunal Revolucionario, fue uno de los que han dejado la más siniestra de las memorias. Este magistrado, otrora conocido por su gentileza y que se convirtió en la criatura sanguinaria cuya memoria tanta repulsión produce, ya me ha servido de ejemplo en otros trabajos en los que quise mostrar la transformación de ciertas personalidades en épocas revolucionarias.

Extremadamente pobre al momento de la caída de la monarquía, lo tenía todo para ganar y nada para perder de una revuelta social. Fue uno de esos hombres a los que cualquier período de desórdenes siempre hallará dispuestos a apoyar.

La Convención le entregó sus poderes. Tuvo que pronunciarse sobre el destino de casi dos mil acusados entre quienes estuvieron María Antonieta, los girondinos, Danton, Hebert, etc. Hizo ejecutar a todos los sospechosos que le llevaron y no tuvo escrúpulos para traicionar a sus anteriores protectores. Pronunció sus alegatos ni bien alguno de ellos cayó en su poder, ya fuese Camille Desmoulins, Danton o cualquier otro.

Fouquier-Tinville tenía una mente muy inferior que la Revolución hizo subir hasta la cumbre. Bajo condiciones normales, rodeado de las reglas de la profesión, su destino hubiera sido el de un pacífico y oscuro magistrado. Éste fue, precisamente, el destino de Gilbert-Liendon su diputado o lugarteniente en el Tribunal. “Éste debería haber inspirado el mismo horror que su jefe” – escribe Durel – “y, sin embargo, completó su carrera en los rangos superiores de la magistratura imperial.”

Uno de los grandes beneficios de una sociedad organizada es que restringe a estos caracteres peligrosos a los que nada, excepto las restricciones sociales, pueden contener.

Fouquier-Tinville murió sin comprender por qué resultaba condenado y, desde el punto de vista revolucionario, su condena fue injustificable. ¿Acaso no se había limitado a cumplir celosamente las órdenes de sus superiores? Es imposible clasificarlo entre los representantes enviados a las provincias que no podían ser supervisados. Los delegados de la Convención examinaron todas sus sentencias y las aprobaron sin excepción. Si su crueldad y el modo sumario de juzgar a los prisioneros llevados ante él no hubiesen estado alentados por sus jefes, no hubiera podido permanecer en el poder. Al condenar a Fouquier-Tinville, la Convención condenó su propio espantoso sistema de gobierno. Entendió este hecho y envió al patíbulo a una cantidad de terroristas a quienes Fouquier-Tinville meramente había servido de fiel agente.

Al lado de Fouquier-Tinville podemos poner a Dumas, que presidió el Tribunal Revolucionario y que también exhibió una crueldad excesiva mezclada con un intenso miedo. Nunca salía sin llevar dos pistolas cargadas, se atrincheraba en su casa y sólo hablaba con los visitantes a través de una mirilla. Su desconfianza de todo el mundo, incluyendo a su propia esposa, era absoluta. Hasta llegó a poner en prisión a su mujer y estaba a punto de hacerla ejecutar cuando llegó el Thermidor.

Entre los hombres que la Convención hizo surgir, Billaud-Varenne fue uno de los más salvajes y más brutales. Puede ser considerado como el tipo perfecto de la ferocidad bestial.

“En estas horas de inagotable furia y heroica angustia permaneció calmo, dedicándose metódicamente a su tarea – y fue una tarea espantosa: apareció oficialmente en las masacres de Abbaye, felicitó a los asesinos y les prometió dinero, tras lo cual se fue a su casa como si se hubiese limitado a hacer un paseo. Lo vemos de presidente del Club Jacobino, presidente de la Convención, miembro del Comité de Seguridad Pública; arrastra a los girondinos al patíbulo; arrastra allí a la reina; su anterior jefe dirá de él: ‘Billaud tiene un puñal bajo la lengua’. Aprueba la cañoneada de Lyons, los ahogamientos de Nantes, las masacres de Arras; organiza las despiadadas comisiones de Orange; se involucra con las leyes de Prairial; apaña a Fouquier-Tinville; sobre todos los decretos de muerte se encuentra su nombre, con frecuencia en primer lugar; firma antes que sus colegas; es una persona sin piedad, sin emociones, sin entusiasmo; cuando otros están atemorizados, vacilan o retroceden, él sigue su camino hablando con oraciones pomposas, ‘sacudiendo su melena leonina’ – ya que, para poner su rostro frío e impasible más en armonía con la exuberancia que lo rodea, ahora se cubre con una peluca amarilla que provocaría risa si estuviera sobre la cabeza de cualquiera menos de Billaud-Varenne. Cuando a Robespierre, Saint-Just y a Couthon les llega el turno de ser amenazados, los abandona, se pasa al enemigo y los empuja hacia la cuchilla... ¿Por qué? ¿Cuál es su objetivo? No lo sabe nadie. No es, de ninguna manera, ambicioso; no desea ni poder ni dinero.”

No creo que sería tan difícil contestar por qué. La sed de sangre, de la que ya hemos hablado y que es muy común entre ciertos criminales, explica perfectamente la conducta de los Billaud-Varenes. Los criminales de esta clase matan por matar, de la misma manera en que los cazadores deportivos matan a sus presas – por el sólo placer de ejercitar su gusto por la destrucción. En tiempos normales las personas dotadas de estas tendencias homicidas se reprimen, en

general por miedo al policía y al patíbulo. Cuando se encuentran con la posibilidad de dar rienda suelta a sus tendencias, no hay nada que los detenga. Ése fue el caso de Billaud-Varenne y de muchos otros.

La psicología de Marat es algo más complicada, no sólo porque su deseo de asesinar se hallaba combinado con otros elementos – egolatría herida, ambición, creencias místicas, etc. – sino porque tenemos que considerarlo como un semi-lunático afectado de megalomanía y perseguido por ideas fijas.

Antes de la Revolución había demostrado tener grandes pretensiones científicas pero nadie le dio mucha importancia a sus devaneos. Soñando con posición y honores, consiguió tener solamente una posición muy subordinada en la casa de un gran noble. La Revolución le abrió un futuro imprevisto. Henchido de odio por el antiguo sistema social que no había reconocido sus méritos, se puso al frente de la sección más violenta del pueblo. Habiendo públicamente glorificado las masacres de Septiembre, fundó un periódico que denunció a todo el mundo y clamó incesantemente por más ejecuciones.

Hablando continuamente de los intereses del pueblo, Marat se convirtió en su ídolo. La mayoría de sus colegas lo despreciaron de todo corazón. Si hubiese escapado del cuchillo de Charlotte Corday, ciertamente no hubiera escapado a la cuchilla de la guillotina.

5.- El destino de los miembros de la Convención que sobrevivieron a la Revolución.

Además de los miembros de la Convención cuya psicología presenta características particulares, hubo otros – Barras, Fouche, Tallien, Merlin de Thionville, etc. – completamente carentes de principios o de fe, que tan sólo buscaron enriquecerse.

Se dedicaron a construir enormes fortunas a partir de la miseria pública. En tiempos normales hubieran sido calificados de simples rufianes, pero en tiempos revolucionarios todas las normas sobre vicio y de virtud parecen desaparecer.

Si bien algunos pocos jacobinos siguieron siendo fanáticos, la mayoría de ellos – ni bien obtuvieron riquezas – renunciaron a sus convicciones y se convirtieron en fieles cortesanos de Napoleón. Cambaceres – quien, dirigiéndose a Luis XVI en prisión, lo llamó Luis Capeto – bajo el Imperio exigió que sus amigos lo llamasen “Alteza” en público y “Monseigneur” en privado, mostrando así el sentimiento de envidia que acompañó al clamor por la igualdad en muchos de los jacobinos.

“La mayoría de los jacobinos” – escribe Madelin – “se enriqueció mucho y, como Bazire, Merlin, Barras, Boursault, Tallien, Barrere, etc. poseyó villas y tierras. Aquellos que todavía no eran adinerados, pronto lo serían.... Tan sólo en el Comité del Año III, el personal del partido thermidoriano comprendía a 13 futuros condes, 5 futuros barones, 7 futuros senadores del Imperio y a 6 futuros Consejeros de Estado. Aparte de ellos, en la Convención hubo, entre el futuro Duque de Otranto y el futuro Conde Regnault, no menos de 50 demócratas quienes, quince años más tarde, poseían títulos, cotas de armas, plumas, carruajes, donaciones, tierras confiscadas, hoteles y villas. Fouche murió valiendo 600.000 libras.”

Los privilegios del antiguo régimen que habían sido tan amargamente denostados fueron así muy pronto restablecidos en beneficio de la burguesía. Para llegar a este resultado fue necesario arruinar a Francia, incendiar provincias enteras, multiplicar el sufrimiento, sumergir innumerables familias en la desesperación, convulsionar a Europa y aniquilar hombres de a cientos de miles sobre el campo de batalla.

Al cerrar este capítulo, recordemos lo ya dicho en cuanto a la posibilidad de juzgar a los hombres de este período.

Si bien el moralista está obligado a proceder con severidad con ciertos individuos, porque los juzga en función de las normas que una sociedad debe respetar si es que desea perdurar, el psicólogo no se encuentra en la misma situación. Su objetivo es el de comprender, y la crítica se desvanece ante una comprensión completa.

La mente humana es un mecanismo muy frágil y las marionetas que bailan sobre el escenario de la Historia rara vez son capaces de resistir las imperiosas fuerzas que las impelen. Herencia, medioambiente y circunstancias son amos dominantes. Nadie puede decir con certeza cuál hubiera sido su conducta de haber sido puesto en el lugar de las personas cuyas acciones trata de interpretar.

LIBRO III

El conflicto entre influencias ancestrales y principios revolucionarios

Capítulo I: Las últimas convulsiones de la anarquía. El Directorio.

1)- Psicología del Directorio

Desde el momento en que las distintas asambleas revolucionarias estuvieron compuestas parcialmente por las mismas personas, se podría suponer que su psicología sería muy similar.

En tiempos normales esto habría sido así puesto que un entorno constante facilita constancia de carácter. Pero cuando las circunstancias cambian tan rápidamente como lo hicieron durante la Revolución, el carácter por fuerza tiene que sufrir transformaciones para adaptarse a las mismas. Éste es el caso del Directorio.

El Directorio comprendió varias asambleas diferentes: dos grandes cámaras consistiendo de diferentes categorías de diputados y una cámara muy pequeña compuesta por cinco Directores.

Las dos asambleas grandes recuerdan fuertemente a la Convención por su debilidad. Ya no estaban forzadas a obedecer a revueltas populares puesto que éstas fueron enérgicamente impedidas por los Directores, pero cedieron sin discusión a las instrucciones dictatoriales de estos últimos.

Los primeros diputados elegidos fueron en su mayoría moderados. Todo el mundo estaba cansado de la tiranía jacobina. La nueva Asamblea soñó con reconstruir las ruinas que habían cubierto a Francia estableciendo un gobierno liberal sin violencias.

Pero, debido a una de esas fatalidades que fueron una ley de la Revolución y que prueban que el curso de los acontecimientos se halla con frecuencia por encima de la voluntad de los hombres, de estos diputados, al igual que de sus predecesores, se puede decir que terminaron haciendo siempre lo contrario de lo que habían intentado hacer. Esperaron ser moderados y fueron violentos; quisieron eliminar la influencia de los jacobinos y permitieron ser guiados por ellos; pensaron en reconstruir las ruinas del país y sólo consiguieron sumar más ruinas a las anteriores; aspiraron a lograr la paz religiosa y al final persiguieron y masacraron a los sacerdotes con mayor rigor que durante el Terror.

La psicología de la pequeña asamblea formada por los cinco Directores fue muy diferente a la de la Cámara de Diputados. Encontrándose con nuevas dificultades todos los días, los directores se vieron forzados a resolverlas, mientras que las asambleas grandes, sin contacto con la realidad, sólo tuvieron aspiraciones.

El pensamiento preponderante de los directores fue muy simple. Altamente indiferentes frente a los principios, desearon por sobre todo permanecer siendo los amos de Francia. A fin de obtener dicho resultado no vacilaron en recurrir a las medidas más ilegítimas, aún anulando elecciones en un gran número de departamentos cuando éstas los molestaron.

Sintiéndose incapaces de reorganizar a Francia, la dejaron librada a sí misma. A través de su despotismo consiguieron dominarla, pero

nunca la gobernaron. Ahora bien, lo que Francia en esta coyuntura necesitaba por sobre todo era, precisamente, ser gobernada.

La Convención ha dejado detrás de si la reputación de haber sido un gobierno fuerte y el Directorio la de un gobierno débil. La verdad es lo contrario: el gobierno fuerte fue el del Directorio.

Desde el punto de vista psicológico podemos explicar fácilmente las diferencias entre el gobierno del directorio y el de las Asambleas previas recordando el hecho que una reunión de seiscientas o setecientas personas puede muy bien sufrir oleadas de entusiasmo contagioso – como en la noche del 4 de Agosto – o incluso impulsos de enérgica fuerza de voluntad – como la que lanzó el desafío a los reyes de Europa. Pero esos impulsos son demasiado efímeros como para tener una fuerza importante. Un comité de cinco miembros, fácilmente dominado por la voluntad de uno, es por lejos más susceptible de tener continuidad en sus resoluciones – esto es: de perseverar en una determinada línea de conducta.

El gobierno del Directorio demostró siempre ser incapaz de gobernar pero nunca le faltó una fuerte voluntad. No habiendo nada que lo restringiera, ni respeto por la ley, ni consideración por los ciudadanos, ni amor por el bien público, fue capaz de imponerle a Francia un despotismo más aplastante que el de cualquier otro gobierno desde el comienzo de la Revolución y sin exceptuar al Terror.

Si bien utilizó métodos análogos a los de la Convención, y se impuso a Francia de la manera más tiránica, el Directorio, al igual que la Convención, jamás dirigió a Francia.

Este hecho, al cual ya he hecho referencia, demuestra una vez más la impotencia de la coacción material para dominar fuerzas morales. No se repetirá con demasiada frecuencia que la verdadera guía de la humanidad es la condena de la moral erigida por sus antepasados.

Acostumbrados a vivir en una sociedad organizada, sostenidos por códigos y tradiciones respetadas, difícilmente nos podemos imaginar la condición de una nación privada de esas bases. Por regla general,

sólo vemos el lado irritante de nuestro entorno, olvidando con demasiada facilidad que la sociedad existe sólo a condición de imponer ciertas restricciones y que leyes, comportamientos y costumbre constituyen un freno para los instintos naturales de la barbarie que nunca muere por completo.

La historia de la Convención y la del Directorio que le siguió, muestran palmariamente el grado de desorden que puede sobrevenir en una nación privada de su estructura ancestral y que tiene por única guía las combinaciones artificiales de una razón insuficiente.

2)- Gobierno despótico del Directorio. Recrudescimiento del Terror.

Con el objeto de distraer la atención, darle una ocupación al ejército y obtener recursos por medio del saqueo de los países vecinos, los directores decidieron reanudar las guerras de conquista que habían tenido éxito bajo la Convención.

Así, las guerras continuaron durante la vida del Directorio. Los ejércitos obtuvieron un rico botín, especialmente en Italia.

Algunas de las poblaciones invadidas fueron tan ingenuas como para creer que estas invasiones se hacían en su propio interés. No tardaron mucho en descubrir que todas las operaciones militares eran acompañadas por aplastantes impuestos, el saqueo de las iglesias y los tesoros públicos, etc.

La consecuencia final de esta política de conquistas fue la formación de una nueva coalición contra Francia que duró hasta 1801.

Indiferentes al estado del país e incapaces de reorganizarlo, para mantenerse en el poder los directores estuvieron principalmente ocupados en luchar contra una interminable serie de conspiraciones.

Esta tarea fue suficiente para ocupar todo su tiempo disponible ya que los partidos políticos no se habían desarmado. La anarquía había llegado al punto en que todos estaban pidiendo una mano suficientemente poderosa como para restablecer el orden. Todos

presentían, incluso los directores, que el sistema republicano no podía durar por mucho tiempo más.

Algunos soñaron con restablecer la realeza, otros el sistema del Terror, mientras que otros esperaron a un general. Solo los compradores de propiedades nacionales temían un cambio de gobierno.

La impopularidad del Directorio aumentó día a día y cuando, en Mayo de 1797, hubo que renovar la tercera parte de la Asamblea, la mayoría de los electos fueron hostiles al sistema.

Los directores no se dejaron amilanar por una pequeñez como ésa. Anularon las elecciones en 49 departamentos; de los nuevos diputados, 154 fueron impugnados y expulsados; 53 condenados a ser deportados. Entre estos últimos figuran los nombres más ilustres de la Revolución: Portalis, Carnot, Tronson du Coudray, etc.

A fin de intimidar a los electores, comisiones militares condenaron a muerte – más bien al azar – a 160 personas y enviaron a la Guayana a 330 de los cuales la mitad murió muy pronto. Los emigrados y sacerdotes que habían regresado a Francia fueron expulsados violentamente. Esto se conoció como el golpe de Estado del Fructidor.

Este golpe, que le pegó más especialmente a los moderados, no fue el único de su clase ya que otro le siguió muy pronto. Los directores, encontrando que los diputados jacobinos resultaban ser muy numerosos, anularon las elecciones de sesenta de ellos.

Los hechos mencionados muestran el temperamento despótico de los directores pero éste aparece, con mayor claridad todavía, en el detalle de sus medidas. Los nuevos dueños de Francia demostraron ser también tan sanguinarios como los más feroces diputados del Terror.

La guillotina no fue restablecida como algo permanente, pero fue reemplazada por deportaciones bajo condiciones que le dejaban a la víctima muy pocas chances de supervivencia. Enviados a Rochefort

en jaulas con barrotes de hierro y tras ser expuestos a todas las inclemencias del clima, se los amontonó sobre barcos.

“Entre las cubiertas del *Decade* y del *Bayonnaise*” – dice Taine – “los miserables prisioneros, sofocados por la falta de aire y el tórrido calor, maltratados y engañados, morían de hambre o de asfixia, y la Guayana completaba la obra de la travesía: de 193 personas llevadas hasta allí sobre la *Decade*, 39 estaban vivas después de 22 meses; de 120 transportados por la *Bayonnaise*, quedaba uno.”

Observando por todas partes un renacimiento católico e imaginando que el clero estaba conspirando contra ellos, los directores deportaron o enviaron a las galeras a 1.448 sacerdotes en un año; para no hablar del gran número que fue ejecutado en forma sumaria. En realidad, el Terror quedó completamente restablecido.

El despotismo autocrático del directorio se ejerció en todos los rubros de la administración, especialmente en el de las finanzas. Así, necesitando seiscientos millones de francos, el Directorio forzó a los siempre dóciles diputados a votar un impuesto progresivo que, no obstante, produjo sólo doce millones. Volviendo a estar en las mismas condiciones, decretó un préstamo forzoso de cien millones que resultó en el cierre de talleres, paralización de negocios y el despido de personal doméstico. Sólo al precio de una ruina total fue que se pudieron obtener cuarenta millones de este modo.

Para asegurarse del dominio en las provincias, el Directorio hizo aprobar la llamada ley de rehenes en virtud de la cual, en cada comuna, se estableció una lista de rehenes que serían responsables por todas las ofensas.

Es fácil comprender el odio que provocó ese sistema. Al final de 1799 catorce departamentos estaban en rebelión y cuarenta y seis se hallaban a punto de alzarse. Si el Directorio hubiera perdurado, la disolución de la sociedad habría sido total.

Hablando de ello, la disolución estaba muy avanzada. Finanzas, administración, todo estaba derrumbándose. Los ingresos de la

Tesorería, consistentes de assignats depreciados a una centésima parte de su valor original, eran insignificantes. Los tenedores de bonos del gobierno y los empleados ya no obtenían sus pagos.

Por esta época, Francia les causó a los viajeros la impresión de ser un país devastado por la guerra y abandonado por sus habitantes. La rotura de puentes y diques, y los edificios en ruinas, hacían imposible todo tráfico. Los caminos, abandonados desde hacía largo tiempo, se hallaban infectados de bandidos.

Algunos departamentos sólo podían ser atravesados mediante la compra de un salvoconducto adquirido a los líderes de estas bandas. La industria y el comercio se hallaban aniquilados. En Lyons 13.000 talleres y molinos de entre 15.000 se habían visto forzados a cerrar. Lille, Havre, Bordeaux, Lyons, Marsella etc. eran ciudades muertas. La pobreza y la hambruna se habían generalizado.

La desorganización moral no fue menos terrible. Lujos y el afán de placeres, costosas cenas, joyas y costumbres domésticas extravagantes fueron los hijos mimados de una nueva sociedad compuesta enteramente por corredores de bolsa, contratistas del ejército y oscuros financistas enriquecidos por el pillaje. Ellos fueron los que le dieron a París ese aspecto superficial de lujo y diversión que ha obnubilado a tantos que historiaron este período. La prodigalidad insolente que se ostentaba no hacía sino ocultar la miseria general.

Las crónicas del Directorio, tal como aparecen en los libros, nos ayudan a ver las mentiras con las que se teje la red de la Historia. En los últimos tiempos, el teatro se ha adueñado de este período del cual aún se imitan las modas. Ha dejado la memoria de un alegre período de renacimiento después del siniestro drama del Terror. En realidad, el drama del Directorio difícilmente haya representada una mejoría respecto del Terror y fue igual de sanguinario. Al final, inspiró tal repulsa que los directores, sintiendo que no podían perdurar, se buscaron un dictador capaz de reemplazarlos y protegerlos.

3.- El advenimiento de Bonaparte.

Hemos visto que hacia fines del Directorio la anarquía y la desorganización eran tales que todos estaban desesperadamente clamando por el hombre enérgico capaz de restablecer el orden. Ya en 1795 un número de diputados había pensado por un momento restablecer a la realeza. Luis XVIII quedó inmediatamente descartado al ser lo suficientemente carente de tacto como para declarar que restauraría en toda su plenitud al Antiguo Régimen, devolvería las propiedades a sus propietarios originales y castigaría a los hombres de la Revolución. La insensata expedición de Quíberon finalmente alienó a los partidarios del futuro soberano. Durante toda la Revolución, los monárquicos dieron prueba de una incapacidad y de una estrechez mental que justificaron la mayoría de las medidas tomadas contra ellos.

Siendo imposible la monarquía, fue necesario encontrar a un general. Existía sólo uno cuyo nombre conllevaba peso: Bonaparte. La campaña en Italia acababa de hacerlo famoso. Habiendo cruzado los Alpes, había marchado de victoria en victoria; había entrado en Milán y en Venecia; y en todas partes había obtenido importantes contribuciones de guerra. Luego se había dirigido a Viena y se hallaba a tan sólo veinticinco leguas de sus puertas cuando el Emperador de Austria solicitó la paz.

Pero, por más grande que fuese su renombre, el joven general consideró que no era suficiente. Para aumentarlo, persuadió al Directorio que el poder de Inglaterra debía ser sacudido mediante una invasión a Egipto y en Mayo de 1798 se embarcó en Toulon.

Esta necesidad de aumentar su prestigio nació de una concepción psicológicamente muy sensata que expuso claramente en Santa Helena:

“Los generales más influyentes e ilustrados habían estado desde largo tiempo presionando al general de Italia a ponerse a la cabeza de la República. Este general se rehusó; todavía no era lo suficientemente fuerte como para caminar solo. Tenía ideas sobre el arte de gobernar y sobre qué necesitaba una gran nación, ideas que

diferían tanto de las de los hombres de la Revolución y las Asambleas que, no siendo capaz de actuar solo, temía comprometer su carácter. Determinó ir a Egipto, pero resolvió reaparecer en el caso de que surgiesen circunstancias que hiciesen útil o necesaria su presencia.”

Bonaparte no se quedó por mucho tiempo en Egipto. Convocado por sus amigos, desembarcó en Frejus y el anuncio de su regreso provocó un entusiasmo universal. Por todas partes se encendieron luces. Francia colaboró por adelantado en el golpe de Estado preparado por dos directores y los principales ministros. El complot se organizó en tres semanas. Su ejecución el 18 de Brumario se llevó a cabo con la mayor facilidad.

Todos los partidos expresaron el mayor de los gozos por deshacerse de la siniestra banda que durante tanto tiempo había oprimido y explotado al país. Sin duda, los franceses estaban a punto de ingresar en un sistema de gobierno despótico, pero éste no podía ser tan intolerable como el que había perdurado por tantos años.

La historia del golpe de Estado de Brumario justifica todo lo que ya hemos dicho sobre la imposibilidad de formar juicios exactos sobre acontecimientos que, aparentemente, están completamente entendidos y atestiguados no importa por qué cantidad de testigos.

Sabemos qué ideas tenían las personas hace treinta años respecto del golpe de Brumario. Se lo consideraba un crimen cometido por la ambición de un hombre apoyado por su ejército. En realidad, el ejército no desempeñó papel alguno en el asunto. El pequeño cuerpo de hombres que expulsó a los escasos diputados recalcitrantes ni siquiera estuvo compuesto por soldados sino por gendarmes de la propia Asamblea. El verdadero autor del golpe de Estado fue el gobierno mismo, con la complicidad de toda Francia.

4)- Causas de la duración de la Revolución.

Si limitamos la Revolución al tiempo necesario para la conquista de sus principios fundamentales – igualdad ante la ley, libre acceso a las funciones públicas, soberanía popular, control de gastos, etc. –

podríamos decir que duró apenas unos pocos meses. Hacia mediados de 1789 todo esto se había conseguido y durante los años que siguieron no se le agregó nada. No obstante, la Revolución duró mucho más.

Restringiendo esa duración a las fechas admitidas por los historiadores oficiales, vemos a la Revolución persistir hasta el advenimiento de Bonaparte; es decir: por el espacio de unos diez años.

¿Por qué este período de desorganización y violencia siguió al establecimiento de los nuevos principios? No es necesario que busquemos la causa en la guerra extranjera, la que en varias ocasiones habría podido darse por terminada gracias a las divisiones existentes entre los aliados y las constantes victorias de los franceses; tampoco es necesario que la busquemos en la simpatía de los franceses por el gobierno revolucionario. Nunca un régimen fue más cordialmente odiado y despreciado que el de las Asambleas. A través de sus insurrecciones, al igual que a través de su reiterado voto, una gran parte de la nación manifestó el horror que le inspiraba el sistema.

Este último punto, la aversión de Francia por el régimen revolucionario, malinterpretado por tanto tiempo, ha sido bien expuesto por historiadores recientes. Madelin, autor del último libro publicado sobre la Revolución, ha resumido bien la opinión de todos ellos en las siguientes palabras:

“A una fecha tan temprana como 1793 un partido, de ninguna manera numeroso, le impuso a Francia la Revolución y la República. Ahora bien, tres cuartas partes de Francia anhelaban que la Revolución fuese controlada, o más bien librada de sus odiosos explotadores; pero éstos retuvieron al desdichado país de mil modos... Como el Terror les sería esencial si habrían de regir, aplastaron en todo momento a quienquiera pareciera oponerse al Terror siendo que los opositores hubieran sido los mejores servidores de la Revolución.”

Hasta el fin del Directorio el gobierno fue ejercido por los jacobinos quienes meramente deseaban retener, junto con el supremo poder, las riquezas que habían acumulado por asesinatos y pillaje, y que estaban listos para rendir a Francia ante cualquiera que les garantizase la posesión de las mismas. Que negociaran el golpe de Estado de Brumario con Napoleón se debió simplemente al hecho de que no habían podido realizar sus deseos con Luis XVIII.

Pero ¿cómo explicar que un gobierno tan déspota y tan deshonorado fue capaz de sobrevivir durante tantos años?

No fue tan sólo porque la religión revolucionaria sobrevivió en la mente de las personas, ni porque la Revolución les fuera impuesta por medio de persecuciones y derramamientos de sangre, sino especialmente, como ya lo he indicado, también por el gran interés que una gran porción de la población tenía en mantenerla.

Este punto es fundamental. Si la Revolución hubiese permanecido siendo una religión teórica, probablemente habría sido de corta duración. Pero el credo que acababa de ser fundado muy pronto salió del dominio de la teoría pura.

La Revolución no se limitó a despojar a la monarquía, a la nobleza y al clero de su poder de gobierno. Al arrojar hacia las manos de la burguesía y de grandes números de campesinos la riqueza y los empleos de las antiguas clases privilegiadas, convirtió, de un solo golpe, a todos ellos en obstinados defensores del sistema revolucionario. Todos los que adquirieron las propiedades de las que fueron despojados los nobles y el clero, obtuvieron tierras y chateaux a bajo precio y les aterrorizaba la idea de que la restauración de la monarquía podría obligarlos a hacer una restitución general.

Fue mayormente por estas razones que un gobierno, que en cualquier período normal nunca hubiera perdurado, consiguió sobrevivir, prometiendo mantener no sólo las conquistas morales sino también las materiales de la Revolución, hasta el momento en que una autoridad restableció el orden. Bonaparte comprendió estas ansiedades y fue rápida y entusiastamente bienvenido. A las instituciones y a las leyes les incorporó las conquistas materiales que

todavía resultaban discutibles y los principios teóricos que aún eran frágiles. Es un error decir que la Revolución terminó con la llegada de Napoleón. Lejos de destruirla, la ratificó y la consolidó.

Capítulo II: La restauración del orden. La República consular.

1)- Cómo la obra de la Revolución fue confirmada por el Consulado.

La historia del Consulado es tan rica en material psicológico como el período precedente. En primer término, nos muestra que la obra de un individuo poderoso es superior al de una colectividad. Bonaparte inmediatamente reemplazó la sangrienta anarquía en que la República se había debatido por diez años por un período de orden. Lo que ninguna de las cuatro Asambleas de la Revolución había sido capaz de realizar, a pesar de la opresión más violenta, un solo hombre lo logró en un período muy corto de tiempo.

Su autoridad inmediatamente le puso fin a las insurrecciones parisinas y a los intentos de resistencia monárquica, y restableció la unidad moral de Francia, tan profundamente dividida por intensos odios. Bonaparte reemplazó un despotismo colectivo desorganizado por un despotismo individual perfectamente organizado. Todos ganaron con ello ya que su tiranía era infinitamente menos pesada que la soportada por diez largos años. Más allá de ello, debemos suponer que no fue bienvenida sólo por unos pocos ya que resultó aceptada muy pronto y con un inmenso entusiasmo.

Hoy en día sabemos más y no tenemos por qué repetir con los viejos historiadores aquello de que Bonaparte derrocó a la República. Por el contrario, retuvo de ella todo lo que podía ser retenido y que nunca hubiera sido retenido sin él, estableciendo toda la obra viable de la Revolución – abolición de privilegios, igualdad ante la ley, etc. – en instituciones y en códigos legales. Más allá de ello, el Gobierno Consular continuó designándose a sí mismo como República.

Es infinitamente probable que, sin el Consulado, una restauración monárquica habría acabado con el Directorio y habría borrado la

mayor parte de la obra de la Revolución. Supongámoslo a Bonaparte eliminado de la Historia. Pienso que nadie se imaginará que el Directorio hubiera podido sobrevivir al cansancio universal generado por su régimen. Indudablemente, habría sido derrocado por las conspiraciones monárquicas que surgían todos los días y probablemente Luis XVIII habría ascendido al trono. Por cierto que haría precisamente eso dieciséis años más tarde, pero durante este intervalo Bonaparte le otorgó tal fuerza a los principios de la Revolución – estableciéndolos en leyes y costumbres – que el soberano restaurado no se atrevió a tocarlos, así como no se atrevió a restaurar la propiedad de los emigrados retornados.

Las cosas hubieran sido muy diferentes de haber aparecido Luis XVIII inmediatamente después del Directorio. Hubiera traído consigo todo el absolutismo del Antiguo Régimen y hubieran sido necesarias nuevas revoluciones para abolirlo. Sabemos que el mero intento de regresar al pasado derrocó a Carlos X.

Sería un poco ingenuo lamentar la tiranía de Bonaparte. Bajo el Antiguo Régimen los franceses soportaron todas las especies de tiranía y la República creó un despotismo incluso más pesado que el de la monarquía. En aquél entonces, el despotismo era la condición normal que no despertaba protesta alguna, excepto cuando se hallaba acompañada del desorden.

Una ley constante de la psicología de las masas las muestra creando la anarquía y luego buscando al amo que les permita emerger de ella. Bonaparte fue este amo.

2)- La reorganización de Francia por el Consulado.

Al asumir, Bonaparte se hizo cargo de una tarea colosal. Todo estaba en ruinas; todo tenía que ser reconstruido. A la mañana siguiente del golpe de Brumario diseñó, casi por mano propia, la Constitución destinada a darle el poder absoluto que le permitiría reorganizar el país y prevalecer por sobre las facciones. En un mes estuvo completada.

Esta Constitución, conocida como la del Año VIII, sobrevivió con ligeras modificaciones hasta el final de su reinado. El poder ejecutivo le fue atribuido a tres cónsules, de los cuales dos poseían solamente voz consultiva. El primer Cónsul – Bonaparte – era, por lo tanto, el único amo de Francia. Nombró ministros, consejeros de Estado, embajadores, magistrados y otros oficiales, y decidió sobre la paz y la guerra. También el poder legislativo fue suyo ya que sólo él podía proponer leyes, las que luego eran sometidas a tres Asambleas – el Consejo de Estado, el Tribunado y el Cuerpo Legislativo. Una cuarta Asamblea, el Senado, actuaba como guardiana de la Constitución.

Despótico como era y como se volvió, Bonaparte siempre convocó a los otros Cónsules antes de proceder hasta con la medida más trivial. El Cuerpo Legislativo no ejerció mucha influencia durante su reinado, pero Bonaparte no firmaba decretos de ningún tipo sin discutirlos primero con el Consejo de Estado. Este Consejo, compuesto de los más ilustrados y cultos hombres de Francia, preparaba leyes que luego eran presentadas ante el Cuerpo Legislativo, que las criticaba muy libremente puesto que el voto era secreto. Presidido por Bonaparte, el Consejo de Estado fue una especie de tribunal soberano, capaz de juzgar hasta la acción de los ministros.¹⁴

¹⁴ Naturalmente, Napoleón con frecuencia ejerció su autoridad por sobre el Consejo de Estado pero de ninguna manera lo hizo siempre. En una ocasión, incluida en el Memorial de Santa Helena, fue el único en sostener su opinión y aceptó la voluntad de la mayoría en los siguientes términos: “Caballeros, aquí los asuntos se deciden por mayoría y, estando solo, debo ceder; pero declaro que, en mi conciencia, cedo sólo en lo formal. Me habéis reducido a silencio, pero de ninguna manera me habéis convencido.”

Otro día, el Emperador, interrumpido tres veces al expresar su opinión, se dirigió hacia quien lo interrumpía diciendo: “Señor, no he terminado aún; le ruego me permita continuar. Después de todo, me parece que aquí todos tienen el perfecto derecho a expresar su opinión.”

“El Emperador, contrariamente a la opinión aceptada, estuvo lejos de ser absoluto y fue tan tolerante con su Consejo de Estado que con frecuencia reanudó una discusión o anuló una decisión porque uno de los miembros del Consejo le había dado, en el ínterin y en privado, nuevas razones o había juzgado que la opinión personal del Emperador había influenciado a la mayoría.”

El nuevo gobernante tuvo una gran confianza en su Consejo siendo que se hallaba compuesto principalmente por eminentes juristas, cada uno de los cuales se ocupaba de su propia especialidad. Era demasiado buen psicólogo como para no cultivar la mayor de las desconfianzas hacia las grandes e incompetentes asambleas de origen popular cuyos desastrosos resultados habían resultado obvios durante toda la Revolución.

Deseando gobernar al pueblo, pero nunca con su ayuda, Bonaparte no le otorgó parte alguna en su gobierno reservándole tan sólo el derecho de votar, de una vez para siempre, a favor o en contra de la nueva Constitución. Sólo en raros casos recurrió al sufragio universal. Los miembros del Cuerpo Legislativo se reclutaban a sí mismos y no eran elegidos por el pueblo.

Al crear una Constitución dirigida exclusivamente a consolidar su poder, el Primer Cónsul no se hacía ilusión alguna de que serviría para restaurar al país. Consecuentemente, mientras la estaba diseñando, también emprendió la enorme tarea de la reorganización administrativa, judicial y financiera de Francia. Los distintos poderes quedaron centralizados en París. Cada departamento fue dirigido por un prefecto, asistido por un cónsul-general; el arrondissement por un sub-prefecto asistido por un consejero; la Comuna por un alcalde, asistido por un consejo municipal. Todos eran nombrados por los ministros y no por elección como bajo la República.

Este sistema que creaba al Estado omnipotente y una poderosa centralización, resultó retenido por todos los gobiernos subsiguientes y se preserva aún hoy. La centralización se mantuvo siempre porque, a pesar de todos sus inconvenientes, ha sido la única forma de evitar las tiranías locales en un país profundamente dividido en su interior.

Esta organización, basada sobre un profundo conocimiento del alma del pueblo francés, inmediatamente restauró esa tranquilidad y ese orden que durante tanto tiempo habían sido desconocidos.

A fin de completar la pacificación mental del país, los exiliados políticos fueron llamados de regreso y las iglesias devueltas a los fieles.

Continuando con la reconstrucción del edificio social, Bonaparte se ocupó de diseñar un código cuya mayor parte consistió de costumbres tomadas prestadas del antiguo régimen. Fue, como se ha dicho, una suerte de transición o compromiso entre la antigua ley y la nueva.

Considerando la enorme tarea llevada a cabo por el Primer Cónsul en tan poco tiempo, comprendemos que necesitó, por sobre todo, una Constitución que le otorgase poder absoluto. Si todas las medidas por medio de las cuales restauró a Francia hubiesen sido sometidas a asambleas de abogados, nunca hubiera conseguido sacar al país del desorden en que había caído.

La Constitución del Año VIII obviamente transformó a la República en una monarquía por lo menos tan absoluta como la monarquía “por derecho divino” de Luis XIV. Siendo la única Constitución adaptada a las necesidades del momento, representó una necesidad psicológica.

3)- Elementos psicológicos que determinaron el éxito de la obra del Consulado.

Todas las fuerzas externas que actúan sobre los seres humanos – económicas, históricas, geográficas, etc. – pueden, en última instancia, traducirse en fuerzas psicológicas. A fin de gobernar, un estadista debe entenderlas. Las Asambleas revolucionarias las ignoraron por completo; Bonaparte supo como emplearlas.

Las distintas Asambleas, en especial la Convención, estaban compuestas de partidos en conflicto. Napoleón entendió que para dominarlos no tenía que pertenecer a ninguno de ellos. Muy consciente de que la valía de un país se distribuye por las inteligencias superiores de varios partidos, trató de utilizarlos a todos. Sus agentes de gobierno – ministros, sacerdotes, magistrados,

etc. – se reclutaron de modo indiferente entre liberales, monárquicos, jacobinos, etc. con exclusiva consideración por sus aptitudes.

Si bien aceptó la asistencia de hombres del Antiguo Régimen, Bonaparte se cuidó de dar a entender que se proponía mantener los principios fundamentales de la Revolución. Así y todo, muchos monárquicos se reunieron alrededor del nuevo gobierno.

Uno de los mayores logros del Consulado desde el punto de vista psicológico fue la restauración de la paz religiosa. Francia estaba mucho más dividida por desacuerdos religiosos que por diferencias políticas. La sistemática destrucción de una porción de la Vendée había casi completamente acabado con el conflicto por la fuerza de las armas pero sin pacificar la mente de las personas. Puesto que solamente una persona, en su capacidad de cabeza de la cristiandad, podía ayudar en esta pacificación, Bonaparte no vaciló en tratar con él. Su concordato fue la obra de un verdadero psicólogo que sabe que las fuerzas morales no utilizan la violencia y conoce el mayor peligro de perseguirlas. Al conciliar con el clero consiguió ponerlo bajo su propio dominio. Los obispos serían nombrados y remunerados por el Estado, de modo que él seguiría siendo el amo.

La política religiosa de Napoleón tuvo un peso que se le escapa a nuestros modernos jacobinos. Cegados por su estrecho fanatismo, no comprenden que el separar a la Iglesia del gobierno implica crear un Estado dentro del Estado, de modo que los gobernantes se encuentran en oposición a una casta formidable, dirigida por una autoridad fuera de Francia y necesariamente hostil a Francia. El darle a un enemigo una libertad que no poseía es algo extremadamente peligroso. Jamás Napoleón, ni ninguno de los soberanos que lo precedió, hubieran consentido en hacer que el clero sea independiente del Estado como lo es hoy.

Las dificultades del Primer Cónsul Bonaparte fueron por lejos mayores que las que tuvo que remontar después de su coronación. Sólo un profundo conocimiento de los seres humanos le permitió vencerlas. El futuro soberano estaba todavía lejos de ser el soberano

que fue. Muchos departamentos se hallaban todavía en estado de insurrección. El bandolerismo persistía y el Mediodía se hallaba devastado por luchas de partisanos. Bonaparte, como Cónsul, tuvo que conciliar y manejar a Talleyrand, Fouché y una cantidad de generales que se consideraban sus iguales. Hasta sus hermanos conspiraron contra su poder. Napoleón como Emperador no tuvo que enfrentar un partido hostil, pero como Cónsul tuvo que combatir a todos los partidos y mantener el equilibrio entre ellos. Esto por cierto que debe haber sido una tarea difícil puesto que, desde el siglo pasado, muy pocos gobiernos han conseguido realizarlo.

El éxito de tal empresa exigió una extremadamente sutil mezcla de fineza, firmeza y diplomacia. No sintiéndose suficientemente poderoso todavía, el Cónsul Bonaparte siguió la regla, según su propia expresión, “de gobernar a los hombres como el mayor número desea ser gobernado.” Como Emperador, con frecuencia consiguió gobernarlos de acuerdo con su propio ideal.

Hemos recorrido un largo camino desde los tiempos en que historiadores, con su singular ceguera, y grandes poetas que poseían más talento que psicología, se lanzaban en indignados tonos contra el golpe de Estado del Brumario. ¡Cuántas profundas ilusiones yacían bajo la afirmación que “¡Francia yacía cómoda bajo el gran sol del Messidor!” Y otras ilusiones no menos profundas subyacían bajo los veredictos como el de Víctor Hugo en lo referente a esta época. Hemos visto que el “Crimen de Brumario” tuvo como cómplice entusiasta, no sólo al gobierno mismo sino a la totalidad de Francia a la que salvó de la anarquía.

Se puede uno asombrar de cómo personas tan inteligentes pueden juzgar de un modo tan equivocado un período histórico que, sin embargo, es tan claro. Sin duda fue porque consideraron los acontecimientos a través de sus propias convicciones y conocemos las transformaciones que la verdad puede sufrir en el hombre que se halla prisionero en los valles del credo. Los hechos más luminosos resultan oscurecidos y la historia de los acontecimientos se convierte en la historia de sus sueños.

El psicólogo que desea comprender el período que hemos delineado tan brevemente podrá hacerlo sólo si, no estando adherido a ningún partido, se alza claramente por sobre las pasiones que constituyen el alma de todos los partidos. Jamás soñará con denostar un pasado que fue dictado por tan imperiosas necesidades. Por cierto que Napoleón le salió caro a Francia: su epopeya terminó en dos invasiones, y todavía habría una tercera, cuyas consecuencias se sienten incluso hoy en día cuando el prestigio que ejercía hasta desde la tumba puso sobre el trono al heredero de su nombre.

Todos estos acontecimientos están estrechamente conectados en su origen. Representan el precio de ese fenómeno supremo en la evolución de un pueblo que es el cambio de ideal. El ser humano nunca puede hacer el intento de romper súbitamente con sus ancestros sin afectar profundamente el curso de su propia Historia.

Capítulo III: Consecuencias políticas del conflicto entre tradiciones y principios revolucionarios durante el último siglo

1)- Causas psicológicas de los continuos movimientos revolucionarios que han afectado a Francia.

Al examinar en un capítulo próximo la evolución de las ideas revolucionarias durante el siglo pasado, veremos que durante más de cincuenta años se extendieron muy lentamente por todos los estratos de la sociedad.

Durante la totalidad de este período, la gran mayoría del pueblo y la burguesía las rechazaron y su difusión fue realizada por sólo una muy limitada cantidad de apóstoles. Pero su influencia, gracias principalmente a las fallas de los gobiernos, fue suficiente para provocar varias revoluciones. Examinaremos las mismas brevemente ni bien hayamos examinado primero las influencias psicológicas que las engendraron.

La historia de los levantamientos políticos ocurridos durante el siglo pasado es suficiente para demostrar, aún si no lo hubiésemos percibido, que las personas resultan gobernadas mucho más por sus mentalidades que por las instituciones que sus gobernantes consiguen imponerles.

Las sucesivas revoluciones que Francia ha sufrido han sido consecuencia de luchas entre dos porciones de la nación cuyas mentalidades son diferentes. La una es monárquica y religiosa, dominada por influencias ancestrales de larga data; la otra está sujeta a las mismas influencias pero les da una forma revolucionaria.

Desde el comienzo de la Revolución la lucha entre estas mentalidades contrarias se manifestó plenamente. Hemos visto que, a pesar de la más aterradora represión, las insurrecciones y las conspiraciones duraron hasta el final del Directorio. Demostraron que las tradiciones del pasado habían dejado profundas raíces en el espíritu popular. En cierto momento sesenta departamentos se encontraban en estado de rebelión contra el nuevo gobierno y sólo pudieron ser reprimidos mediante reiteradas masacres a gran escala.

El establecer alguna suerte de compromiso entre el antiguo régimen y los nuevos ideales fue el problema más difícil que Bonaparte tuvo que resolver. Tenía que descubrir instituciones que se amoldaran a las dos mentalidades en que Francia se dividía. Lo consiguió, como hemos visto, con medidas conciliatorias pero también poniéndole nombres nuevos a cosas muy antiguas.

Su reino fue uno de esos raros períodos de la Historia de Francia durante los cuales la unidad mental del país fue completa.

Esta unidad no pudo sobrevivirle. Al día siguiente de su caída todos los antiguos partidos reaparecieron y han perdurado hasta el presente. Algunos adhieren a influencias tradicionales; otros las rechazan violentamente.

Si este largo conflicto hubiese sido entre creyentes e indiferentes, no podría haber perdurado porque la indiferencia siempre es tolerante; pero la lucha fue, en realidad, entre dos credos diferentes. La Iglesia

laica muy pronto adquirió un aspecto religioso y su pretendido racionalismo ha tomado, en especial durante los años recientes, una forma apenas atenuada del más estrecho espíritu clerical. Ahora bien, hemos mostrado que no hay conciliación posible entre credos religiosos disímiles. Por ello, los clericales cuando han estado en el poder, no pudieron mostrarse más tolerantes para con los librepensadores de lo que éstos se muestran hoy para con los clericales.

Estas divisiones determinadas por diferencias de credo, se complicaron con la adición de las concepciones políticas derivadas de dichos credos.

Muchos espíritus simples han creído por mucho tiempo que la real Historia de Francia comenzó en el Año I de la República. Esta concepción rudimentaria está por fin extinguiéndose. Hasta los más rígidos revolucionarios renuncian a ella ¹⁵ y están bastante dispuestos a reconocer que el pasado fue algo mejor que una época de barbarie negra dominada por bajas supersticiones.

El origen religioso de la mayoría de los credos políticos sostenidos en Francia inspira a sus adeptos un odio inextinguible que siempre ha asombrado a los extranjeros.

“No hay nada más obvio, nada es más cierto” – escribe Barret-Wendell en su libro sobre Francia – “que este hecho: no sólo los monárquicos, los revolucionarios y los bonapartistas han estado mortalmente enfrentados entre sí, sino que, debido al ardor apasionado del carácter francés, siempre han sentido un profundo horror intelectual los unos de los otros. Hombres que se creen en posesión de la verdad no pueden abstenerse de afirmar que quienes no piensan como ellos resultan ser instrumentos del error.

¹⁵ Podemos juzgar la reciente evolución de las ideas sobre este punto a través del siguiente pasaje de un discurso de Jaures, pronunciado ante la Cámara de Diputados: “La grandeza de hoy se halla edificada sobre los esfuerzos de los siglos pasados. Francia no está contenida en un día ni en una época, sino en la sucesión de todos los días, todos los períodos, todas sus penumbras y todos sus ocasos.”

“Cada parte le informará a usted que los abogados de la causa opuesta se hallan afectados por una densa estupidez o son conscientemente deshonestos. Sin embargo, cuando usted se encuentra con estos últimos, que dirán exactamente las mismas cosas que sus detractores, no podrá usted menos que reconocer, con toda buena fe, que no son ni estúpidos ni deshonestos.”

Esta execración recíproca de los creyentes de cada partido siempre ha facilitado la expulsión de gobiernos y de ministros en Francia. Los partidos en minoría nunca se negarán a aliarse entre ellos en contra del partido triunfante. Sabemos que un gran número de socialistas revolucionarios han sido elegidos a la actual Cámara sólo con la ayuda de los monárquicos que siguen siendo tan poco inteligentes como lo fueron por la época de la Revolución.

Nuestras diferencias religiosas y políticas no constituyen la única causa de disenso en Francia. Resultan sostenidas por hombres que poseen esa particular mentalidad que ya he descrito bajo el nombre de mentalidad revolucionaria. Hemos visto que todo período siempre presenta cierto número de individuos dispuestos a rebelarse contra el orden establecido de las cosas, cualesquiera que sea este orden, aún si el mismo podría realizar todos sus deseos.

La intolerancia de los partidos en Francia y su deseo de hacerse del poder se ve además favorecido por la convicción, tan prevaleciente bajo la Revolución, que las sociedades pueden ser rehechas por medio de leyes. El Estado moderno, quienquiera que lo encabece, ha heredado a los ojos de las multitudes y sus líderes el místico poder atribuido a los antiguos reyes cuando éstos eran vistos como la encarnación de la voluntad divina. No sólo el pueblo está impregnado de esta confianza en el poder del gobierno; todos nuestros legisladores lo están también. ¹⁶

¹⁶ Después de la publicación de un artículo mío sobre las ilusiones legislativas, recibí de uno de nuestros más eminentes políticos, Monsieur Boudenot, el senador, una carta de la cual extraigo el siguiente pasaje: “Veinte años en la Cámara y en el Senado me han mostrado lo acertado que está Usted. ¿Cuántas veces he oído a mis colegas decir: “el gobierno debe evitar esto, o aquello otro, etc.? ¿Qué quiere Usted? Hay catorce siglos de atavismo monárquico en nuestra sangre.”

Siempre legislando, los políticos nunca se dan cuenta de que, puesto que las instituciones son efectos y no causas, no poseen virtud alguna por sí mismas. Herederos de la gran ilusión revolucionaria, no ven que el hombre es formado por un pasado cuyos fundamentos somos impotentes de reformular.

El conflicto entre los principios que dividen a Francia, que ha durado más de un siglo, continuará sin duda por largo tiempo y nadie puede prever cuantas nuevas revueltas podrá engendrar. Antes de nuestra era, no hay duda de que los atenienses hubieran renunciado a sus disensos si hubieran podido adivinar que éstos conducirían a la esclavitud de Grecia; pero ¿cómo podrían haber previsto tanto? Guiraud acertadamente escribe: “Una generación de hombres percibe muy rara vez la obra que está llevando a cabo. Se halla preparando el futuro; pero este futuro es con frecuencia lo contrario de lo que se desea.”

2)- Resumen de un siglo de movimientos revolucionarios en Francia.

Habiendo explicado las causas psicológicas de los movimientos revolucionarios que Francia ha visto durante el siglo pasado, será suficiente presentar aquí un cuadro resumido de estas sucesivas revoluciones.

Los soberanos coaligados, luego de derrotar a Napoleón, redujeron a Francia a sus límites anteriores y colocaron a Luis XVIII – el único soberano posible – sobre el trono.

Por una Carta Magna especial, el nuevo rey aceptó la posición de un monarca constitucional bajo un sistema representativo de gobierno. Reconoció todas las conquistas de la Revolución: el Código Civil, igualdad ante la ley, libertad de cultos, irrevocabilidad de las ventas de la propiedad nacional, etc. El derecho al sufragio, sin embargo, quedó limitado a quienes pagaban un cierto monto en impuestos.

A esta Constitución liberal se opusieron los ultra-monárquicos. Emigrados retornados, querían la restitución de la propiedad nacional y el restablecimiento de sus antiguos privilegios.

Temiendo que una reacción de esa clase causase una nueva revolución, Luis XVIII quedó obligado a disolver a la Cámara. Después de que la elección le diera diputados moderados, pudo seguir gobernando con los mismos principios, entendiendo muy bien que cualquier intento de gobernar a los franceses por el Antiguo Régimen sería suficiente para provocar una rebelión general.

Desafortunadamente, su muerte en 1824, colocó a Carlos X, el otrora Conde de Artois, en el trono. Extremadamente estrecho, incapaz de comprender al nuevo mundo que lo rodeaba y presumiendo de no haber modificado sus ideas desde 1789, Carlos X preparó una serie de leyes reaccionarias – una ley por la cual se le debía pagar a los emigrados una indemnización de 40 millones de libras esterlinas; una ley de sacrilegio; leyes estableciendo el derecho de primogenitura, la preponderancia del clero, etc.

Al mostrarse la mayoría de los diputados cada día más contraria a estos proyectos, en 1830 emitió Ordenanzas disolviendo la Cámara, suprimiendo la libertad de prensa y preparando la restauración del Antiguo Régimen.

El efecto fue inmediato. Esta acción autocrática provocó la coalición de los líderes de todos los partidos. Republicanos, bonapartistas, liberales, monárquicos – todos unidos para soliviantar al populacho de París. Cuatro días después de la publicación de las Ordenanzas, los insurgentes eran los dueños de la capital y Carlos X huyó a Inglaterra.

Los líderes del movimiento – Thiers, Casimir-Perier, La Fayette, etc. – convocaron a Luis-Felipe a París, una persona de cuya existencia el pueblo apenas si sabía algo, y lo declararon rey de los franceses.

Entre la indiferencia del pueblo y la hostilidad de los nobles, que permanecieron leales a la dinastía legítima, el nuevo rey se apoyó principalmente en la burguesía. Una ley electoral redujo los electores a menos de 200.000 y esta clase desempeñó un papel exclusivo en el gobierno.

La situación del soberano no fue sencilla. Tuvo que luchar simultáneamente contra los legitimistas, partidarios de Enrique V – el nieto de Carlos X – contra los bonapartistas que reconocían como líder a Luis-Napoleón – el sobrino del Emperador – y por último, también contra los republicanos.

Por medio de sus sociedades secretas, análogas a los clubes de la Revolución, estos últimos provocaron numerosas revueltas en varias oportunidades entre 1830 y 1840, pero las mismas fueron fácilmente reprimidas.

Los clericales y los legitimistas por su parte, no cesaron de intrigar. La Duquesa de Berry, madre de Enrique V, trató en vano de provocar el alzamiento de la Vendee. En cuanto al clero, sus demandas lo hicieron finalmente tan intolerable que estalló una insurrección en el transcurso de la cual el palacio del arzobispo de París fue saqueado.

Como partido, los republicanos no eran peligrosos desde el momento en que la Cámara se ponía de parte del rey en su lucha contra ellos. El ministro Guizot, partidario de un fuerte poder central, declaró que dos cosas resultaban indispensables para gobernar: “razón y cañón”. El famoso estadista de seguro se hallaba un tanto engañado en cuanto a la necesidad o la eficacia de la razón.

A pesar de este fuerte poder central, que en realidad no era fuerte, los republicanos, y por sobre todo los socialistas, continuaron agitando. Uno de los más influyentes, Louis Blanc, alegó que el gobierno tenía el deber de procurar trabajo para cada ciudadano. El partido católico, conducido por Lacordaire y Montalembert, se unió a los socialistas – al igual que hoy en Bélgica – para oponerse al gobierno.

Una campaña a favor de la reforma electoral terminó en 1848 con una nueva revuelta que inesperadamente derrocó a Luis-Felipe.

Su caída fue menos justificable que la de Carlos X. Había poco para reprocharle. Sin duda alguna, desconfiaba del sufragio universal; pero la Revolución Francesa había desconfiado de ese sistema más de una vez. Al no ser Luis-Felipe, como el Directorio, un gobernante

absoluto, tampoco podía anular elecciones desfavorables como lo había hecho el Directorio.

Se instaló un gobierno provisional en el Hotel de Ville para reemplazar a la monarquía caída. Proclamó la república, estableció el sufragio universal y decretó que el pueblo procediese a la elección de una Asamblea Nacional de novecientos miembros.

Desde los primeros días de su existencia, el nuevo gobierno fue víctima de las maniobras y las revueltas de los socialistas.

Los fenómenos psicológicos observados durante la primera Revolución pudieron verse de nuevo. Se formaron clubes cuyos líderes enviaron, cada tanto, al pueblo contra la Asamblea por motivos que en general hasta carecían de sentido común – por ejemplo, para forzar al gobierno a apoyar una insurrección en Polonia, etc.

Esperando satisfacer a los socialistas que se volvían cada vez más ruidosos y exigentes, la Asamblea organizó talleres nacionales en los cuales se ocupó a los trabajadores con diversas formas de labor. En estos talleres, 100.000 hombres le costaron al Estado más de 40.000 libras por semana. Su demanda de recibir el pago sin trabajar por él obligó a la Asamblea a clausurar los talleres.

Esta medida fue el detonante de una insurrección formidable, con 50.000 trabajadores en rebeldía. La Asamblea, aterrorizada, le confirió todos los poderes ejecutivos al General Cavaignac. Se desató una batalla de cuatro días con los insurgentes. Durante la misma, tres generales y el arzobispo de París fueron muertos; 3.000 prisioneros fueron deportados a Argelia por la Asamblea y el socialismo revolucionario quedó aniquilado por un espacio de cincuenta años.

Estos acontecimientos hicieron descender los papeles del gobierno de 116 a 50 francos. El comercio se hallaba paralizado. Los campesinos, que se sintieron amenazados por los socialistas, y los burgueses, cuyos impuestos habían aumentado en un 50%, se volvieron contra la República y, cuando Luis-Napoleón prometió

restablecer el orden, se encontró recibido con entusiasmo. Siendo candidato a la posición de Presidente de la República – el cual, de acuerdo con la nueva Constitución debía ser elegido haciendo votar a la totalidad de los electores – Luis-Napoleón resultó electo por 5.500.000 votos.

Muy pronto enemistado con la Cámara, el príncipe se decidió por un golpe de Estado. La Asamblea fue disuelta; 30.000 personas resultaron arrestadas; 10.000 deportadas y unos cien diputados exilados.

Este golpe de Estado, si bien breve, fue recibido muy favorablemente puesto que, sometido a plebiscito, recibió 7.500.000 votos de entre 8.000.000.

El 2 de Noviembre de 1852 Luis-Napoleón se hizo nombrar Emperador con una mayoría más grande aún. El horror que la generalidad de los franceses sintió por los demagogos y los socialistas había restaurado al Imperio.

Durante la primera parte de su existencia constituyó un gobierno absoluto y, durante su segunda mitad, un gobierno liberal. Después de dieciocho años de estar en el cargo, el Emperador fue derrocado por la revolución del 4 de Setiembre de 1870, luego de la capitulación de Sedan.

Desde entonces, los movimientos revolucionarios han sido escasos. El único de importancia fue el de la revolución de Marzo de 1871 que resultó en el incendio de varios de los monumentos de París y la ejecución de cerca de 20.000 insurgentes.

Después de la guerra de 1870, los electores, que en medio de tantos desastres no sabían a quién recurrir, eligieron a la Asamblea Constituyente un gran número de diputados orleanistas y legitimistas. Éstos, incapaces de acordar el establecimiento de una monarquía, eligieron como Presidente de la República a Thiers, reemplazándolo más tarde por Marshal MacMahon. En 1876 las nuevas elecciones, como todas las que le siguieron, enviaron a una mayoría de republicanos a la Cámara.

Las distintas asambleas que siguieron a ésta siempre estuvieron divididas en numerosos partidos que provocaron innumerables cambios de ministros.

Sin embargo, gracias al equilibrio resultante de esta división de partidos, hemos gozado de una relativa calma por cuarenta años. Cuatro Presidentes de la República han sido reemplazados sin revolución y las revueltas que han ocurrido, como las de Champagne y el Mediodía, no han tenido consecuencias serias.

Un gran movimiento popular en 1888 casi derroca a la República en beneficio del General Boulanger, pero la misma ha sobrevivido y triunfado a pesar de los ataques de todos los partidos.

Hay varias razones que contribuyen al mantenimiento de la república. En primer lugar, de las facciones en conflicto, ninguna es lo suficientemente fuerte como para aplastar al resto. En segundo lugar, al ser el jefe de Estado una figura puramente decorativa y sin poder, resulta imposible atribuirle los males que puede llegar a sufrir el país o pensar que las cosas serían diferentes si fuese derrocado. Por último, como el poder supremo se halla distribuido entre miles de manos, las responsabilidades están tan diseminadas que sería difícil saber por dónde comenzar. Se puede derrocar a un tirano, pero ¿qué puede hacerse contra una toda una hueste de pequeños tiranillos anónimos?

Si quisiéramos resumir en una palabra las grandes transformaciones que han tenido lugar en Francia luego de un siglo de revueltas y revoluciones, podríamos decir que la tiranía individual, débil y por lo tanto fácilmente derrocable, ha sido reemplazada por tiranías colectivas muy fuertes y difíciles de destruir. A un pueblo ávido de igualdad y habituado a hacer responsable a su gobierno por cada acontecimiento, la tiranía individual le pareció insoportable mientras que una tiranía colectiva resulta más fácil de soportar, aún a pesar de ser mucho más severa.

La expansión de la tiranía del Estado, por lo tanto, ha sido el resultado final de todas nuestras revoluciones y la característica común de todos los sistemas de gobierno que hemos conocido en

Francia. Esta forma de tiranía puede ser considerada como un ideal racial desde el momento en que los sucesivos alzamientos en Francia sólo la han fortalecido. El estatismo es el real sistema político de los pueblos latinos, y el único sistema que recibe todos los sufragios. Las otras formas de gobierno – república, monarquía, imperio – sólo representan etiquetas vacías, sombras impotentes.

PARTE III

LA EVOLUCIÓN RECIENTE DE LOS PRINCIPIOS REVOLUCIONARIOS

Capítulo I: El progreso de los credos democráticos desde la Revolución.

1)- Propagación gradual de las ideas democráticas después de la Revolución

Las ideas que están firmemente establecidas, como incrustadas en la mente de las personas, continúan actuando por varias generaciones. Las que resultaron de la Revolución Francesa estuvieron, como las demás, sujetas a esta ley.

Si bien la vida de la Revolución, como gobierno, fue corta, la influencia de sus principios fue, por el contrario, muy longeva. Convirtiéndose en una suerte de credo religioso, estos principios modificaron profundamente la orientación de los sentimientos y las ideas de varias generaciones.

A pesar de unos pocos intervalos, la Revolución Francesa ha continuado hasta el presente y aún sobrevive. El papel de Napoleón no se limitó a sacudir al mundo, cambiando el mapa de Europa y rehaciendo la gesta de Alejandro. Los nuevos derechos del pueblo, creados por la Revolución y establecidos por sus instituciones, han ejercido una profunda influencia. La obra militar del conquistador se

disolvió pronto, pero los principios revolucionarios que contribuyó a propagar le han sobrevivido.

Las distintas restauraciones que siguieron al Imperio, hicieron que al comienzo las personas se olvidasen un tanto de los principios de la Revolución. Durante cincuenta años esta propagación estuvo lejos de ser rápida. Hasta se podría haber conjeturado que el pueblo los había olvidado. Sólo un pequeño número de teóricos mantuvo su influencia. Herederos del espíritu “simplista” de los jacobinos, creyendo, como ellos, que las sociedades pueden ser rehechas de arriba hasta abajo por medio de leyes, y persuadidos de que el Imperio sólo había interrumpido la obra de la Revolución, estos teóricos deseaban retomarla.

Mientras esperaban el momento de recomenzar, intentaron difundir los principios de la Revolución a través de sus escritos. Fieles imitadores de los hombres de la Revolución, nunca se detuvieron a preguntarse si sus esquemas de reforma se condecían con la naturaleza humana. También ellos se pusieron a erigir una sociedad quimérica para un hombre ideal, convencidos de que la aplicación de sus sueños regeneraría a la especie humana.

Carentes de todo poder constructivo, los teóricos de todas las edades han estado siempre muy dispuestos a destruir. Napoleón en Santa Helena afirmó que: “si existiese una monarquía de granito, los idealistas y los teóricos encontrarían la forma de hacerla polvo.”

Entre la galaxia de soñadores como Saint-Simon, Fourier, Pierre Leroux, Luis Blanc, Quinet, etc. hallamos que sólo a Augusto Comte entendió que una transformación de hábitos y de ideas debe preceder a la reorganización política.

Lejos de favorecer la difusión de ideas democráticas, los proyectos de reforma de los teóricos de este período tan sólo impidieron su progreso. El socialismo comunista, que muchos de ellos profesaban para restaurar a la Revolución, finalmente alarmó a la burguesía y hasta a las clases trabajadoras. Ya hemos visto que el miedo a estas ideas fue una de las principales causas de la restauración del Imperio.

Si ninguna de las elucubraciones quiméricas de los escritores de la primera mitad del Siglo XIX merece ser discutida, no por ello deja de ser interesante examinarlas a fin de observar el papel desempeñado por ideas religiosas y morales que hoy en día son consideradas con indiferencia. Persuadidos de que una nueva sociedad, al igual que las sociedades de antaño, no podía ser construida sin convicciones religiosas y morales, los reformadores estuvieron siempre intentando instaurar esas convicciones.

Pero ¿en qué podían fundamentarlas? Evidentemente, en la razón. Por medio de la razón los seres humanos habían creado complicadas máquinas. ¿Por qué no crear, entonces, cosas aparentemente tan simples como una religión y una moral? Ninguno de ellos sospechó siquiera que ninguna convicción religiosa o moral ha tenido jamás una lógica racional por base. Augusto Comte tampoco lo vio con más claridad. Sabemos que fundó una autodenominada religión positivista que aún encuentra algunos pocos seguidores. Los científicos habrían de formar un clero dirigido por un nuevo Papa que, a su vez, habría de reemplazar al Papa católico.

Todas estas concepciones – políticas, religiosas o morales – por largo tiempo no tuvieron más resultado, reitero, que el de alejar a la multitud de los principios democráticos.

Si, finalmente, estos principios se difundieron en forma amplia, ello no fue gracias a los teóricos sino porque surgieron nuevas condiciones de vida. Gracias a los descubrimientos de la ciencia, la industria se desarrolló y ello condujo a la construcción de inmensas fábricas. Las necesidades económicas dominaron cada vez más la voluntad de los gobiernos y los pueblos terminaron creando un terreno favorable para la difusión del socialismo y, por sobre todo, del sindicalismo, que constituyen la forma moderna de las ideas democráticas.

2)- La desigual influencia de los tres principios fundamentales de la Revolución

La herencia de la Revolución está resumida por entero en una sola frase: Libertad, Igualdad y Fraternidad. El principio de igualdad, como hemos visto, ha ejercido una influencia poderosa, pero los otros dos no compartieron su destino.

Si bien el sentido de estos términos parece ser suficientemente claro, fueron comprendidos de muy diferentes maneras según las personas y los tiempos. Sabemos que una de las más frecuentes causas de conflicto en la Historia han sido las diferentes interpretaciones de las mismas palabras por parte de personas de diferente mentalidad.

Para los miembros de la Convención, libertad significó meramente el ejercicio de un despotismo ilimitado. Para un joven “intelectual” moderno, la misma palabra significa una independencia general de cualquier cosa irritante: tradición, leyes, superioridad, etc. Para el jacobino moderno consiste especialmente en su derecho a perseguir a sus adversarios.

Si bien los oradores políticos aún mencionan ocasionalmente a la libertad en sus discursos, por lo general han dejado de invocar a la fraternidad. Lo que hoy enseñan los oradores es el conflicto de las distintas clases y no su alianza. Nunca un odio más profundo ha dividido a los distintos estratos de la sociedad y a los partidos políticos que los dirigen.

Pero, mientras la libertad se ha vuelto dudosa y la fraternidad se ha esfumado, el principio de igualdad ha crecido sin límites. Ha sido supremo en todos los alzamientos políticos de los que Francia fue escenario durante el siglo pasado y ha llegado a tal desarrollo que nuestra vida política y social, nuestras leyes, nuestros hábitos y costumbres, están – al menos en teoría – basados sobre este principio. Constituye el real legado de la Revolución. La pasión por la igualdad, no sólo ante la ley, sino además en cuanto a posición y fortuna, es la piedra angular del último producto de la democracia: el socialismo. Esta pasión es tan poderosa que se está diseminando en todas las direcciones a pesar de estar en contradicción con todas las

leyes biológicas y económicas. Se trata de una nueva fase de la lucha constante de los sentimientos contra la razón, una lucha en la que la razón sólo rara vez triunfa.

3)- La democracia de los “intelectuales” y la democracia popular.

Hay dos leyes a las que, hasta ahora, han estado sujetas todas las ideas que ocasionaron revueltas en el mundo de los seres humanos: evolucionan lentamente y cambian completamente de sentido de acuerdo a las mentalidades que las reciben.

Una doctrina puede ser comparada con un ser vivo. Subsiste sólo a través de un proceso de transformación. Los libros necesariamente callan en lo que se refiere a estas variaciones, de modo que la fase del estado de cosas que establecen pertenece sólo al pasado. Los libros no reflejan la imagen de los vivos sino la de los muertos. La consignación escrita de una doctrina con frecuencia representa el aspecto más descartable de esa doctrina.

En otro trabajo he mostrado cómo se modifican las instituciones, las artes y los lenguajes al pasar de un pueblo al otro, y cómo las leyes de estas transformaciones difieren de la verdad tal como ésta aparece en los libros. Hago referencia a esto ahora tan sólo para mostrar por qué, al examinar el asunto de las ideas democráticas, nos ocuparemos tan poco con el texto de las doctrinas y buscaremos sólo los elementos psicológicos de los cuales dichas doctrinas constituyen una capa externa y las reacciones que provocan en las distintas categorías de personas que las han aceptado.

Modificada rápidamente por personas de diferentes mentalidades, la teoría original bien pronto no es más que una etiqueta que denota algo bastante diferente del original.

Estos principios, aplicables a credos religiosos, lo son igualmente a las convicciones políticas. Cuando una persona habla de democracia, por ejemplo, debemos preguntar qué es lo que esta palabra significa para diferentes pueblos, y también si en el mismo pueblo no habrá una gran diferencia entre la democracia de los “intelectuales” y la democracia popular.

Limitándonos ahora a considerar este último punto, fácilmente percibiremos que las ideas democráticas que se encuentran en los libros y periódicos constituyen puras teorías de gente literata; teorías de las que el pueblo no sabe nada y de cuya aplicación no tendría nada para ganar. Aún si el trabajador manual poseyese el derecho teórico de cruzar la barrera que lo separa de las clases superiores por medio de toda una serie de competiciones y exámenes, su chance de tener éxito continuaría siendo extremadamente baja.

La democracia de las clases letradas no tiene más objeto que establecer una selección que reclutará a las clases dirigentes exclusivamente de las mismas clases letradas. No tendría yo nada para decir en contra de esto si la selección fuese real. En un caso así, constituiría la aplicación de la máxima de Napoleón: “El verdadero método de gobierno consiste en emplear la aristocracia, pero bajo las formas de la democracia.”

Es una pena, pero la democracia de los “intelectuales” simplemente conduciría a la sustitución del Derecho Divino de los reyes por el Derecho Divino de una pequeña oligarquía que demasiadas veces ha sido estrecha y despótica. No se puede crear la libertad sustituyendo a una tiranía.

La democracia popular de ninguna manera apunta a fabricar gobernantes. Dominada enteramente por el espíritu de igualdad y el deseo de mejorar la suerte de los trabajadores, rechaza la idea de fraternidad y no exhibe ansiedades respecto de la libertad. Para la democracia popular no hay gobierno concebible excepto bajo la forma de una autocracia. Podemos constatar esto, no sólo en la Historia que nos muestra que, desde la Revolución, todos los gobiernos despóticos han sido vigorosamente aclamados; también podemos verlo en el modo autocrático en que son conducidos los sindicatos obreros.

Esta profunda distinción entre democracia de clases letradas y democracia popular es por lejos más obvia para los trabajadores que para los intelectuales. Entre sus mentalidades no hay nada en común; las dos clases no hablan el mismo idioma. En la actualidad,

los sindicalistas afirman enfáticamente que no puede existir alianza alguna entre ellos y los políticos de la burguesía. Esta afirmación es estrictamente cierta.

Siempre ha sido así y esta es, sin duda, la razón por la cual la democracia popular, desde Platón hasta nuestros días, jamás ha sido defendida por los grandes pensadores.

Este hecho ha impresionado mucho a Emile Faguet. “Casi ninguno de los pensadores del Siglo XIX fue demócrata.” – nos dice – “Cuando estaba escribiendo mi ‘Politiques et Moralistes du XIXe Siecle’ (Políticos y Moralistas del Siglo XIX), ésta fue mi desesperación. No podía encontrar ni a uno que hubiese sido un demócrata; con todo, estaba ansioso de hallar al menos uno para poder exponer la doctrina democrática tal como él la había formulado.”

El eminente escritor podría haber encontrado, por cierto, abundante cantidad de políticos profesionales, pero éstos raramente pertenecen a la categoría de pensadores.

4)- Desigualdades naturales e igualitarización democrática

La dificultad de conciliar la igualitarización democrática con las desigualdades naturales constituye uno de los problemas más difíciles de la actualidad. Conocemos los deseos de la democracia. Veamos lo que la Naturaleza contesta a estas pretensiones.

Las ideas democráticas, que con tanta frecuencia han sacudido al mundo desde las eras heroicas de Grecia hasta los tiempos modernos, siempre se encuentran chocando contra desigualdades naturales. Algunos observadores han afirmado, con Helvetius, que la desigualdad entre los seres humanos resulta creada por la educación.

De hecho, la realidad es que, para la naturaleza, lo que llamamos igualdad no existe. Madre Natura distribuye de un modo muy desigual el genio, la belleza, la salud, el vigor, la inteligencia y todas

las demás cualidades que confieren a sus poseedores una superioridad sobre sus congéneres.

No hay teoría que pueda alterar estas discrepancias, de modo que las doctrinas democráticas permanecerán condenadas a ser tan sólo palabras hasta que las leyes de la herencia nos hagan el favor de unificar las capacidades de todos los seres humanos.

¿Podemos suponer que las sociedades alguna vez lograrán establecer artificialmente la igualdad que la naturaleza niega?

Unos pocos teóricos han creído por mucho tiempo que la educación podía producir una nivelación general. Muchos años de experiencia han demostrado lo insostenible de esta ilusión.

Sin embargo, a un socialismo triunfante no le sería imposible establecer la igualdad – al menos por un tiempo – eliminando rigurosamente a todos los individuos superiores. Es bastante fácil prever lo que le sucedería a un pueblo después de suprimir a sus mejores individuos si este pueblo está rodeado de otras naciones que avanzan precisamente gracias a sus mejores individuos.

No es sólo que la naturaleza desconoce la igualdad. Desde el comienzo de los tiempos ha promovido progresos a través de diferenciaciones sucesivas – es decir: por medio de crecientes desigualdades. Sólo éstas pudieron elevar a la ignota célula de los primeros períodos geológicos a la altura del ser superior cuyos inventos habrían de cambiarle la cara al planeta.

El mismo fenómeno se observa en las sociedades. Las formas de democracia que seleccionan los mejores elementos de las clases populares terminan al final creando una aristocracia intelectual; un resultado contrario al sueño de los teóricos puros que proponen rebajar los elementos superiores de la sociedad al nivel de los elementos inferiores.

De parte de la ley natural, que es hostil a las teorías igualitarias, se encuentran las condiciones del progreso moderno. La ciencia y la industria demandan esfuerzos intelectuales más y más considerables. Por consiguiente, las desigualdades mentales y las

diferencias de condición social que surgen de ellas no pueden sino acentuarse.

Con ello, asistimos al siguiente sorprendente fenómeno: mientras las leyes y las instituciones tratan de nivelar a los individuos, el progreso de la civilización tiende a diferenciarlos aún más. La diferencia intelectual entre el campesino y el barón feudal no era demasiado grande; pero entre el obrero manual y el ingeniero esa diferencia es inmensa y aumenta todos los días.

Si la capacidad es el principal factor del progreso, los capaces de cada clase suben mientras los mediocres permanecen estacionarios o bajan. ¿Qué podrían las leyes hacer frente a estos fenómenos inevitables?

En vano pretenden los incapaces sostener que, al representar un gran número, también representan una fuerza. Desprovistos de los cerebros superiores de cuyas investigaciones todos los obreros se benefician, todos se hundirían rápidamente en la pobreza y en la anarquía.

El papel importantísimo de las élites en la civilización moderna parece demasiado obvio como para tener que ser subrayado. En el caso de naciones civilizadas comparadas con pueblos bárbaros – conteniendo ambas un promedio similar de mediocridades – la superioridad de las primeras se debe solamente a las mentes superiores que poseen. Los Estados Unidos entendieron esto tan perfectamente que prohibieron la inmigración de trabajadores chinos cuya capacidad era idéntica a la de los trabajadores americanos, siendo que los chinos, al trabajar por salarios más bajos, tendían a crear una competencia formidable contra estos últimos. A pesar de estas evidencias, vemos cómo el antagonismo entre la multitud y las élites crece día a día. En ninguna época fueron más necesarias las élites, y sin embargo, nunca antes fueron apoyadas con tanta dificultad.

Uno de los fundamentos más sólidos del socialismo es un inmenso odio a las élites. Los adeptos socialistas olvidan que todo progreso científico, artístico e industrial que crea la potencia de un país y la

prosperidad de millones de trabajadores, se debe solamente a un pequeño número de cerebros superiores.

Si el trabajador actual gana por día tres veces lo que ganaba hace cien años y goza de comodidades que no conocieron ni los grandes nobles, se lo debe enteramente a las élites.

Supongamos que, por obra de algún milagro, el socialismo hubiese sido universalmente aceptado hace un siglo. Habiendo sido suprimidos el riesgo, la especulación, la iniciativa – en una palabra: todos los estímulos a la actividad humana – ningún progreso hubiera sido posible y el trabajador se hubiera quedado tan pobre como era. Los seres humanos hubieran establecido esa igualdad en la pobreza que resulta deseada por los celos y la envidia de una hueste de mentes mediocres. La humanidad nunca renunciará al progreso de la civilización tan sólo para satisfacer un ideal tan mezquino.

Capítulo II: Los resultados de la evolución democrática

1)- La influencia sobre la evolución social de las teorías sin valor racional.

Hemos visto que las leyes naturales no concuerdan con las aspiraciones democráticas. Sabemos también que una verdad como esa nunca ha afectado a las doctrinas que ya están en la mente de las personas. La persona guiada por un credo nunca se preocupa por el valor real del mismo.

El psicólogo que estudia un credo, obviamente deberá discutir su contenido racional, pero estará más enfocado sobre las influencias que el mismo tiene sobre la mentalidad general.

La importancia de esta distinción se hace inmediatamente evidente cuando se la aplica a todos los grandes credos de la Historia. Júpiter, Moloch, Visnú, Alá y tantas otras divinidades fueron, sin duda, meras ilusiones desde el punto de vista racional; sin embargo, su efecto sobre la vida de las personas ha sido considerable.

La misma distinción es aplicable a los credos que prevalecieron durante la Edad Media. Igualmente ilusorios, ejercieron a pesar de ello una influencia igual de profunda que si se hubieran correspondido con realidades.

Si alguien duda de ello, que compare la dominación del Imperio Romano con la de la Iglesia de Roma. La primera fue perfectamente real y tangible; no implicó ninguna ilusión. La segunda, mientras sus fundamentos eran enteramente quiméricos, fue exactamente igual de poderosa. Gracias a ella durante la larga noche de la Edad Media, los pueblos semibárbaros adquirieron esos lazos sociales, esas restricciones y ese espíritu nacional sin los cuales no hay civilización alguna.

El poder que tuvo la Iglesia demuestra, otra vez, que el poder de ciertas ilusiones es lo suficientemente grande como para crear, al menos momentáneamente, sentimientos tan contrarios al interés de los individuos como contrarios al interés de la sociedad – tales como el amor por la vida monástica, la pasión por el martirio, las cruzadas, las guerras de religión, etc.

La aplicación de las consideraciones precedentes a las ideas democráticas y socialistas muestra que poco importa que estas ideas no tengan una base racionalmente defendible. Impresionan e influncian la mente de las personas y eso es suficiente. Sus resultados podrán ser desastrosos en extremo, pero no podemos evitarlos.

Los apóstoles de las nuevas doctrinas están bastante equivocados en tomarse tanto trabajo buscando una base racional para sus aspiraciones. Serían por lejos más convincentes si se limitaran a hacer afirmaciones y a despertar esperanzas. Su verdadera fuerza reside en la mentalidad religiosa que le es inherente al corazón del Hombre y que, a lo largo de las eras, sólo ha cambiado de objeto.

Más tarde consideraremos desde un punto de vista filosófico varias consecuencias de la evolución democrática cuyo curso vemos acelerándose. Respecto de la Iglesia medieval podemos decir que tuvo el poder de influenciar profundamente la mentalidad de las

personas. Examinando ciertos resultados de las doctrinas democráticas veremos que el poder de las mismas no es menor que el de la Iglesia.

2)- El espíritu jacobino y la mentalidad creada por las convicciones democráticas.

Las generaciones actuales han heredado, no sólo los principios revolucionarios sino también la mentalidad que garantiza su éxito.

Al describir esta mentalidad cuando examinamos el espíritu jacobino, vimos que siempre pretende imponer por la fuerza las ilusiones que considera como verdades. El espíritu jacobino ha terminado por ser tan general en Francia y en otros países latinos que ha afectado a todos los partidos políticos, aún a los más conservadores. La burguesía se halla fuertemente afectada por él y el pueblo lo está aún más.

Este aumento del espíritu jacobino ha tenido por resultado el hecho que las concepciones, las instituciones y las leyes políticas tienden a ser impuestas por la fuerza. El sindicalismo, bastante pacífico en otros países, asumió inmediatamente en Francia un aspecto irreductible y anárquico que quedó expuesto en forma de revueltas, sabotajes e incendios.

Imposible de reprimir por parte de gobiernos débiles, el espíritu jacobino produce desastres en mentes de capacidad mediocre. En un reciente congreso de ferroviarios, un tercio de los delegados aprobó el sabotaje y uno de los secretarios del Congreso comenzó su discurso diciendo: “Envío a los sabotadores mi fraternal saludo y toda mi admiración.”

Esta mentalidad general engendra una creciente anarquía. Que Francia no se encuentre en un estado de anarquía permanente se debe, como ya lo he remarcado, al hecho que los partidos que la dividen producen algo parecido a un equilibrio. Están animados de un odio mortal los unos por los otros, pero ninguno es lo suficientemente fuerte como para esclavizar a sus rivales.

Esta intolerancia jacobina está difundiéndose a tal extremo que los mismos gobernantes emplean sin escrúpulo alguno las tácticas más revolucionarias para con sus enemigos, persiguiendo violentamente a cualquier partido que ofrezca la más mínima resistencia y hasta despojándolo de su propiedad. Nuestros gobernantes actuales se comportan como solían hacerlo los antiguos conquistadores: los derrotados no pueden esperar nada de los vencedores.

Lejos de ser algo peculiar de los estratos más bajos, la intolerancia es igual de prominente entre las clases gobernantes. Michelet destacó hace ya tiempo que la violencia de las clases cultivadas es con frecuencia mayor que la del pueblo. Es cierto que éstas no rompen las lámparas del alumbrado público, pero están más que dispuestas a romper cabezas. La peor violencia de la Revolución fue obra de burgueses cultivados – profesores, abogados, etc. – poseedores de esa educación clásica de la que se supone que suaviza las costumbres. Pues no las suaviza hoy del mismo modo en que no lo hizo antaño. Se puede confirmar esto leyendo los periódicos de avanzada cuyos columnistas y editores se reclutan principalmente de entre los profesores universitarios.

Sus libros son tan violentos como sus artículos y uno se pregunta cómo personas tan favorecidas por la fortuna pueden segregar tamañas cantidades de odio.

Sería difícil creerles si nos aseguraran que están consumidos por una intensa pasión por el altruismo. Sería mucho más fácil admitir que, aparte de una mentalidad religiosa estrecha, la única explicación posible para la violencia recomendada por su propaganda escrita es, o bien la esperanza de ser notados por los poderosos de turno, o bien la intención de crearse una popularidad bien remunerada.

En uno de mis trabajos anteriores ya he citado algunos pasajes de un libro escrito por un profesor del Colegio de Francia en el cual el autor incita al pueblo a tomar las riquezas de la burguesía, a la cual denosta furiosamente, lo cual me ha llevado a la conclusión de que una nueva revolución encontraría, entre los autores de semejantes

libros, muy rápido a los Marats, Robespierres y Carriers que pueda llegar a necesitar.

La religión jacobina – por sobre todo en su versión socialista – tiene todo el poder que poseían los antiguos credos sobre las mentes débiles. Enceguecidas por su fe, creen que la razón es su guía, pero actúan en realidad sólo por sus pasiones y por sus sueños.

La evolución de las ideas democráticas, por ello, no ha producido solo los resultados políticos ya mencionados, sino también un efecto considerable sobre la mentalidad de los hombres modernos.

Si bien los antiguos dogmas han agotado su poder hace mucho tiempo, las teorías de la democracia se hallan lejos de haber perdido el suyo y vemos como día a día crecen sus consecuencias. Uno de los principales resultados de ello ha sido un odio generalizado a la excelencia.

Este odio a cualquier cosa que sobresalga del promedio, ya sea en fortuna social o en inteligencia, se ha hecho actualmente general en todas las clases, desde las clases trabajadoras hasta los estratos superiores de la burguesía. Los resultados son envidia, denuestos, y amor por el ataque, por la chicana, por la persecución, y al hábito de atribuir toda acción a motivos bajos, o la negativa a creer en la probidad, en el desinterés y en la inteligencia.

La conversación, tanto entre el pueblo como entre los franceses más cultivados, se halla marcada por un delirio de calumniar y denigrarlo todo y a todos. Ni siquiera los más grandes entre los muertos escapan a esta tendencia. Nunca antes se escribieron tantos libros para menoscabar el mérito de hombres famosos, personas que antes eran consideradas como el patrimonio más precioso de su país.

Desde siempre, la envidia y el odio parecen haber sido inseparables de las teorías democráticas, pero la difusión de estos sentimientos nunca ha sido tan grande como lo es hoy en día. Sorprende a todos los observadores.

“Existe un bajo instinto demagógico” – escribe Bourdeau – “carente de toda inspiración moral, que sueña con arrastrar a la humanidad

hacia el nivel más bajo y para el cual cualquier superioridad, aún la de la cultura, constituye una ofensa a la sociedad... es el sentimiento de la innoble igualdad que animó a los carniceros jacobinos cuando cercenaron la cabeza de un Lavoisier o de un Chenier.”

Este odio a la superioridad, el elemento más sobresaliente del moderno progreso del socialismo, no es la única característica del nuevo espíritu creado por las ideas democráticas.

Otras consecuencias, si bien indirectas, no son menos profundas. Tales son, por ejemplo, el progreso del “estatismo”, la disminución del poder de la burguesía, la creciente actividad de los financistas, el conflicto de clases, la desaparición de las antiguas restricciones sociales y la degradación de la moralidad.

Todas estas consecuencias se expresan en una insubordinación y en una anarquía generales. El hijo se rebela contra el padre, el empleado contra su patrón, el soldado contra sus oficiales. El descontento, el odio y la envidia imperan de modo constante.

Un movimiento social continuo es, necesariamente, como una máquina en movimiento que acelera su desplazamiento. Por ello, nos encontraremos con que los resultados de esta mentalidad se harán todavía aún más importantes. Se revela de vez en cuando en incidentes cuya gravedad crece diariamente – huelgas ferroviarias, huelgas de carteros, explosiones sobre acorazados, etc. A propósito de la destrucción del Liberté, que costó más de dos millones de libras y la muerte de doscientas personas en un solo minuto, de Lanessan, el ex-ministro de Marina, se expresa como sigue:

“El mal que carcome nuestra flota es el mismo que está devorando a nuestro ejército, nuestras administraciones públicas, nuestro sistema parlamentario, nuestro sistema de gobierno y todo nuestro tejido social. Este mal es la anarquía – es decir: un desorden tan enorme de mentes y cosas que nada se hace como lo dictaría la razón y nadie se comporta como su deber profesional o moral requiere que se comporte.”

Sobre la catástrofe del Liberté, que siguió a la del Iena, Felix Roussel dijo, en un discurso pronunciado en su calidad de presidente del concejo municipal de París:

“Las causas del mal no son exclusivas de nuestros días. El mal es más general y tiene un triple nombre: irresponsabilidad, indisciplina y anarquía.”

Estas citas, que presentan hechos con los que todos estamos familiarizados, demuestran que hasta los más acérrimos partidarios del sistema republicano reconocen el progreso de la desorganización social.¹⁷ Todo el mundo la ve y es, al mismo tiempo, conciente de su impotencia para cambiar cualquier cosa. Resulta, de hecho, de influencias mentales cuyo poder es mayor que el de nuestras voluntades.

3)- El sufragio universal y sus representantes

Entre los dogmas de la democracia, quizás el más fundamental de todos y el más atractivo es el del sufragio universal. Le da a la masa la idea de igualdad puesto que, al menos por un momento, ricos y pobres, instruidos e ignorantes, resultan iguales ante la urna

¹⁷ Este desorden es igual en todos los departamentos del gobierno. Se pueden encontrar ejemplos interesantes en un informe de Dausset al Consejo Municipal:

“El servicio de las rutas públicas, que debería destacarse por su rápida ejecución, es, por el contrario, el ejemplo típico del tramiterío, y una administración burocrática sedienta de tinta; posee tanto hombres como dinero y los desperdicia a ambos en tareas que con frecuencia son inútiles, por falta de orden, iniciativa y métodos – en una palabra: por falta de organización.”

Hablando luego de los directores de departamento, cada uno de los cuales trabaja como le place y de acuerdo a su propio capricho, agrega:

“Estas importantes personas se ignoran mutuamente por completo; preparan y ejecutan sus planes sin saber nada de lo que están haciendo sus vecinos; no hay nadie por sobre ellos que los agrupe y que coordine sus tareas.” Es por esta razón que, con frecuencia, se rompe una calle, se la repara, y se la vuelve a romper unos pocos días más tarde porque los departamentos responsables por el suministro de agua, gas, electricidad y cloacas se celan mutuamente y jamás intentan trabajar en forma mancomunada. Naturalmente, esta anarquía e indisciplina cuesta sumas enormes de dinero y una empresa privada que operase de esta forma pronto se encontraría en la bancarrota.

electoral. El ministro se halla codo a codo con el último de sus sirvientes y, durante este breve momento, el poder del uno es tan grande como el de los demás.

Todos los gobiernos, incluyendo al de la Revolución, le han temido al sufragio universal. Realmente, a primera vista, las objeciones que emergen son numerosas. La idea de que la multitud pueda elegir efectivamente a los hombres capaces de gobernar; que individuos de moralidad indiferente, escaso conocimiento y mente estrecha hayan de poseer, por el sólo hecho de su cantidad, cierto talento para juzgar a los candidatos propuestos a selección; es, seguramente, una idea insólita.

Desde un punto de vista racional, el sufragio de la cantidad está justificado hasta cierto punto si pensamos con Pascal.

“La pluralidad es el mejor camino porque es visible y tiene la fuerza necesaria para hacerse obedecer; sin embargo, constituye el consejo de los menos capaces.”

Desde el momento en que en nuestros tiempos el sufragio universal no puede ser reemplazado por ninguna otra institución, debemos aceptarlo y tratar de adaptarnos a él. En consecuencia, es inútil protestar contra el mismo o repetir con la reina María Carolina por la época de su conflicto con Napoleón: “No hay nada más pavoroso que gobernar a los hombres en este siglo ilustrado en dónde cualquier zapatero remendón razona y critica al gobierno.”

A decir verdad, las objeciones no siempre son tan grandes como parecen. Admitiendo las leyes de la psicología de las masas, es muy dudoso que un sufragio limitado produciría una selección de hombres mucho mejor que la posible mediante el sufragio universal.

Estas mismas leyes psicológicas también nos indican que, en realidad, el llamado sufragio universal es pura ficción. La masa, excepto en casos muy raros, no tiene otra opinión que la de sus líderes. El sufragio universal representa en la realidad el más limitado de los sufragios.

Justamente en esto reside su verdadero peligro. El sufragio universal se hace peligroso por el hecho de que los líderes que lo dominan son criaturas de pequeños comités locales, análogos a los clubes de la Revolución. El líder que se candidatea para un mandato es elegido por ellos.

Una vez nominado, ejerce un poder local absoluto, a condición de satisfacer los intereses de sus socios de comité. Ante este interés, el interés general del país desaparece casi por completo de la mente del representante electo.

Naturalmente, los comités, teniendo necesidad de servidores dóciles, no eligen para esta tarea a individuos dotados de una gran inteligencia ni, mucho menos, de una alta moralidad. Tienen que disponer de hombres sin carácter, sin posición social y siempre sumisos.

Por estas necesidades el servilismo del diputado es absoluto frente a estos pequeños grupos que lo apañan y sin los cuales no sería nadie. Hablará y votará exactamente como sus patrocinadores le digan. Su ideal político puede ser expresado en pocas palabras: obedecer a fin de mantenerse en el puesto.

Algunas veces, raramente por cierto, y sólo cuando por renombre, posición o fortuna posee in gran prestigio, un carácter superior puede imponerse al voto popular superando la tiranía de las minorías imprudentes que constituyen los comités locales.

Los países democráticos como Francia sólo en apariencia se hallan gobernados por el sufragio universal. Esta es la razón por la cual se aprueban tantas medidas que no le interesan al pueblo y que el pueblo jamás exigió. De esa clase fue la compra de los ferrocarriles del Oeste, las leyes de congregaciones, etc. Estas medidas absurdas meramente tradujeron las demandas de comités locales fanatizados y les fueron impuestas a los diputados que habían seleccionado.

Podemos formarnos un juicio de la influencia de estos comités viendo cómo diputados moderados apañan a los anárquicos destructores de arsenales, se alían con anti-militaristas y, en una

palabra, obedecen a las demandas más atroces para asegurarse la reelección. La voluntad de los elementos más bajos de la democracia ha creado de este modo entre los representantes electos unos hábitos y una moralidad que no podemos sino reconocer como la más baja concebible. El político es el hombre con un empleo público y, como dice Nietzsche:

“Dónde comienza el empleo público, comienza también el clamor de los grandes comediantes y el zumbido de las moscas venenosas... El comediante siempre cree en aquello que le permite obtener sus mejores efectos, en aquello que impulsa a la gente a creer en él. Mañana tendrá una nueva fe, y pasado mañana otra más... Todo lo grande existe lejos del empleo público y de la gloria.”

4)- La pasión por las reformas.

La locura por reformas impuestas súbitamente por medio de decretos es una de las concepciones más desastrosas del espíritu jacobino, uno de esos formidables legados que nos ha dejado la Revolución. Está entre los factores principales de todas las incesantes sublevaciones del siglo pasado en Francia.

Una de las causas de esta intensa sed de reformas surge de la dificultad de determinar las verdaderas causas de los males que ocasionan el reclamo. La necesidad de una explicación crea causas ficticias de naturaleza simplista. Consecuentemente, los remedios también parecerán ser simples.

Durante cuarenta años hemos estado aprobando reformas de modo incesante, con cada una de ellas constituyendo una revolución por sí misma. A pesar de todas ellas – o más bien a causa de ellas – los franceses han evolucionado menos que casi cualquier otra raza de Europa.

La lentitud de nuestra evolución actual puede verse si comparamos los principales elementos de nuestra vida social – comercio, industria, etc. – con los de otras naciones. El progreso de esas otras

naciones – especialmente los alemanes – parece ser así enorme mientras el nuestro ha sido muy lento.

Nuestra administración industrial y comercial es considerablemente obsoleta y ya no satisface nuestras nuevas necesidades. Nuestra industria no está prosperando; nuestra marina declina. Hasta en nuestras propias colonias no nos es posible competir con otros países, a pesar de las enormes subvenciones pecuniarias acordadas por el Estado. En un libro reciente, Cruppi, un ex-Ministro de Comercio, ha insistido en esta triste decadencia. Cayendo en los errores usuales, creyó que sería fácil remediar esta inferioridad con nuevas leyes.

Todos los políticos comparten la misma opinión, que es la razón por la cual progresamos tan lentamente. Cada partido está convencido de que por medio de reformas todos los males habrán de ser remediados. Esta convicción termina en pugnas de tal magnitud que, por ellas, Francia se ha convertido en el país más dividido y más anarquizado del mundo.

Nadie parece comprender que son los individuos y sus métodos, no las reglamentaciones, los que hacen al valor de un pueblo. Las reformas eficaces no son las reformas revolucionarias sino las pequeñas mejorías de todos los días, acumuladas durante el transcurso del tiempo. Los grandes cambios sociales, al igual que los grandes cambios geológicos, ocurren por la suma cotidiana de causas diminutas. La historia económica de Alemania durante los últimos cuarenta años demuestra de forma manifiesta la verdad de esta ley.

Muchos eventos importantes que parecen depender más o menos del azar – como batallas, por ejemplo – también se hallan sujetas a esta ley de la acumulación de pequeñas causas. Sin duda, la lucha decisiva a veces termina en un día o menos, pero muchos pequeños esfuerzos, lentamente acumulados, resultan esenciales para la victoria. Tuvimos una penosa experiencia de esto en 1870, y los rusos la han aprendido más recientemente. Apenas media hora necesitó el almirante Togo para aniquilar a la flota rusa en la batalla de Tsushima que finalmente decidió la suerte del Japón, pero miles de

minúsculos factores, pequeños y remotos, determinaron ese éxito. Causas no menos numerosas engendraron la derrota de los rusos – una burocracia tan complicada como la nuestra e igual de irresponsable; material lamentable, aunque adquirido a precio de oro; un sistema corrupto en todos los niveles de la jerarquía social y una indiferencia general por los intereses del país.

Por desgracia, el progreso de las pequeñas cosas que en su total hacen a la grandeza de una nación rara vez es evidente; no produce ninguna impresión sobre el público y no puede servir al interés de los políticos en una elección. A estos últimos no les importan esas cuestiones y, en los países bajo su influencia, permiten la acumulación de las pequeñas desorganizaciones sucesivas que finalmente terminan en los grandes derrumbes.

5)- Diferenciaciones sociales en las democracias e ideas democráticas en varios países.

Cuando los hombres estuvieron divididos en castas y diferenciados principalmente por nacimiento, las diferencias sociales fueron generalmente aceptadas como la consecuencia de una ley natural inevitable.

Ni bien se destruyeron las antiguas divisiones sociales, las diferenciaciones de clase parecieron artificiales y por dicha razón cesaron de ser toleradas.

Siendo teórica la necesidad de igualdad, en los pueblos democráticos hemos asistido al rápido desarrollo de desigualdades artificiales que permitieron a sus poseedores obtener una supremacía claramente visible. Nunca la sed de títulos y condecoraciones fue tan general como hoy.

En países realmente democráticos, como los Estados Unidos, los títulos y las condecoraciones no ejercen mucha influencia y sólo la fortuna crea diferenciaciones. Sólo por excepción vemos a jóvenes muchachas norteamericanas casarse con los viejos nombres de la aristocracia europea. Cuando lo hacen, están instintivamente

empleando los únicos medios que le pueden llegar a permitir a una joven raza adquirir un pasado para que éste les establezca un marco moral.

Pero, de un modo general, la aristocracia que vemos surgir en América de ningún modo está basada sobre títulos o condecoraciones. Puramente financiera, no provoca muchos celos porque cada cual espera poder algún día formar parte de ella.

Cuando, en su libro sobre la democracia en América, Tocqueville habló de la generalizada aspiración por la igualdad, no percibió que esa igualdad profética terminaría en una clasificación de las personas basada exclusivamente sobre la cantidad de dólares que cada uno posee. No existe otra clasificación en los Estados Unidos y, sin duda, algún día en Europa sucederá lo mismo.

En la actualidad no nos es posible considerar a Francia como un país democrático, excepto en los papeles, y en este punto sentimos la necesidad, ya mencionada, de examinar las diferentes ideas que en distintos países terminan siendo expresadas mediante la palabra “democracia”.

Como naciones verdaderamente democráticas, prácticamente sólo podemos mencionar a Inglaterra y a los Estados Unidos. Allí, la democracia existe bajo diferentes formas, pero se observan los mismos principios – en especial, una tolerancia perfecta de todas las opiniones. No hay persecuciones religiosas. La superioridad real se revela fácilmente en las distintas profesiones a las que cualquiera puede acceder a cualquier edad si posee la capacidad necesaria. No existen barreras al esfuerzo individual.

En estos países los hombres creen ser iguales porque todos tienen la idea de que son libres para alcanzar la misma posición. El obrero sabe que puede convertirse en capataz, y luego en ingeniero. Forzado a comenzar en los peldaños inferiores de la escalera, en lugar de bien alto en la jerarquía como en Francia, el ingeniero no se considera como hecho de una materia diferente a la del resto de la humanidad. Es igual en todas las profesiones. Es por esto que el odio de clase, tan

intenso en Europa, está tan poco desarrollado en Inglaterra y en América.

En Francia la democracia es prácticamente inexistente, excepto en los discursos. Un sistema de concursos y exámenes, que debe ser superado en la juventud, le cierra firmemente la puerta a las profesiones liberales y crea clases separadas y enemigas.

Las democracias latinas son, por lo tanto, puramente teóricas. El absolutismo del Estado ha reemplazado al absolutismo monárquico pero no por ello es menos severo. La aristocracia de la fortuna ha reemplazado a la del nacimiento y sus privilegios no son menos considerables.

Las monarquías y las democracias difieren mucho más en la forma que en la sustancia. Es tan sólo la variable mentalidad de los hombres lo que varía sus efectos. Todas las discusiones sobre los diferentes sistemas de gobierno carecen en realidad de interés ya que los sistemas no poseen una virtud especial por sí mismos. Su valor dependerá siempre del valor del pueblo gobernado. Un pueblo realiza grandes y rápidos progresos cuando descubre que es la suma de los esfuerzos personales de cada individuo, y no el sistema de gobierno, lo que determina el rango de una nación en el mundo.

Capítulo III: Las nuevas formas del credo democrático

1)- El conflicto entre el capital y el trabajo.

Mientras nuestros legisladores están reformando y legislando al azar, la evolución natural del mundo lentamente sigue su curso. Surgen nuevos intereses, la competencia económica entre las naciones aumenta en severidad, las clases trabajadoras se convulsionan, y por todas partes vemos nacer formidables problemas que las arengas de los políticos jamás resolverán.

Entre estos nuevos problemas, uno de los más complicados será el del conflicto entre el trabajo y el capital. Se está volviendo agudo hasta en países con tradiciones como Inglaterra. Los trabajadores

están dejando de respetar los contratos colectivos que antes constituían sus fueros, se declaran huelgas por motivos insignificantes y tanto el desempleo como la pauperización están adquiriendo proporciones alarmantes.

En Norteamérica estas huelgas hubieran finalmente afectado a todas las industrias de no ser por el hecho que el mismo exceso del mal creó el remedio. Durante los últimos diez años los líderes industriales han organizado grandes federaciones de empleadores que se han vuelto lo suficientemente poderosas como para obligar a los trabajadores a aceptar el arbitraje.

La cuestión laboral se complica en Francia por la intervención de gran cantidad de trabajadores extranjeros que el estancamiento de nuestro crecimiento demográfico ha hecho necesaria. ¹⁸ Este estancamiento también hará que a Francia se le volverá difícil competir con sus rivales quienes, siguiendo una de las más antiguas leyes de la Historia, necesariamente invadirán a los países menos densamente poblados.

Estos conflictos entre los trabajadores y los empleadores de la misma nación se harán aún más agudos por la creciente lucha económica entre los asiáticos – cuyas necesidades son escasas y que, por ello,

¹⁸ Población de las grandes potencias:

País	1789	1906
Rusia	28.000.000	129.000.000
Austria	18.000.000	44.000.000
Francia	26.000.000	39.000.000
Alemania	28.000.000	57.000.000
Inglaterra	12.000.000	40.000.000

producen artículos manufacturados a muy bajo precio – y los europeos cuyas necesidades son muchas. Durante veinticinco años he insistido sobre este punto. El general Hamilton, ex-agregado militar al ejército japonés, que predijo las victorias japonesas mucho antes del estallido de las hostilidades, escribe lo siguiente en un ensayo traducido por el general Langlois:

“El chino, tal como lo he visto en Manchuria, es capaz de destruir al actual tipo de trabajador de las razas blancas. Lo expulsará de la faz de la tierra. Los socialistas que le predicán la igualdad al trabajador están lejos de pensar en lo que sería el resultado práctico de la aplicación de sus teorías. ¿Es, pues, el destino de las razas blancas el de desaparecer en el largo plazo? En mi humilde opinión este destino depende de un solo factor: ¿Tendremos o no tendremos el buen tino de cerrar nuestros oídos a los discursos que presentan la guerra y la preparación para la guerra como un mal inútil?

Creo que los trabajadores tienen que elegir. Dada la presente estructura del mundo, deben cultivar en sus hijos el ideal militar y aceptar de buen grado el costo y el trabajo que el militarismo implica, o bien serán abandonados a una cruel contienda por la existencia contra un trabajador rival de cuyo éxito no cabe la menor duda. Hay sólo un medio para negarle a los asiáticos el derecho a emigrar; el derecho a bajar los salarios por competencia y el de vivir entre nosotros, y ese medio es la espada. Si los americanos y los europeos se olvidan de que su privilegiada posición se sostiene sólo por la fuerza de las armas, Asia pronto se habrá tomado su venganza.”

Sabemos que en Norteamérica la invasión de chinos y japoneses se ha convertido en una calamidad nacional debido a la competencia entre ellos y los trabajadores de raza blanca. En Europa la invasión está comenzando pero por ahora no ha ido lejos. Sin embargo, emigrantes chinos ya han formado importantes colonias en ciertos centros – Londres, Cardiff, Liverpool, etc. Han provocado varias revueltas al trabajar por bajos salarios. Cada vez que aparecieron, los salarios siempre han bajado.

Pero estos problemas pertenecen al futuro y los actuales son tan preocupantes que, por el momento, es inútil ocuparnos de los otros.

2)- La evolución de las clases trabajadoras y el movimiento sindicalista.

El problema democrático más importante de hoy quizás resulte del reciente desarrollo de la clase trabajadora impulsado por el movimiento sindicalista o gremialista.

La aglutinación de intereses similares, conocida como sindicalismo, ha asumido rápidamente tan enorme desarrollo en todos los países que puede ser llamado mundial. Algunas corporaciones tienen presupuestos comparables con los de pequeños Estados. Se ha mencionado que algunas ligas obreras alemanas han acumulado más de tres millones de libras esterlinas en suscripciones.

La extensión del movimiento obrero en todos los países demuestra que no es, como el socialismo, un sueño de utópicos idealistas sino el resultado de necesidades económicas. En sus objetivos, en sus medios de acción y en sus tendencias, el sindicalismo no presenta parentescos con el socialismo. Habiéndolo explicado suficientemente en mi Psicología Política, bastará aquí recordar en algunas pocas palabras la diferencia que existe entre las dos doctrinas.

El socialismo quisiera obtener la posesión de todas las industrias y las haría administrar por el Estado, el cual distribuiría los productos en forma igualitaria entre todos los ciudadanos. El sindicalismo, por el otro lado, eliminaría por completo la acción del Estado y dividiría a la sociedad en pequeños grupos profesionales que se autogobernarían.

Si bien los sindicalistas resultan despreciados y violentamente atacados por los socialistas, se está tratando de ignorar el conflicto; pero el mismo se está volviendo demasiado obvio como para poder ser ocultado. La influencia política que los socialistas todavía poseen pronto se les escapará.

Si el sindicalismo está en todas partes aumentando a expensas del socialismo, ello es, repito, porque este movimiento corporativo –

aunque sea una renovación del pasado – sintetiza ciertas necesidades nacidas de la especialización de la industria moderna.

Sus manifestaciones son visibles bajo una gran variedad de circunstancias. En Francia su éxito todavía no ha sido tan grande como en otras partes. Habiendo adoptado la forma revolucionaria ya mencionada, ha caído en manos de los anarquistas a los cuales les importa tan poco el sindicalismo como cualquier otra clase de organización y están simplemente usando la nueva doctrina en un intento de destruir a la sociedad moderna. Socialistas, sindicalistas y anarquistas, si bien dirigidos por concepciones completamente diferentes, están así colaborando en el mismo objetivo eventual: la supresión violenta de las clases gobernantes y el pillaje de sus riquezas.

La doctrina sindicalista no se deriva de ninguna manera de los principios de la Revolución. En muchos puntos hasta está por completo en contradicción con ella. El sindicalismo representa más bien un retorno a ciertas formas de organización colectiva, similar a los gremios o corporaciones proscriptos por la Revolución. De este modo, constituye una de esas federaciones que la Revolución condenó. Rechaza por entero esa centralización estatal que estableció la revolución.

Al sindicalismo nada le importan los principios democráticos de libertad, igualdad y fraternidad. Los sindicalistas demandan de sus miembros una disciplina absoluta que elimina la libertad.

No siendo aún lo suficientemente fuertes como para ejercer una tiranía mutua, los sindicatos hasta ahora profesan entre sí sentimientos que, estirando los conceptos, podrían llamarse fraternales. Pero ni bien se vuelvan suficientemente poderosos, cuando entren necesariamente en conflicto sus intereses contrapuestos, como durante el período sindicalista de las viejas repúblicas italianas – Florencia y Siena, por ejemplo – la actual fraternidad se olvidará muy rápido y la igualdad se reemplazará por el despotismo de los más poderosos.

Un futuro así parece estar cerca. El nuevo poder está aumentando con mucha rapidez y halla a los gobiernos impotentes ante él, capaces de defenderse sólo cediendo ante todas las demandas – una política funesta que podrá servir para el momento pero que compromete gravemente el futuro.

Fue, sin embargo, a este recurso que recurrió el gobierno inglés recientemente en su lucha contra la Unión Minera que amenazaba con suspender la vida industrial de Inglaterra. La Unión demandaba un salario mínimo para sus miembros, pero éstos no quedaban comprometidos a brindar también un mínimo de trabajo.

Si bien una demanda semejante resultaba inadmisible, el gobierno aceptó proponerle al Parlamento una ley para sancionar una medida como ésa. Podemos leer con provecho las graves palabras pronunciadas por Mr. Balfour ante la Cámara de los Comunes:

“Nunca en su larga y variada Historia ha tenido el país que enfrentar un peligro de esta naturaleza e importancia.

“Nos enfrentamos al extraño y siniestro espectáculo de una simple organización que amenaza con paralizar – y paralizar en una medida grande – el comercio y las manufacturas de una comunidad que vive del comercio y de las manufacturas.

“El poder que poseen los mineros en el presente estado legal es casi ilimitado. ¿Hemos alguna vez visto algo igual? ¿Ejerció alguna vez un barón feudal una tiranía comparable? ¿Existió alguna vez un trust americano que ejerciera los derechos obtenidos por la ley con tal desprecio por el interés general? El propio grado de perfección que le hemos dado a nuestras leyes, a nuestra organización social, a las relaciones mutuas entre las distintas profesiones e industrias, nos expone más que a nuestros antecesores de épocas más rudas al grave peligro que amenaza actualmente a nuestra sociedad... La actitud del gobierno al ceder ante las demandas de los mineros le da una apariencia de realidad a la victoria de quienes están oponiéndose a la sociedad.”

3)- Por qué ciertos gobiernos democráticos modernos están siendo gradualmente transformados en gobiernos de castas administrativas.

La anarquía y los conflictos sociales que resultan de las ideas democráticas están hoy impulsando a algunos gobiernos hacia un curso evolutivo no previsto que terminará otorgándoles un poder tan sólo nominal. Este desarrollo, del cual describiré brevemente los efectos, se produce espontáneamente bajo la presión de aquellas necesidades imperiosas que siguen siendo el principal poder controlador de los acontecimientos.

Los gobiernos de los países democráticos de hoy están constituidos por representantes elegidos mediante el sufragio popular. Estos gobiernos votan leyes, nombran y despiden ministros elegidos de entre ellos, y se hallan provisoriamente a cargo del poder ejecutivo. Estos gobernantes, naturalmente, resultan reemplazados con frecuencia puesto que basta un voto para hacerlo. Quienes los reemplazan, al pertenecer a un partido diferente, gobernarán de acuerdo a principios diferentes.

A primera vista parecería que un país, tironeado de un lado para otro de esta forma por diferentes influencias, no podría tener ni continuidad, ni estabilidad. Sin embargo, a pesar de todas estas condiciones de inestabilidad, un gobierno democrático como el de Francia funciona con razonable regularidad. ¿Cómo explicar este fenómeno?

Su interpretación, que es muy simple, resulta del hecho que los ministros que aparentemente gobiernan al país, en realidad lo hacen en una medida muy limitada. Estrictamente condicionados y circunscriptos, su poder se ejerce principalmente en discursos a los que apenas si se presta atención y en unas pocas medidas inorgánicas.

Pero detrás de la autoridad superficial de los ministros sin fuerza ni continuidad, meros juguetes de cualquier demanda de los políticos, funciona un enorme poder cuyo dominio está constantemente aumentando; el de las administraciones. Estas administraciones, al poseer tradiciones, jerarquía y continuidad, forman un poder contra

el cual los ministros – como muy pronto descubren – resultan incapaces de luchar.¹⁹ La responsabilidad está tan dividida por la máquina administrativa que un ministro puede no verse nunca enfrentado por una persona importante. Sus momentáneas intenciones serán contrarrestadas por una maraña de regulaciones, costumbres y decretos que le serán constantemente citados y a los cuales conoce tan poco que no se animará a infringirlos.

Esta disminución del poder de los gobiernos democráticos sólo puede aumentar. Una de las leyes más constantes de la Historia es aquella de la cual ya he hablado: inmediatamente después de que una clase se ha convertido en preponderante – ya sea nobleza, clero, ejército o pueblo – rápidamente tiende a esclavizar a las otras. Así fueron los ejércitos de Roma que finalmente terminaron nombrando y derrocando a emperadores; así fue el clero contra el cual los reyes difícilmente pudieron luchar; así fueron los Estados Generales que, al momento de la Revolución, rápidamente absorbieron los poderes del gobierno y suplantaron a la monarquía.

Las casta de funcionarios está destinada a suministrar una nueva prueba de la verdad de esta ley. Siendo ya preponderantes, estos funcionarios están comenzando a hablar en voz alta, a amenazar y hasta a provocar huelgas, como la de los empleados del correo que rápidamente fue seguida de la de los ferroviarios estatales. El poder administrativo forma, de este modo, un Estado dentro del Estado y, si su tasa de evolución actual continúa, pronto será el único poder en el Estado. Bajo un gobierno socialista ni habría otro poder. Todas nuestras revoluciones, entonces, habrían terminado por despojar al rey de sus poderes y de su trono sólo para entregarlos a una casta de empleados públicos irresponsables, anónimos y despóticos.

Es imposible prever la materia de todos los conflictos que amenazan con nublar el futuro. Debemos apartarnos tanto del pesimismo como del optimismo; todo lo que podemos decir es que la necesidad

¹⁹ La impotencia de los ministros en sus propios departamentos ha sido bien descrita por uno de ellos, Cruppi, en un libro reciente. Al ser los más ardientes deseos del ministro inmediatamente paralizados por su departamento, muy pronto dejó de luchar contra el mismo.

finalmente siempre llevará las cosas hacia el equilibrio. El mundo sigue su curso sin molestarse por nuestros discursos y tarde o temprano siempre conseguimos adaptarnos a las variaciones de nuestro entorno. La dificultad está en hacerlo sin demasiadas fricciones y, por sobre todo, resistiendo las concepciones quiméricas de los soñadores. Siempre impotentes para reorganizar al mundo, con frecuencia contribuyeron a trastornarlo.

Atenas, Roma, Florencia y muchas otras ciudades que otrora brillaron en la Historia resultaron víctimas de estos terribles teóricos. Los resultados de su influencia han sido siempre los mismos: anarquía, dictadura y decadencia.

Pero estas lecciones no afectarán a los numerosos Catilinas de la actualidad. Todavía no ven que los movimientos desencadenados por sus ambiciones amenazan con hundirlos. Todos estos utópicos han despertado esperanzas imposibles en la mente de las masas, han excitado su apetito y han resquebrajado los diques de contención que durante siglos se construyeron lentamente para contenerlas.

La lucha de las ciegas multitudes contra las élites es una de las constantes de la Historia y el triunfo de las soberanías populares sin contrapeso ya ha marcado el fin de más de una civilización. Las élites crean, la plebe destruye. Ni bien las élites pierden sustento, la plebe comienza a hacer su trabajo.

Las grandes civilizaciones sólo han prosperado dominando sus elementos inferiores. No solamente en Grecia la anarquía, la dictadura, la invasión y, finalmente, la pérdida de la independencia, han resultado del despotismo de una democracia. La tiranía individual siempre nace de la tiranía colectiva. Puso fin al primer ciclo de la grandeza de Roma; los bárbaros le pusieron fin al segundo.

Conclusiones

En este volumen, se han estudiado las principales revoluciones de la Historia. Sin embargo, nos hemos detenido más especialmente en la más importante de todas – ésa que por más de veinte años anonadó a Europa y cuyos ecos todavía se escuchan.

La Revolución Francesa es una cantera inagotable de documentos psicológicos. No hay período en la vida de la humanidad que presente tal masa de experiencia acumulada durante tan corto tiempo.

En cada página de este gran drama hemos encontrado numerosas aplicaciones a los principios expuestos en varios de mis trabajos concernientes a la mentalidad transitoria de las masas y el espíritu permanente de los pueblos, la acción de los credos, la influencia de elementos místicos, afectivos y colectivos, así como el conflicto entre varias formas de lógica.

Las asambleas revolucionarias ilustran las conocidas leyes de la psicología de las masas. Impulsivas y tímidas, resultan dominadas por un pequeño número de líderes y, por lo general, actúan en un sentido contrario a los deseos de sus miembros individuales.

La Asamblea Constituyente monárquica destruyó a la antigua monarquía; la Asamblea Legislativa humanitaria permitió las masacres de Septiembre. El mismo pacífico cuerpo llevó a Francia a la más formidable de las campañas.

Durante la Convención hubo contradicciones similares. La inmensa mayoría de sus miembros aborrecía la violencia. Filósofos sentimentales, exaltaron la igualdad, la fraternidad y la libertad pero terminaron ejerciendo el despotismo más terrible.

Las mismas contradicciones se hicieron visibles durante el Directorio. Extremadamente moderados en sus intenciones al principio, las asambleas continuamente promovieron sangrientos golpes de Estado. Desearon establecer la paz religiosa y finalmente enviaron a prisión a miles de sacerdotes. Quisieron reparar las

ruinas que cubrían a Francia y sólo tuvieron éxito en agregar más ruinas a las existentes.

De este modo siempre hubo una completa contradicción entre las voluntades individuales de los hombres del período revolucionario y las acciones de las asambleas de las que formaban parte.

La verdad es que obedecieron a fuerzas invisibles que no dominaron. Creyendo que actuaban en nombre de la razón pura estuvieron, en realidad, sujetos a influencias místicas, afectivas y colectivas incomprensibles para ellos y a las que sólo hoy estamos comenzando a comprender.

La inteligencia ha progresado en el transcurso de las edades y le ha abierto un maravilloso panorama al ser humano, a pesar de que su carácter – el real fundamento de su mente y el seguro motivo de sus acciones – apenas si ha cambiado. Derrocado en un momento, reaparece al siguiente. La naturaleza humana debe ser aceptada tal como es.

Los fundadores de la Revolución no se resignaron ante los hechos de la naturaleza humana. Por primera vez en la Historia de la humanidad, intentaron transformar a los seres humanos y a la sociedad en nombre de la razón.

Nunca empresa alguna comenzó con tantas chances de éxito. Los teóricos que pretendieron llevarla a cabo tenían en sus manos más poder que el de cualquier déspota.

Sin embargo, a pesar de este poder, a pesar de la victoria de los ejércitos, a pesar de las leyes draconianas y los reiterados golpes de Estado, la Revolución sólo consiguió amontonar ruinas sobre ruinas y terminó en la dictadura.

El intento no fue inútil desde el momento en que la experiencia es necesaria para la educación de los pueblos. Sin la Revolución hubiera sido difícil demostrar que la razón pura no nos habilita para cambiar la naturaleza humana y que, en consecuencia, no existe la sociedad que pueda ser reconstruida por la voluntad de legisladores, no importan cuán grande sea su poder.

Comenzada por la clase media para su propio provecho, la Revolución rápidamente se convirtió en un movimiento popular y, al mismo tiempo, en una lucha entre lo instintivo contra lo racional; en una revuelta contra todas las restricciones que elevan a la civilización de la barbarie. Fue apoyándose sobre los principios de la soberanía popular que los reformadores intentaron imponer sus doctrinas. Guiadas por líderes, el pueblo intervino incesantemente en las deliberaciones de las asambleas y cometió los más sanguinarios actos de violencia.

La Historia de las multitudes durante la Revolución es eminentemente instructiva. Demuestra el error de los políticos que le atribuyen todas las virtudes al espíritu popular.

Por el contrario, los hechos de la Revolución nos enseñan que un pueblo liberado de las restricciones sociales que son el fundamento de la civilización y abandonado a sus impulsos instintivos, rápidamente recae en su salvajismo ancestral. Cada revolución que consiguió tener éxito es un transitorio regreso a la barbarie. Si la Comuna de 1871 hubiera perdurado, habría repetido el Terror. No teniendo el poder de matar a tantas personas, tuvo que limitarse a incendiar los principales edificios de la capital.

La Revolución representa el conflicto de fuerzas psicológicas liberadas de los lazos cuya función es la de contenerlas. Instintos populares, credos jacobinos, influencias ancestrales, apetitos y pasiones desatadas; todas estas diversas influencias entraron en furioso conflicto mutuo por el espacio de diez años durante los cuales empaparon a Francia de sangre y cubrieron al país de ruinas.

Vistas desde la distancia, éste parece ser todo el resultado de la Revolución. No tuvo nada de homogéneo. Uno tiene que recurrir al análisis antes de poder comprender y aprehender el gran drama y exponer los impulsos que continuamente espolearon a sus héroes. En tiempos normales estamos guiados por las distintas formas de la lógica – racional, afectiva, colectiva y mística – las que, con mayor o menor perfección, se equilibran mutuamente. En épocas de revueltas

estas formas entran en conflicto abierto y el ser humano ya no es dueño de sí mismo.

En esta obra de ninguna manera hemos subestimado la importancia de ciertas conquistas de la Revolución en cuanto a los derechos del pueblo. Pero, junto con muchos otros historiadores, estamos forzados a admitir que el logro obtenido a costa de tanta ruina y derramamientos de sangre hubiera podido ser obtenido algo más tarde y sin esfuerzo por el simple progreso de la civilización. ¡Cuánto lastre de desastres materiales, qué desintegración moral tan sólo para ganar algunos pocos años! Todavía estamos sufriendo por esa desintegración. Estas páginas brutales del libro de la Historia tardarán mucho en borrarse: de hecho aún no han palidecido.

Nuestros jóvenes de hoy parecen preferir la acción al pensamiento. Desdeñando las estériles disertaciones de los filósofos, no demuestran interés en vanas especulaciones sobre materias cuya naturaleza esencial sigue siendo desconocida.

La acción es, por cierto, algo excelente y todo progreso real resulta de la acción, pero sólo es útil cuando está apropiadamente dirigida. Los hombres de la Revolución fueron seguramente hombres de acción, pero las ilusiones que aceptaron por guía los llevaron al desastre.

La acción siempre es dañina cuando, despreciando las realidades, se propone cambiar el curso de los acontecimientos por medio de la violencia. No se puede experimentar con la sociedad como con un aparato en el laboratorio. Nuestras revueltas políticas nos demuestran lo que esos errores pueden llegar a costar.

Si bien las lecciones de la Revolución han sido extremadamente categóricas, muchos espíritus de nulo sentido práctico, alucinados por sus sueños, esperan poder recomenzarla. El socialismo, la moderna síntesis de esta esperanza, implicaría una regresión a estadios inferiores de la evolución por cuanto paralizaría las mayores fuentes de nuestra actividad. Al reemplazar la iniciativa y la responsabilidad individuales por iniciativas y responsabilidades colectivas, la humanidad descendería varios peldaños en la escala de los valores humanos.

La presente época difícilmente sea favorable para tales experimentos. Mientras los soñadores se dedican a perseguir a sus sueños, excitando los apetitos y las pasiones de la multitud, los pueblos están todos los días equipándose con armas más poderosas. Todos sienten que, en la competencia universal de la actualidad, no hay lugar para naciones débiles.

En el centro de Europa un poder militar formidable está aumentando su fuerza y aspirando a dominar el mundo a fin de encontrar un mercado para sus bienes y un espacio para su creciente población a la cual pronto será incapaz de alimentar.

Si continuamos destruyendo nuestra cohesión con luchas intestinas, rivalidades partidarias, viles persecuciones religiosas y leyes que traban el desarrollo industrial, nuestro papel en el mundo pronto habrá acabado. Deberemos ceder el lugar a pueblos más sólidamente cohesionados que han sido capaces de adaptarse a las necesidades naturales en lugar de retroceder volviendo sobre sus pasos. El presente no repite al pasado y los detalles de la Historia están llenos de consecuencias imprevistas; pero en líneas generales los acontecimientos están condicionados por leyes eternas.